

MAY
McGOLDRICK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR JAN COFFEY



Edición
en
Español

CAPTURED DREAMS

Sueños Capturados

Captured Dreams

Sueños Capturados

May McGoldrick

Book Duo Creative

Gracias por su lectura. Si le ha gustado este libro, por favor, comparta su opinión dejando un comentario, o [póngase en contacto con los autores](#).

SUEÑOS CAPTURADOS (CAPTURED DREAMS) DERECHOS DE AUTOR © 2015 DE NIKOO K. Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma y por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido o por inventar, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por NAL, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc.

Portada de Dar Albert. www.WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Sueños del Destino](#)

[Otras Obras de May McGoldrick](#)

[Sobre el autor](#)

***A Dorbert Ogle, un amigo verdaderamente especial.
Esta es para ti.***

Capítulo Uno

Boston
Junio de 1772

SUJETÁNDOSE LA MÁSCARA de plumas a la cara, Portia miró las distintas puertas de la habitación, repasando mentalmente el plano de la mansión de North End. Había pagado un buen dinero para conseguir el plano correcto de la casa. Se tocó el medallón que llevaba al cuello y esperó que la información fuera correcta.

Portia sabía que el baile de máscaras celebrado en la elegante casa de Copp's Hill para honrar el cumpleaños del rey era la única oportunidad que tendría. El almirante Middleton casi nunca recibía invitados, así que ¿cuándo iba a poder acceder a los terrenos? Su madre había estado encerrada durante veinticuatro largos años, y Portia estaba decidida a liberarla esta noche.

Así las cosas, la lista de invitados sólo incluía a los miembros más selectos de la sociedad tory de Boston, e incluso al Gobernador. Por supuesto, ninguna invitación dirigida a ninguna Portia Edwards había llegado a la puerta del párroco Higgins y su esposa, donde Portia vivía, pero había perdonado al almirante el descuido. Simplemente había mentido a una querida amiga y engañado a personas que la consideraban parte de su familia. Sin embargo, no tenía elección. Tenía que ser esta noche.

"Estás muy callado esta noche, mi mascota".

Mi mascota. Mi mascota. Portia intentó no perder la paciencia ante la expresión condescendiente del capitán Turner. Se volvió hacia el oficial. Como antes, estaba de pie, rígido sobre ella e inclinado hacia delante mientras hablaba. El vestido que Bella le había prestado era demasiado ajustado, y las varillas del corsé le dejarían marcas permanentes en la piel. Portia ya le había sorprendido mirándole los pechos media docena de veces, y se bajó la máscara para cubrir la parte delantera del vestido. El oficial la miró a la cara y ella esbozó una sonrisa.

El capitán Turner, primo segundo de su joven amiga Bella, había sido el medio para que Portia entrara en la mansión. Ahora, sin embargo, le costaba deshacerse de él.

"Simplemente estoy *entumecida* por la emoción". Portia volvió a ponerse la máscara en la cara y miró alrededor del salón de baile en busca de una distracción para su acompañante. Las notas del minué subían y bajaban a medida que desfilaban los demás invitados. Había muchas menos mujeres que hombres, aunque parecía que algunas de las familias tory menos elitistas de Boston también habían enviado a sus hijas. "Desearía que no se sintiera obligado a permanecer a mi lado, Capitán. Odiaría enemistarme con todas estas encantadoras damas por retenerlo para mí".

"Tonterías, mi mascota. No me atrevería a arruinar la opinión que tienes de mí

descuidándote. Sabes que te he estado esperando durante meses... y en vano, debo añadir".

"Pero capitán, sólo llevo en las colonias poco más de ocho meses".

"Y he sido su devoto servidor desde que le vi por primera vez tras el sermón inaugural del reverendo Higgins. No puede saber cuánto me alegró mi buena suerte cuando mi joven primo le fue presentado el domingo siguiente."

"La suerte fue mía, pero..."

"Para ser sincero", interrumpió, "después de que nos viéramos un mes más tarde y de que te negaras a responder a ninguna de mis cartas, estaba a punto de perder la esperanza. Por eso no hace falta que te diga lo emocionada que me puse cuando mi encantadora prima me dijo que por fin habías accedido a que te visitara. Y cuando usted consintió en acompañarme hasta aquí... ¡ah, qué delicia! ¿Y ahora supones que me alejaría del resplandor de tu hermosura?"

El capitán Turner continuó hablando, y Portia bajó la máscara, mirando con incredulidad al oficial, cuyos ojos estaban de nuevo fijos en sus pechos. Era un hombre de unos cuarenta años, juzgó ella, y aunque aparentemente había sido de constitución poderosa en su juventud, su físico empezaba ahora a declinar hacia la suavidad de la edad madura. Aun así, había subestimado el ardiente interés del capitán por ella.

"Caliente, ¿verdad?", sugirió. "¿Sería tan amable de traerme algo de beber, Capitán?"

Su acompañante hizo una reverencia, pero se volvió cuando apareció un criado que llevaba una bandeja llena de vasos de ponche. Portia maldijo en silencio su suerte y, con una débil sonrisa, aceptó una. Cuando el capitán comenzó de nuevo con su magreo, ella miró desesperada por la habitación.

"Nunca había tenido la oportunidad de ver a tanta gente distinguida. Los militares lucen tan elegantes con sus galas".

"Estaré encantado de presentarle a cualquiera de ellos, junto con sus esposas", ofreció Turner jovialmente. "Tenemos algunos hombres particularmente buenos sirviendo a Su Majestad aquí en Boston, y sus esposas estarían encantadas de conocerle, estoy seguro. ¿A quién en concreto le gustaría conocer?"

Buscó algún huésped lejos de donde se encontraban. No le costó encontrarlo. Apoyado con aire altivo en una columna cercana a la puerta, el hombre llevaba un ceño negro que hacía juego con su oscuro atuendo.

"Ese caballero". Hizo un gesto con la máscara. "No creo haberlo visto nunca".

"Me sorprendería que lo hubieras conocido, mi mascota". La nariz de Turner subió una pulgada en el aire en evidente disgusto. "Ese es Pierce Pennington, un hermano del Conde de Aytoun. Una vieja familia, pero un escocés sinvergüenza, sin duda. Este último año, desde que llegó a Boston, se ha hecho un nombre en las finanzas y el transporte marítimo".

"¿No es un momento difícil para establecerse en tales menesteres?", preguntó Portia, "considerando la negativa de la gente del pueblo a pagar el impuesto por las mercancías inglesas".

"No si uno carece de cierto... bueno, de cierto respeto por las leyes comerciales de Su Majestad".

"¿Quieres decir que trata con contrabandistas?"

"No pretendo tal cosa, oficialmente. Pero pronto identificaremos a los principales malhechores que se enriquecen a costa de la Corona... y pondremos fin a ese disparate". La mirada de Turner permaneció fija en Pennington. "Hay muchas cosas de ese caballero que no entiendo. Pero, por otra parte, mis superiores lo consideran completamente leal al rey, y seguro que está por encima de ayudar a esos molestos colonos. De hecho, el hermano menor de

Pennington es oficial del ejército y goza de buena reputación, según cuentan."

"Hace que el Sr. Pennington suene aún más interesante, Capitán".

"No puede hablar en serio, Srta. Edwards".

"Así es". El ruido de carruajes y jinetes desde el patio señaló la prometida llegada del gobernador y su séquito. Portia sabía que ahora nunca viajaba a ninguna parte sin una escolta militar armada. Puso su sonrisa más dulce. "Sé que estoy a salvo con usted, capitán. ¿Sería tan amable de presentarme al caballero?"

"De todas las buenas personas que hay en la sala, mi mascota, no entiendo por qué estás tan decidida a conocer a este... a este escocés".

"Si es tan amable", preguntó. "Usted sabe que la esposa del párroco Higgins es de ascendencia escocesa. Me gustaría decirle que usted se tomó la molestia de presentarme a un distinguido compatriota suyo."

"Distinguido", se burló, lanzando una mirada agria a la distancia que tendría que caminar. "Si tienes que hacerlo, ¿por qué no vienes conmigo y...?"

"No, no puedo", dijo ella, ocultando de nuevo su rostro tras la máscara. "Jamás permitiría que surgiera el rumor de que me disgustaba pasar tiempo en su compañía, capitán. Usted conoce las reglas de la sociedad mucho mejor que yo, pero creería que si usted y el señor Pennington se acercaran a mí, no habría motivo para chismes".

Dando al capitán un suave empujón en dirección al hombre, Portia esperó sólo un momento. En cuanto Turner se hubo alejado entre la multitud, retrocedió lentamente. Detrás de ella se abrieron las ventanas hasta el suelo, y en un instante estaba cruzando las losas de una terraza y bajando los escalones hacia los jardines iluminados por la luna.

Portia se sintió agradecida al ver que los jardines seguían vacíos. Si su información era correcta, su madre se encontraba en una suite de habitaciones en el segundo piso, frente a los jardines de rosas. La única forma de llegar hasta ella, sin atravesar la casa y ser vistos, era a través de un balcón bajo junto a su dormitorio.

Levantando los faldones del vestido, Portia corrió por senderos bien cuidados bordeados de boj y parterres y pronto encontró el camino hacia los jardines de rosas. Enseguida divisó el balcón, situado sobre un pequeño peral y flanqueado por robustas espalderas de rosas. Era tal y como se lo habían descrito, y rápidamente subió un pequeño terraplén hasta la casa.

Portia Edwards había pasado los veinticuatro años de su vida ignorando alegremente sus orígenes. Criada en un colegio de huérfanos de Wrexham, en Gales, a los dieciséis años se unió a la familia del párroco Higgins y su esposa. En toda su vida, nunca había dudado de las historias sobre su filiación que Lady Primrose, la más generosa benefactora y fundadora del orfanato, le había contado desde niña. Su madre había muerto al dar a luz y su padre, un partidario jacobita de alto rango, había fallecido en algún momento después de Culloden, durante los largos años de exilio en Francia. Aunque a menudo había imaginado con nostalgia cómo sería tener una familia, no tenía ninguna.

Entonces, hacía aproximadamente un mes, se le habían abierto los ojos y una infancia de desear lo imposible apareció de repente a su alcance. Cuando Mary, la esposa del párroco, se había resfriado, el doctor Deming había visitado la casa de la callejuela de Sudbury Street. El médico, admirando el collar de Portia, había reconocido el retrato en miniatura de la mujer dentro del medallón. Desde ese momento, Portia no había descansado hasta averiguar todo lo que pudiera sobre Helena Middleton.

Portia se tocó el medallón de la garganta y empezó a trepar por el enrejado. El estrecho balcón era más estético que funcional, ya que ni siquiera había sitio para estar de pie dentro de la

barandilla. Las ventanas estaban cerradas a pesar de la cálida noche. Al darse cuenta de que aún tenía la máscara en una mano, Portia la apoyó en la barandilla e intentó asomarse. Incapaz de ver, se agarró con fuerza al enrejado con una mano y se acercó, decepcionada al comprobar que las cortinas también estaban cerradas.

Se rumoreaba por todas partes que Helena, la hija del almirante Middleton, estaba loca, y ésa era la razón por la que se la mantenía recluida. Buscando información sobre la familia, Portia había oído alabar continuamente la compasión del anciano por el devoto cuidado de su hija. Portia adivinó la verdad. Si su padre era jacobita, entonces la aventura de Helena habría sido una tremenda deshonra para un funcionario de confianza de la Corona. Pero, ¿era esta razón suficiente para encerrar a una hija durante más de dos décadas?

Portia golpeó suavemente la ventana. Comprendió que disponía de escasos segundos para intentar explicar todo esto a su madre. Su parecido era apenas perceptible. De hecho, no era descabellado imaginar que Helena pudiera ignorar por completo la supervivencia de su hija. Golpeó de nuevo y sintió la preocupación formarse como una brasa caliente en la boca del estómago. Por muy difícil que fuera explicar su relación, la tarea más ardua para Portia sería convencer a Helena Middleton de que escapara de aquella casa con ella.

Las cortinas se descorrieron bruscamente y la brasa ardiente subió desde el estómago de Portia hasta su garganta. La mujer parecía más vieja de lo que había imaginado. Su cabello dorado, largo hasta la cintura, estaba salpicado de canas. Su piel era pálida y tenía sombras oscuras bajo los ojos. Sin embargo, el parecido con el retrato en miniatura era inconfundible.

Helena sostenía una vela en una mano. No llevaba nada por encima de la delgada barandilla con la que debía de estar durmiendo. Al abrir el pestillo de la ventana, Portia se dio cuenta de que su madre aún no la había visto.

El enrejado de rosas crujió peligrosamente bajo su peso y la joven se agarró al balcón. Llevaba toda la vida soñando con este momento, y ahora apenas podía respirar.

La ventana se abrió. Helena colocó la vela en el alféizar y se asomó.

"¿Madre?"

El silencio las envolvió y Portia vio cómo la expresión de desconcierto se convertía en terror. El color desapareció por completo del rostro de su madre. Portia extendió una mano y tocó el brazo de la otra mujer, y Helena soltó un grito lo bastante fuerte como para despertar a los muertos.

Pierce Pennington observó cómo el gobernador real y su séquito entraban en el salón de baile. Siguiendo la mirada del hombre mientras entraba en la sala, Pierce se dio cuenta de que Thomas Hutchinson se fijaba rápidamente en todo y en todos los presentes, como un perro pastor que olfatea el aire alrededor de su rebaño en busca del olor de un lobo.

Devolvió la inclinación de cabeza del gobernador cuando el anciano miró hacia él. Hutchinson centró inmediatamente su atención en su anfitrión mientras el almirante Middleton se acercaba a saludarle. Un pequeño conjunto de cuerda empezó a tocar una pieza reciente de Haendel, y Pierce se apartó de la gran columna contra la que había estado apoyado. Había hecho su aparición de rigor. Se dirigió hacia las grandes puertas abiertas que daban a los jardines.

"Sr. Pennington, no nos dejará tan pronto, ¿verdad?"

Un oficial se había movido para bloquearle el paso, y Pierce lo reconoció de inmediato. Unos años mayor que él, el capitán Turner no se distinguía por su presencia física y, a primera vista, el

hombre no dejaba mucha impresión ni en amigos ni en enemigos. Sin embargo, Pierce intuía que había algo más en aquel hombre, pues era evidente que había servido bien al almirante durante muchos años. Era bien sabido que el capitán gozaba de la total confianza de Middleton.

"Iba de camino a los jardines a tomar el aire. ¿Por qué lo pregunta, Capitán?"

"Una joven conocida mía desea ser presentada, señor."

"¿A mí, capitán? ¿No me diga que ya se ha cansado de su compañía?"

"Creo que no, señor", resopló Turner. "Ella simplemente desea conocer a un escocés, y usted, creo, puede ser la única persona aquí que encaja con la descripción".

"Una dama de gusto exigente". Pierce miró por encima del hombro del oficial el mar de abrigos escarlata y azul, trenzas doradas, frescos volantes, faldas de aro y máscaras de plumas. Militares británicos de alto rango y sus mujeres llenaban la sala. "No veo a nadie esperándole, capitán".

"¿Es así?" Turner miró por encima del hombro. "Estaba justo ahí hace un momento".

Pierce respondió a otra inclinación de cabeza del gobernador y de su anfitrión cuando los dos hombres pasaron junto a ellos.

"¿Es guapa?" Volvió a centrar su atención en el oficial.

"Así es", respondió vagamente el capitán, con los ojos escrutando el salón de baile.

"¿Joven?"

"Sí."

"¿Tiene sentido del humor?"

"No le pedí que la cortejara, señor", dijo Turner, volviéndose hacia él, molesto. "Una breve presentación bastará, si es tan amable".

"Entonces lléveme con ella, Capitán, si cree que es seguro".

Con una dura reverencia, el oficial le guió en dirección a una mesa de refrescos. Esta distracción le estaba costando a Pierce un tiempo precioso. Echó un vistazo a la gran terraza de piedra que daba a los jardines. Junto a la entrada del patio, sabía que su novio Jack le esperaba con el carruaje.

El rumbo de Turner comenzó a serpentear mientras buscaba en vano a su acompañante. Finalmente se detuvo y miró con impotencia el gran salón de baile. "No puedo imaginar a dónde ha ido".

"Probablemente la asustó, capitán", respondió Pierce, manteniendo un tono ligero. "Quizá tenga la suerte de encontrarme con esta misteriosa dama en otra ocasión".

"Como desee, señor", dijo Turner, sin dejar de mirar.

Sin embargo, en cuanto Pierce se dirigió hacia las puertas de la terraza, Turner estaba a su lado.

"Tal vez salió a tomar aire. Estaba comentando lo caluroso que está".

Con el oficial aún a su lado, Pierce se detuvo en la terraza vacía. Tratando de aparentar tranquilidad, miró las agujas y los tejados de Charlestown, al otro lado del río iluminado por la luna, hacia el norte, y los mástiles de los barcos del puerto, hacia el este.

"Tu escurridiza doncella no está aquí fuera", comentó, respirando los olores del mar y del heno recién cortado que se mezclaban con el aroma de las rosas en flor. "Quizá deberías echar otro vistazo en el salón de baile".

"En efecto. Quizás".

La indecisión de Turner irritó a Pierce. "Es mejor que entres y preguntes a algunos de los otros invitados. Una mujer joven y hermosa sin escolta en un salón de baile llama la atención, Capitán".

"En efecto, señor. Mis disculpas". Sin decir nada más, el oficial hizo una reverencia y desapareció en el interior.

Con aire despreocupado, Pierce bajó despreocupadamente las escaleras y recorrió los senderos de ladrillo a través de un pequeño huerto. Aunque los invitados mostraban con entusiasmo su ingenio y sus ropas a sus iguales y a sus superiores, no se podía decir que algunos de ellos no se aventuraran a salir a la terraza. No quería que nadie le viera marcharse.

Más allá de un cerezo, el camino llevaba a los establos. Se detuvo para echar un último vistazo a la casa. No había nadie en la terraza. Todo estaba en calma.

Entonces, cuando se dio la vuelta para irse, un grito atravesó la noche.

Estaba claro que no era el momento de explicar nada. Al oír la respuesta de su madre, Portia estuvo a punto de soltarse de la barandilla.

Cuando Helena retrocedió tambaleándose desde la ventana, Portia intentó recuperar el equilibrio en el enrejado. Tan rápido como se atrevió, comenzó a descender. A su alrededor, parecía que la casa había cobrado vida. Los ladridos de los perros de las perreras siguieron al grito de Helena, y a través de la ventana abierta se oían los gritos de los criados corriendo.

A mitad de camino, el vestido de Portia se enganchó en unas espinas. Intentando desengancharlo, sintió que el enrejado empezaba a separarse de la casa. No tuvo más remedio. Liberándose del vestido, saltó y se agarró a una rama del peral mientras caía.

Al caer al suelo blando, notó cómo se le desgarraba el vestido y se le rompían los cordones del corsé. Le llovían hojas y ramas, pero no podía preocuparse por nada. Rápidamente, se puso en pie y echó a correr para alejarse de la ventana y del alboroto que se estaba produciendo en la cámara de arriba. Cruzó el jardín de rosas, divisó una abertura arqueada que daba al exterior y dirigió sus pasos hacia ella. Entonces, cuando Portia miró hacia la casa por última vez, chocó con un cuerpo alto y muy sólido que bloqueaba repentinamente el arco. Aturdida, cayó hacia atrás, pero un par de manos fuertes la agarraron por los hombros.

Portia levantó la vista asustada, esperando a uno de los sirvientes del almirante. En cambio, se sintió aliviada al descubrir que su captor era el escocés al que había enviado a buscar el capitán Turner. Gritos de "¡Ladrón!" y "¡Rompehogares!" resonaron en la oscuridad.

"¡No es lo que piensas!", exclamó, sabiendo ya que no podía revelar la verdad si quería volver algún día aquí para llevar a cabo sus planes.

"¿Y qué pienso yo?"

"No soy un ladrón". Intentó apartarse, pero la mano del hombre rodeó con fuerza su muñeca. Podía oír las voces de los criados que cruzaban el jardín de rosas. "Se equivocan. Sólo paseaba por los jardines. Debo haber asustado a una señora que miraba por la ventana".

"Debe haber sido una ardua caminata".

Portia se estremeció cuando su mano libre le tocó la mejilla. Se había arañado en otoño. Le arrancó del pelo una ramita con hojas.

Los perseguidores estaban casi sobre ellos. Ella tiró de su brazo e intentó esconderse entre las sombras del muro del jardín. Estaba segura de que si la atrapaban sería desastroso. El almirante Middleton era lo bastante despiadado como para encerrar a su propia hija, y Portia no quería pensar en lo que le haría si adivinaba la relación que existía entre ellos.

"Vine aquí como invitado. Hacía demasiado calor en el salón de baile. Necesitaba salir a dar un paseo". El pánico se apoderó de ella. Si la retenía un instante más, estaría perdida. "Por favor,

debe ayudarme. Será imposible intentar explicarles esto".

"Estoy de acuerdo. Te cuesta explicármelo".

"Sr. Pennington", suplicó. "Le ruego que me crea. No soy una ladrona. Dónde estaba y lo que intentaba hacer es perfectamente justificable y explicable para una persona racional, pero no para una turba perseguidora. Si me ayudara a salir de aquí..."

"¡Allí!" El grito estaba cerca. "¡Hay alguien *ahí*!"

Portia miró por encima del hombro y vio a unos hombres que se acercaban. Varios llevaban antorchas. Se encogió contra él.

"Por favor", susurró ella contra su pecho.

Tiró bruscamente de su muñeca, forzándola a ponerse a su lado mientras gritaba. "Por aquí."

Capítulo Dos

LOS GRITOS de los sirvientes resonaron en la habitación contigua y luego bajo ella, en los jardines. Helena se encogió contra las pesadas cortinas al oír el pestillo de su puerta. Miró hacia el balcón. La única vela del alféizar no era más que un resplandor parpadeante, un punto de luz mortecino en el mar de oscuridad que cada día se apoderaba un poco más de su visión.

Estaba perdiendo la cabeza. El mundo de los sueños se apoderaba de sus horas de vigilia.

Los médicos le habían advertido. La habían sermoneado sobre los delirios que experimentaría. No importaba que parecieran tan materiales, tan reales, sólo eran creaciones de su mente perturbada. Le habían dicho que los medicamentos la ayudarían a dormir, pero que debía tomarlos con constancia. Religiosa.

No se fiaba de ellos. Cuestionaba sus motivos y su charlatanería. Se sentía más enferma con cada dosis de sus brebajes venenosos. Pero en contra de su buen juicio, y por desesperación, de vez en cuando se sometía a su voluntad combinada.

Ahora, sin embargo, Helena no sabía si la joven de esta noche había sido real o si simplemente su mente le había jugado una mala pasada.

Madre, había dicho la joven voz. *Madre*.

Pero ella no era madre. Ningún ser vivo la había llamado nunca por ese nombre. Su pobre bebé no había vivido lo suficiente. Helena se tocó el brazo donde había sentido los dedos de la mujer. Todo había sido un engaño, una ilusión creada en su mente.

La puerta se abrió. El sonido de pasos atravesó la habitación. Formas borrosas que portaban velas la rodearon.

"¿Señorita Helena?"

Aceptó que una joven sirvienta la envolviera por los hombros. Sin embargo, se estremeció involuntariamente cuando oyó los pesados pasos de la señora Green en la alcoba.

"¿Había alguien aquí?"

"No", susurró Helena.

"¿Alguien intentó entrar en tu habitación?"

"Nadie".

"¿Entonces por qué gritaste?"

"He tenido una pesadilla". Se acercó a la ventana. El aire cálido de la noche le aliviaba la piel, como el tacto suave de la joven. *Madre*, había dicho.

"Prácticamente todos en la mansión oyeron su llamada, señora. Ha interrumpido la fiesta. Los invitados están molestos, y el Almirante está bastante disgustado. No tomó la medicina esta noche, ¿verdad, Srta. Helena?"

Dio la espalda a la reprimenda implícita de la Sra. Green y a su pregunta. Ciertamente bebió

la poción amarga. *Estaba* durmiendo cuando oyó que llamaban a la ventana. Si sus ojos le permitieran ver...

Los criados se movían por la habitación. Alguien se asomó al balcón y llamó a los de abajo. La señora Green continuó increpándola, aunque Helena la ignoró. Estiró la mano a lo largo del alféizar hasta que sus dedos agarraron el candelabro.

"No sé por qué insiste en mantener una vela encendida por la noche", dijo amargamente el ama de llaves, quitándole la luz y dirigiéndose hacia la chimenea. "Sólo un desperdicio del dinero del Almirante".

Un joven sirviente empujó algo a las manos de Helena. "¿Se le cayó esto, milady?"

Sintió la textura del objeto: terciopelo, plumas, el contorno de los ojos y la nariz. Sus dedos le dijeron que era una máscara de mujer, pero Helena no se atrevió a acercársela a la cara para verla mejor.

"Sí, lo hice", dijo en voz baja, al oír que la señora Green regresaba. Sin decir nada más, Helena metió la máscara bajo el envoltorio.

La patada en la espinilla fue cruel e inesperada. Pierce profirió una maldición cuando su agarre se aflojó lo suficiente para que la descarada se zafara de su agarre. Al segundo siguiente, desapareció en la oscuridad de los árboles.

No se molestó en mirar por dónde iba. Simplemente no estaba interesado en la pequeña diablesa. Desde luego, no podía importarle menos por qué huía, qué la habían pillado haciendo o cómo era que sabía su nombre. En su mente se formó una vaga conexión con la joven que el capitán Turner había estado buscando antes. Si era ésta, haría bien en huir.

Aunque Pierce había llamado a la mafia, tenía la intención de decir unas palabras en su defensa, tal vez incluso servirle de coartada. Sin embargo, el tiempo apremiaba y tenía asuntos mucho más importantes en el muelle.

Cuando varios criados llegaron hasta él, Pierce señaló una dirección distinta a la que había tomado la mujer. Mientras el grupo se alejaba, él se abrió paso a través de los jardines en dirección a los establos.

La noticia de un posible robo ya circulaba entre los mozos de cuadra. Se apiñaban en grupos entre los carruajes del atestado patio. Las antorchas iluminaban los rostros de los hombres en peluca que se volvían para mirarle. Dos carruajes que acababan de dejar a los invitados que llegaban tarde en la puerta principal bajaron por el camino de grava, bloqueando el paso del resto. Un poco más abajo, Pierce divisó su propia tumbona, donde había ordenado que la dejaran esperando. Cuando se dirigió hacia ella, vio que Jack, su hombre, dejaba atrás a otros mozos de cuadra y trotaba para alcanzarlo.

"Ha hecho un buen trabajo, señor, armando tanto alboroto ahí dentro", murmuró Jack al acercarse.

"No me atribuyo ningún mérito".

Pierce dirigió al novio hacia las sombras de unos árboles mientras cuatro oficiales del ejército que subían por el camino hacia la puerta principal de la mansión se detenían junto a una hilera de manzanos. Los hombres eran ruidosos y evidentemente estaban borrachos.

Pierce habló en voz baja. "¿Aprendiste algo que valiera la pena... antes de que empezara todo el jaleo?"

"Sí, señor. Aquí se ha hablado sobre todo de los regimientos que se han reunido esta mañana

en el Common. Se han dado cuenta de que no había mucha gente de la zona que viniera a verlos. Incluso el ejercicio y el fuego en King Street, cerca de la casa del coronel Marshal, apenas tuvo asistencia, dicen".

"Su decepción apenas ha impedido que la cerveza corra libremente, por lo que parece. ¿Se habla de la actividad del regimiento?"

Mientras los oficiales intercambiaban lascivos improperios, dos de ellos terminaron de aliviarse contra uno de los árboles frutales. Riendo a carcajadas, montaron de nuevo en sus caballos y se dirigieron hacia la puerta principal de la mansión.

"No." Jack bajó aún más la voz. "Pero he oído que todo está tranquilo en el muelle."

"Buenas noticias". Pierce echó una última mirada al grupo que desaparecía antes de ponerse en marcha hacia su tumbona. "Pero se nos hace tarde".

"Llegaremos a tiempo, señor."

Salió disparada de entre los árboles como una aparición voladora, y Pierce se quedó mirando incrédulo mientras ella le lanzaba una mirada antes de meterse en su tumbona abierta.

"No si viajamos a pie", gruñó con incredulidad. El vestido de noche blanco, los rizos oscuros volando alrededor de la cara de un duendecillo... era la misma mujer que minutos antes le había abollado permanentemente la espinilla.

"¡Por el diablo... espera!", gritó justo cuando ella soltó las riendas. Los caballos salieron disparados por el camino.

Con Jack murmurando maldiciones sorprendido, Pierce corrió hacia el carruaje tan rápido como le permitieron sus piernas.

Portia oyó los gritos de enfado del hombre. Tuvo suerte de que, de todos los carruajes del patio, el suyo fuera el primero con el que se cruzara. Miró por encima del hombro. El hombre seguía persiguiéndola a pie, y ella empujó a los caballos para que fueran más rápido.

Al mirar hacia delante por el camino bordeado de antorchas, vio otro carruaje que se acercaba a toda velocidad. Se quedó mirando el estrecho puente sobre un barranco que los separaba. Ambos llegarían al mismo tiempo.

"Refrena, mujer. ¡Alto ahí!"

Ignoró los gritos que venían de detrás de ella. El escocés había hecho oídos sordos a sus explicaciones y estaba dispuesto a entregarla a los sirvientes del almirante. Y eso que sólo había sido *sospechosa* de alguna fechoría. Estaba segura de que ahora la mataría con sus propias manos por haberle robado la tumbona.

Ya casi había llegado al puente, al igual que el carruaje que se aproximaba. Instando a los caballos a seguir, Portia se concentró en las puertas abiertas de la mansión y en las antorchas encendidas que se veían a lo lejos.

El conductor que circulaba en sentido contrario parecía tener tanta prisa por llegar como ella por marcharse. Tampoco parecía dispuesto a cederle el paso. Por desgracia, el otro carruaje llegó primero al puente.

Portia oía los gritos de Pennington a sus espaldas, pero no tenía elección. En el último momento, tiró de las cabezas de los caballos hacia la derecha e intentó bajar por el terraplén cubierto de hierba y atravesar el barranco. Sin embargo, los briosos animales se resistieron a su repentino cambio de planes y se encabitaron al borde del camino de grava.

Portia apenas pudo mantenerse sentada cuando el carruaje se detuvo bruscamente en el borde

de la hierba. El cochero y el mozo del otro carruaje gritaron triunfantes al pasar a toda velocidad. Portia tiró de las riendas y les pidió a los caballos que volvieran al camino.

Tenía que volver aquí. El pequeño desastre de esta noche no la había disuadido en absoluto. Tenía que salir del recinto, pero luego lo intentaría de nuevo... y de nuevo. Tenía que hacerlo.

Sin embargo, antes de que pudiera llevar el carruaje hasta el puente, un pícaro furioso y sin aliento se abalanzó sobre ella, arrebatándole las riendas de las manos mientras subía a la chaise.

Pierce estaba lo bastante enfadado como para matarla, y se aseguró de que su mirada lo demostrara. Sin embargo, en lugar de correr para salvar la vida, la tonta mujer se limitó a trasladarse al extremo más alejado del asiento y sentarse con las manos entrelazadas en el regazo, como si estuviera dispuesta a ser conducida a los oficios dominicales.

Sin embargo, mientras Pierce buscaba las palabras para arremeter contra ella, Jack los alcanzó y se dirigió a la parte delantera de la tumbona para calmar a los agitados caballos.

"No me importa qué razón pueda tener para comportarse como una maldita lunática", escupió finalmente Pierce. "Pero saldrá de mi carruaje ahora mismo, señora".

"Me temo que no puedo", dijo con calma antes de deslizarse por el asiento hacia él.

Pierce se mordió la lengua cuando comprendió el motivo de su acción. Un miembro del personal del almirante, vestido de rojo, y varios de sus mozos de cuadra -uno de ellos con una linterna en la mano- se acercaron a la tumbona.

"¿Algún herido, señor?", preguntó el hombre, mirándolos. "Estuvo a punto de fallar en el puente".

La mujer se encogió a la sombra de Pierce y con ambas manos se aferró desesperadamente a su brazo.

Consciente de la soga que se ceñiría a su bonito cuello, Pierce seguía sintiendo la tentación de entregarla a los hombres de Middleton. Pero la descarada tenía mucha suerte de que él no se dejara llevar fácilmente por la tentación.

"No. Nadie está herido", gruñó.

"Os vi corriendo detrás de la diligencia. ¿Se asustaron los caballos, señor?"

Pierce se abstuvo de decirle que se metiera en sus malditos asuntos. "Era mi acompañante, si realmente quieres saberlo. La dama se ofendió porque la dejé sola en el salón de baile un minuto de más. Decidió irse sin mí".

El joven agente soltó una risita y trató de verla mejor. Pierce sintió que la mujer se apretaba más contra él mientras intentaba ocultar su aspecto desordenado. La oscuridad la favorecía.

"Bueno, con la Gobernadora Hutchinson recién llegada, la noche no ha hecho más que empezar", sonrió significativamente el hombre. "Tiempo de sobra para recuperar su afecto".

Pierce apoyó una mano en la rodilla de la mujer y, al sentir que todo su cuerpo se tensaba, sonrió con satisfacción.

"Creo que no". Apretó su pierna contra la de ella íntimamente. "Por experiencia sé que sólo hay una manera de retener el afecto de *esta* dama, soldado, y la privacidad es necesaria, si entiendes lo que quiero decir. Así que si nos perdonas, nos vamos".

La risa del hombre llenó el aire cuando se alejó de la tumbona. Sin mediar palabra, Pierce puso en marcha los caballos mientras Jack se colocaba detrás de ellos.

Pierce pensó en la cita que le esperaba esta noche. El encuentro dependía de la marea. El lapso de tiempo que su cliente podía esperarle en el muelle era estrecho. Puede que esta mujer ya le haya entretenido demasiado.

Se deslizó hasta el borde más alejado del asiento en cuanto cruzaron la puerta. "Ha sido muy poco caballeroso por su parte, señor, sugerir una relación impropia entre nosotros".

"Al contrario, señora. Pensé que era bastante generoso y caballeroso de mi parte no entregarte a ellos directamente."

"¿Y por qué no lo hiciste?"

La miró fijamente. Hojas y ramitas se enredaban en el artilugio de peines y perlas que apenas sostenía sus oscuros rizos. Unos ojos grandes e inteligentes le devolvieron la mirada. Pierce miró abiertamente la bata blanca manchada de suciedad y desgarrada, dejando que su mirada se detuviera en la parte superior expuesta de sus pechos. Un medallón de plata anidaba en el generoso escote.

"El castigo por sus crímenes de esta noche no habría sido menos que la horca. Pero con su aspecto, señora, y pensando en los carceleros que estarían más que encantados de conocerla, sólo puedo imaginar que su día en la horca no llegaría lo bastante pronto para su gusto."

"Estás suponiendo que he cometido algún delito", replicó ella. "Si fuera usted más considerado y galante, habría escuchado mi explicación antes en el jardín. Entonces, señor, sabría que aparte de haber sido víctima de una serie de desafortunados accidentes, soy... bueno, casi totalmente inocente de todo lo que ocurrió en esa mansión".

"Casi totalmente inocente. ¡Qué frase tan curiosa! ¿Pero llamas accidente a darme una patada lo bastante fuerte como para dejarme coja permanentemente?", desafió. "¿Y una mujer inocente corre por los jardines como una diablesa, robando carruajes?"

"Te merecías el primer ataque porque me vi obligado a protegerme. En cuanto a tomar tu carruaje, la supervivencia dictó mis acciones".

Pierce miró incrédulo a la testaruda mujer. Sin miedo, sin remordimientos, sin más explicaciones. Pasaban por delante de la iglesia del Norte, y ella se recostó en el asiento y levantó la vista hacia el imponente campanario.

"Aún estoy a tiempo de dar la vuelta y llevarte de vuelta".

Ella le dirigió una mirada de incredulidad. "Ambos sabemos que no harás tal cosa".

"¿Y eso por qué?"

Un bache en la carretera la sacudió en el asiento y cayó contra él. Se deslizó rápidamente hacia un lado. El artilugio que le sujetaba el pelo se inclinó precariamente hacia un lado.

Sin embargo, no le costó encontrar su voz. "Obviamente estabas aburrido en la fiesta del Almirante".

"Te aseguro que no nos aburriríamos si volviéramos a la fiesta".

"Tal vez no. Mi punto es, sin embargo, que el aburrimiento no es razón suficiente para que te traslades a los jardines justo cuando llegó el gobernador."

"Necesitaba un poco de aire fresco".

"Usted y su novio se dirigían a su carruaje". Ella sacudió la cabeza. "Por algo no me entregaste al almirante cuando me alcanzaste. Te ibas y no podías permitirte más retrasos".

Empezó a quitarse horquillas y peines del pelo y retiró lo que parecía una pequeña almohada que servía de base al montón de pelo. Peinó con los dedos la masa de rizos liberada.

Pierce se distrajo momentáneamente con la manta de tirabuzones oscuros que le caía sobre los hombros. Olía a rosas y a aire nocturno.

"¿Qué tan cerca estoy de la verdad, señor?"

"Dudo que usted y la verdad estén cerca, señora".

"Admítalo, Sr. Pennington. Llega tarde a una cita importante. No dará la vuelta y me llevará de vuelta".

Reprimió a los caballos y detuvo bruscamente el coche. Ella salió despedida hacia delante, pero sin ayuda volvió a su asiento.

"¿Cómo sabes mi nombre?"

"Como expliqué antes, fui invitado al baile del Almirante Middleton".

"¿Y tu nombre es...?"

Dudó.

"Su nombre, señora", espetó, satisfecho al ver que ella se estremecía ligeramente.

"Soy Portia Edwards, pero eso es todo lo que necesita saber de mí, señor". Había una nota de cautela en su voz. "Y simpatizo con usted y las limitaciones de tiempo que debe estar enfrentando. Era ciertamente una imposición para mí esperar..."

"¿Cuál sería su recomendación sobre la forma más conveniente de librarme de su compañía, señorita Edwards?". Pierce sabía que estaba siendo grosero, pero no le importaba.

"Aunque dudo en recomendarlo, podrías dejarme a un lado de la carretera, pasado Mill Creek, ya que en realidad sólo necesito que me lleven fuera del North End". Ella se echó la manta de rizos sueltos sobre un hombro, y él pudo ver de nuevo el ajustado corpiño y el escote del vestido. "Hay problemas de seguridad obvios con esa opción, por supuesto. Sin embargo, si vas a ir cerca de Dock Square, me ahorraré la molestia de caminar en la oscuridad y exponerme a todo tipo de peligros que una joven..."

"Dock Square 'tis." Tiró bruscamente de las riendas, impulsando a los caballos al trote.

Casas y tiendas se alineaban ahora en las calles, con estrechos callejones arqueados que conducían a patios interiores. La gente seguía reuniéndose en las calles y en los portales en esta noche de fiesta, y los niños corrían y bailaban alrededor de las hogueras que se habían encendido en los solares libres de edificios. La empujaron cuando chocaron contra una acera en un cruce, pero, para gran decepción de Pierce, no se cayó de la chaise.

"Entonces, Sr. Pennington, ¿se reunirá con uno de sus socios contrabandistas esta noche?"

La miró con dureza y se echó a reír. "Desde luego que no. Pero, ¿qué puede saber usted de mis socios o de mis negocios, señora?"

"Absolutamente nada. Lo que quería preguntarte era si estabas haciendo algún tipo de comercio ilegal esta noche".

Pierce la estudió más de cerca. Barbilla obstinada, frente alta e inteligente, mirada directa. Parecía estar en su sano juicio y, obviamente, esperaba una respuesta.

"¿Me estás acusando de ser un contrabandista?"

"Yo no, señor. Simplemente estoy repitiendo un rumor que me contó el Capitán Turner. Sugirió que usted podría estar faltando a cierto respeto por las leyes de comercio de Su Majestad". Se desprendió una hoja del escote de encaje del vestido y la pasó a la custodia del viento.

"¿Entiendo que su amable capitán me acusa de infringir la ley?"

"No lo hizo en mi presencia. Por supuesto, no conversé con él en detalle sobre ese tema en ese momento, ni me quedé en el baile el tiempo suficiente para seguir con ello... si hubiera tenido algún deseo de hacerlo". Los ojos oscuros lo miraron intensamente. "Pero mi pregunta sobre adonde podías ir esta noche es producto de mi propio y simple razonamiento. Quiero decir, qué mejor noche para participar en tales actividades con tantos oficiales celebrando el cumpleaños del Rey."

"¿Puedo preguntar cuál podría ser su relación con el Capitán Turner, Srta. Edwards?"

"Es primo segundo de un amigo".

"Y tú pareces ser su confidente".

Ella sacudió irasciblemente la cabeza. "Me ha sorprendido saber esta noche que el capitán Turner aprecia muchas cosas de mí, señor, pero estoy bastante segura de que convertirme en su confidente no es su principal objetivo".

Pierce siguió el movimiento de sus dedos mientras tiraba de otra ramita clavada en el encaje que adornaba el corpiño del vestido. Sin duda, el acto pretendía llamar su atención sobre la esbelta cintura y la plenitud de sus pechos. Apartó sus pensamientos de los encantos físicos de la mujer y se centró en la situación.

Era demasiado abierta con lo que había oído del oficial del almirante para ser una espía. Sin embargo, si Turner era lo bastante astuto como para seguir ese camino, Pierce se dio cuenta de que una damisela en apuros -y aparentemente parlanchina, además- podría ser justo el método que utilizaría el capitán.

Su propio socio Nathaniel Muir le había estado advirtiéndole últimamente de la astucia de Turner y de su influencia entre las filas del almirante Middleton. Sin duda, el oficial inglés haría cualquier cosa por desenmascarar la identidad del principal proveedor de armas de los Hijos de la Libertad y los rebeldes bostonianos, el escurridizo MacHeath.

"Si yo fuera contrabandista, señorita Edwards, tal vez lo mejor que podría hacer sería asesinarla y arrojar su cuerpo al estanque del molino". Señaló hacia el agua negra que cubría las marismas a su derecha.

"Apenas te conozco, pero creo que eres un hombre que valora su propio cuello lo suficiente como para saber que una acción así te llevaría directamente de vuelta a ti".

"Teniendo en cuenta los problemas que ya me has causado, esto podría valer la pena el riesgo."

Ella le lanzó una mirada de incredulidad burlona antes de volver a centrar su atención en el paisaje que pasaba. Él abandonó el tema.

Durante las últimas semanas, se había consultado a varios hombres relacionados con el transporte marítimo y se les había pedido su colaboración para descubrir a MacHeath. Sin embargo, ni Pierce ni Nathaniel habían sido contactados, y esto le preocupaba. Como resultado, había estado buscando una oportunidad para mejorar su imagen ante la administración británica en Boston. Lo último que Pierce necesitaba era ser el blanco de una investigación.

Observó cómo Portia retiraba con éxito la ramita. Aunque las mujeres de las colonias seguían códigos de conducta muy diferentes a los de las mujeres de Inglaterra, su franqueza y falta de timidez eran una clara señal de que no era una inocente. Había ido al baile con un oficial experimentado y, por accidente o no, se había subido al carruaje de un completo desconocido sin dudar. Dejó vagar su mirada sobre ella una vez más. Ciertamente, no era difícil mirarla.

No, Portia Edwards era una oportunidad demasiado atractiva para dejarla pasar.

Capítulo Tres

AUNQUE PORTIA sólo llevaba en Boston desde el otoño pasado, conocía lo suficiente la ciudad como para saber que el giro a la izquierda del carruaje los sacaba de la ruta hacia Dock Square. Miró a su silenciosa compañera.

"¿Hay algún lugar más conveniente para dejarme, señor, que Dock Square?"

"No, te llevaré allí. Antes, sin embargo, tengo que pasar por una taberna que conozco -la Perla Negra- y asegurarme de que cierta amiga que iba a reunirse conmigo aún no ha llegado".

Portia estudió al hombre con nuevo interés. Lo positivo era que era alto, de hombros anchos y facciones oscuras y melancólicas. Sin embargo, no quería mirarlo demasiado de cerca por miedo a encontrarlo demasiado atractivo. Por otra parte, a excepción de algunos momentos en los que se había visto apretada contra su duro cuerpo, había tenido que mantener las distancias con él a riesgo de que le arrancara la cabeza. Supuso que sus planes para esta noche giraban en torno a los negocios y no a algo personal.

"Creo que nunca he estado en la Perla Negra".

"Me sorprendería que hubieras estado allí".

"¿Y eso por qué?"

"El local atiende a cierto tipo de clientela".

"¿Sólo hombres?"

"Y sólo *cierto* tipo de mujeres".

"Pero has quedado con una amiga".

"Una mujer a la que no llevaría al baile del almirante Middleton". Su mirada recorrió la parte delantera de su vestido. "El tipo de mujer que insinué que eras cuando nos despedimos allí."

Se removió en el asiento, repentinamente incómoda con la imagen. El párroco Higgins y su esposa eran muy conocidos y respetados entre muchas familias de la ciudad. Como su ama de llaves y tutora de sus dos hijos, Portia era muy consciente de su responsabilidad de mantener una reputación modesta.

"Debo pedirle, señor, que no vuelva a sacar a colación ese desagradable asunto. La noche y la oscuridad jugaron a mi favor, y no deseo que el incidente se haga público."

"Como desee, Srta. Edwards", dijo amablemente. "Pero, ¿cómo va a explicar su repentina desaparición de esta noche al capitán Turner?"

Miró hacia las calles oscuras y desconocidas que pasaban. "Pensaré en una excusa adecuada antes de que nos volvamos a ver, que no será pronto".

"No estoy de acuerdo", desafió. "Aunque no me considero un gran admirador del hombre, me parece improbable que no se preocupara por tu paradero. Después de todo, era tu escolta y el responsable de tu bienestar. Sin duda te buscará esta noche para asegurarse, al menos, de que te

han llevado sana y salva a casa".

Portia sintió que la cabeza le latía con fuerza. Tenía razón. Tal vez sería mejor ir a casa de su amiga Bella en lugar de ir directamente a la casa parroquial. Podría pedirle a un novio que llevara un mensaje al capitán a la mansión. Pero eso era demasiado complicado, porque la naturaleza joven e inquisitiva de Bella exigiría respuestas sobre cómo se había dañado su vestido, y Portia no estaba dispuesta a revelar nada.

Sus pensamientos se detuvieron bruscamente cuando vio a los caballos entrar en el patio de una taberna y posada. Sólo alcanzó a ver el descolorido letrero de la fachada del edificio. Estaba bastante segura de que nunca había estado en esta parte de Boston, y la zona parecía menos poblada, con edificios y almacenes en ruinas frente al patio. Mientras el mozo ataba los caballos a un poste, Portia se asomó a la oscuridad alarmada por la sordidez del lugar.

Un establo se inclinaba en el extremo del patio, sostenido por los restos quemados de un roble. A su derecha, la luz del fuego y los ruidos de juerga salían por las ventanas abiertas de un enorme edificio de madera que debía de ser la taberna. Sentía el olor de la marea y sabía que debían de estar cerca del puerto.

El patio estaba sucio y las maltrechas contraventanas colgaban de las ventanas. Se fijó en la tela blanca de la raída camisa de una mujer que cubría el alféizar de una de las ventanas. Portia miró rápidamente hacia los establos cuando una sombra en movimiento llamó su atención.

"Puede esperar aquí si lo desea. Volveré en unos minutos".

Portia asintió y se quedó inmóvil. Observó a Pennington cruzar el patio. Cuando desapareció por una puerta, un coro de gritos y risas de borrachos saludó su llegada. La puerta se cerró tras él, dejándola de nuevo en la oscuridad. Se secó las palmas sudorosas en la falda, metió una lágrima en la cintura y deseó haber recuperado su chal antes de salir en busca de su madre.

Esta noche se había dejado demasiadas cosas, aunque sería bastante fácil explicar el envoltorio, ya que los invitados a menudo deben dejar atrás sus posesiones. Pero, ¿y la máscara? Recordaba haberla dejado en la barandilla del balcón de la habitación de Helena. Durante el alboroto, podría haberse caído fácilmente a los rosales. Eso podría ser un problema.

El vestido de Bella, su chal y la máscara. Portia no podría devolver la mayor parte de lo que le habían prestado, y lo que le devolvería a su amiga estaba en un estado desastroso. Pasó la mano por el ajustado corpiño y juró en silencio que encontraría la forma de devolverle el favor a su amiga.

La puerta de la taberna se abrió y la luz se derramó por el patio, junto con dos comerciantes borrachos. Una mujer risueña salió dando tumbos un paso por detrás. Al cerrarse la puerta, uno de los hombres se volvió y agarró a la mujer, empujándola contra la pared. Portia tragó saliva cuando vio que la mujer se subía las faldas y tanteaba la parte delantera de sus pantalones. La cara del hombre desapareció dentro del escote abierto del vestido. El otro se aliviaba contra el edificio, mientras gritaba y exigía su turno.

Portia se ciñó las faldas y se encogió en el asiento. Aquel no era el Boston tranquilo y seguro que ella conocía. Su único consuelo era saber que el mozo de Pennington estaba cerca. Miró a los caballos y se asomó rápidamente por el lateral del carruaje. El mozo había desaparecido, y ella miró alrededor del patio con una fría sensación de pánico que la invadía.

La mujer contra el edificio emitía sonidos que Portia nunca había oído antes, y el comerciante gruñía por el esfuerzo. Sin poder ver al novio por ninguna parte, Portia se sintió de repente extremadamente vulnerable y buscó algo que pudiera utilizar como arma en caso de necesidad. Sin embargo, cuando se inclinó para coger el látigo de su funda, una mano sucia se asomó por el lateral del carruaje y se agarró al dobladillo de su falda.

Lanzó un pequeño grito e intentó apartarse. Apareció el rostro fornido de un hombre. Tenía una amplia sonrisa, carente en gran medida de dientes. Los dos hombres y la mujer contra el edificio no le dedicaron ni una mirada.

"Bueno. ¿Qué tenemos aquí?", murmuró, mirando a su presa.

"Suéltame", suplicó, tirando con fuerza de su vestido.

Portia cayó hacia atrás cuando el hombre, vestido de marinero, le soltó la falda. Se sintió aliviada al ver que el mozo de Pennington empujaba al hombre lejos del carruaje. Los dos hombres se enfrentaron durante un largo momento y Portia pensó que iban a pelearse. Luego, el marinero se dio la vuelta y cruzó el patio en dirección a la calle.

"El amo dice que no es seguro que te quedes aquí sola", gruñó el mozo, mirándola. "Tal vez quiera entrar y esperar, señora".

No necesitaba que se lo pidieran dos veces. Bajando rápidamente del carruaje, Portia corrió, caminó y volvió a correr para seguirle el paso mientras él se dirigía a la puerta de la taberna. Cuando pasaron junto a la moza y sus dos hombres, Portia mantuvo la mirada perdida, tratando de pensar en un himno religioso que tapara el tono creciente de los gritos.

En el interior, el lugar no presentaba grandes mejoras, y un violinista entonaba una animada melodía en un rincón alejado. Nunca había estado en un lugar así. Nada más entrar, los gritos de cuatro marineros borrachos en la mesa más cercana a la puerta la hicieron estremecerse y querer salir corriendo. El hedor a tabaco, cerveza, orina y otros olores que no pudo identificar impregnaba el aire caliente y ahumado. Había un cordero asándose en un espetón en una gran chimenea abierta, pero el olor no hizo nada para disminuir la sensación de náuseas que subía por el estómago de Portia.

Al menos dos docenas de mesas, llenas de lo que parecían marineros, comerciantes y mercaderes, se agolpaban en la sala. En todas las mesas se jugaba a los dados y a las cartas, mientras cuatro o cinco mujeres agasajaban a los hombres con cerveza, comida y miradas picantes. Portia observó con asombro cómo una mujer escasamente vestida y con los pechos al aire se subía las faldas y bailaba en el centro de la sala entre los vítores de su público.

Un marinero enjuto y con cara de hacha de la mesa de al lado de la puerta se puso en pie y avanzó a trompicones hacia ellos, haciéndole una oferta para que se uniera a él y a sus amigos untados de alquitrán.

"Tampoco creo que sea seguro esperar aquí", dijo rápidamente al novio.

"Os llevaré a la trastienda, donde os espera el maestro".

"Gracias", susurró Portia en voz baja, manteniéndose cerca del hombre mientras se dirigían hacia una puerta en la parte trasera.

Sin embargo, su admirador náutico no se amilanó y, cuando ella se alejó, sus ofrecimientos degeneraron rápidamente en burlas lascivas. Su charla también atrajo la atención de los demás. Mientras Portia caminaba entre las mesas, la ira sustituyó al nerviosismo cuando los hombres la miraron abiertamente. Apartó de un manotazo la mano de uno que le tocó el trasero, provocando las risas de sus amigos. Justo cuando llegaron a una puerta cercana a unos escalones desvencijados que conducían a un piso superior, el marinero borracho que los perseguía agarró a Portia por el brazo.

"No tan rápido, bonita..."

Instintivamente, pateó las espinillas del hombre cuando éste la hizo girar. Por segunda vez en una noche, la táctica funcionó. El bruto dejó de agarrarla por el brazo y retrocedió enfadado. Ahora contaban con la atención de la mayoría de los clientes de la taberna. Varios la aclamaron. Otros se levantaron en defensa del hombre. Sin embargo, Portia consideró que estaba en serios

problemas cuando vio que los ojos de su atacante se centraban en ella con intenciones asesinas.

"Espera dentro". La voz de Pennington detrás de ella sonó a salvación. Sin chaqueta y con las mangas arremangadas, pasó por delante de ella para encararse con la muchedumbre y la empujó tras él al interior de la habitación, cerrando la puerta.

El susto la dejó tambaleándose y apoyada contra la puerta. Los ruidos que la atravesaban eran amortiguados, pero no oyó ningún ruido de muebles chocando ni de nadie intentando derribar la puerta. Portia respiró tranquilamente varias veces, pero el olor a rancio era fuerte. Miró a su alrededor. La pequeña habitación sólo tenía dos diminutas ventanas con postigos en lo alto de una pared y ninguna otra puerta. No había forma de escapar, pensó preocupada. Una sola vela ardía sobre una mesa cerca de una pared. Los ojos de Portia tardaron unos segundos en adaptarse a la oscuridad. Cuando lo hizo, no se sintió mejor.

Una gran cama dominaba la habitación, cubierta con ropa de cama sorprendentemente bien confeccionada. A los pies de la cama yacía la chaqueta de Pennington. Allí estaba la mesa que sostenía la vela, una jarra y un cuenco, y otros objetos de formas extrañas. No había sillas ni ningún otro mueble. Las paredes tenían un revestimiento oscuro y una de ellas estaba decorada con un surtido de látigos y grilletes. Se quedó boquiabierta por un momento y entró en la habitación vacilante.

El lugar tenía muy poca luz para leer y muy poco aire para la costura. Cualquiera que viniera aquí sólo podía tener una cosa en mente, y dormir no parecía probable.

Portia sintió que se le encendían las mejillas al pensar que Pennington había planeado encontrarse aquí con una compañera. Rápidamente apartó ese pensamiento y cogió una pieza larga y cilíndrica de marfil tallado que estaba sobre la mesilla de noche. Sujetó el extraño objeto liso entre las manos y descubrió que sus dedos no podían rodearlo por completo. Probó su fuerza golpeando ligeramente el extremo con el borde de la mesa. No podía discernir para qué se utilizaría, pero pensó que podía usarse como arma. Volvió a dejarlo sobre la mesa y decidió que no quería saber qué podía ser el otro extraño artilugio que había sobre la mesa.

Portia se quedó boquiabierta cuando levantó la vista y vio el gran espejo ovalado que había en el techo, encima de la cama.

Al no oír nada en la cantina, se inclinó sobre la cama y contempló horrorizada su propio reflejo. Tenía el pelo enmarañado, el vestido roto y despeinado, y la parte superior apenas le cubría los pechos. Parecía una mujer caída, simple y llanamente.

Intentó ajustar el corsé para atenuar el efecto, pero perdió el equilibrio y cayó sobre la cama. Rápidamente trató de incorporarse y vio el reflejo del medallón que llevaba al cuello, lo único *real* que tenía esta noche. Era su única posesión en este mundo, y Portia se quedó mirando el tesoro que había iniciado todo esto.

El medallón brilló contra su piel. No tuvo que abrirlo. La imagen de la hermosa joven que había dentro quedó grabada en su mente. Portia deseó que se parecieran más. Tal vez Helena no se habría aterrorizado tanto si hubiera contemplado su propia imagen por la ventana.

Se había acercado lo suficiente como para tocar a su madre esta noche. Ya no era una posibilidad, ya no era un sueño. No tenía ninguna duda sobre lo que era verdad o mentira. Helena era la mujer dentro del medallón que Portia había llevado toda su vida. Helena Middleton era su madre.

El reto ahora consistía en encontrar la manera de volver allí. Si Portia pudiera hablar con ella cinco minutos, lograría convencerla mejor. Entonces, entre las dos, podrían corregir las circunstancias que las habían separado veinticuatro años atrás. Portia sólo tendría que ser lo bastante fuerte para cuidar de las dos.

La mirada de Portia pasó del reflejo del medallón a la mujer tendida en la cama. Casi sintió que se estaba viendo a sí misma por primera vez. Su piel era demasiado pálida y se le veía demasiado. Sus pechos eran demasiado grandes. La boca era demasiado ancha. La nariz era recta pero larga. Tenía los ojos rasgados y grandes, el único rasgo que había heredado de su madre. ¿Y qué decir de esa cabeza de rizos oscuros e indomables?

Levantó las manos y se apartó los tirabuzones de la cara. Ya había pasado la edad de casarse para encontrar la forma de cuidar de los dos. Era trabajadora y tenaz. Pero no podía imponer dos personas al párroco Higgins y a su esposa. Sin embargo, habría otros trabajos. De hecho, conocía a varias mujeres que tenían tiendas en Boston: las hermanas Cumings, Betsy Murray, y había oído que la famosa señora Inman había hecho fortuna como comerciante aquí en Boston.

"¿En qué estás pensando?", dijo en voz alta. La ira del almirante Middleton no les permitiría quedarse aquí. Tenían que volver a Inglaterra o a Escocia. Tal vez podrían ir a Gales o a Bristol, donde ella y la familia Higgins habían vivido los siete años anteriores a venir a las colonias.

Mientras Portia pensaba en estas cosas, la puerta se abrió de repente. Se incorporó y se sentó.

"Quédate ahí". La orden de Pennington, aunque susurrada, fue tajante. Al ver que al menos una docena de pares de ojos la miraban desde el otro lado de la puerta, Portia decidió obedecer.

La imagen que presentaba Portia era exactamente la que él había descrito a los alborotados juerguistas de la taberna que estaban teniendo su propia celebración... a *pesar* del cumpleaños del rey. La mujer era suya esta noche, les había dicho, y nadie más la tocaría.

Estaba tumbada boca arriba cuando él abrió la puerta, con las piernas colgando del borde de la cama. Parecía lista para él. Cuando ella se incorporó, él pensó que podría salirse del corpiño de aquel vestido, y el deseo se apoderó de Pierce. La tensión de sus entrañas fue mayor de lo que recordaba haber sentido en mucho tiempo. De hecho, tardó unos segundos en ordenar sus pensamientos lo suficiente como para recordar cuáles eran sus planes.

En la sala de atrás se oían ruidosos cánticos de borrachos que le apremiaban. Un camarero, con una amplia sonrisa, se apresuró a entrar y puso sobre la mesa una bandeja con una jarra de vino y un par de copas.

El camarero salió de la habitación y Pierce caminó lentamente hacia la cama. Estaba como una cierva, congelada en ese momento justo antes de volar.

"Tumbate otra vez", susurró. "Como antes."

"No."

"Fingirás que estamos a punto de hacer el amor, o media docena de esos patanes de ahí fuera te llevarán en volandas".

Aún dudaba, pero su mirada se dirigió nerviosa hacia la puerta abierta.

"No haré nada que te haga daño. Todo esto es para aparentar". Se desabrochó lentamente varios botones de la camisa.

"Te mataré si me tocas", siseó en voz baja.

"Recuéstate. Abre los brazos como si quisieras que viniera a ti".

El sonido de las palmas, los cánticos y los gritos lascivos iba en aumento.

"Muerto. ¿Me oyes?" Sus ojos le escupieron fuego cuando se echó hacia atrás rígida y abrió los brazos.

Pierce se volvió hacia la puerta. "Lo siento, chicos. Ya os lo dije. Es toda mía esta noche".

Cerró la puerta de golpe y colocó una cerradura de barra.

"Bueno, estamos atrapados aquí por un tiempo."

No pudo levantarse de la cama lo bastante rápido. "Me sorprende que me haga hacer tal cosa, señor. Engañarme para que venga a esta habitación, exponerme a esta gente, es lo más deshonesto que he oído nunca".

"Deje de quejarse, señorita Edwards", dijo bruscamente. "Usted está en este dilema debido a sus propias acciones tontas y de nadie más. Nadie la engañó para que robara mi tumbona. Nadie la engañó para que me siguiera dentro de esta taberna. Y teniendo en cuenta la situación y a cuántos hombres borrachos tuve que enfrentarme ahí fuera, diría que deberías estar agradecido por los resultados, hasta ahora."

"¡Por supuesto! ¿Quién no agradecería que arruinaran su reputación de esa manera? Si alguna vez viera alguna de esas caras por la calle...". Se alejó un par de pasos de la cama antes de arremeter contra él. "Un verdadero caballero me habría llevado primero a mi destino antes de volver a... a... esto...". Agitó la mano irritada hacia las paredes, la mesa, la cama, el techo.

"¿Taberna?", preguntó.

"Lo que sea."

"Te habría llevado a tu casa si te hubieran confiado a mi cuidado, o si estuvieras en apuros debido a alguna circunstancia imprevista, o si simplemente fueras una joven respetable".

Dio un paso hacia él. "¿Cómo te atreves a acusarme de no ser respetable!"

Pierce se puso cara a cara con ella. "Las jóvenes respetables no corren por un jardín con el vestido rasgado y una tropa de sirvientes en plena persecución. Las jóvenes respetables no roban carruajes, ni permanecen en ellos después de ser atrapadas y luego se alejan en la noche con un total desconocido".

"Yo era un invitado en esa mansión, como usted. Tú más que nadie deberías saber lo exigente que es el Almirante con los invitados a su baile".

"Usted *afirma* que era un invitado. De la misma forma que afirmas que el Capitán Turner era tu escolta. Ahora, ¿cómo sé que todo lo que dice no es mentira? ¿Cómo sé que no era una ladrona que escaló el muro del jardín para entrar en la mansión? O una moza, en busca de huéspedes desprevenidos como yo. ¿Quizás planeabas robarme después de una rápida caída bajo los rosales?".

Su mano subió rápidamente y le dio una bofetada lo bastante fuerte como para que le pitara la oreja.

Cuando ella intentó golpearle por segunda vez, Pierce le agarró la mano y se la retorció por detrás, apretando su cuerpo con fuerza contra él.

"No vuelvas a hacerlo", gruñó amenazador.

"Es usted una vergüenza para su país, señor", murmuró ella, tratando de liberarse. "El capitán Turner fue demasiado generoso cuando lo describió como un escocés sinvergüenza. Usted es mucho peor. Usted es un mujeriego, un pícaro, un diablo que..."

La besó, ahogando sus palabras. Portia empezó a protestar, pero su boca cubrió la suya, devorando sus labios con avidez.

Era salvaje, hermosa, indómita. Su creciente deseo de estrangularla se vio abrumado por el calor abrasador del aire que había entre ellos y por el endurecimiento de su cuerpo.

La lucha de Portia duró poco. Su mano libre, que inicialmente se había introducido entre sus cuerpos, subió por el pecho de él. Su boca se ablandó bajo su ataque. Un ruidito escapó de su garganta. Pierce sabía que era una locura, pero el fuego entre ellos se había encendido y profundizó el beso.

En el momento en que le soltó la muñeca, Portia se dio cuenta de que debía apartarse, pero no podía. Las objeciones que surgieron en su mente se volvieron inmediatamente vagas, inmateriales, y se evaporaron antes de que pudiera expresarlas. Sus dedos se enredaron en su pelo. Sus labios entreabiertos eran exigentes, su lengua penetrante. La besaba con una pasión que la dejaba sin aliento. En sus veinticuatro años de vida, nunca había conocido ese anhelo que la impulsaba. Era un fuego que sólo la hacía desear arder más. No tenía experiencia con las caricias de un hombre, y lo que había imaginado en otras cálidas tardes de primavera no tenía comparación con la fiebre que se apoderaba de ella ahora. Portia se sintió guiada hacia atrás hasta que la parte posterior de sus piernas se apoyó en la cama.

"No puedo", susurró ella, apartando la boca.

"Los dos queremos esto". Su boca trazó un camino hasta su cuello, y ella sintió un dulce cosquilleo extenderse por su cuerpo con cada roce de sus labios. Olvidó su nombre y su siguiente queja cuando sus brazos la acercaron a él. Parecía que todas las curvas de su cuerpo tenían cabida en el musculoso cuerpo de él. Su rodilla se introducía íntimamente entre sus faldas. No podía entender el calor abrasador que crecía dentro de ella.

Portia cayó de espaldas sobre la cama y el cuerpo de él la siguió. Cogió su peso y bajó lentamente sobre ella. Luchó por encontrar dentro de sí algún deseo de luchar, pero su cuerpo se rebeló ante cualquier esfuerzo por apartarlo. Los hombres no se comportaban así con ella. Hacía tiempo que se había resignado a una vida de solterona. Era una vida respetable para una mujer sin riqueza ni familia. Los sermones del párroco Higgins condenaban este tipo de comportamiento en términos inequívocos. Ella estaba más allá de esto, pensó. La esposa del párroco, Mary, hacía tiempo que había dejado de advertirle de esto, pues Portia ya había pasado la edad de la imprudencia. Volvió a abrir la boca para protestar, pero la boca de él estaba allí, besándola.

Puede que fuera libertinaje, pero en ese momento Portia se dio cuenta de que necesitaba tocar y que la tocaran. Quería sentir las distintas texturas de aquel hombre. Sus labios eran suaves, su pelo era como la seda, su cuerpo era duro. Sus dedos desataron la cinta negra que sujetaba su largo cabello en la nuca y lo extendieron sobre sus hombros.

Portia estaba segura de que ardería en el infierno por toda la eternidad por lo que estaba dejando que le hiciera.

"Míranos", susurró bruscamente. "Mira lo hermosa que eres".

Su boca estaba en su barbilla, luego en su garganta. La sensación era enloquecedora. La tentación se impuso a la voluntad. Portia miró tímidamente hacia arriba, al reflejo del techo.

El cabello oscuro de Pennington se extendía sobre la amplia camisa blanca. Portia se estremeció al ver sus anchos hombros, su cuerpo largo y ágil y sus piernas poderosamente musculosas enfundadas en los pantalones negros de ante y las medias de seda.

La mujer inmovilizada bajo él era hermosa. Tenía la piel de la cara enrojecida y vibrante, y los ojos brillantes. Tenía los labios ligeramente entreabiertos mientras respiraba entrecortadamente. Parecía moverse inquieta bajo el peso del hombre. Quería más.

"Esa gente de ahí arriba es malvada", susurró.

Pierce desplazó su peso hacia un lado y se encontró con su mirada en el espejo.

"Todavía no", respondió, sonriendo pícaramente. "Pero lo están consiguiendo".

A Portia se le cortó la respiración cuando vio su mano apartar el medallón de su cuello y agarrar con audacia el escote del vestido. Sin mediar palabra, tiró del vestido y del corsé, liberando sus pechos. Sus pezones se endurecieron de inmediato y dejó de respirar por completo cuando su boca se cerró sobre su carne.

Los fuertes golpes en la puerta fueron como una fría bofetada de realidad. Todos los nervios del cuerpo de Portia se tensaron y los pensamientos de escapar la recorrieron. Sin embargo, Pierce la cruzó posesivamente con un brazo, atrapándola donde yacía mientras giraba la cabeza en dirección a la puerta.

"¿Quién es?", llamó.

"Capitán Turner de la Armada de Su Majestad. En nombre del rey, le ordeno que abra esta puerta".

Capítulo Cuatro

PIERCE ESPERABA que la joven mostrara algún signo de pánico, que forcejeara, que hiciera algún esfuerzo por ocultarse, pero Portia no reaccionó así en absoluto. Volvió la cara y se quedó quieta. Sin embargo, Pierce sabía que su mente iba a toda velocidad y no tenía ni idea de lo que podría hacer a continuación.

Pierce la miró con asombro mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas impecables. Cuando él se incorporó, Portia se puso a su lado y se subió el vestido. Cuando él se puso en pie, ella levantó las rodillas, abrazándolas contra su pecho.

Volvieron a llamar a la puerta.

"En nombre del rey, abre esta puerta de inmediato".

"Un momento, capitán", gritó Pierce. Inmediatamente suavizó su tono. "No es tan grave como cree, Srta. Edwards. Podemos explicarle cómo salir de esto. Turner no estará enfadado con usted mucho tiempo".

Sacudió la cabeza. "Apenas me importa la opinión del Capitán Turner sobre mí".

"¿Entonces qué?"

"Le diré a todo el mundo que me ha encontrado aquí. La gente con la que vivo, el párroco Higgins y su esposa Mary, lo sabrán. Todos en su congregación lo sabrán. Les diré que me encontré en esta taberna contigo. Eso traerá vergüenza al nombre de esa buena familia. El párroco se verá comprometido. Seguramente nunca volverá a hablarme. Mary se acordará de su propia hermana y no me permitirá volver a ver a los niños. Me echarán tan seguro como que estás ahí de pie. Me enviarán de vuelta a Gales. Apenas puedo soportar la idea de la decepción que sentiré mi benefactora Lady Primrose. Pero lo peor de todo es que, al ser enviada desde Boston, nunca volveré a ver a mi madre". Las lágrimas brotaron con más rapidez y ella hundió la cara contra sus rodillas.

El golpe en la puerta esta vez fue lo suficientemente fuerte como para sacudir el pestillo. "Abre la puerta *ahora*, Pennington."

Pierce tenía cien preguntas para la mujer, pero tendrían que esperar.

"He dicho que ya voy", gritó lo bastante alto como para que Portia se encogiera. Bajó la voz. "Métete bajo las sábanas".

Se volvió hacia él. Tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas. "Gracias, pero no tengo frío".

Cogió el borde de la manta y se la puso por encima. "No digas ni una palabra. No te muevas de aquí. Deja que me ocupe de él".

Pierce se dijo a sí mismo que no debía sentirse como un canalla, pero aun así lo hizo. Con los planes de una transacción comercial muy importante arruinados, había pretendido que Turner lo encontrara aquí con Portia. En una noche con la mitad de las fuerzas de ocupación británicas

ocupadas en el salón de baile de Copp's Hill, era una oportunidad perfecta para demostrar al capitán su falta de interés por la causa colonial. Pierce incluso había enviado a un mozo de cuadra de la taberna hacia la mansión para que corriera la voz de que había venido aquí con una joven.

Turner no había perdido el tiempo.

Pierce se desabrochó la camisa y se desabrochó los calzones. Apagó la vela, abrió la puerta y salió. El capitán Turner estaba de pie a medio metro de la puerta, acompañado por cuatro soldados armados. Los clientes de la taberna los observaban en silencio con abierta hostilidad. Pierce vio a su mozo Jack junto a la puerta.

"Capitán Turner, me sorprende verle aquí. ¿La fiesta del Almirante resultó demasiado aburrida para usted?"

"Difícilmente, Sr. Pennington". La mirada del hombre era fría, aunque no podía enmascarar completamente la ira en su voz. "Aunque me gustaría decir que también me sorprende encontrarle aquí. El almirante Middleton se sentirá bastante decepcionado al saber que has dejado la elegancia de su Baile de Cumpleaños del Rey tan pronto y con tanta prisa por esto." Turner miró con desagrado la taberna y a sus ocupantes antes de fijar su mirada en la puerta parcialmente abierta tras Pierce.

"Bueno, si el buen almirante no fuera tan selectivo en su lista de invitados, y si hubiera más señoritas atractivas entre los asistentes, quizá me habría animado a quedarme más tiempo". Pierce ordenó a una sirvienta que llevara otra jarra de vino a la sala. "Pero, ¿qué le trae por aquí, capitán?"

"Estoy aquí, señor, porque me han dicho que mi acompañante, la señorita Portia Edwards, fue vista saliendo de la mansión en su carruaje".

"¿La dama que pretendías presentarme?"

"Mi escolta", respondió Turner, con la cara ligeramente enrojecida.

"Una joven muy hermosa, sin duda. Me habría gustado mucho conocerla mejor. De hecho, me habría gustado pasar más tiempo en su compañía si no se sintiera tan terriblemente enferma."

Turner se inclinó hacia delante. Miró a su alrededor antes de bajar la voz confidencialmente. "Estaba bien cuando la dejé".

"No tengo nada que decir al respecto, señor", susurró Pierce, dirigiéndole una mirada dubitativa. "Aunque creo que puede ser culpable de no haber prestado suficiente atención a su cargo. Cuando encontré a la señorita Edwards en los jardines, estaba enferma del estómago y con fiebre. Me rogó que consiguiera un carruaje para llevarla a casa".

"Deberías haberme mandado llamar enseguida", espetó Turner. "Sabías lo preocupado que estaba por no poder encontrarla en el salón de baile".

"No supe de ninguna relación entre ustedes dos hasta que la dejé en la casa parroquial de un tal Higgins", replicó con altivez. "La joven que encontré en la mansión estaba demasiado enferma para exigirle explicaciones. Hice lo que habría hecho cualquier caballero. Pero aunque hubiera sabido que era su acompañante, señor, sabiendo que es usted miembro del personal del almirante y en parte responsable del propio baile, no habría perdido el tiempo en venir a buscarle."

"La acompañé al baile. Era mi responsabilidad. Era justo que se fuera con..."

"Capitán Turner", interrumpió Pierce. "Mi reputación habla por sí misma, y yo -escocés canalla o no- nunca he dejado de socorrer a una joven en apuros".

"Efectivamente, señor". Turner le miró fijamente durante un largo momento. "Sobre todo porque usted ya estaba de camino a este escuálido puticlub para una sórdida cita con una de estas

repugnantes mozas".

Pierce se acercó un paso más a Turner. "Que mi compañera en esta sala *no* pertenezca a la sociedad con la que usted suele relacionarse, capitán, no significa que merezca su desdén. Lo mismo ocurre con la gente de esta taberna. Usted cree que está por encima de ellos. Bueno, yo bebo su vino y su cerveza, e incluso disfruto de su compañía. Y eso es porque entiendo que esto no es Bath o Bristol o incluso los jardines de placer en Vauxhall. Aún así, señor, estos son todos súbditos honestos de la Corona, la última vez que miré".

El silencio en la taberna era mortal, y Turner lo percibió de repente. Se giró y volvió a mirar a su alrededor. Rostros hostiles miraban a los casacas rojas armados.

"Por supuesto". Se aclaró la garganta. "Mis palabras fueron el resultado de mi error inicial al pensar que la Srta. Edwards podría haber estado expuesta a... podría haber estado aquí con usted".

"¿Aquí?" dijo Pierce con sorpresa. "Me sorprende que se le ocurra semejante idea. ¿Cómo puedes pensar que expondría a tu acompañante a un lugar que podría ser perjudicial para su reputación? Y debo decir que no le da usted mucho crédito a su acompañante. Como una mujer joven que seguramente debe compartir sus actitudes hacia la buena gente de Boston, ¿cree seriamente que ella entraría en un lugar como este?"

"Efectivamente, señor. Fui engañado. Debe disculparme". Dio un paso atrás y se dirigió a todos los demás. "Por favor, continúen con la celebración del cumpleaños de Su Majestad."

Con una reverencia rígida, Turner cruzó la taberna en dirección a la puerta. Pierce permaneció donde estaba hasta que la puerta se cerró tras los casacas rojas.

"Bien hecho, muchachos", dijo jovialmente a la multitud. "Los habéis derrotado sin disparar un solo tiro".

Las risas estallaron en la taberna, y él saludó con la cabeza a su mozo, que salió también. Pierce pidió una ronda de bebidas para todos y el violinista tocó una animada melodía.

Se acercó a la chimenea, encendió una vela y volvió a entrar en la habitación. Cerró la puerta y volvió a encender la vela. La cama estaba vacía, y se volvió para encontrar a Portia de pie en la esquina más alejada de la habitación. Se vistió rápidamente.

"Te agradezco lo que acabas de hacer", dijo en voz baja.

"No se espera gratitud, señora."

Se dirigió a un rincón y empujó una sección del revestimiento de madera, que se abría a un pequeño escondrijo. Al asomarse, Portia vio atónita una escalera que descendía.

"Estos escalones conducen a un túnel que le llevará a una dependencia de la tienda de al lado. Mi mozo Jack se reunirá con usted allí en unos minutos. Dígame adónde desea ir y él se encargará de que llegue allí sano y salvo, aunque dudo que llegue antes que el capitán Turner. Así que mejor prepara algo para decirle".

"No sé cómo podré pagárselo, Sr. Pennington".

"Nada de devoluciones, por favor, señorita Edwards", dijo tenso. "Mi único deseo ahora mismo es que se vaya a casa y que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse".

Aún era temprano en la cálida tarde de vacaciones y la gente seguía deambulando por la calle Sudbury. Portia no miraba ni a izquierda ni a derecha mientras Jack conducía el carruaje por la calle. Cuando se detuvo frente a la casa parroquial, ella le dio las gracias y se apresuró hacia la puerta principal.

Portia llamó a la puerta suavemente, esperando que fuera uno de los dos criados y no Mary o el propio párroco Higgins. El desaliñado estado de su cabello y su ropa podría ser explicable, pero le aterrorizaba que su culpabilidad por el indiscreto comportamiento en la taberna la delatara.

Por suerte, Josiah abrió la puerta, y los ojos del viejo criado se entornaron de inmediato al verla.

"¡Cielos, Srta. Portia! ¿Qué te ha pasado?"

"Inofensivos percances, Josiah, todos debidos a mi propia tontería, pero estoy perfectamente bien". Ella le tocó el brazo tranquilizadamente y se deslizó más allá de él.

"¿Debo llamar a la señora? La Sra. Higgins y el párroco están en su biblioteca".

"No. No quiero alarmar a nadie. Bajaré en cuanto me cambie este vestido". Portia no esperó respuesta y subió apresuradamente los dos pisos hasta su dormitorio de poca altura en la última planta.

En noches como ésta, en cuanto los niños estaban metidos en la cama, Mary se sentaba en la biblioteca y se ocupaba de sus labores de aguja mientras le contaba a su marido las novias, los bebés y los ancianos que había visitado en la parroquia. A su vez, el párroco Higgins hablaba del siempre cambiante clima político de Boston y leía alguno de los muchos periódicos y panfletos que circulaban constantemente por las ciudades coloniales. Cuando Portia se reunía allí con ellos, el ministro solía terminar la velada leyendo el Apocalipsis. Y sólo ocasionalmente, dependiendo de su estado de ánimo, leía los Salmos.

Portia se quitó apresuradamente el vestido estropeado y se afanó en quitarse las capas de ropa interior. Dudaba de estar lo bastante fuerte esta noche como para escuchar pasajes sobre el pecado y la condenación.

Llamaron a la puerta con suavidad y la joven se envolvió en ella antes de abrir. La pequeña Ann esperaba fuera.

"¿Qué haces fuera de la cama, querubín mío?". Portia se agachó inmediatamente y abrió los brazos a la niña de ocho años. La niña la abrazó con fuerza.

"No subiste a contarme una historia esta noche. No tuve beso de buenas noches".

"Te dije que volvería bastante tarde de la fiesta, ¿recuerdas? Te di un beso antes de irme". Portia depositó otro beso en la redonda mejilla de la niña. "Ahora vamos a llevarte a la cama antes de que tu madre se enfade conmigo por haberte tenido despierta hasta tan tarde".

"No me mantuviste despierto. Lo hice todo yo sola. Y Walter también está despierto, pero tenía demasiado miedo de que mamá nos pillara en las escaleras, así que se quedó en la cama."

Cuando Portia se unió a la familia del párroco, Ann acababa de nacer y Walter sólo tenía dos años. Durante todos los días, semanas y años transcurridos desde entonces, había formado parte de la vida de los niños tanto como sus padres. En los últimos años había desarrollado otras funciones, como darles clases de lectura y escritura, enseñarles los rudimentos del francés que había aprendido en la escuela de Lady Primrose en Gales, servirles de confidente y amiga. Dejar a estos dos niños era, sin duda, la parte más difícil de los planes que Portia había trazado para el futuro.

"Mañana por la noche te contaré dos cuentos para compensar lo de esta noche". Portia se puso en pie para llevar a la niña abajo, pero el travieso duendecillo aprovechó el momento y saltó rápidamente sobre la cama.

"Es demasiado tarde para jugar, Ann." Se acercó a la niña.

"Quiero oír hablar del gran baile".

"Eso puede esperar hasta mañana, y puedes contarme lo que pasó aquí".

Ann rodó hasta el otro lado de la cama, fuera del alcance de Portia. "¿Se llenó tu tarjeta de baile?"

"Criatura tonta. No he bailado nada".

"¿Por qué no?" Se escabulló al otro lado de la cama mientras Portia se acercaba.

"Porque me fui antes de que empezara el baile".

La pequeña Ann se colocó estratégicamente sobre la almohada junto a la cabecera. "Walter y yo te miramos por la ventana cuando subiste al carruaje con ese oficial. Creo que debías de ser la chica más guapa del baile".

"No, había muchos". Alargó la mano y agarró un delgado tobillo. Mientras la niña se reía, Portia la arrastró por la cama. "En verdad, creo que yo era la mujer menos hermosa allí".

Ann dejó de jugar y miró preocupada a Portia. "Pero eso no puede ser. Creo que eres preciosa. Eres incluso más guapa que mamá".

"Ann Katherine".

Las agudas palabras de la madre desde la puerta congelaron al niño en su sitio. La risa se detuvo, el juego terminó abruptamente. La mirada de reprimenda bastó para que a la niña le temblara el labio inferior.

"A la cama. Ahora".

Con la barbilla apoyada en el pecho, la niña de ocho años se agarró a la mano de Portia y se dirigió hacia la puerta.

"No. Te arroparás, jovencita".

No hubo protestas. Ann soltó la mano de Portia y se dirigió obedientemente hacia la puerta. En el umbral, incluso se detuvo y depositó un beso en la mejilla que le ofrecía su madre antes de desaparecer escaleras abajo.

Mary Higgins, una estricta disciplinaria, exigía que todos a su alrededor se adhirieran a las normas de comportamiento que ella dictaba. Aunque el control que ejercía sobre su familia impresionaba a los de fuera, en ocasiones Portia sentía que la esposa del párroco era un tanto dura e inflexible. A los ojos de Mary, existía el bien y el mal, y en el camino de los justos, la desviación -por pequeña que fuera- no podía tolerarse.

Sin embargo, cuando reinaba el orden en el hogar, se mostraba otra faceta de la personalidad de la joven madre. A pesar de lo exigente que Mary podía llegar a ser, Portia había visto muchas veces una calidez y un afecto que parecían casi ilimitados. Mary Higgins era una madre devota y una esposa ejemplar para un joven clérigo.

"Soborné a Ann para que dijera eso", dijo Portia, esperando ver una sonrisa.

El ceño fruncido duró lo que tardó la niña de ocho años en desaparecer por los escalones. Mary cerró la puerta.

"En verdad te veías hermosa cuando saliste para el baile, pero Josiah me dijo que ahora parecías como si un equipo de caballos te hubiera pisoteado. Veo que no exageraba". Con cara de preocupación, Mary tocó suavemente el araño en la mejilla de Portia. "Y has vuelto mucho antes de lo que esperábamos. ¿Qué te ha pasado esta noche?"

Portia abrió la boca para hablar, pero negó con la cabeza. Se acercó a la cama y se sentó en el borde. Mary la siguió, se sentó a su lado y le cogió la mano.

"Dime qué salió mal. Estabas tan feliz cuando te fuiste".

Portia ya no podía mentir. Aquellas personas eran lo más parecido a una familia que había tenido nunca. A cambio de su amabilidad, al menos les debía la verdad sobre su madre. Si había logrado convencer a Helena de que escapara esta noche, estaba preparada para dar muchas explicaciones. Este era el único lugar donde podía haber traído a su madre. Contaba con que se

mostrarán comprensivos, una vez que les contara la verdad.

Portia miró el rostro paciente de Mary. El cabello rubio de la mujer estaba retirado de la cara y recogido en un moño. Aunque sólo era seis años mayor que ella, la esposa del párroco parecía tan superior en sabiduría, en logros, en saber y hacer correctamente lo que había que hacer.

"No fui sincera con usted sobre mi razón para estar tan ansiosa por asistir al baile del almirante Middleton esta noche".

"¿Quieres decir que no estabas eufórico por ir como escolta del Capitán Turner?"

Portia se sintió mejor al oír el toque de humor en la voz de Mary. "No. Y tampoco me entusiasmo el vestido que le pedí prestado a Bella y arruiné".

"Podemos hablar de eso más tarde". Apretó la mano de Portia. "¿Por qué estabas tan ansiosa por irte?"

"A conocer a mi madre". Lo dijo en voz baja y esperó la reacción de Mary. La otra mujer frunció el ceño, con confusión evidente en sus ojos. Portia se quitó el medallón del cuello y lo abrió, explicando todo desde el principio. Le habló a Mary de la observación del doctor Deming sobre el parecido de la miniatura y de su propio esfuerzo por averiguar lo que pudiera sobre la historia de Helena Middleton.

"Pero nada de eso ofrece ninguna prueba". Mary afirmó en un tono práctico. "El simple hecho de que la señorita Middleton se parezca a la mujer de este retrato no la convierte en su madre".

Portia levantó el medallón apasionadamente con una mano. "Lady Primrose me dijo que esto pertenecía a la mujer que me trajo a este mundo. Y por todo lo que he podido averiguar de la gente que conoció a la hija del almirante, Helena no siempre estuvo loca. La enfermedad, o como quiera que la llamen, empezó poco después de los rumores de una desastrosa aventura que tuvo con un hombre, un hombre del que nadie habla."

"Ninguna familia desea que un escándalo manche su reputación", susurró Mary.

"Cierto". Portia apretó la mano de su amiga, conociendo bien el escandaloso incidente de la hermana menor de Mary. Pero esto era muy diferente, se dijo a sí misma. "Me dijeron que mi padre había luchado en Culloden con Bonnie Prince Charlie. También me dijeron que el almirante Middleton ayudó a negociar el tratado que despojó al rey Stewart de sus aliados franceses. Debe haber sido en Francia donde el asunto tuvo lugar. ¿Te imaginas la desgracia del almirante si se supiera que su hija tuvo un romance con uno de los enemigos?"

"Esto es sólo tu imaginación escapándose contigo, Portia". Mary se levantó de la cama y permaneció rígida junto a ella. "Incluso si lo que has oído sobre la señorita Middleton fuera cierto, no hay pruebas de que un niño fuera el resultado de esa aventura. Es demasiado descabellado pensar que pueda ser tu madre".

Portia levantó el medallón. "Pero yo creo que sí. Mira lo que queda de las iniciales grabadas en la parte de atrás. Y la he visto esta noche. Tenemos los mismos ojos, la misma complexión. Si Lady Primrose estuviera en Boston, sé que lo confirmaría. Si tuviera la oportunidad de hablar con la Srta. Middleton, sé que también lo admitiría. Sólo sé que he encontrado a mi madre".

De mala gana, Mary alargó la mano y cogió la cadena y el medallón de Portia. Acercándose a la vela junto a la ventana, observó detenidamente el retrato antes de estudiar el tenue grabado del reverso.

Portia no quería que Mary pensara que era una desagradecida después de todo lo que la familia Higgins le había dado a lo largo de los años. Nunca podría contarle a Mary la soledad secreta que había enterrado en su interior durante toda su vida, pensando que no le quedaba familia en todo el mundo.

Mary se enderezó. "Supongamos -sólo para argumentar- que tienes razón al pensar que es tu madre. Por lo poco que he oído hablar de ella, pasa todo el tiempo recluida. Deduzco que no asiste a bailes. ¿Qué planeabas hacer esta noche?"

Portia cogió el medallón. "Libérala. Pídele que venga conmigo".

Una expresión de incredulidad se extendió por el rostro de la esposa del párroco. Volvió a sentarse junto a Portia.

"Pero no podrías hacerlo. No puedes". Mary puso una mano firme sobre la rodilla de Portia. "Llevas ocho años viviendo con nosotros. Te quiero como a una hermana. Pero sabes que siempre he desconfiado de tu tendencia a tomar decisiones precipitadas".

"Esta decisión no se tomó precipitadamente. Al menos no del todo. Y el objetivo era lo suficientemente importante como para justificarlo".

Mary sacudió la cabeza y su expresión se endureció. "Siguiendo tu propio razonamiento, si el almirante ha estado ocultando este escandaloso secreto durante tantos años, no va a permitir que se dé a conocer ahora. Y no dejaría marchar a su hija".

"No sería decisión suya", argumentó Portia en voz baja. "Y no habría razón para hacer de ello un espectáculo público. No fui allí para arruinarlo. Nadie, aparte de su familia, tendría por qué saberlo. Una mujer tiene derecho a ser libre. Él no tiene derecho a mantenerla bajo llave, lejos de la sociedad y la compañía de los amigos".

"¿Un padre no tiene derecho a proteger del mundo a una hija afligida?". María hizo caso omiso de la protesta de Portia. "Eso no importa por ahora. Dime cómo ibas a llevar a cabo tu 'rescate' de Helena Middleton. ¿Cómo ibas a darle todo lo que supuestamente le ha faltado todos estos años? ¿Cómo ibas a vivir?"

Portia miró a su amiga con gesto de disculpa. "Bueno, pensaba traerla aquí uno o dos días y luego buscar otro alojamiento antes de llevarla de vuelta a Gales. Tengo algo de dinero ahorrado. Pensé que podría usarlo para mantenernos hasta que pudiéramos encontrar pasaje. Una vez allí, estaba segura de que -con la generosidad de Lady Primrose- mi madre y yo podríamos quedarnos en la escuela hasta que encontráramos un lugar que nos conviniera."

Volvió a agarrar la mano de Mary mientras la mujer mayor negaba con la cabeza.

"Usted y el párroco han sido muy buenos conmigo. Quiero a los niños y me daría mucha pena separarme de ellos. Pero mi vida y mis sueños me fueron robados al nacer. Sólo deseo recuperarlos ahora".

Mary se puso en pie y recorrió la habitación en silencio. Portia la observaba. Era una esposa querida, madre de dos hijos preciosos. Era un miembro respetado de la comunidad. Tenía ocho hermanos y hermanas repartidos por Inglaterra y Escocia. Portia podía ver en el ceño fruncido la lucha de la joven por comprender.

Mary finalmente se detuvo ante ella. "Portia, no podemos vivir en el pasado. No podemos cambiar las cosas que han pasado".

"Estoy de acuerdo. Quiero hacerlo con la mayor discreción posible. No pretendo crear ningún disgusto a nadie. Al mismo tiempo, tanto mi madre como yo hemos sido agraviados... y tengo la intención de enderezar el futuro. Al ayudarla, forjaré un nuevo futuro para ambas".

"Tú, que sabes tan poco del mundo, harás esto".

"Sí."

"Y supongo que la hija del Almirante desea para su futuro lo mismo que tú".

"¿Cómo que no?"

"Porque lo que le ofrecerías no sería una vida de comodidad y orden. No podrías ofrecerle nada parecido a lo que está acostumbrada. Además, puede que ella te haya traído a este mundo,

pero estoy seguro de que no sabe nada de tu naturaleza impulsiva, de tu enérgica independencia. No podría saber nada del peligro que te acechas cada vez que te levantas decidido a cambiar el mundo".

Portia cerró el medallón y volvió a ajustarse la cadena al cuello. "No pensaba actuar tan desconsideradamente como parece".

"¿Ah, sí?" preguntó Mary, sentándose de nuevo con una mirada cómplice.

La joven se sonrojó. "Bueno, quizás lo estaba. Supongo que debería haberme acercado a ella esta noche sólo con la idea de presentarme". Cerró los ojos, con los hombros caídos. "Tienes razón. No lo planeé todo con tanta claridad como debería haberlo hecho. Si Helena hubiera salido por la ventana conmigo esta noche, no tenía ningún carruaje esperándome, ni os había preparado a ti y a William para recibirla una vez que llegáramos aquí. No había ido tan lejos como para asegurarme un pasaje de regreso a Inglaterra. Ni siquiera estoy segura de tener suficiente dinero para eso".

Se frotó las sienes, una sensación de pesadumbre se apoderó de ella. "Como siempre, sólo me concentré en el resultado que deseaba conseguir y me lancé a por él sin pensar en las consecuencias. Lo triste es que es la única forma que conozco de hacer las cosas. Y ahora, por eso, puede que nunca tenga otra oportunidad de hacer las cosas bien".

La mano de Mary acarició suavemente la maraña de rizos de Portia. Su voz era amable cuando volvió a hablar. "Cuéntame lo que pasó en el baile del almirante Middleton".

De mala gana, Portia le contó todo lo que había sucedido en la mansión, incluso cómo había bajado por el enrejado de rosas y huido con los sirvientes del almirante persiguiéndola. Sin embargo, al mencionar a Pierce Pennington, algo le dijo que sería mejor hacer que su encuentro inicial con él en el jardín fuera menos antagónico de lo que realmente fue.

"El señor Pennington fue realmente muy comprensivo", terminó Portia rápidamente, tirando de la bata con fuerza a su alrededor. "Incluso dispuso que su novio me llevara de vuelta a casa".

Sabía que a los ojos de Mary, escalar los muros de la mansión y ser perseguida por una turba de sirvientes -por muy malo que fuera- no era ni la mitad de deplorable que las otras cosas que había hecho esta noche con el escocés.

"Es increíble que no estuvieras gravemente herido", susurró Mary con preocupación.

"Es más sorprendente que no me haya atrapado el propio almirante", dijo Portia con sinceridad. "Aunque, si lo fui, había preparado una historia bastante buena para usar en mi defensa".

Mary soltó un suspiro cansada. "Creo que no me gustaría oírlo. Pero también quiero que me digas que no volverás a intentar nada tan imprudente".

Se hizo un largo silencio entre ellos. El aire cálido que entraba por las pequeñas ventanas traía consigo el aroma familiar de las flores en flor. Pensó en las flores que había olido en los jardines del almirante.

"Sigo decidida a reunirme con la señorita Middleton", dijo Portia en voz baja. "No puedo detenerme ahora".

"¿Pero pretendes reunirte con ella o secuestrarla?"

"Sólo conocerla", prometió Portia. "Ahora sé que debo haber asustado terriblemente a mi madre esta noche, llamando a su ventana mientras dormía. La próxima vez, pensaré en un acercamiento más civilizado".

Mary se levantó de nuevo y se dirigió a la pequeña ventana situada en un extremo de la habitación, abriéndola por completo. Con el cabello dorado recogido y el ceño fruncido en el rostro inteligente, era la viva imagen de la concentración cuando se volvió hacia Portia.

"El Almirante es un hombre no muy querido por los Hijos de la Libertad y los Caucus. Estoy seguro de que su casa está bien vigilada en todo momento. Creo que un enfoque más civilizado, como usted dice, tendrá mucho más éxito."

"Vas a ayudarme con esto, ¿verdad?"

"Voy a ayudarte a obtener una respuesta sobre si Helena Middleton es realmente tu madre o no, si tal cosa es posible. Creo que tienes derecho a saberlo. Pero en cuanto al resto de tus planes, no quiero tomar parte en ellos".

"Estaré muy agradecida por cualquier ayuda, Mary". Portia estaba demasiado emocionada para decir nada más. El interés y la participación de la otra mujer eliminaron todas las dudas persistentes de éxito.

"Tal vez incluso podríamos pedir la ayuda del Dr. Deming para llevarte allí".

Portia negó con la cabeza. "Sin explicar mis razones, le pregunté lo mismo la primera vez que sugirió de quién era la foto de mi medallón. Entonces me dijo que no podía ayudarme, ya que rara vez llega hasta Copp's Hill. De hecho, las únicas veces que atendió a la señorita Middleton fue cuando el médico personal del almirante viajó a Newport durante quince días."

"Esto lo hace aún más difícil de lo que pensaba", dijo Mary, mostrando su decepción. "Desgraciadamente, aparte del padre de tu amiga Bella, William no tiene conexiones con el Almirante ni con sus allegados".

"Preguntarle al capitán Turner también está fuera de discusión". Portia añadió rápidamente. "Después de salir sin previo aviso de la forma en que lo hice esta noche, dudo que me llame de nuevo en el corto plazo. No es que me gustaría que lo hiciera. Ir al baile con él fue más problemático de lo que imaginaba. Sus atenciones son bastante... bueno, pronunciadas".

"Pero *no* volverás a trepar por ninguna pared", recalcó Mary.

"Espero que no sea necesario".

"¿Qué hay del caballero que organizó tu vuelta a casa esta noche?"

"Sr. Pennington. Me dijeron que es escocés", ofreció Portia.

"Lo es, en efecto. Viene de una familia muy influyente de las fronteras. Su hermano es conde, y son muy ricos, según tengo entendido. Además, se dedican al transporte marítimo... o mejor dicho, él lo hace, creo. Creo que le invitan a todos los eventos importantes". Mary la miró pensativa. "Supongo que le causaste una buena impresión al caballero".

Buscando una respuesta a eso, la mente de Portia se quedó en blanco. De algún modo, dudaba que Mary considerara que lanzarse sobre aquel hombre significara causar una buena impresión.

"Estás terriblemente pálida, Portia. ¿Te encuentras mal?"

"No... no. Es la luz de las velas". Se levantó rápidamente y se alejó, fingiendo mirar el vestido dañado. "Su novio me llevó a la casa. ¿Por qué es importante que le haya dejado una buena impresión al Sr. Pennington?"

Mary sonrió. "Debe haberse caído de ese enrejado más fuerte de lo que admite. Quizá pueda ayudarte con tu plan".

"¿Cómo podría ayudarme?"

"Pennington tiene muchas más conexiones que cualquier otra persona que podamos conocer. Además, es un compatriota escocés. Fue invitado al Baile de Cumpleaños del Rey, lo que significa que podría volver a ser invitado a la casa del Almirante, o tal vez incluso presentarte allí si buscaras su ayuda." Mary bajó la voz. "Además, si la señorita Middleton aceptara volver con usted a Gales, el señor Pennington podría ser también allí la respuesta a su dilema. Tal vez se le podría persuadir para que le ayudara a conseguir un pasaje en uno de sus propios barcos".

Los pensamientos de Portia giraron en torno a las palabras de despedida del hombre. No tenía ningún deseo de volver a verla. Nunca simpatizaría con su causa.

"Habría necesitado causar una *excelente* impresión para pedir favores de esa magnitud", susurró, sintiéndose mal.

"De hecho, el hecho de que hayas causado una primera impresión muy favorable podría abrirte esas puertas".

"En efecto", dijo Portia débilmente.

No tenía ninguna posibilidad.

Capítulo Cinco

"CIERTO, LA REUNIÓN NO TUVO LUGAR", dijo Nathaniel Muir en voz baja mientras los dos hombres bajaban a caballo por King Street hacia Long Wharf. "Los mosquetes y la pólvora no fueron entregados. Pero tres cuellos -incluido el tuyo, amigo mío- pueden haberse salvado de la soga gracias a ello".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Pierce.

"Anoche fue una trampa. Puede que muchos oficiales asistieran al baile del almirante Middleton, pero el doble estaban al acecho en el muelle."

"¿Cómo lo sabes?" preguntó Pierce. Nathaniel aún no había regresado de Newport a medianoche.

"Deberías levantarte antes. Ha sido la comidilla de la ciudad toda la mañana".

"Si valoras esa fea cara tuya, Nathaniel, me dirás lo que sabes".

"Muy bien, mi impaciente amigo. Ebenezer me avisó esta mañana. Anoche, un par de soldados que salían de una taberna de Queen Street fueron incitados a pelear por algunos de los muchachos. Naturalmente, pronto se les unieron algunos aprendices del fabricante de cuerdas. Entre todos armaron el suficiente alboroto como para que toda una compañía de casacas rojas - que casualmente estaban esperando a los contrabandistas- viniera corriendo. Después de eso, se desató el infierno. Nuestros amigos dicen que fue pura suerte que no tuviéramos otra masacre entre manos".

"¿Se escaparon los muchachos?"

"Creo que lo hicieron".

"Bien", dijo Pierce cuando salieron a la vía pública de nueve metros de ancho que se extendía a lo largo de Long Wharf.

Pierce contempló el concurrido muelle, el mayor de Boston. Se adentraba más de 1800 pies en el puerto interior y servía a mil barcos de todos los tamaños que atracaban allí en el transcurso de un año, vaciando sus bodegas y cargándolos de nuevo para el viaje de regreso a los bulliciosos puertos de Inglaterra. Incluso ahora, con la fuerte presión contra el comercio de mercancías británicas que ejercían los grupos políticos rebeldes de Boston, docenas de barcos eran trabajados activamente por cientos de mareadores y carreteros.

El olor a alquitrán y humo de leña se mezclaba con los olores salados del puerto, y Pierce respiró profundamente. Para él, era el olor de la prosperidad, el olor de la independencia.

Los dos hombres se detuvieron en uno de los edificios que bordeaban el lado norte del amplio muelle. Pierce y Nathaniel habían instalado oficinas encima de un grupo de tiendas y casas de recuento y junto a un almacén que utilizaban. Detrás de los edificios, los mástiles de dos veleros rápidos se alzaban sobre el tejado de tejas. Los barcos les pertenecían, dos de los seis que

poseían. Otro barco, que había hecho una escala no documentada en su viaje de regreso en el puerto libre holandés de San Eustaquio, estaba anclado en el puerto -justo al lado del muelle de Griffin, más pequeño- a la espera de ocupar su lugar aquí.

Cuando se apearon, un mozo del establo situado junto al almacén cercano corrió a ocuparse de sus caballos.

"Por supuesto, la pregunta más apremiante", preguntó Nathaniel alegremente mientras caminaban hacia la puerta principal del edificio, "es a quién debo estar agradecido por haberte salvado anoche".

Pierce no dijo nada y se adelantó a su compañero.

"Vamos, Pennington. Debe tener un nombre".

"¿Qué te hace pensar que había una mujer involucrada?"

Pierce pudo oír el tono burlón en la abrupta carcajada del otro hombre.

"Porque eres, en muchos sentidos, un perro sin corazón, amigo mío. Pero también eres puntual, fiel a tus promesas, incluso ocasionalmente heroico. Cuidas y te preocupas por tus amigos. En resumen, en los diez años que te conozco..."

"Once largos años".

"Muy bien, once. En esos once años, puedo contar con los dedos de una mano las veces que has faltado a un compromiso". Nathaniel le detuvo al pie de la escalera. "Y en cada una de esas ocasiones, hubo mujeres involucradas".

"Una mujer", corrigió Pierce en voz baja, empezando a subir los escalones. "Una mujer".

Emma. También recordaba cada una de esas ocasiones. Emma y su comportamiento salvaje. Emma y su terquedad. Emma y su insensata determinación de tener lo que no debía tener. Su tendencia a aparecer inesperadamente donde no debía. Su inclinación a discutir cuando cualquier otra persona elegiría sabiamente el silencio. Emma y su belleza e inocencia... y la determinación de él de intentar guiarla, de protegerla de sí misma. Emma y su enamoramiento de ella. Emma, la mujer de su hermano.

"En efecto", admitió Nathaniel, siguiéndole. "Pero esa mujer está muerta, y ya me has dicho muchas veces que no soy digno de mencionar su nombre. Así que debe de haber otra. Vamos, bribón, suéltalo".

"Eres peor que la mujer de un pescadero, Muir", dijo Pierce, sacudiendo la cabeza. Era cierto, definitivamente había disuadido a su amigo de hablar de Emma. No le interesaba especialmente hablar de su familia con Nathaniel.

Era un tema en el que Pierce simplemente no quería pensar, y mucho menos hablar. De hecho, había estado ignorando la carta que había recibido de su hermano hacía un mes. La carta, que estaba sin abrir en la estantería de su estudio en la casa junto a King's Chapel. La correspondencia tenía que ser de sir Richard Maitland, el abogado de la familia, y no del quebrado conde que Pierce había dejado en Baronsford, Escocia, diez meses antes. No podía destruir la carta, pero tampoco había podido abrirla. Si Lyon había muerto al caer por el mismo acantilado que se había cobrado la vida de Emma, Pierce no quería enterarse del fallecimiento de su hermano.

Esta mañana, sin embargo, se había encontrado de pie ante la estantería, mirando fijamente la carta, sintiéndose más tentado que en mucho tiempo a conectar con su familia y su pasado.

Y la causa era una tal Srta. Portia Edwards.

Ella y Emma tenían rasgos de personalidad similares, cualidades que las diferenciaban de otras mujeres. Pierce fue lo bastante sincero consigo mismo como para reconocer que ésa era la razón por la que se había sentido atraído por Portia desde el primer momento en que abrió la

boca.

Físicamente, eran muy diferentes. Emma era rubia, alta, delgada, ágil y estilizada. Portia era más pequeña de estatura, una morena de curvas tentadoras y fuerte patada. No tenían el mismo aspecto, pero en lo que se refería a su temeridad, sus lenguas afiladas y sus temperamentos salvajemente impulsivos, una mujer era la imagen especular de la otra.

Por supuesto, casi se había tomado una libertad con Portia que nunca se había permitido con Emma. De no ser por la oportuna llegada de Turner, Pierce seguramente habría hecho el amor con la descarada morena. Eso, tal vez, habría puesto fin a la comparación entre las dos mujeres. Incluso le habría tranquilizado un poco.

En el fondo, Pierce quería olvidarse de Emma. Había escapado de su familia, de su patria, y había recorrido medio mundo para librarse de aquella pesadilla. Aun así, el remordimiento seguía persiguiéndole.

Anoche, tras la marcha de Portia, a Pierce le había resultado difícil deshacerse de sus sentimientos. Beber en compañía de marineros borrachos en el Perla Negra no había ayudado. Ninguna cantidad de cerveza podía acallar la culpa que aún pesaba sobre él.

"Al menos admite que fue por culpa de una mujer". Nathaniel presionó, en lo alto del rellano.

"¿Estás tan desesperado por una presentación, Muir?"

"Puede ser".

Pierce miró a su amigo por encima del hombro. "La última vez que lo comprobé, varias jóvenes esposas de capitanes mercantes ausentes competían duramente por tus atenciones. ¿Desde cuándo necesitas recoger las migajas de *mi* mesa?". Abrió la puerta de las habitaciones que utilizaban como despacho e indicó a su compañero que entrara primero.

"No hay razón para que tergiverses mi curiosidad perfectamente ociosa en..." Nathaniel se detuvo bruscamente, y Pierce se detuvo junto a su amigo al ver a dos soldados armados que esperaban junto al alto escritorio del oficinista.

Al menos una docena de posibles razones para la visita pasaron por la mente de Pierce en un instante. Una de ellas tenía que ver con Portia Edwards.

"El almirante Middleton les envía saludos y este mensaje, Sr. Pennington, Sr. Muir". El más alto de los dos casacas rojas ofreció un mensaje sellado a cada uno de ellos.

Pierce miró a su oficinista mientras abría la carta. Estaba claro que Sean se sentía nervioso por todo el procedimiento y lanzaba rápidas miradas a la puerta parcialmente abierta del despacho de Pierce.

"Una invitación para tomar una taza de té", anunció Nathaniel alegremente, agitando la correspondencia hacia su compañero. "Qué considerado ha sido el almirante al invitarme, ya que me perdí el placer de asistir a su baile la noche pasada".

Pierce miró su propia invitación.

"Más bien poco tiempo", comentó, dándose cuenta de que era para hoy. Miró su reloj de bolsillo. Les esperaban en la mansión del almirante a mediodía.

"Por favor, transmítale nuestros saludos y dígame al almirante que ambos estaremos allí hoy", respondió Nathaniel.

Mientras los soldados se inclinaban rígidamente, una sombra se movió más allá de la puerta del despacho de Pierce. Sólo dejó entrever unas faldas de color gris oscuro. Dirigió una mirada inquisitiva a su empleado, y Sean le devolvió un gesto de dolor.

Nathaniel se encargó de acompañar a sus visitantes a la salida.

"¿Quién más está esperando?" preguntó Pierce en cuanto la puerta se cerró a espaldas de los hombres.

"No hay tarjeta de visita, señor. Pero la joven dijo que es una conocida suya. Se presentó como la señorita Portia Edwards. Ha estado esperando por usted al menos media hora, señor".

"No quiero interrupciones", murmuró, entrando a grandes zancadas en su despacho.

Estaba de pie ante la ventana, mirando el ajetreado muelle. Cerró la puerta de un golpe.

"Señorita Edwards, creí haberlo dejado claro anoche..."

"Buenos días, Sr. Pennington."

Ella se volvió para mirarle y durante los primeros segundos Pierce pensó que se trataba de una desconocida, que llamaba con el mismo nombre. El vestido gris y el sencillo chal blanco daban una imagen muy distinta de la mujer a la que había besado la noche anterior. Su pelo, recogido con fuerza, no complementaba su cara redonda, y el pequeño sombrero de paja, prendido de algún modo en la parte delantera de la cabeza, resultaba ridículo. Portia Edwards parecía algo pálida esta mañana, mayor y solterona. De pie, rígida ante él, no se parecía en nada a la ninfa que había encontrado corriendo por los jardines iluminados por la luna en Copp's Hill. Nada que ver con la criatura salvaje con un vestido de baile roto que había asaltado su espinilla y luego robado su carruaje.

"¿Qué te ha pasado?"

"¿Perdón?"

Se acercó más, escrutándola desde distintos ángulos. No había rastro de los sedosos rizos que había tocado la noche anterior, e incluso Oliver Cromwell habría aprobado su vestimenta. El vestido de muselina sin bordar, el alto cuello rígido y los artilugios que llevara debajo ocultaban por completo sus generosos pechos y sus hermosas curvas. La postura de estatua y la indiferencia que mostraba ante su inspección personal y cercana eran otra decepción. Al pensar en ello, Pierce se sorprendió al darse cuenta de que en realidad estaba impaciente por volver a verla.

Primero, sin embargo, necesitaba sacar a la mujer nocturna que recordaba tan vívidamente.

Un leve arañazo en la cara de Portia era la única prueba del casi desastre que había provocado anoche.

"¿Cuál es el propósito detrás de este disfraz?"

"No tengo ni idea de lo que está hablando, señor."

"Me dijeron que la Srta. Portia Edwards estaba esperando para verme".

"¿Y?"

"Entonces, ¿qué has hecho con ella?" Se dirigió a su escritorio. "Esta no es la mujer que tuve el placer de conocer anoche".

Su espalda se endureció aún más, su barbilla se elevó y sus labios se afinaron. Le miró fríamente. "Resulta que ésta es la verdadera Portia Edwards".

"Siento oír eso".

"No me sorprende, teniendo en cuenta cómo te comportaste con ella", dijo con indiferencia, aunque no era tan indiferente como pretendía. Un suave rubor oscureció sus mejillas. "Esa mujer, sin embargo, fue reprendida por sus acciones y expulsada indefinidamente".

"¿Dice que le han echado? Divertido, Pierce se sentó en el borde de su escritorio. "Dígame, ¿cómo se hace eso?"

Enroscó la cinta de un pequeño bolso alrededor de su muñeca. "Bueno, uno empieza por reconocer que se equivocó. Uno reconoce que hay peligro para su persona y su reputación al realizar ciertas acciones o al permitirse estar en ciertas situaciones".

"¿Infiero iluminación de sus palabras, Srta. Edwards?"

"Y los malentendidos también pueden ser peligrosos", continuó, ignorando su pregunta. "Al mismo tiempo, si no se ha producido ningún daño grave, una persona puede decidirse a no volver

a exponerse a una situación así".

"Una resolución digna, si tan sólo pudiera mantenerla".

"Por favor, déjeme terminar, Sr. Pennington", pidió Portia. "El siguiente paso, por supuesto, es presentar las disculpas pertinentes".

Pierce estiró las piernas ante él, observándola atentamente. "¿Así que está aquí para disculparse por las acciones de la Srta. Edwards anoche, Srta. Edwards?"

"En efecto, señor Pennington", dijo en voz baja, mirando las cintas destrozadas que tenía en la mano.

Pierce cruzó los brazos sobre el pecho. "Bueno, siento decir que no puedo aceptar sus disculpas".

Su mirada se dirigió a su rostro. "¿Por qué no, señor?"

"No creo en resolver los asuntos a través de un tercero".

"Pero no hay terceros implicados".

"Por supuesto que sí. Hace unos momentos hablabas de enviar a Portia lejos".

Dio un paso hacia él. "Estás siendo difícil."

"¿Intentas hacerte pasar por la desterrada Srta. Edwards?"

"Estoy siendo yo misma". Pudo ver en sus ojos un destello de fuego.

"Tendrá que aportar alguna prueba, me temo, señorita".

Tardó un momento, pero a pesar de sus esfuerzos, una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios, suavizando enormemente su expresión. "Está bromeando conmigo, Sr. Pennington".

"¿Contigo? Jamás". Se puso en pie y se acercó a ella. "Eres demasiado serio, demasiado correcto. No puedo imaginarte encontrando humor en cualquier cosa que alguien pueda decir... especialmente yo". Se detuvo a medio paso y le levantó la barbilla hasta mirarla a los ojos castaño oscuro. Ella no se inmutó, no rechazó su contacto. Las imágenes de los dos tumbados en la cama de la taberna volvieron a su mente y su cuerpo respondió de inmediato. "Por otro lado, sin duda podría bromear con la mujer que conocí anoche. Era inteligente y astuta, además de deseable y apasionada. Y ella sabría que, después de todo lo que he tenido el privilegio de aprender sobre ella -y lo que ella sabe de mí-, una conversación sincera y un acercamiento honesto serían su única oportunidad de volver a acercarse a mí."

"Le dijiste que no deseabas volver a verla".

"En efecto, y yo que contaba con que fuera el tipo de mujer que nunca sigue instrucciones". Pierce le tocó unos mechones de pelo sueltos por encima de la oreja. Al escapar de sus confines, el mechón de seda formó un suave rizo, acariciando sus dedos.

"Sólo me conociste anoche pero parece conocer todos mis defectos".

"Me das demasiado crédito. Es imposible que los conozca a todos". Le acarició la delicada curva de la oreja y ella se ruborizó aún más. Agarró con fuerza el bolso. "¿Por qué estás aquí, Portia?"

"Vine a corregir la impresión que debes tener de mí desde anoche".

Pierce le pasó lentamente un dedo por el cuello. "¿Me estás diciendo que no te persiguen regularmente por oscuros senderos del jardín celosos sirvientes?"

Ella negó con la cabeza. "No, esa fue la primera vez".

"¿Y supongo que no tiene por costumbre robar carruajes a hombres extraños?". Pierce se inclinó y dejó que sus labios rondaran a un suspiro de la boca de ella.

"Esa... esa también fue una primera vez", susurró, retrocediendo.

Pierce le agarró la muñeca. Ella no opuso resistencia. Su mirada pasó lentamente del bolso que llevaba en la mano al pecho de él y se detuvo en sus labios antes de mirarle a los ojos.

"¿Qué estás haciendo?"

"Estoy hablando de anoche". Le quitó el bolso de la mano y lo dejó caer al suelo. "¿Qué crees que estoy haciendo?"

"No lo sé. Nunca esperé que serías... seríamos..."

Pierce le rodeó la cintura con un brazo y acercó su cuerpo al suyo. Una vez más, ella no lo apartó, sino que colocó ambas manos contra su pecho, creando una pequeña barrera. La timidez añadía otro elemento a su seducción. Él estaba entretenido, disfrutando del juego que ella jugaba. Tiró de los broches del ridículo sombrero y se alegró cuando ella se lo quitó. Más tirabuzones oscuros se le escaparon y le rodearon la cara. "¿Por qué no me cuentas qué más fue una primera vez, anoche?"

"Ir a esa taberna fue la primera vez".

Pierce la encontró de nuevo mirándole la boca. Sin preguntar, besó sus labios húmedos y separados. Su sabor era tan embriagador como lo recordaba. Sabía lo que quería. Le rodeó el cuello con las manos y apretó su cuerpo contra el suyo.

Ella apartó la boca. "Estar sola en una habitación con un caballero también fue una primera vez".

Volvió a besar sus labios, esta vez más profundamente, extrayendo su esencia. Sus manos bajaron por la espalda de ella hasta su trasero, apretándola contra su virilidad cada vez más dura.

Volvió a liberar su boca. "Lo que tú y yo hicimos en ese lugar... y en el espejo... las primeras veces".

"Lo que casi hicimos", corrigió.

"No, lo que *hicimos*."

Portia había estado dispuesta a hacer el amor con él la noche anterior. Les habían interrumpido, pero ella había vuelto con las mismas ganas esta mañana. Pierce retrocedió hasta su escritorio, llevándola consigo. No se sentía culpable por ello. La molestia de que fuera el momento y el lugar equivocados no iba a detenerlos ahora.

"No sé... nunca he hecho esto". Ella apretó una mano contra su pecho.

"Ni yo. Éste ha sido un lugar para trabajar, nunca para jugar". Con un movimiento de la mano, despejó impacientemente la parte superior del escritorio. Un libro de contabilidad cayó al suelo. Le siguieron mapas y papeles. La subió al borde del escritorio.

"Yo... creo que nos hemos desviado de lo que esperaba".

Con cruda pasión, Pierce besó sus labios. Se adueñó de su boca, profundizando, saboreando, deleitándose al sentirla contra él. En un momento, ella se inclinó hacia él, devolviéndole el beso con el mismo ardor. Era todo el estímulo que necesitaba. Le separó las rodillas y se colocó entre ellas. Su cuerpo endurecido presionó la unión de sus muslos a través de las capas de ropa. La agarró por el tobillo y lo levantó hasta rodearle la cintura.

Llamaron débilmente a la puerta, pero hizo caso omiso. Portia, sin embargo, apartó la boca. Estaba sonrojada, sin aliento.

"Alguien está en tu puerta".

"No te preocupes. Se irá". Le deslizó la mano por la pantorrilla y el muslo. Su piel era cálida y suave.

Ella lo apartó de un empujón y se bajó del borde del escritorio. Se estaba arreglando las faldas cuando se abrió la puerta y Nathaniel asomó la cabeza.

"Siento interrumpir". Sonrió ampliamente ante el pelo y la ropa revueltos de Portia y la mirada asesina de Pierce. "Una tal señora Higgins, esposa del reverendo William Higgins, ha venido a verle. La he retenido todo el tiempo que he podido en mi despacho, pero ahora está

bastante preocupada por todo el ruido que viene de aquí... especialmente desde que Sean mencionó accidentalmente que su cargo, la señorita Edwards, estaba conferenciando con usted."

Capítulo Seis

"POR FAVOR, HÁGALA PASAR", dijo Pierce con calma.

El hombre de la puerta le guiñó un ojo a Portia antes de retroceder y cerrar la puerta.

"¿Has perdido la cabeza?" soltó Portia presa del pánico. Recogió apresuradamente los libros y papeles del suelo y los colocó en una esquina del escritorio. Empujó un mapa enrollado debajo de la mesa y buscó en el suelo su sombrero y su bolso. "Al menos podrías haberle dicho a tu amiga que nos dejara un momento".

"Nathaniel sabe qué hacer".

Portia encontró el sombrero y se lo puso en la cabeza. No había espejos en la habitación. Cogió el bolso y corrió hacia la ventana abierta. Él estaba a su lado en cuanto la alcanzó y la agarró del brazo.

"No vas a saltar por esta ventana".

Miró hacia abajo, a la caída de dos pisos y a la concurrida calle. "Jamás se me ocurriría hacer algo tan tonto".

"Estoy seguro". Su voz rezumaba ironía.

Portia le lanzó una mirada dura antes de ajustar la ventana y encontrar su propio reflejo. "Nunca conseguiré que esto funcione a tiempo".

Llevaba la mitad del pelo suelto sobre los hombros y la otra mitad apenas se sujetaba con horquillas. Se colocó el sombrero de una forma y de otra en la cabeza. Pierce levantó la mano, cogió el sombrero y lo tiró por la ventana.

"¿Cómo has podido?", gritó. El sombrero quedó atrapado en la ligera brisa, flotó hacia abajo e inmediatamente fue pisoteado por la rueda de un carro que pasaba. Miró hacia la puerta. Se oían voces un poco más allá. "Ella sabrá lo que hacíamos aquí. No puedo..."

Cuando sus palabras se interrumpieron, Pierce la cogió del brazo y la sentó bruscamente en una silla entre las dos ventanas abiertas. El pelo le cayó sobre la cara. Le quitó el resto de las horquillas y las dejó caer sobre su regazo.

"Estás empeorando las cosas". Portia apartó las manos de él y trató de alisarse el pelo, recogiénoselo rápidamente detrás.

"Debería haber aprendido la lección anoche. Es usted más problemática de lo que vale, Srta. Edwards".

"Gracias por las amables palabras, Sr. Pennington."

Se dirigió enérgicamente a su escritorio y se sentó tras él justo cuando se abría la puerta. Portia vio cómo el amigo de Pennington hacía pasar a Mary. Pierce se levantó para saludar a la esposa del párroco, pero la mirada de Mary siguió revoloteando hacia ella.

Portia se puso en pie pero no dijo nada, manteniéndose al margen de las presentaciones y las

galanterías forzadas. El hombre llamado Nathaniel se quedó y se unió a la conversación, pero la expresión y el tono extremadamente formales de Mary indicaron a Portia que la mujer mayor sospechaba lo que había estado ocurriendo allí.

"Mis disculpas, Sr. Pennington, por interrumpir su jornada de trabajo", decía Mary. "Desconocía por completo la visita de la señorita Edwards, y me he pasado por aquí para agradecerle que anoche acudiera en ayuda de mi protegida y la llevara sana y salva a casa".

"¿Quiere sentarse, Sra. Higgins?", le ofreció Pierce cortésmente.

"Eso no será necesario. Veo que la señorita Edwards maneja la situación como le parece". Dirigió una mirada fulminante a Portia. "Debo poner fin a esta visita, me temo. Ya que es un día tan hermoso, los niños están ansiosos por terminar sus lecciones esta mañana... para pasar la tarde en una excursión con su padre".

Portia sabía leer bien las palabras de María. Sabía que el propósito de concluir esta visita no era por el bien de las lecciones de los niños, sino para darse tiempo a sí misma para dar una conferencia... sin duda sobre la pureza, la castidad, el decoro y los efectos aplastantes del pecado en el alma. Sin embargo, antes de que Portia pudiera moverse, la amiga de Pierce la interrumpió.

"Disculpe mi descaro, Pennington, pero creo que no me han presentado a la joven".

Con el ceño fruncido, Pierce hizo la presentación, y Nathaniel Muir sonrió con deleite, bombardeándola con una serie de preguntas generales. Mientras Portia respondía, Mary permanecía rígida y en silencio en el centro de la sala.

"Se nos hace tarde", dijo Mary con una mirada significativa.

Portia tuvo una idea de última hora. "Mis disculpas por haber escuchado su conversación con los hombres del almirante Middleton", dijo, dirigiéndose a Muir. "Pero me las arreglé para dejar atrás mi envoltura y mi máscara en el baile de anoche, y como te oí decir que hoy ibas allí, me preguntaba si no sería demasiada molestia que te acompañara para recuperar mis pertenencias".

Vio que Pierce abría la boca, sin duda para afirmar que sería demasiada molestia, así que continuó.

"He oído lo cautelosos que son los porteros del Almirante a la hora de permitir la entrada de visitantes. Si pudiera llevarme hasta allí, prometo ser rápido y esperar tranquilamente en su carruaje hasta que concluyan sus asuntos. Por supuesto, podría incluso caminar hasta allí y esperar su llegada. Entonces podría irme tan pronto como me reúna..."

Muir puso fin a sus divagaciones. "Tengo una idea mucho mejor, si no interfiere mucho con sus deberes con los niños. Mi amigo y yo tenemos que separar nuestros caminos después de reunirnos con el Almirante, así que estaré encantado de utilizar el coche de mi amigo para llevarla a Copp's Hill. Cuando haya recogido sus cosas, el chófer le llevará a casa".

"Es muy amable por tu parte", susurró Portia, aliviada, mientras Mary asentía con amargura.

Muir pidió la dirección de la casa parroquial y prometió llamar a Portia a su casa dentro de dos horas. Pennington permaneció en silencio, y ella se sintió aliviada de que ni él ni Mary se opusieran a lo acordado.

Momentos después, Portia seguía a su amiga escaleras abajo. María esperó a que estuvieran en la calle antes de arrancar.

"Qué tonta fui al pensar que a la madura edad de veinticuatro años, ya habrías superado tal... tal indecencia". Mary cruzó Dock Square mientras Portia le seguía el paso. "No puedo creer que todavía tenga que explicarte la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto, lo modesto y lo licencioso. ¿Qué crees que un hombre como él piensa de una mujer que se arroja...?"

"Me ofende tu tono, Mary Higgins", replicó Portia brevemente. "Hablas como si hubiera cometido el más horrendo de los crímenes".

"Lo has hecho, ¿verdad? ¿No fuiste a su lugar de negocios sin un chaperón?"

"Usted mismo me habló de la importancia de dejar una buena impresión. Nunca tuve la oportunidad de agradecer al caballero lo que hizo anoche. Y así como no necesité chaperón para ser escoltada por el capitán Turner al baile, tampoco lo necesito hoy para visitar al señor Pennington."

Mary se detuvo y la miró con incredulidad. "¿De verdad no ves ninguna diferencia en las dos situaciones? El interés y las intenciones del capitán Turner hacia usted son muy honorables y claros para todos. Así se lo ha dado a entender al propio párroco. El Sr. Pennington, en cambio, nunca ha sido debidamente presentado a usted".

"El capitán Turner pretendía presentármelo".

Ignorando las palabras de Portia, María la cogió del brazo y la apresuró. "Y he aprendido algunas otras cosas sobre él esta mañana. La riqueza y las conexiones familiares del señor Pennington lo convierten en uno de los solteros más codiciados de Boston. Estos encuentros privados con alguien de tu edad y falta de medios sólo podrían interpretarse con el propósito de mantener relaciones inmorales."

Portia se detuvo en seco, frunciendo el ceño ante la cara de la anciana. "Escúchate, amiga mía. Anoche me dijiste que él era mi única salvación. Hoy, actúas como si..."

"Anoche te sugerí que buscaras la ayuda de ese hombre. Mi sugerencia era informarle de la tragedia de ser huérfano de padre, apelar a su sentido del nacionalismo y a su bondad. Nunca te dije que desecharas tu virtud y actuaras tan... tan incalificablemente". Mary sacudió la cabeza y volvió a ponerse en marcha.

Portia ignoró las miradas curiosas de los que pasaban y corrió tras la otra mujer. "María, no he hecho daño a nadie. No ha habido ningún escándalo. ¿Podrías calmarte y permitirme al menos explicarme?"

La esposa del párroco se arremolinó sobre ella y le preguntó directamente: "Muy bien, dígame qué ocurrió exactamente entre ustedes dos en el despacho del señor Pennington".

Portia decidió la verdad. "Me besó".

"Él... él..." Cinco tonos de rojo subieron por el cuello y la cara de Mary. Un asesinato habría causado menos consternación en ella. "Tú..."

"Di lo que quieras, pero Pierce Pennington es el primer hombre que me ha besado. Y nadie resultó herido por ello", afirmó rápidamente Portia. "Sé que estuvo mal. Fue inapropiado ir allí e inapropiado permitirle que me besara. El Sr. Pennington también lo sabe. Él mismo lo ha dicho. Pero eso quedó atrás. Fue un beso, involuntario e impulsivo. Pero el mundo no tiene que detenerse por eso. Nadie más que tú lo sabe, Mary. No habrá escándalo".

"El Señor lo sabe", siseó Mary. "Y antes de que acabe el día, me aseguraré de que el párroco también lo sepa".

"Haz lo que creas conveniente".

"Eso haré. Lo que has hecho no tiene nada de inocente. Llevas ocho años viviendo con nosotros. Sabes muy bien cómo llevamos nuestras vidas. Conoces el ejemplo que intentamos dar a la gente de nuestra congregación y a los demás que nos miran. No nos desviamos del camino recto. No podemos tolerar errores en nuestra conducta, por involuntarios o impulsivos que sean. Un comportamiento como éste destruirá en un momento lo que mi marido ha intentado establecer aquí durante todos estos meses. Estás haciendo lo mismo que mi hermana Ellie. Ella trajo el escándalo a la familia y destruyó las oportunidades de William en Inglaterra. Tú lo arruinarás aquí".

"No soy Ellie", declaró Portia, molesta porque su metedura de pata sirviera de recordatorio

de una época muy difícil en la vida de Mary. Después de trabajar siete años como coadjutor en Bristol, cualquier esperanza de ascenso para Higgins se había hecho añicos cuando la hermana menor de Mary fue nombrada corresponsal en el proceso de divorcio de un joven noble. El escándalo fue pregonado en todos los periódicos desde Bristol a Edimburgo. Y ése había sido sólo uno de los pasos en falso de aquella joven. "Nunca haría nada para herirte a ti o a William o a los niños."

"Muy cierto", espetó Mary, "porque no te lo permitiré. A partir de este momento, te prohíbo que tengas nada que ver con el señor Pennington, su amigo... y Helena Middleton. Pondrás fin a esta tontería ahora mismo".

"No puedo hacer eso", dijo Portia apasionadamente.

"Claro que sí".

"Me estás pidiendo que renuncie a la posibilidad de salvar a mi propia madre".

"Sólo me importa mi familia", dijo Mary con severidad, "la familia de la que has formado parte durante ocho años".

"Agradezco todo lo que tú y William habéis hecho por mí, pero no puedo decidir entre tú y mi madre". Su voz se volvió ronca mientras Portia luchaba desesperadamente contra las lágrimas.

"Debes decidir. No hay término medio entre el bien y el mal. Debes decidir entre la familia que tienes ahora y la imaginaria que sólo existe en tu mente", dijo Mary con naturalidad. "Hay demasiado en juego para que te permita adentrarte en aguas tan peligrosas. Los riesgos son demasiado altos".

"Tendré más cuidado", argumentó Portia en voz baja. "Tienes todo el derecho a enfadarte conmigo por ir al negocio de Pennington. Pero eso es aparte de mi madre. Prometo no volver a verlo, si así lo desea. Pero Helena Middleton..."

"¡Basta!" Mary sacudió la cabeza con firmeza. "Hablé con William sobre eso anoche. Está seguro de que el almirante Middleton tomaría represalias contra todos si le robasen a su hija sin su consentimiento. Cree que todo tu plan es una completa estupidez. Incluso ha sugerido que te enviemos a Nueva Escocia a vivir con sus padres durante un año más o menos. Cree que olvidarás todo esto con el tiempo".

"Mary, por favor, escúchame", suplicó Portia. "No puedes echarme".

"Esa no es tu elección. Después de presenciar lo que hiciste esta mañana, debo apoyar la decisión de mi esposo".

Las dos mujeres permanecieron un largo rato frente a frente. No se oían. Ninguna se entendía. Entonces, Portia oyó la campana del Viejo Sur dar la hora. Ante ella, Long Wharf y el resto del puerto bullían de actividad. Un barco mercante acababa de entrar en el puerto, pasando junto al fuerte de Castle Island. Un gran mundo desconocido se extendía más allá.

El ruido de la calle, la gente que les rodeaba, incluso el rostro de María, todo se desvanecía en su mente mientras Portia pensaba en el oscuro y aterrador camino que le esperaba. A pesar de la soledad, nunca había pasado muchas penurias en su vida. Nunca había estado en verdadero peligro. Desde que había dejado la escuela de Lady Primrose en Gales, había sido miembro de un hogar donde la cuidaban y apreciaban por sus esfuerzos. Ahora el miedo se apoderó de su corazón.

Portia se preguntaba si tendría fuerzas para abandonar todo lo que tenía seguro en su vida. Si fallaba en algún paso, se arruinaría.

Una mujer pasó junto a ellos. Una niña se agarraba a la falda de su madre y miró a Portia a la cara. Esa mirada le dio la respuesta.

Portia respiró hondo. "Pienso aprovechar la oportunidad de volver a la mansión del almirante este mediodía para tener otro encuentro con la señorita Middleton".

El rostro de Mary se endureció, ocultando una evidente decepción. "Te lo prohíbo".

Portia se apartó una lágrima. "¿Quiere que retire mis pertenencias antes de esa cita o puede esperar hasta que regrese?".

"Preferiría que te fueras de mi casa antes de ir al North End". Sin decir nada más, Mary se dio la vuelta y se marchó.

Con la puerta cerrada, sacaron los mapas y los libros de contabilidad del compartimento secreto del panel de la pared y los extendieron sobre el escritorio de Pierce. A Sean le aconsejaron que les diera la señal inmediatamente si llegaba algún otro visitante al despacho exterior. Los dos hombres estudiaron detenidamente la información que Nathaniel había traído de Providence. Era fundamental que la reunión de hoy con el almirante Middleton no pusiera en peligro sus planes para los próximos quince días.

Hacía tres meses que el *Gaspee*, un barco británico que se encargaba de hacer cumplir las leyes fiscales en la bahía de Narragansett, una zona en la que prácticamente toda la población colonial se dedicaba al contrabando. La presencia del *Gaspee* no era bien recibida por nadie, y su capitán había hecho todo lo posible por provocar a los navegantes de la bahía con la arrogancia y prepotencia con que desempeñaba sus funciones.

Durante las dos últimas noches, Nathaniel había hecho los últimos preparativos en Rhode Island. La semana próxima, el famoso MacHeath ayudaría a encallar el *Gaspee* en la bahía de Narragansett. Un grupo de destacados hombres de Providence se haría cargo desde allí. La misión era crítica y llevaba tiempo planeándose.

Pasó una hora antes de que Pierce, finalmente satisfecho con todos los detalles, doblara los mapas. "¿Qué piensas usar como coartada para lo de anoche?".

"Fui invitado al baile del Gobernador de Rhode Island".

Pierce levantó una ceja interrogante.

"Celebré el cumpleaños del Rey con el mismo fervor que tú, sin duda... y me quedé más tiempo que tú en casa del Almirante, apostaré". corrigió Nathaniel. "Lo importante fue que el gobernador Wanton y yo mantuvimos una agradable charla sobre las bondades del buen whisky, conversación de la que él dará fe, si surge la necesidad. También estaba al tanto de que me marchaba a Boston anoche, por lo que mi marcha anticipada era perfectamente explicable."

Pierce colocó los mapas y los libros en los compartimentos y cerró el panel. "Espero que en la visita de hoy con Middleton se aborden los mismos temas que ha tratado con los demás".

"Tengo una sensación incómoda al respecto".

"¿Y eso por qué?"

"No puedo decirlo con exactitud. Algo sobre el momento. Tenemos un barco en el puerto exterior listo para ocupar su lugar en el muelle. El infame bribón de MacHeath ha estado más activo esta quincena que todo el año pasado". Nathaniel recogió algo de la alfombra y se sentó en una silla, estudiando detenidamente el pequeño objeto. "Podría ser simplemente mi imaginación, pero sigo algo preocupado".

"El hecho de que nos haya invitado a ambos a asistir es algo positivo", comentó Pierce. "Es evidente que se centra en las empresas y no en los particulares. Por lo que me han dicho, es el mismo enfoque que utilizó con otros navieros".

"El tiempo lo dirá, amigo mío. Mientras tanto, debemos tener cuidado".

La fascinación de Nathaniel por el objeto despertó la curiosidad de Pierce. Sin embargo, se sintió molesto cuando se dio cuenta de que el objeto era un alfiler de sombrero de mujer.

"Esto definitivamente me da más razones para esperar con ansias el viaje a Copp's Hill". Nathaniel miró su reloj de bolsillo. "¿Crees que a la señorita Edwards le importará que la llame un poco antes de la hora acordada?".

"De hecho, creo *que* le importaría". Pierce quitó el alfiler de la mano del otro hombre, pinchándose en el proceso.

Muir no consiguió ocultar su sonrisa burlona.

"Pero no tienes que molestarte en llamarla", dijo Pierce brevemente. "Yo me encargaré de eso".

"De verdad, Pierce. Insisto".

"No quieres involucrarte ahí. No quieres conocerla. Definitivamente no quieres saber en cuántos problemas es capaz de meterse. Y en absoluto quieres saber por qué va a volver allí hoy... teniendo en cuenta que anoche fue perseguida por una horda de sirvientes bastante amenazadora. Yo me encargo".

Nathaniel se recostó en la silla y sonrió. "Estoy fascinado".

"Por tu propia tranquilidad, intenta frenar tu fascinación". Pierce recogió su chaqueta donde la había tirado en el respaldo de una silla y se dirigió a la puerta. "Nos vemos en el North End. Sé puntual".

Capítulo Siete

PORTIA NO TUVO tiempo de buscar y considerar sus opciones. Además, no tenía ninguna. Tomó el único lugar que conocía, una habitación en el tercer piso de la botica de ladrillos rojos al pie de la calle School. El Dr. Crease el Joven, como lo llamaban -aunque tenía casi setenta años-, había mencionado la habitación que buscaba alquilar cuando Portia se había detenido a buscar medicamentos para Mary durante su enfermedad. Por suerte, la habitación aún estaba disponible y el Dr. Crease y su esposa estuvieron encantados de aceptarla como inquilina.

Cuando Portia llegó de nuevo a la casa del callejón de Sudbury Street, ya se había preparado para enfrentarse al caos, la ira, las lágrimas y los desbordamientos de emoción. Sin embargo, ante el silencio que encontró allí, Portia no estaba del todo segura de cómo afrontarlo. A excepción de Josiah, no había nadie más en casa. El anciano parecía realmente disgustado.

"La Sra. Higgins tuvo una reunión con las Damas de la Caridad, y los niños fueron dirigidos a ir y..."

"No necesitas explicarme, Josiah. Lo comprendo". Portia miró hacia las empinadas y estrechas escaleras. "No tardaré".

Le pesaban los pies al iniciar el ascenso. Por primera vez, la idea de no volver a ver las caras sonrientes de Walter y Ann, de no pertenecer a esta casa, de estar totalmente sola, empezó a roer el borde de su coraje. Empezó a ver la sabiduría en las palabras de Mary. Estaba dando la espalda a personas reales a las que amaba por lo que muy posiblemente era una ilusión.

Aun así, subió los escalones. En su habitación, puso un pequeño baúl sobre la cama y se puso a empaquetar lo que era suyo. No era mucho. Tres vestidos, una capa, un puñado de ropa interior, algunos libros, sus tablas de escribir y un pequeño surtido de recuerdos que había recogido durante sus años con los niños. Portia miró el corazón bordado que la pequeña Ann le había hecho, la concha que Walter había recogido en el muelle antes de salir de Inglaterra. A dónde iba no estaba claro, y cómo iba a vivir era un misterio. Hasta que encontrara lo que buscaba, estos pocos recuerdos preciosos tendrían que bastar para mantener vivo su espíritu.

En el último momento, también empaquetó lo que le quedaba de las cosas que le había prestado su amiga Bella. Tendría que arreglarlas y devolverlas pronto.

Portia consiguió bajar el baúl por las escaleras. Josiah parecía avergonzado cuando la alcanzó junto a la puerta cuando se disponía a salir.

"Nunca pensé que fueras tan rápida, señorita, o habría venido a bajarte esto".

"Mejor mi espalda que la tuya".

El anciano miró con tristeza lo poco que llevaba. "¿Me permite que la ayude, señorita? Tengo unos ahorrillos que no me sirven de nada a mi edad. Me encantaría..."

"Estaré bien, Josiah. Gracias", dijo con dulzura. "He conseguido ahorrar un poco a lo largo

de los años, y ya sabes que no me asusta trabajar. No espero estar mucho tiempo sin trabajo". Le dio la dirección donde había cogido la habitación. "Se supone que un caballero llamado Mr. Muir vendrá a buscarme a mediodía. Intentaré llevar mi baúl a la botica y estar de vuelta antes de esa hora, pero si viene antes de que yo regrese, por favor, no mencione nada sobre mi cambio de empleo y residencia."

"Nunca lo haría, señorita", le aseguró Josiah. El viejo criado miró hacia la calle Sudbury. "Me tomé la libertad de llamar al mozo de cuadras para que trajera un carro... y aquí está el muchacho. Déjame ayudarte a cargar el baúl en la parte de atrás".

Momentos después, cuando el carro se puso en marcha, Portia se giró en el desvencijado asiento y miró hacia la casa parroquial a tiempo para ver al anciano cerrando lentamente la puerta.

Pierce estaba sentado bajo el cálido sol del mediodía, esperando a que los dos muchachos cubiertos de barro arrearan su media docena de vacas fuera del carril donde se encontraba la casa parroquial. Su mozo de cuadra, Jack, intentó meterles prisa, pero los descarados jóvenes se limitaron a silbarle y continuaron hacia el Common.

Cuando entraron en la callejuela, Portia estaba ayudando a un anciano sirviente a meter un pequeño baúl en una carreta mientras un mozo de librea permanecía a su lado. Detuvo la carreta inmediatamente. No se había molestado en arreglarse el pelo. Los mechones oscuros brillaban al sol y los tirabuzones bailaban con la ligera brisa. Durante unos instantes se quedó mirándola. A pesar de sus objeciones de aquella mañana, admiró lo delicada y bonita que estaba con aquel sencillo atuendo. Salió de su ensueño cuando ella subió al carro junto al muchacho.

Pierce había hecho lo mismo que le había dicho a Nathaniel que no hiciera. Había llegado pronto. Pero se dijo a sí mismo que tenía una razón legítima para hacerlo. Ya conocía a Portia, e intuyendo que ella se dirigía a un clima tormentoso con la esposa del párroco, Pierce había decidido que debía causar una mejor impresión en el párroco y su familia.

Mientras observaba el carro girar por la calle Sudbury, Pierce se recordó a sí mismo que también estaba haciendo esto por sí mismo. En contra de su buen juicio, se dio cuenta de que se había resignado al hecho de que sus caminos y los de Portia iban a cruzarse. Podía vivir con ello. La mujer le interesaba y le molestaba al mismo tiempo. Pero también sentía una maldita curiosidad por saber qué quería realmente la diablesa en la mansión del almirante.

Con un movimiento de las riendas se puso en marcha, siguiéndola a cierta distancia. Tenía que haber cientos de razones para que ella abandonara la residencia Higgins con un baúl a cuestas, pero no quería adivinar ninguna. Sólo esperaba que su insensatez de esta mañana no fuera la causa.

Pierce había pasado decenas de veces por delante del edificio de ladrillo rojo de la esquina de School Street donde se detuvo el carro. Detuvo su propio vehículo varias tiendas más arriba de la botica. Había una cantidad considerable de tráfico peatonal, así como jinetes y vendedores ambulantes, y Portia no se fijó en él. La vio dar las gracias al conductor y arrastrar ella misma el baúl hasta una puerta lateral del edificio. No prestó atención a nadie más en la calle y abrió la puerta sin llamar.

Su mozo de cuadra ya estaba junto a las cabezas del par de caballos, y Pierce fue tras ella. Sin embargo, ella y el baúl habían desaparecido por la puerta cuando él llegó.

Permaneció allí unos minutos, esperando, sin saber qué hacer. Estaba pensando en llamar y

preguntar por ella cuando la puerta volvió a abrirse y Portia reapareció sin el baúl.

Ella se sorprendió al verle, apartó los ojos enrojecidos y se secó las lágrimas. Había estado llorando.

"¿Qué pasa?"

Ella ignoró la pregunta. "¿Qué está haciendo aquí, Sr. Pennington?"

"Podría pedirte lo mismo".

"I..." Se aclaró la garganta. "Yo vivo aquí."

Miró hacia el edificio. "Pero esta no es la dirección que le diste a Nathaniel. Y esta no es la casa donde mi novio te entregó anoche".

"La gente se mueve. Las situaciones cambian". Ella continuó evitando sus ojos y buscó en la calle en su lugar. "Mis disculpas por parecer descortés, señor, pero necesito volver a la casa parroquial en los próximos quince minutos. Como usted mismo mencionó, esa es la dirección que le di erróneamente a su amigo". Asintió cortésmente y se puso en marcha.

Pierce le siguió el paso. "¿Fue por error o cambiaron sus arreglos de vivienda desde que salió de mi oficina esta mañana?"

"No creo que eso te concierna".

"Tuve la impresión de que a la Sra. Higgins no le gustó encontrarte en mi despacho. ¿Fue eso lo que precipitó la mudanza?"

"Debo irme. Ahora si me disculpan..."

Pierce hizo un gesto a Jack para que trajera la chaise. "Mi carruaje está aquí. Te llevaré adonde desees ir".

Dudó un segundo, pero Pierce la cogió del brazo y la condujo hacia el vehículo.

"Tienes una forma bastante prepotente de dar órdenes", dijo críticamente, "en lugar de hacer ofertas por cualquier sentido de la cortesía".

"Nunca me he sentido inclinado a la cortesía cuando trato con quienes se abstienen de decir la verdad".

"¿Estás diciendo que te he dicho falsedades?"

"No es tanto lo que dice, señorita, sino lo que *no* dice."

Los modales de Portia hacia el novio fueron extremadamente educados, pero la mirada volvió tan pronto como se sentó en la tumbona y volvió a centrar su atención en Pierce.

"Ya que te has formado una opinión tan pobre de mí", dijo ella brevemente. "No entiendo su insistencia en llevarme. Tampoco entiendo por qué me sigues, ya que es la única explicación que se me ocurre para que estuvieras esperando junto a esa puerta cuando salí".

"Quizá estaba allí para comprar drogas de algún tipo". Pierce movió las riendas y el carruaje se puso en marcha calle abajo.

"¿Es así? No creo que pueda existir ninguna medicina que ayude a curar tu dolencia".

"¿Mi dolencia?" Sonrió. "¿Cuál es?"

Miró asustada por encima del hombro. "Vas en dirección contraria. Tenías que ir a la izquierda en ese último cruce para llegar a la calle Sudbury".

"Te llevaré al destino deseado", le aseguró.

"¿Qué te parece mi cita con tu amigo?"

"Está avisado", dijo con indiferencia. "Estoy aquí para sustituirle. Ahora, ¿sobre mi dolencia, Srta. Edwards?"

Siguió mirando a su alrededor con incertidumbre. "No soy médico, señor".

"Aun así, valoraría tu opinión".

"No creo que puedas soportar oírlo".

"Soy mucho más fuerte de lo que crees". Se alegró de ver la chispa de nuevo en sus ojos. La brisa empujaba los rizos en todas direcciones, y ella parecía salvaje y muy tentadora. "Esta podría ser la única oportunidad que tengas de calumniarme en persona".

"Muy bien". Portia se apartó de él todo lo posible y le estudió con seriedad durante un rato. "El problema con usted, señor, es su falta de confianza".

"Es cierto, pero esa cualidad sólo aflora en mi trato con desconocidos. Francamente, considero esa cautela un signo de sensatez".

"Tú también eres un tirano".

"Otra cualidad positiva. No hay gobierno tan eficiente como el de un déspota benevolente".

"Supongo que tienes alguna excusa para tu constante mal genio".

"Estoy seguro de que Jack lo comprobará, mi temperamento es sólo ocasionalmente sucio, como tú dices". Pierce se acercó y le apartó un mechón de pelo de los ojos. Tal como recordaba, era suave como la seda, y necesitó mucha disciplina para no dejar que sus dedos se detuvieran. "En tu caso, sin embargo, sí que he sido provocado".

Le miró fijamente. "Y luego, por supuesto, tu falta de decisión".

"¿Y por qué dices eso?"

"En un momento dices que no quieres volver a verme. Pero cuando volvemos a vernos, actúas como un amigo perdido hace tiempo. Frunces el ceño, frunces el ceño, me llamas molesta en un momento, y en la misma mañana estás en mi puerta y no puedes ser más complaciente". Portia se inclinó hacia él y le puso una mano en la manga. "Entonces, ¿cuál es, Sr. Pennington? ¿Ha tomado alguna decisión sobre mí?"

Pierce la consideró detenidamente. No era tan vanidosa ni tan descarada como la docena de mujeres muy dispuestas que le habían estado rondando por Boston desde su llegada. No era pretenciosa ni infantil como las otras dos docenas que buscaban marido. No era notablemente bella ni iba a la moda en el vestir. Definitivamente no parecía tener mucho interés en pertenecer a la versión bostoniana del beau monde londinense por el que Emma había vivido.

Portia ciertamente no encajaba en el mismo molde de las mujeres con las que Pierce había estado involucrado antes. Pero, de algún modo, le calentaba la sangre. Quería tocarla, saborearla, tenerla, y su reacción física era desconcertante.

"Lo poco que he visto de tus acciones va en contra de cualquier lógica. Pero a pesar de ello, me siento atraído por ti", respondió finalmente. "Así que a riesgo de ser indeciso, como me acusas, debo responderte honestamente que no sé qué hacer contigo... todavía".

Ni hizo pucheros ni pareció decepcionada, y Pierce se lo reconoció. No parecía medir su valía en función de su opinión o la de cualquier otra persona. Encogiéndose de hombros con indiferencia, Portia dirigió su atención a las diversas calles que conducían a los muelles de la derecha.

"¿Le apetece enseñarme otro barrio singular de Boston que quizá no haya visto?"

"No, me gusta saborear esas oportunidades para las horas más oscuras de la noche, cuando puedo aprovecharme de ti al máximo".

"No volveré a ponerme en una situación como la de anoche". Se removió incómoda en su asiento.

Tomó nota mentalmente de que ella había dicho "anoche" y no "esta mañana", cuando la tenía en sus manos y no podía saciarse de ella. Era bueno saber lo que temía y lo que no.

"Te llevaré de vuelta al North End. Aunque no se puede decir que alguno de los sirvientes del Almirante no te reconozca como el ladrón de casas que se les escapó anoche".

"Estás decidido a creerme un criminal. Pero si soy tan horrible como dices, ¿por qué debería

volver y arriesgarme a que me descubran?".

"Quizá no encontraste lo que buscabas la primera vez".

"Oh, pero la encontré", susurró en voz baja.

Pierce la miró con curiosidad. "¿Otra mujer es la causa de todo esto?"

Por primera vez desde que la conoció, se quedó muda. Giró la cabeza y el paisaje que pasaba se convirtió en el centro de su atención.

"¿Quién es esta mujer?"

"Yo... no debería haber dicho tanto. Por favor, no hagas caso".

Las posibilidades que se le pasaban por la cabeza eran demasiado descabelladas para merecer consideración. Detuvo el coche en una pequeña elevación. El arroyo del molino corría por la parte inferior de la colina a su derecha. Se volvió hacia ella. "No iremos más lejos, Srta. Edwards, hasta que me diga de qué va todo esto".

"Entonces creo que saldré".

La agarró del brazo y la detuvo. "¿Por qué no simplemente ser honesto conmigo?"

Ella tardó en mirarle. "Mary... la Sra. Higgins me dijo anoche, después de que tu novio me llevara a la casa parroquial, que debía decirte la verdad y buscar tu ayuda. Eso es lo que pretendía hacer esta mañana. De alguna manera, me las arreglé para estropearlo completamente y perder su confianza al mismo tiempo".

Esta vez no la interrumpió y la vio esforzarse por explicarse.

"Anoche huí de la mansión", explicó vacilante, "porque había intentado conocer a la hija del almirante y, sin querer, la había asustado. Hoy vuelvo para intentar lo mismo... conocerla, quiero decir, *no* asustarla. Espero tener más éxito a la luz del día".

Pierce sólo sabía dos cosas sobre la hija de Middleton. Estaba loca, y había estado recluida durante algún tiempo.

"¿Por qué estás tan empeñado en conocerla?"

"Porque sospecho que es mi madre", susurró Portia.

"Eso te convertiría en la nieta de Middleton."

"Una relación que él nunca admitiría". Continuó con su explicación. "Nací fuera del matrimonio y en circunstancias extraordinariamente difíciles, creo. Mi deseo es que él nunca sepa de mí. Creo sinceramente que si descubriera lo que pretendo hacer, me enviaría al fin del mundo para silenciar el escándalo."

Pierce la escuchó atentamente mientras le contaba lo que sabía de su familia. Le habló de Lady Primrose y de su empleo con la familia Higgins durante los últimos ocho años.

"Mi relación con Helena Middleton es todo especulación, por supuesto, pero nunca sabré la verdad con certeza a menos que tenga la oportunidad de hablar con ella en persona. Por eso acepté la invitación del Capitán Turner y asistí al baile anoche. También por eso vine a su oficina esta mañana. Esperaba conseguir su ayuda para volver a entrar en la mansión del Almirante".

Pierce pensó a dónde iba esto, y no le gustó. Era el tipo de atención que menos podía permitirse. Que alguien de la posición de Middleton se convirtiera en enemigo por un asunto tan trivial podía ser desastroso.

"¿La esposa del párroco Higgins pensó que podría ayudarte?"

Portia asintió con énfasis. "Ella pensaba que tus contactos podían abrir cualquier puerta. Y tenía razón. La invitación para hoy era más de lo que podía esperar. Esto me da una manera de volver a la mansión inmediatamente".

"¿Así que no quedan prendas del baile?"

"Por supuesto que las hay. Tengo una razón para volver. Por favor, Sr. Pennington", dijo

suavemente, poniendo su mano sobre la de él. "Lo que espero hacer no perjudicará a nadie. No tengo intención de reclamar nada a nadie. No haré ninguna escena. No molestaré a nadie. Sólo busco la verdad sobre mi parentesco. ¿Podrías... podrías encontrar en tu corazón la forma de ayudarme?"

Pierce miró hacia el arroyo del molino. Los mástiles de los barcos se divisaban en el puerto, al este. No mucho más allá estaba el puente que conducía al North End y a la mansión de Copp's Hill del almirante Middleton.

"Definitivamente no, Srta. Edwards".

Capítulo Ocho

LOS MARINES del almirante en la puerta eran los únicos guardias. No había ningún batallón de mozos o criados esperando en la mansión para detenerla. Un mozo de cuadra había estado guiando al buen cazador de Nathaniel hacia los establos cuando llegaron. Al parecer, eran los únicos invitados del almirante. Era la oportunidad perfecta para que Portia siguiera con sus planes, si no fuera por la bestia vestida de caballero que se sentaba obstinadamente a su lado.

"Esto es verdaderamente ridículo, Sr. Pennington. El almirante Middleton debe pensar que está loco para estar sentado aquí en su carruaje". Ella mantuvo su voz calmada y razonable. "Ya le he dicho que acataré su decisión. Esperaré aquí hasta que Jack vuelva con mi envoltorio y entonces le permitiré que me lleve a casa".

No hubo respuesta. Fue la misma reacción que él había tenido ante las súplicas de ella de que reconsiderara su decisión mientras conducían hacia la mansión. Lo único que Portia había conseguido era que al menos fuera a buscar el abrigo prestado.

El escocés estaba sentado, con el ceño fruncido y la mirada fija en la puerta por la que su novio había desaparecido hacía unos minutos.

"No hagas el ridículo", insistió ella, mirándole la mandíbula apretada. "Lo que estás haciendo podría ser interpretado como una grosería por tu anfitrión. Podría perjudicar tu relación con un representante de la Corona. Es probable que su amigo también esté esperando dentro, muy preocupado por usted. De hecho, tal vez el Sr. Muir no sepa que usted ha llegado pero se niega a entrar. Debería aprender a confiar en la gente, Sr. Pennington. No entiendo por qué cree que haría algo para causarle problemas".

El ceño de Pennington estaba tan fruncido que Portia se movió incómoda en el asiento. Sin embargo, la muñeca de Pennington parecía una correa de acero y ella sabía que nunca se liberaría.

"Aquí está Jack", dijo bruscamente, haciendo un gesto con la cabeza.

Al mirar hacia la casa, se decepcionó al ver el chal de Bella sobre el brazo del novio.

"Ahora sólo te pido que muestres tu gratitud no causando problemas a mi sirviente".

¿Qué otra opción tenía?

"Por supuesto, señor", dijo ella amablemente, aliviada cuando él la soltó y bajó del carruaje. Mientras Jack ocupaba su lugar junto a ella, Portia agradeció al mozo de cuadra por traer la prenda y procedió a doblar la envoltura cuidadosamente y colocarla entre ambos.

No hubo palabras de despedida de Pierce para ella, pero sí muchas instrucciones para Jack sobre la ruta a seguir y dónde debía ser entregada.

Saludó al hombre con la mano, pero éste se limitó a negar con la cabeza. Y cuando el carruaje se alejó, miró por encima del hombro y vio a Pennington clavado en el sitio, observando

cómo se alejaban por el largo camino.

Cuando se perdieron de vista rodeando un seto y una arboleda, Portia se volvió y se quedó mirando el pequeño puente donde había perdido la carrera la noche anterior. Las puertas de la mansión aún estaban lejos.

Aún tenía una oportunidad.

"Las actividades de los colonos aquí en Boston y en las inmediaciones han ido mucho más allá de los límites de la protesta legal, Sr. Pennington. Las milicias en Quincy, Milton, Lexington, Concord, Salem, Cambridge, y una docena de pueblos cercanos están perforando en los greens, y se habla abiertamente de un conflicto armado con el Ejército de Su Majestad."

Pierce apartó de sí el té y miró fijamente el curtido rostro de Middleton mientras el almirante seguía hablando de la amenaza y las consecuencias de la rebeldía de Boston. Todo lo que les habían contado hasta entonces, Pierce lo sabía. De hecho, su conocimiento personal sobre las diversas actividades era más específico y exhaustivo que las generalidades que Middleton estaba compartiendo con ellos.

La habitación era cálida y las altas ventanas estaban abiertas. Una brisa perfumada soplaba desde los jardines de rosas y la vista de los frondosos terrenos le distrajo momentáneamente. Pierce miró a Nathaniel, que parecía aburrido y estudiaba el dibujo de la taza de porcelana que tenía en la mano. El capitán Turner estaba sentado a la derecha del almirante, de espaldas a las ventanas, en silencio hasta el momento. Como un perro obediente, el oficial asentía con la cabeza cada vez que su superior le dedicaba una mirada.

"Sabemos mucho sobre los dos South End Caucus y su homólogo del North End. Sabemos de sus líderes. Son ilusos al pensar que porque agitan los problemas, el gobernador Hutchinson simplemente ordenará a las fuerzas a su disposición que dejen de hacer cumplir las leyes y directivas del Parlamento. Piensan que no comprando té u otros productos británicos, marchando sobre los verdes de unos pocos pueblos agrícolas, nos obligarán a someternos a sus deseos. Pues bien, las fuerzas de Su Majestad nunca darán la espalda a los súbditos leales aquí en Boston. Hemos jurado proteger a la Corona y al pueblo británico, y así lo haremos, señor."

Pierce cruzó los brazos sobre el pecho. "¿Por qué no acorralar a estos líderes, almirante, y poner fin a esto?"

"Lo haremos cuando llegue el momento, porque sabemos quiénes son", se aclaró la voz el almirante Middleton. "Ese granuja de Samuel Adams y su hermano, James Otis, Warren, Quincy y el resto del sedicioso Club de la Habitación Larga. Estos bribones siguen agitando a la chusma. Y juro que colgaré a un perro llamado Ebenezer Mackintosh antes de acabar".

"¿Ebenezer, dijiste?" gorjeó Nathaniel, que de pronto parecía interesado.

"¿Lo conoce?" Dijo el capitán Turner, hablando por primera vez y mirando atentamente al compañero de Pierce.

"En efecto. El tipo me hizo estas botas", dijo Nathaniel, apartándose de la mesa y levantando una pierna para mostrar la bota de montar. "Es un buen zapatero. Me hace todos los zapatos. No me importan nada esos otros tipos, almirante, pero desearía que no colgaran a los buenos artesanos".

"Tenemos asuntos más importantes entre manos que sus botas, señor Muir", gruñó el almirante. "Y cuando tengamos las pruebas que necesitamos, su maldito zapatero pagará por su comportamiento traidor".

"No sé nada de ninguna traición, señor", dijo Nathaniel. "Esos temas me interesan muy poco... excepto en lo que concierne a mi negocio, por supuesto. Pero debo decirle que es condenadamente difícil encontrar buenos zapatos en Boston".

"Sr. Muir..."

"Como puede ver, almirante -intervino Pierce-, mi socio tiene poco interés en la política. Pero como comerciantes con intereses navieros aquí en Boston, ambos apreciamos sus esfuerzos por mantener la paz. Pero vayamos al grano. ¿Por qué nos ha convocado aquí?"

El almirante se sentó hacia delante, poniendo un puño sobre la mesa. "Por culpa de este insidioso tipo MacHeath".

"¿MacHeath?" Nathaniel dijo. "Es un personaje de una obra, señor".

"En efecto, Sr. Muir. Pero también es un villano de carne y hueso aquí en Boston. Es un maldito mercenario y un traidor a la Corona".

"¿Qué quieres decir?"

"Alguien que usa el nombre de MacHeath como alias suministra armas y municiones a las milicias, a través de los llamados Hijos de la Libertad. Está contrabandeando armas a..."

Pierce no podía creer lo que veían sus ojos. Estaba en los malditos jardines, corriendo por los callejones de rosas. Se levantó despreocupadamente mientras su novio Jack se adentraba en el jardín, persiguiéndola y con cara de enfadado como un gato mojado.

"¿Tiene algo que decir, Sr. Pennington?" Preguntó el Capitán Turner.

Pierce ignoró a Turner y se encontró con la mirada curiosa de Middleton. "Mis disculpas, señor. Una vieja lesión de equitación. No puedo permanecer sentado mucho tiempo. ¿Le importa?"

"Por supuesto que no, señor".

"Reza, continúa", dijo Pierce. Se acercó a la chimenea de mármol y se apoyó en ella. Desde este ángulo, tenía una vista perfecta de la ridícula persecución que se desarrollaba afuera. Jack no tenía ninguna posibilidad. Estaba escondida detrás de un rosal y el novio pasó a su lado.

"¿Lo sabes a ciencia cierta... toda esta información sobre MacHeath?". Nathaniel intervino. "Es posible que todo este asunto de MacHeath no sea más que un cuento de hadas inventado por estos bostonianos como distracción".

"No, señor", replicó el almirante. "Estamos tratando con hechos. MacHeath lleva meses introduciendo armas de contrabando. Creemos que las armas llegan desde Francia a través de la isla holandesa de San Eustaquio, en el Caribe. Se están distribuyendo a las milicias por todo el campo".

Pierce vio cómo su novio se alejaba en dirección contraria y se perdía de vista. Portia salió de su escondite y corrió rápidamente hacia la casa.

"¿Pero qué tiene que ver esto con nosotros, almirante?" Preguntó Nathaniel.

"Se me ha encomendado la tarea de encontrar a este MacHeath y detener el flujo de armas a... a aquellos que se rebelarían contra la autoridad legal aquí en Boston".

Pierce captó la mirada de su amigo y de mala gana se unió a la conversación. "¿Y quieres nuestra ayuda?"

"Así es, Sr. Pennington. El impresionante servicio militar de su hermano habla de la dedicación de su familia a la Corona. Al mismo tiempo, sus conexiones comerciales le dan una ventaja crítica de la que carecemos". El tono del Almirante se volvió bajo y confidencial. "Llevaba tiempo pensando en solicitar su ayuda, pero la opinión del gobernador Hutchinson era esperar hasta que se hubiera tomado la decisión final con respecto a su hermano".

"¿Mi hermano?"

"Sí. Capitán Pennington."

Pierce había mantenido correspondencia con su hermano menor, David, este último año, no más de la que había mantenido con Lyon. Aun así, no iba a admitir ante aquellos dos desconocidos que no tenía ni idea de en qué continente se encontraba su hermano pequeño en ese momento.

"El regimiento del Capitán Pennington ha sido transferido desde Irlanda. Está previsto que llegue a Boston en breve. Con ustedes dos -y el señor Muir, por supuesto- colaborando en estos delicados asuntos, sé que pronto llegaremos a este MacHeath."

Pierce no quería pensar en las complicaciones que la llegada de David causaría ahora mismo.

"No veo la necesidad de esperar la llegada de mi hermano, Almirante. ¿Qué podemos hacer exactamente ahora?"

"Excelente". La satisfacción de Middleton era evidente en su tono. "Necesitamos saber lo que usted sabe. Creemos que el granuja está trayendo las armas directamente a Boston, porque estamos vigilando cada barco y bote de remos desde Plymouth a Salem. Necesitamos saber cómo este MacHeath está introduciendo de contrabando estas armas, y cómo las está entregando en el campo. Nuestros guardias en el cuello de la península están revisando cada carro y carreta que sale de Boston. Ustedes son hombres de comercio. Ambos están involucrados con los comerciantes y los hombres de las mareas de la ciudad".

"Así que su preocupación es únicamente este fantasma de MacHeath", preguntó Nathaniel débilmente, "y ninguna otra información con la que podamos toparnos -manifestaciones que se estén planeando o rumores de lo que está ocurriendo en Newport o Nueva York".

"Por supuesto, estamos interesados en lo que puedan aprender. Estamos..."

Mientras el agente continuaba, Pierce se pasó una mano por la cara con impaciencia. Se alejó de la chimenea y se quedó de pie junto a su silla, mirando más allá de los oficiales hacia la ventana. Un sentimiento de frustración lo invadía, y no tenía nada que ver con la llegada de David, ni siquiera con la suposición de Middleton de que él y Nathaniel eran tan rastrosos como para convertirse en informantes y espías.

La frustración de Pierce se debía a que Portia, la muy tonta, intentaba trepar a un árbol a plena luz del día.

Desde una rama del cercano peral, Portia echó un vistazo a la habitación de Helena. Las ventanas y las cortinas estaban abiertas, pero no podía verla. Tal vez, pensó, su madre estuviera tumbada en la cama o sentada en una silla en un rincón. También cabía la posibilidad de que hubiera salido de la habitación. Era posible que después del incidente de la noche anterior Helena hubiera sido trasladada a otra habitación. No conocía toda la distribución de la casa. El ayudante de pañero al que había pagado por la información sólo había trabajado en esta ala de la mansión. Sin embargo, tenía que entrar de alguna manera, y tenía que ser hoy. ¿Qué posibilidades había de volver a acercarse tanto?

Unas voces que se acercaban atraieron la atención de Portia hacia un camino de ladrillos que salía de otra parte del jardín. Parcialmente oculta por las hojas y ramas del árbol, buscó a Jack. Lo último que deseaba era meterlo en problemas con los sirvientes del almirante. Ya se sentía bastante mal después del susto que le había dado al saltar del carruaje cuando éste aminoró la marcha para cruzar el puente. Por suerte, el novio no aparecía por ninguna parte. Dos sirvientas caminaban lentamente hacia la casa.

"Nunca la había visto así, derribando la medicina, dando órdenes como lo hacía".

Portia contuvo la respiración por miedo a que las hojas crujieran al pasar bajo el árbol.

"Así es como *deben* actuar las damas. Esos charlatanes vierten tanto cielo-sabe-qué en la pobre alma, por nada culparía a la Srta. Middleton por sus acciones".

"La señora Green nos chamuscará bien si se entera de que hemos dejado a la señorita Helena sola en el jardín". Dijo nerviosa la primera, mirando hacia atrás desde donde venían.

"Dejemos que el dragón haga lo que quiera. No es que su señoría vaya a ir a ninguna parte. Si a la pobre alma le hace feliz que la dejen sola unos minutos, quiénes somos nosotros para decir lo contrario. La Sra. Green es sólo..."

Portia bajó del árbol en cuanto las dos mujeres desaparecieron por el sendero. Tenía la ropa cubierta de cortezas y ramas y el pelo revuelto, pero su preocupación por lo que pensara su madre de su aspecto desapareció rápidamente. Se apresuró a bajar por el sendero.

El sol brillaba con fuerza y el día era cálido y hermoso. Cuando Portia se detuvo a la entrada del jardín cerrado, la escena era exactamente como ella siempre había pensado que sería el cielo.

Como un ángel, Helena llevaba un vestido blanco y un chal azul como el cielo sobre los hombros. Llevaba el pelo dorado recogido y estaba sentada tranquilamente en un banco de piedra junto a un seto verde. Flores violetas, rojas y amarillas florecían en los jardines que la rodeaban. No estaba leyendo ni pintando ni dibujando, sino mirando hacia una nube blanca que se paseaba por el horizonte.

Portia se quedó congelada donde estaba. Por un momento, olvidó qué era exactamente lo que planeaba hacer. Toda su vida había contemplado un retrato en miniatura en un medallón. Ahora, enfrentada a la realidad, no sabía por dónde empezar ni por dónde detenerse, ni cómo poner en palabras, en acción, el anhelo de todos esos años.

Helena volvió la cara hacia el jardín, y Portia pensó que ahora se parecía más a la mujer del medallón que anoche. Helena recogió algo de su regazo, y la joven se sorprendió al descubrir que la máscara que había dejado anoche era el objeto de interés de su madre.

Pensar en el poco tiempo que tienen a solas obligó a Portia a atravesar el arco de entrada al jardín.

"Buenos días, señora", dijo en voz baja.

Helena se sobresaltó y retrocedió un poco. La máscara cayó al suelo junto a sus pies, pero esta vez no hubo grito.

"No pretendía asustarla. Me llamo Portia Edwards", consiguió decir. No sabía si el nombre significaba algo para la otra mujer o no. No se acercó más.

Las manos de Helena temblaban un poco cuando sus dedos empezaron a buscar algo en el asiento de piedra. Sus ojos parecían fijos en ella, pero Portia se dio cuenta de que la mujer mayor no podía verla.

"¿Puedo ayudarle?"

"Sí", susurró finalmente Helena. Las manos continuaron la búsqueda. "He extraviado algo importante... una máscara".

De todas las personas con las que había hablado de Helena, ninguna había mencionado su pérdida de visión. Ni siquiera el doctor Deming había hecho referencia a ello, y Portia tardó unos segundos en superar la sorpresa que le causaba.

El corazón le latía tan deprisa que pensó que en cualquier momento se le saldría del pecho. Un nudo del tamaño de un puño se le formó en la garganta y Portia luchó desesperadamente contra las oleadas de emoción que estaban a punto de hundirla.

"¿Es usted parte de la casa, señorita?"

"No... milady", respondió, forzando las palabras.

"Entonces, ¿qué haces aquí?"

"Vine en busca de algo que perdí".

La corta distancia tardó una eternidad en recorrerse. Portia se arrodilló ante el banco y recogió la máscara, entregándosela a la mujer mayor. La mano de Helena atrapó la suya.

"¿Y estuviste aquí anoche?"

"Lo estaba."

El rostro se acercó. "¿Fuiste tú quien subió a mi ventana?"

La voz de Portia salió de un profundo hueco. "Fui yo."

"¿Por qué harías algo así?"

Tenían los mismos ojos. Eran incluso del mismo color. "Necesitaba conocerte."

"¿Por qué razón?"

Portia agarró el medallón que colgaba de su cuello. Acercó la cadena hasta que el frío metal tocó la mano de su madre. "Lo he tenido toda mi vida. Me dijeron que pertenecía a mi madre. Es la única pista que tengo de mi paternidad".

"¿Dijiste que tu apellido es Edwards?"

"Ese fue el nombre que me dieron".

Helena soltó su mano y se concentró en el medallón. Portia se lo quitó del cuello y se lo entregó a su madre. Helena giró el medallón en su mano. Palpó el grabado, abrió el cierre y tocó la miniatura del interior. A pesar de todo, Portia se arrodilló en el prado, aterrorizada de repente al pensar que todo podría haber sido una mentira. ¿Y si se había equivocado desde el principio?

"¿Cuántos años tienes?"

Portia le dio lo que sabía de su edad exacta, incluido el día y el mes en que Lady Primrose le había dicho que había nacido.

"¿Dónde te criaste?"

"En Gales". Tranquilamente, en pocas frases, Portia relató la historia de su vida: su infancia bajo la protección de lady Primrose, su estancia en casa de Parson Higgins, su llegada a Boston el otoño pasado. Respirando hondo, pasó a contar cómo se enteró de la existencia de Helena y de los sucesos de la noche anterior.

Helena cerró finalmente el medallón y tendió una mano a Portia, atrayéndola hacia el banco contiguo. Las dos mujeres permanecieron sentadas en silencio durante lo que a Portia le pareció una eternidad. Las dudas seguían rondando su cabeza. La idea de que todos sus sueños no fueran más que suposiciones, coincidencias o mentiras era demasiado difícil de considerar. Entonces, cuando Portia pensó que no podía esperar más, la mujer mayor habló.

"Perdí ese medallón el mismo día que se llevaron a mi hija. El mismo día que nació", susurró Helena. "No tuve la oportunidad de abrazarla... ni siquiera de ponerle nombre. Me dijeron que murió poco después de nacer".

Cuando vio los charcos de lágrimas en los ojos de su madre, Portia ya no pudo controlar sus propias emociones. Se le escapó un sollozo, y la mujer mayor se volvió y la estrechó entre sus brazos.

"¿Existe la posibilidad... de que todo lo que he estado buscando... no haya sido un sueño tonto?". Portia preguntó entrecortadamente. "¿Podría ser que yo fuera ese niño?"

Helena volvió a tocarle la cara, el pelo, las manos. Tan cerca que Portia pensó que podía ver.

"Ya lo creo. Siempre soñé con tenerte algún día entre mis brazos, pero pensé que no sería en esta vida".

Portia no pudo contener las lágrimas. Mientras lloraba, Helena volvió a tocarle la cara, como

marcando en su memoria todo lo que sus ojos no podían vislumbrar.

"Hay tanto que quiero decirte, Portia." Ella vaciló. "¡Mi Portia! Y me llamaste 'madre' en mi ventana anoche".

"Madre".

Se abrazaron un momento más, cada una sacando fuerzas de la otra. Cada una construyendo un nuevo mundo en su interior que antes no existía. Una tenía ahora una madre, la otra una hija.

Helena retrocedió, presa del pánico. "Pero volverá a alejarte de mí. No puedo dejar que te descubran".

"Nadie me vio entrar. El Almirante no sabe quién soy. *Debo verte de nuevo*".

Helena dio un respingo al oír risas de mujer a lo lejos. Portia supuso que procedían de las mismas dos mujeres que habían pasado bajo el árbol.

"Debes volver. No me dejan salir de los terrenos de la mansión". Helena apretó la mano de Portia. "Pero bajaré aquí, a este mismo lugar, todos los días. Y tú debes venir a verme".

"Será difícil. El Almirante no tiene muchos invitados. A menos que uno sea invitado, sus guardias en la puerta no permiten entrar a nadie. Lo intentaré, pero no sé cuándo será".

Helena se puso en pie y tiró de Portia con ella. "¡Espera! ¿Hablas francés?"

"*Oui*."

"Excelente. Entonces pediré un compañero que pueda leerme poesía francesa. Puedes solicitar el puesto. Lo haré hoy". Puso el medallón en las manos de Portia. "Ahora vete. Vete rápido, antes de que te encuentren aquí".

Se resistía a soltar la mano de su madre, aterrorizada por la idea de que, una vez que se alejara, ya no habría vuelta atrás. ¿Cómo iba a despedirse Portia cuando acababa de encontrarla?

"¿Qué pasa si eligen a otro?"

"Les haré la vida imposible hasta que elijan a la persona que deseo".

Unas voces de mujer en el jardín contiguo los sobresaltaron a ambos.

"Ve... mi propia Portia."

Dio un último apretón a las manos de su madre y echó a correr por uno de los senderos de ladrillo, escapando del jardín un momento antes de que llegaran las dos sirvientas a buscar a su señora.

Capítulo Nueve

SALIR de la mansión del almirante Middleton fue mucho más sencillo de lo que Portia había imaginado, pues Jack -el caballeroso mozo de cuadra que era- la esperaba en el carruaje en el camino de entrada. El hombre frunció el ceño con fiereza, pero no se negó a llevarla de vuelta a School Street. Aunque no le dijo nada al mozo, se sintió terriblemente aliviada de que Pennington siguiera dentro con el almirante. El trayecto hasta la botica fue rápido y ella cabalgó en silencio, pensando en el trascendental suceso que acababa de ocurrir. Apenas podía contenerse.

Ahora era una mujer con una misión. Para permanecer cerca de su madre, Portia haría cualquier cosa. Ninguna conexión era demasiado insignificante, y tenía la intención de utilizar la ayuda de cualquiera que pudiera ayudarla a asegurar esa posición.

De vuelta en su nueva habitación, Portia abrió su baúl e inmediatamente se puso a remendar el vestido de Bella. Una hora más tarde, estaba llamando a casa de su amiga. La joven estaba encantada y sorprendida de verla. Portia descubrió rápidamente que Bella había pasado antes por la casa parroquial y sabía de su cambio de residencia.

"Sin embargo, no importaba la táctica que utilizara, Josiah -ese viejo Cerbero- no me decía otra palabra que no fuera que te habías mudado. Y esperé todo lo que pude a que volvieran el párroco o la señora Higgins, pero cuando ninguno de los dos llegó, tuve que marcharme". Bella la condujo a la sala de estar y ordenó a un criado que no le contara a su madre la visita de Portia... y que tampoco se molestara en traer té o pasteles. No deseaban ser molestadas.

Las dos jóvenes se habían conocido cuando la familia Higgins llegó a Boston el otoño pasado. El padre de Bella era un conocido abogado. James Turner, nacido en Boston y licenciado en Harvard, era primo hermano del padre del capitán Turner. Sin embargo, las dos familias no se habían comunicado mucho hasta que el capitán llegó a la ciudad como miembro del personal del almirante Middleton. Los Turner eran feligreses del reverendo Higgins, y así fue como había comenzado la conexión. Aunque Bella era hija única de padres ricos y estaba mimada por ellos, Portia se había sorprendido gratamente al descubrir que carecía por completo de esnobismo y que no le afectaban las costumbres de la clase más adinerada. El único defecto de Bella era su exuberancia juvenil. La joven entregó la ropa prestada al criado que se marchaba.

"Cuéntamelo todo, Portia. ¿De qué va todo esto?" Obligó a su amiga a sentarse a su lado. "Esperaba que volvieras aquí anoche, pero no lo hiciste, horrible criatura. Y luego, esta mañana temprano, ese primo bestial mío pasó a ver a padre. Naturalmente, lo interrogué a fondo. Deberías haberlo visto, inclinado como una torre italiana y quejándose de que el destino siempre está en su contra. Me dijo que habías caído enfermo y que anoche te habías ido temprano del baile. Y a mediodía, vengo a visitarte a la casa parroquial y ya no estás. Así que dime, antes de

que pase un minuto más, qué ha pasado. El misterio de todo esto me está matando. ¿Qué está pasando exactamente?"

Como a Bella le faltaba un mes para cumplir dieciocho años, sus padres no le habían permitido asistir al baile del almirante Middleton. Portia había percibido la decepción de la joven. Sin embargo, como recompensa por haber organizado la asistencia de su amiga, Bella había dejado claro que querría escuchar con detalle quién llevaba qué vestido y quién bailaba con quién y todos los demás cotilleos que interesaban a alguien de su edad a punto de salir del armario.

"Lo siento, Bella, pero he perdido la máscara que me prestaste. Y el vestido ha sufrido algunos daños, pero he podido reparar lo peor".

La expresión de la joven se volvió amenazadora. "No me importa el vestido ni la máscara ni nada de eso, pero te estrangularé si no me cuentas en este instante lo que está pasando".

"He dejado la casa parroquial y he tomado una habitación encima de la botica del doctor Crease. Espero, también, conseguir otro puesto muy pronto".

"Pero esto no tiene sentido", soltó Bella. "La familia Higgins te consideraba de la familia, y tú pensabas lo mismo de ellos. ¿Cómo pudo una noche cambiar tanto las cosas? Me contarás todo lo que haya que contar, Portia Edwards".

Teniendo en cuenta la magnitud del favor que Portia estaba a punto de pedir a la joven, no tuvo más remedio que acceder a sus deseos. "Pero han pasado tantas cosas".

"Empieza por el principio".

"Fui al baile".

"Eso ya lo sé", le recordó Bella, recostándose contra un cojín. "¿Cómo fue?"

"La mansión del Almirante es magnífica. Y había al menos doscientos invitados -si no más- que habían sido convocados para celebrar el cumpleaños del Rey". Portia pasó un rato hablando de los hermosos jardines y del impresionante salón de baile, así como de los tipos de comida y bebida que se servían. Habló de la música y de los elegantes vestidos. Le contó a Bella lo impresionantemente elegantes que estaban los oficiales con sus colores. Portia trató de abarcar todas las cosas que sabía que Bella sentiría curiosidad por saber sobre un acontecimiento tan grandioso.

Después de escuchar atentamente con una sonrisa soñadora en la cara, la mujer más joven se puso seria de repente. "¿Cómo enfermaste?"

"Bueno, yo..." Portia sabía que no podía contárselo todo a Bella. "Quizás fue el ponche... o la comida. Puede haber sido la emoción de la noche. Fuera lo que fuese, en un momento estaba en el salón de baile y al siguiente corría a los jardines... por miedo a ponerme enferma".

"El capitán Turner dijo que encontraste quien te llevara a casa". Bella estaba obviamente muy interesada en esta parte de la velada. "Pero no me dijo quién era ese misterioso galán. De hecho, se puso casi furioso cuando traté de presionar para obtener una respuesta, lo que me dice que tu campeón debe ser de mayor rango que el capitán... y más elegante".

Cuando Portia se rió, Bella se inclinó más hacia ella. Sus ojos negros brillaban con picardía.

"¿Quién era el caballero, y qué quería a cambio?"

"¡De verdad, Bella! ¿Qué demonios has estado leyendo? Simplemente tuve suerte de encontrarme con él, y el caballero se ofreció a llevarme a casa por pura amabilidad. Nada más".

"Un nombre. Necesito un nombre", insistió Bella.

"No es militar. Me han dicho que es escocés y se dedica al transporte marítimo".

Bella tiró impacientemente del brazo de Portia. "¡Un nombre!"

"Su nombre es Pierce Pennington. Él es..."

"¡Oh, él!" El suspiro fue largo y profundo, y la joven se hundió dramáticamente en las almohadas del sofá.

Bella pasó unos instantes en un silencio de ensueño y Portia miró a su amiga divertida. No recordaba ningún momento de su vida en el que hubiera actuado y sentido de esa manera ante la mera mención de un nombre... incluso si la persona era tan atractiva como este caballero en particular. En ese momento, sin embargo, casi podía entender la reacción de Bella.

"Le he visto tres veces -dijo finalmente Bella-, aunque sólo de lejos. Una vez me lo señalaron cuando pasaba en carruaje por Christ Church. Otras dos veces lo vi cabalgando por King Street. Dime, ¿es tan guapo de cerca como de lejos?"

"Estoy seguro de que no lo sé. Anoche fue la primera vez que le vi".

"Pero es guapo".

"Ciertamente podría llamarse así".

"¿Y alto?"

"El Sr. Pennington no es un gigante, pero es alto".

"¿Y era un caballero para ti?"

Portia podía nombrar unas cuantas cosas que él había hecho que estaban lejos de ser caballerosas. "Por supuesto.

La misma mirada soñadora de antes se apoderó de la expresión de la joven. "Creo que es absolutamente magnífico. Y también rico. Me han dicho que no hay fiesta en la provincia que no lo incluya en la lista de invitados. Puedo asegurarte que no hay chica en edad de casarse en Boston que no sueñe con conquistarlo."

Portia miró fijamente a su amiga. "¿Cómo sabes todo esto? ¿Cómo es que nunca oí hablar de él hasta anoche?"

Bella se rió. "Porque no has estado en el mercado matrimonial. Y porque desde que llegaste aquí, tus únicas conocidas femeninas, aparte de la señora Higgins, han sido Ann -que tiene ocho años- y yo". Su tono se volvió confidencial. "Si te relacionaras más con otras mujeres, te sorprenderían algunas de las historias que oyes sobre los hombres de Boston. Y debo decirte que el caballero que siempre encabeza el tema de discusión es tu señor Pennington".

Portia no estaba interesada. Ella no iba a quedar atrapada en esto. Sin embargo, no pudo evitarlo. "¿Qué tipo de historias?"

"Se dice que no busca esposa, y algunas de las que le han presionado se han encontrado en situaciones bastante sorprendentes". Bella miró en dirección a la puerta, asegurándose de que estaba cerrada. Se inclinó hacia delante y bajó la voz. "Y más de una incluso ha admitido haber compartido su cama".

"¡Bella!"

"Y dijeron a otros que volverían a hacerlo".

"¡De verdad, Bella!"

"Fue una experiencia tan cercana al cielo como..."

"¡Bella!" Portia se levantó. "Tu madre te despellejaría viva si te oyera decir algo así".

"Si no recuerdo mal, lo oí en compañía de *sus* amigas", dijo la joven con una risita. "Por eso le pregunté si era un caballero con usted. ¿No sería una experiencia para atesorar... siendo una solterona como es usted?"

"Incluso las solteronas tienen reputaciones que preservar, jovencita."

"Pooh sobre reputaciones".

Portia sintió que le ardían las orejas de la vergüenza, recordando lo cerca que habían estado anoche de uno de esos momentos tan preciados. Con el espejo sobre la cama y los grilletes en las

paredes de aquella taberna, había sido una víctima más de aquel pícaro mujeriego.

Se acercó a la ventana para tomar el aire. "No sabes lo que estás diciendo. Pero ahora, al menos, entiendo por qué Mary estaba tan disgustada esta mañana cuando me encontró en el despacho del señor Pennington sin carabina".

"¿Fuiste a su negocio?" Bella se levantó de un salto, claramente excitada.

"Lo hice. Para agradecerle su amabilidad y generosidad de anoche", mintió Portia. "Nunca pensé que estar a solas unos minutos con el hombre sería considerado escandaloso. Mary se disgustó profundamente cuando me encontró allí".

"¿Qué *estaba* haciendo allí?"

"Para darle las gracias en mi nombre, creo."

"¿Trajo una chaperona?" preguntó Bella con picardía.

"No. Pero no había necesidad. Es una mujer casada".

"Portia, tú misma me has dicho que consideras que ya has pasado la edad de encontrar marido". argumentó Bella, uniéndose a ella en la ventana. "Creo que no era menos apropiado para ella ir allí sola que para ti. Pero, ¿no estarás diciendo que te pidió que te fueras por eso?"

Portia se encogió de hombros y volvió a una silla. "No importa cómo ocurrió ni quién dijo qué. Llevamos tiempo llegando a esto. A medida que el nombre del párroco se hace más conocido en Boston, Mary eleva el nivel de decoro en la casa. Mi naturaleza impulsiva siempre sería un obstáculo para su ascenso. Era justo para la familia que siguiera mi camino".

"Pero ésa es una forma cobarde de afrontar las cosas", replicó Bella. "Es cierto que hay impulsividad y espontaneidad en ti, pero esa es la Portia que todos conocen y aman. Y la rigidez de la señora Higgins tampoco es ningún secreto. Sin embargo, a pesar de la diferencia de naturalezas, vosotras dos habéis sido amigas -casi hermanas- durante muchos años. Una familia habla, resuelve sus problemas. No puedes permitir que esos lazos se rompan simplemente por un malentendido o una pequeña disputa".

Portia se sentó en la silla. No podía decírselo a Bella, pero sus verdaderos lazos familiares estaban en el centro de la disputa. "Equivocados o acertados, estamos resignados a nuestras decisiones. Sé que Mary hará un magnífico trabajo dando clases a los niños ella misma. Si ella lo desea, puede encontrar fácilmente un excelente sustituto para mí. Estoy segura de que el párroco Higgins, tan ocupado como está, apenas notará ningún cambio en la casa".

Bella se acercó y se sentó frente a ella. "No hablo de cargos, ni de responsabilidades, ni de tutorías. ¿Cómo se las arreglarán Walter y Ann sin ti? ¿Cómo te sentirás estando sola en el mundo?"

"Echaré mucho de menos a Walter y Ann. Ya los echo de menos. Pero no tengo elección. Tienen una madre, y ésa es la relación más importante del mundo". Portia negó con la cabeza cuando Bella empezó a interrumpir a su amiga. "Me irá bien. Ya tengo una habitación. Y pronto espero tener un puesto. Estoy segura de que con el tiempo volveré a ser recibida por la familia, pero Mary y yo necesitamos esta separación para cambiar la naturaleza de nuestra relación. Sólo nos separan unos pocos años. Ya es hora de que deje de jugar a ser mi madre, de preocuparse por todo lo que hago, de intentar tomar todas mis decisiones por mí. Es hora de que pruebe mis propias alas. Puede que al principio me caiga y me haga moratones, pero así es el mundo y debo encontrar mi propio camino".

"Pero, ¿por qué tiene que ocurrir todo tan deprisa? ¿Por qué no tomarse su tiempo, abordar esto en pasos más pequeños?"

Portia negó con la cabeza. "La suerte está echada".

"Estoy preocupada por ti", dijo Bella con dulzura.

"Por favor, no lo hagas". Sonrió con toda la confianza que pudo. "Si consigo sobrevivir por mi cuenta, me ganaré el respeto de María. Esto hará que volvamos a estar juntos, pero como amigos. Puede que las cosas salgan bien, de todos modos".

Portia creía en todo lo que acababa de decir. Desde el día en que se había unido a la casa Higgins, había habido cierta confusión sobre el lugar exacto que ocupaba Portia. No era tratada como una sirvienta, ni era realmente de la familia. Mary se había encargado de cuidarla, vigilarla y controlarla, como si Portia no fuera capaz de tomar decisiones sensatas por sí misma.

Este control había frustrado los esfuerzos de los pocos pretendientes potenciales que habían mostrado interés por ella años atrás. Todos eran honrados trabajadores, pero Mary había rechazado rápidamente sus insinuaciones y los había echado. Los asuntos del matrimonio, asuntos del corazón, no debían confiarse a quienes estaban aquejados por impulsos juveniles. Aunque Portia no había estado realmente interesada en ninguno de ellos, no se le había permitido opinar sobre el asunto.

Ahora no se arrepentía de nada, pues su lealtad siempre estuvo con la familia. Obedecer los deseos de Mary estaba arraigado en todos ellos.

Curiosamente, el golpe casi mortal para la seguridad de los Higgins no se lo había asestado Portia, sino Ellie, la hermana pequeña de Mary. Y el daño fue realmente grave.

Aun así, Portia no estaba dispuesta a pagar los errores de Ellie con su propia vida. No había una conexión real entre ellas, y si Mary no podía mantenerlas separadas en su mente, ella se lo perdía.

Aparte de eso, Portia sabía que, al encontrar a Helena, había encontrado su futuro.

"¿Me permitirás al menos que te ayude?"

La pregunta de Bella sacó a Portia de sus pensamientos.

"¿Por qué no vienes y te quedas con nosotros? Sé que mamá y papá estarían encantados".

"Agradezco mucho la oferta, pero no". Portia negó con la cabeza. "La vivienda encima de la botica me viene perfectamente. Tengo una habitación limpia y el uso de una sala de estar. También puedo comer con ellos si lo deseo. Pero hay algo más".

"¿Qué? ¿Qué? ¿Cualquier cosa!"

Portia ignoró el sentimiento de culpa que la asaltó por utilizar así a su amiga, pero se recordó a sí misma que no tenía otra opción. "He oído rumores de que puede haber un puesto disponible en la casa del almirante Middleton, un puesto para alguien que hable francés con fluidez. Una mujer-posiblemente una compañera para la hija del Almirante-alguien que pudiera leerle poesía".

"¿Quieres decir que están buscando a alguien para sentarse con Mad Helena? ¿Crees que sería seguro?"

Portia reprimió el impulso inmediato de defender el estado mental de su madre. Ahora sabía que no le pasaba nada. "Creo que sí. Y podría ser el puesto perfecto, ya que estoy segura de que no requeriría la dedicación de muchas horas. Al mismo tiempo, pagaría mis gastos".

"Y sabes que Mary lo aprobaría".

Portia asintió. "Por supuesto, el puesto podría ser simplemente un rumor. Podría estar haciéndome ilusiones para nada".

"Hay una forma de averiguarlo". Bella le dio una palmada en la rodilla. "Enviaré un mensaje al capitán Turner y le diré que pregunte al respecto la próxima vez que vaya a Copp's Hill, que estoy segura será hoy o mañana. Creo que sus obligaciones le obligan a ir allí casi todos los días".

Una sonrisa diabólica floreció en el rostro de la joven.

"¿En qué estás pensando?" preguntó Portia.

"Creo que mi primo estaría encantado si hubiera un puesto disponible. Piensa en la situación. Él va allí todos los días. Puede acompañarte hasta allí, y luego puede parar y visitarte en la mansión cuando quiera. Y luego, también podría escoltarte de vuelta".

"Oh, cielos". La perspectiva era lo suficientemente aterradora como para que Portia se lo pensara dos veces antes de buscar la ayuda del capitán Turner.

"Déjame a mí", le aseguró Bella, cogiendo las manos de Portia. "Aunque lo que hayas oído no sea más que un rumor, es muy posible que el interés del capitán Turner por ti pueda abrirte las puertas a *algún* puesto allí".

Capítulo Diez

MACHEATH LLEVABA una hora esperando cuando el fornido pelirrojo llegó a la Taberna del Ancla. Eran poco más de las diez. Al entrar, el recién llegado echó un rápido vistazo a su alrededor y luego se dirigió directamente a la oscura mesa de la esquina donde MacHeath se sentaba solo. El lugar estaba muy concurrido para ser tan tarde, y uno de los marineros cubiertos de alquitrán estaba dirigiendo a la docena de clientes en una entusiasta canción. Pronto, sin embargo, los comerciantes y aprendices se irían a casa, a sus camas. Entonces sólo quedarían los marineros y los hombres de las mareas para divertirse durante una o dos horas más.

MacHeath vestía como un trabajador del muelle. El ala ancha de su maltrecho sombrero estaba recogida, ensombreciendo su rostro. Cuando un camarero se acercó para poner una jarra de cerveza ante el hombre pelirrojo, MacHeath miró por la pequeña ventana que tenía a su lado hacia la calle adoquinada que salía del Muelle del Grifo. El puerto estaba oscuro, la luna oculta por un banco de nubes.

"¿Cómo ha ido?", preguntó cuando el camarero se alejó.

"La carga está fuera del barco. Los muchachos lo están llevando al otro lado de la bahía. Tienen mucho tiempo antes de que baje la marea. Tendremos el cargamento fuera de Boston por la mañana".

"Pásame mis disculpas por tenerlo un día tarde, Ebenezer."

"Un día o dos de retraso no hace ninguna diferencia, siempre y cuando los consigamos. Los muchachos del campo están listos para ellos". El hombre fornido se apoyó en un codo. "Con esos aduaneros vigilando de cerca a lo largo del Charles y registrando cada nuevo barco en el puerto, sois casi los últimos que se atreven a traernos de contrabando cargamentos de este tipo. Nuestro amigo común le envía su agradecimiento por lo que está haciendo. Dice que tu dinero está llegando de la manera habitual."

"Eso no me preocupa, amigo mío". MacHeath volvió a mirar por la ventana hacia la calle sin luna. Una carreta pasaba lentamente, llevando dos figuras oscuras. "El próximo barco vendrá del Caribe dentro de una o dos semanas. Te avisaré directamente cuando sepa lo que han traído para ti".

Ebenezer Mackintosh, mano derecha de Sam Adams, asintió y se bebió la jarra. Sin decir nada más, se levantó y salió de la taberna. MacHeath esperó a que se fuera para arrojar un par de monedas sobre la mesa. Saludó al tabernero y salió por la puerta trasera.

El callejón estaba completamente oscuro, pero MacHeath conocía el camino y se movió rápidamente a través de un laberinto de callejuelas y pasadizos malolientes. Cuando estuvo a media docena de edificios del Ancla, salió a una calle estrecha que subía desde el puerto. En la esquina había un carretero sentado en su carro, fumando en pipa, esperando a alguien.

Cuando MacHeath empezó a cruzar la calle hacia un callejón al otro lado, vio una pequeña compañía de soldados que se dirigía hacia la orilla del puerto. Si no se equivocaba, se dirigían a la Taberna del Ancla. Moviéndose con rapidez, aprovechó la oscuridad para deslizarse por el callejón. Las casas flanqueaban la estrecha callejuela que él sabía que conducía a la siguiente.

A mitad de camino, sin embargo, se dio la vuelta cuando el ruido de soldados al final del callejón le cogió por sorpresa. Empujándose contra una puerta, MacHeath se quedó atónito cuando ésta se abrió y una mujer salió, jadeando al chocar con él.

Su mano cubrió inmediatamente la boca de la mujer y cerró la puerta, empujándola hacia el hueco del portal. La profunda sombra les ocultó de los dos soldados que se asomaban al callejón desde la calle. Se sintió aliviado cuando, tras el susto inicial, la mujer no opuso resistencia y permaneció quieta hasta que los casacas rojas avanzaron.

Sin embargo, su corazón dio un violento vuelco cuando por fin la miró a la cara. El fino chal con el que se cubría el pelo le había caído hasta los hombros. Unos ojos familiares le miraban fijamente. Inmediatamente le soltó la boca.

"Sr. Pennington", susurró Portia. Miró su sombrero y su tosco atuendo. "¿Qué está haciendo aquí?"

"Podría pedirle lo mismo, Srta. Edwards".

"Estaba haciendo una entrega urgente de medicinas para el Dr. Crease. Hay una niña enferma arriba. Tiene fiebre alta y una tos muy fuerte. Era demasiado tarde para que mi casero mandara a buscar a su propio empleado, y además necesitaba que alguien le explicara la forma de usar la medicina. Así que me pidió que la trajera aquí".

"¿Has venido aquí a pie?", preguntó con suspicacia.

"Por supuesto que no. El Dr. Crease contrató un carro para traerme aquí y llevarme de vuelta. El conductor está esperando al final de la manzana". Hizo un gesto hacia donde él había venido.

Pierce recordó el carro y el conductor.

"¿Pero qué hay de usted, señor? ¿Le están buscando esos soldados? ¿Qué hace vestido así? ¿Y adónde va?"

Volvió a ponerle la mano sobre la boca, pero esta vez con mucha más suavidad. Sus labios se ablandaron y sus ojos se abrieron de par en par al mirarle a la cara.

"Tantas preguntas. Muchas más de las *que* se me permitió hacer después de que hicieras que mi novio te persiguiera por los jardines del Almirante".

Le apartó la mano. "Tengo una explicación razonable para eso".

"¿Y por trepar a los árboles como un mono?"

"Por supuesto".

"Como tengo razones para estar aquí".

Miraron al final del callejón, donde los soldados, algunos portando antorchas, corrían colina abajo hacia el puerto y la taberna.

"Te agradezco que hayas guardado mi secreto hoy en casa del almirante". La voz de Portia bajó hasta convertirse en un susurro. "Puedes esperar lo mismo de mí ahora. Pero creo que deberías irte ya, porque tengo el mal presentimiento de que esos soldados podrían confundirte con otra persona a la que están buscando".

Su pulgar acarició su mejilla una vez, y luego se alejó.

Portia permaneció un largo rato en el callejón. Sus ojos se forzaron al mirar en la oscuridad tras

él. Su mente y su cuerpo tardaban en recuperarse del asombro de encontrarlo aquí. Cualquiera que fuera el efecto que Pennington había tenido antes en su organismo, la situación estaba empeorando. Este nuevo misterio sobre el hombre sólo aumentaba su atractivo.

Cuando llegó a la esquina junto a los muelles, el carro estaba esperando. Sin embargo, había mucha actividad junto a la taberna, unas puertas más arriba. Cuando pasaron por delante de la taberna, se oían canciones. Portia distinguió un ancla pintada en el viejo letrero sobre la puerta. Hizo un gesto al conductor y luego dio unos pasos hacia el alboroto. En la calle empedrada había soldados alineados, con las bayonetas caladas, mientras sacaban a los clientes enfadados.

Portia se echó el chal sobre la cabeza y se apresuró a bajar a la calle.

"Señorita Edwards."

La voz del capitán Turner la sorprendió justo cuando subía al carro. Disimuló su ceño fruncido y esperó a que el oficial se acercara.

"¿Qué demonios te trae por aquí?"

Con tan pocas palabras como le fue posible, explicó su nueva situación y su parto de esta noche. "Así que ahora, si me disculpa, Capitán, el Dr. y la Sra. Crease seguramente se preocuparán si no regreso inmediatamente".

"Por supuesto, por supuesto... Conozco los problemas a los que te enfrentas actualmente. Esta noche he cenado con mis primos. Debo decir, sin embargo, que hay mucho que no entiendo".

"Quizá no sea el momento, capitán", dijo, señalando hacia la taberna, donde sacaban a un tabernero bastante ruidoso.

"Exactamente correcto, por supuesto. Organizaré una escolta de inmediato".

"No debería ser necesario". Asintió con confianza al hombre mayor que llevaba las riendas. "El Sr. Jeremy hizo un excelente trabajo trayéndome, y estoy segura de que lo hará igual de bien llevándome de vuelta".

Haciendo caso omiso de lo que decía, Turner llamó a uno de los oficiales subalternos para que cogiera a dos soldados y escoltara el carro de vuelta a School Street.

Sólo para poner fin a la discusión, no dijo nada más en señal de protesta, sino que observó la actividad mientras esperaba a su escolta. Fuera lo que fuera lo que los hombres de Turner buscaban en la Taberna del Ancla, era evidente que no lo habían encontrado. Las órdenes enviaron a los soldados con antorchas a registrar las casas y callejones vecinos.

La imagen de Pierce vestido como un trabajador del muelle no la abandonaba. Le preocupaba que fuera él a quien buscaban los soldados.

"¿Alguno de los comerciantes locales está causando problemas otra vez?", preguntó dubitativa.

¿"Comerciantes"? No, desde luego, mi mascota". Turner gritó más órdenes a uno de sus oficiales sobre llevar a algunos de los hombres de la taberna al Castillo para interrogarlos. Se volvió hacia ella. "Pero casi lo teníamos. Todavía podríamos".

El castillo, situado en una isla del puerto de Boston, era la fortaleza donde se acuartelaba el grueso de la guarnición británica. Portia aprovechó que Turner intentaba hacer dos cosas a la vez.

"¿A quién, capitán?"

"MacHeath". Susurró el nombre como una maldición. "Recibimos la noticia de que estaba aquí."

A Portia se le heló la sangre. Las historias que había oído durante el último año sobre el misterioso granuja que, según decían, contrabandeaba de todo, desde cañones hasta té holandés, alardeando de sus transgresiones ante funcionarios británicos con la cara roja, llenaban su mente. Nadie sabía de dónde venía ni quién era. Los que estaban del lado del Sr. Adams y de los

ciudadanos rebeldes lo consideraban un héroe, un ave fénix que había resurgido de las cenizas de sus esperanzas truncadas tras la masacre de Boston y luchaba por ellos. Pero los que creían en la autoridad del rey y del Parlamento lo consideraban un pirata, un ladrón y una sombra cobarde. Había una cuantiosa recompensa por su cabeza.

Por supuesto, había muchos -como la familia Higgins- que preferían pensar en el famoso MacHeath simplemente como un mito. Era más fácil así cuando uno no deseaba posicionarse sobre los problemas en uno u otro sentido.

Habiendo llegado a Boston cuando lo hizo, Portia no pudo evitar ver a su alrededor el espíritu de agitación. Había asistido a algunas de las reuniones de la ciudad. Había oído hablar a Sam Adams y James Otis y al Sr. Quincy y a los demás líderes de las asambleas de North y South End. Había escuchado historias de las atrocidades que el ejército de ocupación estaba cometiendo en las colonias. Había llegado a la conclusión de que los bostonianos tenían derecho a gobernarse a sí mismos.

Naturalmente, las opiniones de Portia sobre estos temas estaban destinadas a crear problemas. La expresión abierta de sus opiniones había provocado incluso un incidente con la esposa de un anciano de la iglesia, y Mary había puesto un límite. Debido a la posición de su marido, había exigido que Portia dejara de hablar de política, incluso dentro de la familia.

La cara de Pierce volvió a su mente. Era demasiado descabellado pensar que él pudiera ser realmente MacHeath.

Dos soldados y el oficial subalterno regresaron y se colocaron detrás del carro. El capitán Turner la cogió de la mano. Ella trató inmediatamente de soltarla, pero él no la soltó. Se inclinó hacia ella.

"Es muy desafortunado que se haya visto obligada a hacer tal cambio en su vida. Por supuesto, entiendo perfectamente la preocupación de la Sra. Higgins. Lo correcto para usted habría sido buscarme cuando se puso enferma. Si no hubiera podido llevarla a casa, le habría proporcionado una escolta adecuada, como estoy haciendo ahora. Y en cuanto a lo de esta mañana, con enviar una nota al señor Pennington habría bastado".

Portia pensó en matar a Bella por contarle todos los detalles.

"Aún así, la culpa realmente es del propio Pennington, tanto en el baile como esta mañana. Parece que te compromete en todo momento. Muy diferente a un caballero, en mi opinión. Y tu reputación no debe ser comprometida, mi mascota".

Le apretó la mano significativamente y se acercó lo suficiente como para que Portia tuviera que mover las rodillas por miedo a que su cara las tocara.

"Me emociona, sin embargo, que haya pensado en mí en su momento de necesidad. Te aseguro que cantaré tus alabanzas cuando me reúna mañana con el almirante Middleton. Si realmente el rumor es cierto -aunque admito que no sé nada de ello- te aseguraremos ese puesto, mi mascota".

"Le estoy muy agradecida, capitán", dijo con voz tensa.

"Le traeré las buenas noticias personalmente después de mi conversación con el almirante. Adelante, conductor", ordenó con voz autoritaria mientras retrocedía.

Estaba segura de que la sonrisa de su rostro debía de parecer muy débil, pero Turner se inclinó cuando el carro se puso en marcha, con la escolta detrás.

A Pierce le hubiera gustado creer que las mujeres eran capaces de mantener su palabra y que eran

tan inocentes como pretendían ser. Sin embargo, la verdad era que no podía confiar en Portia ni en su promesa de secreto. Su pasado se lo había enseñado. Se parecía demasiado a Emma.

Vestido de nuevo con su propia ropa, llegó a casa de su amigo hacia medianoche.

Además de ser un amigo fiel y un genio de las finanzas, Nathaniel Muir era ingenioso y se relacionaba con gente de toda clase, en las colonias y en Inglaterra. No había un ápice de información que Nathaniel no pudiera obtener. Si se buscaba a una persona, Nate sabía cómo encontrarla. Era el hombre que podía conseguir respuestas, y eso era exactamente lo que Pierce buscaba ahora.

"No sabes lo incómodo que me resulta verte en este momento, amigo mío", dijo Nathaniel con aire enfadado, entrando en su estudio vestido con una bata de seda azul.

Pierce observó el despeinado cabello rubio de su amiga y bajó la vista hacia las medias de seda blanca y las zapatillas negras que llevaba debajo de la bata. "Si tu compañera no ha avanzado más que tú en quitarse la ropa, entonces debo decir que no tienes nada de qué quejarte".

"Nosotros la asistimos primero, si entiendes lo que quiero decir". Se acercó a una mesa con una jarra de vino y les sirvió un vaso a cada uno. "Es un trabajo jodidamente difícil, algunos de estos vestidos que llevan las mujeres hoy en día."

"Con tu ayuda o sin ella, supongo que te estará esperando en la cama cuando vuelvas. ¿Quién es esta vez?"

"He aprendido bien de ti. Nunca lo contaré". Nathaniel sonrió y señaló una silla. "Es más de medianoche y estás aquí sin guardia armada, así que debo suponer que no has tenido dificultades esta noche".

"Ninguno que se interpusiera en lo que había que hacer". Cogió el vaso de Nathaniel y se sentó. "Sin embargo, surgió un pequeño asunto después de dejar el Ancla. Un asunto para el que necesito tu ayuda".

La expresión del otro hombre se volvió sobria de inmediato. Se dirigió a la puerta, la abrió y miró hacia el pasillo antes de volver a cerrarla. Volvió a entrar y tomó asiento frente a Pierce. "Alguien te vio y te reconoció".

"Es espantoso lo fácil que lees mi mente."

"¿Quién era?"

Pierce bebió un trago de vino y se reclinó en la silla. "Señorita Portia Edwards."

Pasaron varios segundos antes de que el nombre se registrara por completo. "¿El mismo que entró en su despacho esta mañana?"

Pierce asintió.

"Pero ella fue la responsable de detenerte anoche. ¿Y dices que se encontró contigo esta noche? Maldita sea, la mujer está en todas partes".

"Mis sentimientos exactamente".

"Qué tonta fui al pensar que me iba a gustar".

"Aún podrías". Pierce puso la copa de vino en la mesa junto a la silla. "Definitivamente me reconoció, y sin embargo no había casacas rojas esperando para arrestarme en mi casa. Y una hora después, al venir aquí, todavía no había nadie tintineando grilletes detrás de mí".

Nathaniel se relajó un poco. "Ahora que lo pienso, me gusta".

"Pero aún es pronto. Puede que no haya tenido oportunidad de contactar con sus amigos del personal del Almirante Middleton".

Nathaniel dejó también su vaso y se inclinó hacia Pierce. "Fuera de aquí. ¿La mujer te reconoció como MacHeath? ¿Te amenazó con entregarte? Dame los malditos detalles, mientras

aún tengamos tiempo de hacer algo al respecto".

"Me vio con ropa de hombre marea. Si no hizo la conexión al principio, estoy seguro de que la hizo para cuando volvió al carro que la transportaba. Un grupo de soldados se apoderó del Ancla unos instantes después de que yo me marchara". A Pierce no le preocupaba quiénes eran los informadores, pues había muchos tories en Boston. Lo importante era que tanto él como Ebenezer habían escapado. "Portia me dijo que guardaría mi secreto".

Tu "secreto", ¿eh? Nathaniel reflexionó un rato sobre aquel dato. "Si fuera *mi* amante, confiaría en ella".

"Ella *no* es mi amante."

"Lástima. Pero aunque lo fuera, Pierce, tú y yo somos diferentes. Yo soy demasiado confiado, y tú no conoces el significado de la palabra".

"Bueno, me alegra oírte admitir que mi juicio es mejor que el tuyo. Pero eso no nos ayuda aquí. No estoy seguro de qué hacer con ella".

Nathaniel frunció el ceño. "No estarás pensando en hacer que algunos de esos Hijos de la Libertad la asesinen, ¿verdad?".

"Si esa fuera su línea de trabajo, podría hacerlo".

"Maldita sea, Pierce. No puedes simplemente asesinar a la criatura".

Al ver la expresión de Nathaniel, Pierce dio una patada a la silla de su amigo. "Claro que no, tonto. Si estuvieras un poco más sobrio, sabrías que sólo bromeaba".

"Bueno, esta noche no pretendo estar sobrio y estoy dispuesto a librarme de ti", se quejó. "Me gustaría mucho volver a mi alcoba antes de que cierta joven se ponga nerviosa y abandone mi cama. Así que si has venido aquí para pedirme mi opinión sobre Portia Edwards, te diré que, por lo poco que he visto de ella, no parece engañosa. Creo que deberías confiar en ella".

"Y sabemos lo valioso que es ese juicio".

"¿Qué quieres de mí entonces? Suéltalo, perro".

"Quiero que averigües todo lo que puedas sobre ella".

"¿Averiguar lo que pueda sobre ella?". Nathaniel sonrió. "Bueno, parece que por fin te estás preparando para proponerle matrimonio".

Levantó ambas manos, fingiendo defensa propia, mientras Pierce lo miraba con desprecio.

"Portia tiene algunos secretos propios. Algunos ya los conozco, el resto quiero que los descubras. Me gustaría conocerla en un campo de batalla nivelado".

"Te daré tus respuestas", prometió Nathaniel. "Pero si quieres someterla, recuerda que es una mujer... y una solterona. Sospecho que no tiene la sofisticación de una dama de la *tonelada* ni la riqueza, tampoco. Así que haz lo que mejor sabes hacer, Pierce. Sedúcela. Acuéstate con ella. Entonces ella permanecerá dedicada a ti todo el tiempo que necesites".

Capítulo Once

LA SRA. Green se inquietó de inmediato al ser convocada a la biblioteca del almirante. Sabía que había estado reunido con su personal desde el desayuno, y era muy inusual que la llamara en ocasiones como ésta. Al entrar en la biblioteca, vio que el capitán Turner era el único oficial que quedaba. No esperaba conversaciones triviales ni cumplidos, y el almirante entró directamente cuando ella hizo una reverencia.

"Sra. Green, ¿sabe algo sobre la necesidad de un acompañante francófono para mi hija?".

La mujer delgada juntó sus enjutos dedos cortésmente ante ella. "No puedo decirlo, señor".

El capitán Turner se inclinó hacia su superior. "Con su permiso, señor, ¿puedo abordar el tema?"

El anciano asintió con indiferencia y cogió un informe o una carta de su mesa.

"Señora Green", dijo el oficial, caminando hacia ella. "¿Está segura de que la señorita Middleton no ha expresado ningún interés en encontrar a alguien con tales cualificaciones?"

"La señorita Middleton expresa interés por muchas cosas. El invierno pasado quiso que le plantaran un manzano junto a la ventana. Esta primavera quería un halcón para sustituir a un pájaro cantor que había muerto. Sólo durante este último mes, ha expresado su interés por cosas como que se le permita dormir en un banco del jardín por la noche y caminar descalza por la mansión". Miró al capitán Turner, que estaba inclinado sobre ella, y luego al almirante, que ojeaba el papel que tenía en la mano. "Éstas son sólo algunas de las cosas extrañas por las que la señorita Middleton expresa continuamente su interés".

"Seguramente, aunque algunas de las peticiones de su señora puedan parecer... er, extraordinarias, ¿no cree que algunas de estas cosas tienen valor? Seguramente, mantener su mente ocupada con actividades tan valiosas como el disfrute de la poesía, aunque sea francesa, debería ser alentado."

El ama de llaves no se sintió intimidada por la presencia del oficial, inclinado sobre ella como estaba. "La señorita Middleton lleva varios años a mi cargo, capitán Turner. Resulta que sé que lo que ella pide hoy suele olvidarlo mañana. La señorita Helena tiene muchas cosas a su alrededor para mantener su mente ocupada... si así lo desea".

"Veo que debo hablar más claro, señora, si quiero recibir una respuesta directa". La señora Green se estremeció cuando el almirante Middleton se giró y la fulminó con la mirada. "¿Ha pedido mi hija un profesor de francés?"

Ella estaba familiarizada con el temperamento volátil del Almirante, y no iba a cortejar su ira ahora. "Sí, señor. Ella dijo algo al respecto ante los sirvientes ayer por la mañana. Sin embargo, no pasé de la petición porque uno de los camareros habla un poco de francés. Pensé que para los pocos minutos aquí y allá que la señorita Middleton lo desea, la chica lo hará bien. Decidí que

sería una pérdida de dinero contratar a alguien..."

"Tú lo has decidido", ladró el almirante, haciéndola callar. Se volvió hacia la oficial. "Pídale a su amiga, la señorita Edwards, que se presente aquí dentro de un par de días. La Sra. Green se encargará de los arreglos que haya que hacer".

Nerviosa y enfadada por haber sido tratada tan bruscamente, hizo una reverencia y salió de la habitación.

Bueno, pensó mientras se apresuraba por el pasillo, una semana será suficiente antes de que Su Majestad se canse de esta pequeña diversión.

Como sólo había dos sirvientas trabajando a tiempo completo en la casa parroquial, el puesto de Clara allí abarcaba una gran variedad de tareas. Se ocupaba de las tareas domésticas, servía como criada personal de la señora Higgins, cuidaba de los niños e incluso sustituía a Molly, la cocinera, cuando el marido de Molly desembarcaba de su trabajo en el barco costero que navegaba de Boston a Newport, Nueva York y viceversa. Sin embargo, a Clara nunca le había correspondido cuidar de la señorita Portia, pero la mujer de mediana edad sentía debilidad por la joven tutora desde la primera vez que la conoció.

Y fue por ese sentimiento por lo que había avisado a Portia esta mañana y había llevado a los niños a Wind Mill Point. La joven los esperaba allí, agradecida por haber tenido la oportunidad de despedirse de Walter y Ann como era debido.

La punta cubierta de hierba se alzaba unos diez metros sobre las aguas grises y verdes y ofrecía una vista perfecta tanto del amplio puerto como de la ciudad de Boston. Clara sabía que era un lugar al que a Portia le encantaba llevar a los niños cuando hacía buen tiempo, y hoy no podía ser más hermoso. Miró desde las casas de ladrillo y las tiendas hasta los mástiles de los barcos que se mecían suavemente en el agua. El puerto rodeaba la ciudad por tres lados, y desde allí también podía ver el estrecho cuello de la península hacia el sur. Clara respiró el aire fresco y salado. Éste también era *su* lugar favorito para escaparse.

La mujer mayor bajó tranquilamente por la ladera hasta donde se encontraban los tres en un acantilado.

Llevaban allí una hora y, afortunadamente, hasta el momento no había habido lágrimas. La señorita Portia, en su gran sabiduría, había ocupado a los niños corriendo y jugando con ellos. Cuando descansaban, hacía que Walter y Ann señalaran Faneuil Hall, la Old South Meeting House y el alto campanario de la Old North Church a lo lejos. Señalaba los barcos en el muelle y los entretenía dándoles a cada uno un turno con un largo catalejo que le había prestado el Dr. Crease.

A Walter le interesaba el tráfico que veía circular por las torcidas y estrechas calles de la ciudad. Ann estaba mucho más fascinada por las velas blancas de un barco que salía del puerto interior. "¿Nos llevarás contigo cuando llegue el momento de abandonar Boston?".

Tanto Clara como Portia se volvieron curiosas hacia la niña de ocho años.

"¿Qué te hace pensar que me iré?". preguntó Portia, uniéndose a la chica al borde del acantilado.

Ann se encogió de hombros. "Mamá no quiso dar ninguna razón de por qué te fuiste, y a nuestro padre no se le podía molestar. Aun así, Walter y yo sabemos que nos quieres demasiado como para marcharte en busca de una posición mejor. Así que pensé que debías estar planeando dejar Boston en un gran barco que tiene velas como las alas de un gran cisne". Rodeó la cintura

de Portia con un brazo y se le quebró la voz. "Eso sería lo único que me convencería de *dejarte*".

El viento azotó los rizos oscuros de Portia contra su cara y ella se alegró de ello, ya que las lágrimas por fin habían encontrado su camino. Abrazó a la niña contra su costado.

"Dame el vaso, Ann", exigió Walter en voz baja. "Creo que si miro más, puedo encontrar nuestra casa desde aquí".

"No me importa nada que encuentres nuestra casa. Estoy harta de que mires edificios y calles tontas". Ann convirtió su pena en rabia y la vertió sobre su hermano mayor. "Dile a Portia cuánto la echamos de menos. Quizá vuelva. Quizá vuelva a querernos si piensa que los dos la queremos de vuelta".

Portia se agachó y acunó el joven rostro entre sus manos. "Escúchame, mi pequeño querubín. Que viva en otro lugar no significa que te quiera menos".

"Las personas que aman a otras personas no las abandonan. Mamá nunca se va a ninguna parte. Tampoco papá. Debes volver". Ann lloraba abiertamente ahora.

"Ellos son tus padres, mi amor. Walter y tú sois su responsabilidad... y ellos la tuya". Portia secó las lágrimas de la niña. "Aun así, no podría quererlos más de lo que os quiero, aunque fuerais míos desde el principio. Pero tienes que entender, Ann, que incluso la gente que se ama, como nosotros, a veces necesita seguir adelante. Necesitan encontrar sus propias familias, crear sus propios hogares. Algún día, tú y Walter también os mudaréis de la casa parroquial".

"Nunca me casaré", murmuró Walter.

Portia se apartó una lágrima de la mejilla y sonrió al niño de diez años que se había puesto al alcance de la mano. Lo acercó a él y se cogió de la mano. "Cuando te marchas, no significa que hayas perdido lo que tenías. Deberías verlo como una oportunidad de aumentar lo que tienes".

Ann le apretó la mano. "No tenemos más, Portia, cuando no te tenemos a ti".

"Aún me lleváis en el corazón. Pero yo... yo también necesito encontrar mi propia familia".

"Te vas a casar con el capitán Turner", anunció Walter con seguridad. "Le dije a Ann que esa es la razón por la que te mudaste".

"No, no me casaré con el Capitán Turner."

"Me alegro. No me gusta", dijo Ann de mal humor. "Siempre está enfadado y se inclina cuando habla, y parece embutido en su elegante abrigo".

"No pretendo defender al capitán Turner, pero realmente no tiene elección sobre su uniforme".

"No me importa", dijo Ann, dando un pisotón. "Sigue sin gustarme".

"Entonces, ¿con quién te casas?" Walter preguntó.

"Nadie", dijo Portia, aliviada de que su conversación se estuviera volviendo menos emotiva. Todo había sucedido demasiado de repente, y su mayor temor se había materializado. Los niños eran los más perjudicados por su marcha de la casa parroquial.

"Walter se casaría contigo si fuera lo bastante mayor", soltó Ann.

"No lo haría", protestó el niño.

"Te obligaría a casarte con ella". La joven hermana se inclinó hacia él con fiereza. "Si te casaras con Portia, entonces ella sería de la familia y nunca se iría".

"Te estás inclinando como el capitán Turner", protestó, empujándola.

"Dile que te casarás con ella, para que no acepte la oferta de otro. Sería horrible si se casara con el Capitán Turner. Todos sus hijos serían gordos y mirarían por la punta de la nariz y se inclinarían hacia un lado y otro". Ann se inclinó dramáticamente hacia Portia. Levantó su delicada barbilla, imitando la pose del oficial. "Es demasiado terrible incluso para pensarlo. Tendría que vestirlos a todos con pequeños abrigos y escucharlos marchar arriba y abajo por la

calle, gritando órdenes".

Portia no pudo contener la risa. Levantó la cabeza y miró a Clara, que estaba lo bastante cerca como para oír todo lo que se decía. Ella también parecía entretenida.

"Pero podrían tomar su aspecto de Portia, ya sabes, y ser bastante hermosas, de verdad. Por supuesto, eso es sólo si tiene hijas".

"¡Ja! Tú lo has dicho", gritó Ann triunfante, asestando un golpe en el brazo de Walter con el catalejo. "Has dicho que es guapa. ¿Por qué no casarse con ella, entonces?"

Portia y Clara agarraron a uno cada una antes de que Walter pudiera tomar represalias o Ann pudiera atacar anticipándose a las represalias de su hermano.

"Si os ensuciáis la ropa, no podré volver a traeros aquí". La advertencia de Clara tuvo resultados inmediatos. Los niños dejaron de forcejear y miraron esperanzados al ama de llaves.

"¿Podemos hacer esto otra vez?" Ann preguntó.

"Sólo si lo mantenemos en secreto", advirtió Walter. "Mamá no sabía adónde íbamos hoy, o no nos habría dejado venir".

"Se me dan bien los secretos", chistó el niño de ocho años.

Portia se agachó entre ellos. "Hoy era una ocasión especial, una oportunidad para vernos y despedirnos como es debido. Pero lo que Clara quería decir es que si no os portáis bien, no os traerá de vuelta a Wind Mill Point, esté yo aquí o no". La aclaración de Portia provocó una mirada sombría en los rostros de los niños.

"¿Vendrás a vernos?" preguntó Ann esperanzada.

"Si es aceptable para tu madre."

"¿Pero por qué tenemos que preguntarle?" se quejó Ann. "Sabes que nunca dice que sí a nada que sea divertido".

"Dale una oportunidad, querubín. Puede que te sorprenda". Portia se dirigió a ambos. "Aunque ya no vivo en la misma casa que vuestros padres, sigo respetándolos. Y vosotros también deberíais hacerlo. Decir la verdad y confiar en que tomarán las mejores decisiones para ti también forma parte de ese respeto".

Aunque Portia no quería que Mary y su marido tomaran las decisiones de su vida por ella, aún tenía la esperanza de recuperar algún día su confianza. Walter y Ann eran unos niños maravillosos, y eso se debía a sus padres. En este camino incierto que Portia estaba recorriendo, lo último que quería que Mary Higgins y el párroco pensaran era que ella estaba actuando como una cuña entre ellos y los niños.

"Algún día... podría volver". Se aferró a ambos. "No les daremos razones para que no me quieran. Ahora bajemos y miremos las conchas en la orilla".

Una hora más tarde, Portia estaba de pie en el acantilado y trataba de sonreír valientemente mientras los dos ángeles eran conducidos ladera abajo. Cuando desaparecieron entre los árboles más allá de la punta, se sentó al borde del acantilado y por fin se permitió llorar.

Todo parecía ir en la dirección correcta y, sin embargo, ella sentía que nada en su mundo estaba bien. Le arrebataban a sus seres queridos. Tenía independencia, pero el miedo había cavado un profundo agujero a su lado, y se cuestionaba sus propias decisiones. Su confianza se esfumaba, y con razón. Si daba un paso en falso, ya no tenía un suelo blando en el que aterrizar. Cada error significaba un moratón, y muy posiblemente uno grave. Ya no tenía seguridad en su vida. Y lo peor de todo, estaba sola.

Lo que quedaba de tarde se escapaba, y finalmente se levantó y se quitó la arena de la ropa.

Portia recogió el catalejo, miró una vez más al puerto y volvió sus pasos cuesta abajo. En los mejores tiempos, y sin mucho empuje, los altibajos en su humor y emociones eran siempre

extremos. Ahora no tenía a nadie como María para recordarle este defecto, pero Portia se obligó de algún modo a salir de la melancolía al llegar al sendero que atravesaba el bosque. Necesitaba concentrarse en las cosas buenas que podrían estar por venir.

El capitán Turner había prometido una respuesta, con suerte hoy. Esto significaba que posiblemente volvería a encontrarse con Helena esta semana. La idea de que el oficial llegara a la botica aceleró su paso, y pronto se apresuró a recorrer las estrechas y sinuosas calles de Boston. Tardó media hora en llegar a School Street. La señora Crease estaba de pie junto a una ventana de la casa de al lado, con uno de sus gatos en brazos y cotilleando con la vecina mientras Portia pasaba.

"Me alegro de que por fin esté aquí, señorita Edwards. Hace algún tiempo -podría haber sido una hora, me temo- llamó un caballero, buscándola. No me dio ninguna tarjeta. Al no encontrarla en su habitación, le pedí que esperara en la sala de estar, escaleras arriba". La anciana le tocó el brazo en señal de disculpa mientras Portia acariciaba al gran gato gris y entraba. "Me temo que no sé si sigue allí".

"Gracias", dijo Portia cortésmente. "Subiré a ver enseguida".

"Espero que el caballero no se haya ofendido", dijo la Sra. Crease subiendo las escaleras tras Portia. "Por favor, transmita mis disculpas por dejarlo tanto tiempo. Un caballero muy agradable. Por favor, envíele mis saludos si todavía está allí".

Portia la saludó amistosamente al doblar la esquina de la escalera. Sólo conocía a un hombre capaz de afectar así a las mujeres, incluso a las tan mayores como la señora Crease.

"Sr. Pennington", dijo agradablemente, entrando en la sala de estar del estrecho pasillo al final de las escaleras.

"Srta. Edwards". Pierce se puso en pie.

Iba vestido con pantalones de piel de ante, botas altas y un abrigo corto. Parecía un caballero que volvía de un paseo por el campo y no el hombre de negocios de ayer. O el trabajador del muelle de anoche. Lo primero que se le pasó por la cabeza a Portia fue que Pierce Pennington no tenía derecho a lucir tan bien todo lo que se ponía, todo el tiempo.

"Has estado tomando el aire, por lo que veo."

Portia colocó inmediatamente el catalejo sobre la mesa más cercana y se acomodó un mechón de pelo detrás de una oreja. Sólo podía imaginarse el terrible aspecto que debía de tener. Al recibir el mensaje de Clara a primera hora de la mañana, se había apresurado a salir sin preocuparse por su ropa ni su pelo.

"Sí. Había quedado con un amigo en Wind Mill Point".

"¿Una relación romántica?"

Portia no pudo contener una sonrisa al recordar a Ann presionando a Walter. "En realidad, estuve a punto de recibir una propuesta de matrimonio. Pero mi amiga de ocho años no pudo convencer a su hermano de diez de que se comprometiera. Así que fue un día perdido, después de todo".

"Muchacho tonto. Necesita una buena charla sobre las recompensas de cortejar a mujeres mayores, especialmente cuando son tan hermosas como usted, señorita Edwards".

Esta vez Portia sí se ruborizó, sorprendida por la suave caricia de su mirada, que parecía no dejar ni un centímetro de ella sin tocar.

"¿Y a qué debo el placer de esta visita, Sr. Pennington?"

"Pensé que te debía una disculpa por lo de anoche... y una explicación".

"No es necesario que se disculpe, señor. Tuve mucha culpa al toparme con usted en ese callejón". Dijo cortésmente. "Pero en cuanto a la razón por la que estaba allí, no tengo..."

"¿Señorita Edwards?"

Portia se congeló al oír la voz del hombre al pie de las escaleras. Capitán Turner. El pánico la inundó como la lluvia de marzo.

"¿Está ahí arriba, Srta. Edwards?"

Subía las escaleras, y Portia no dudaba de que sería allí donde la señora Crease le enviaría si se hubiera detenido a preguntar por ella.

"No puedo creerlo", murmuró en voz baja. "Debe ayudarme, Sr. Pennington. Por favor... sin preguntas. Pero necesito encontrar un lugar para esconderte".

Portia sabía que su única esperanza de conseguir un puesto en la casa del almirante Middleton residía en el oficial que venía a visitarla, y también sabía lo que él sentía por Pennington. Si la encontraba aquí con el escocés, nunca volvería a ver a su madre.

Frenética, miró a su alrededor, a la pequeña habitación. No había otra salida. Ningún armario o vestidor lo suficientemente grande como para esconder su cuerpo, aunque lo cortara en pedazos y lo descuartizara. Y si salía por la puerta, seguramente Turner le oiría o le vería.

Corrió hacia la ventana y la abrió de un empujón, mirando hacia el lateral del edificio. "Por aquí."

"Me gustaría ayudar", susurró. "Pero no voy a saltar por la ventana de ningún segundo piso".

"Bueno, haz algo. Por favor, hazte desaparecer", le suplicó. "Es fundamental que no te encuentre aquí. Estaré siempre en deuda contigo".

Turner llamó desde lo alto de las escaleras. Corrió hacia la puerta con la esperanza de desviar al agente antes de que llegara. Llegó allí al mismo tiempo.

"Srta. Edwards, qué alegría verla". Se inclinó.

Hizo una pequeña reverencia, pero se negó a apartarse de la puerta. Su mente bullía con otras posibilidades de habitaciones en este piso donde podría llevar al oficial. Pero, por desgracia, la Sra. Crease sólo tuvo la oportunidad ayer de mostrar a Portia esta sala de estar y la alcoba disponible.

"Siento mucho importunarte, querida, porque parece que has tenido un día muy ajetreado. Me presenté a la Sra. Crease, tu casera, quien mencionó que tuviste la visita de otro caballero no hace mucho."

"Así lo entiendo", se apresuró a responder. "Acabo de regresar de un largo paseo, hace unos momentos. Hace un día precioso, capitán. ¿Quizás le gustaría dar un paseo?"

"¿Sabes quién era el caballero?"

"Podría haber sido cualquiera, supongo. Tal vez al párroco Higgins se le ocurrió pasarse por aquí, ya que ayer no tuve ocasión de hablar con él antes de marcharme. O tal vez el viejo Josiah encontró algo que me había dejado". Portia se apartó de la puerta, extendiendo una mano hacia los escalones, con la esperanza de incitarlo a salir. "Aún no he ido a mi habitación a ver qué me han dejado. Pero, ahora que lo pienso, estoy segura de que ha debido de ser Josiah quien me llamaba. Viste muy bien y a menudo se le considera un caballero. ¿Mencioné el hermoso día que hace afuera?"

"Así es, mi mascota. Pero tengo deberes muy importantes que cumplir y hoy no puedo dedicar tiempo al ocio". Pasó junto a ella a la sala de estar.

Portia maldijo en silencio y le siguió dentro. Pierce no aparecía por ninguna parte.

Turner se volvió y la miró. "Aun así, tengo excelentes noticias para ti, querida".

No se había ido. Estaba de pie detrás de un panel de pesadas cortinas que cubrían unas estanterías colocadas en un nicho poco profundo en el rincón más alejado. Se horrorizó al ver las puntas de sus botas negras que sobresalían a un kilómetro y medio de la habitación.

"Sus deberes son demasiado importantes para entretenerse con asuntos triviales como el mío, Capitán. Tal vez debería irse. De hecho, es mejor que os vayáis. Nunca me perdonaría entorpecer los asuntos del rey. Por favor, insisto".

"Mi galante mascota". Le dedicó una sonrisa amable. "¿No tienes curiosidad por escuchar las noticias?"

"Absolutamente." La cortina se movió. "Pero deberías sentarte."

Se dirigió a una silla situada frente a la esquina.

"¡No!", gritó, conteniéndose inmediatamente. "Ésa no. Me dijeron que esa silla pertenecía a... al padre del doctor Crease, el doctor Crease el Viejo. La familia desaprueba que alguien se siente en ella". Le guió hacia una silla que daba a la puerta.

Turner obedeció sus instrucciones y se sentó de espaldas al gran bulto que había detrás de la cortina.

Portia se sentó frente a él.

"¿No acaba de decir que la familia se opone a que alguien se siente en esa silla?", preguntó el agente.

Portia se dio cuenta de lo que había hecho. "¿No dije 'hombres'? No les gusta que *los hombres* se sienten aquí. Pero tengo entendido que al Dr. Crease el Viejo le gustaban mucho las mujeres. Es perfectamente aceptable para la familia que me siente aquí".

Turner la miró como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Pero a Portia le pareció bien.

"¿Mencionó buenas noticias, Capitán?"

"Efectivamente". Se inclinó hacia delante en su silla. "Tuve una reunión muy exitosa con el Almirante Middleton esta mañana."

El hombre que estaba detrás de la cortina debió de moverse, porque el cortinaje hizo lo mismo. Intentó no mirar y se fijó en la larga nariz del oficial.

"En primer lugar, señorita Edwards, debo felicitarla por su astucia al enterarse del puesto. El almirante Middleton desconocía por completo que su hija hubiera expresado tal interés. Sin embargo, tras interrogar al personal de la casa, su información fue verificada".

Uno de los gatos de la señora Crease, un gato amarillo a rayas, entró corriendo en la habitación y Portia se agachó rápidamente y lo cogió. Sabía que la mujer tenía dos gatos para reducir la población de ratones y colocó al animal en su regazo.

"El Almirante quedó muy impresionado por el hecho de que usted, con sus limitados contactos y medios, fuera capaz de enterarse de esto antes de que su propia casa le hubiera informado de ello".

Ahora apareció también el gran gato gris que la señora Crease había estado sujetando en la calle. Sin embargo, cuando Portia intentó alcanzarlo, el primero se escapó de su regazo y corrió hacia la ventana. Portia se encogió de miedo cuando ambos se dirigieron hacia el escondite de Pierce.

"Por cierto, Srta. Edwards, ¿nunca mencionó por quién se enteró del puesto?"

Portia quería darse una patada por no haber preparado una respuesta a esta pregunta. Su mente estaba demasiado distraída para pensar en una ahora. Uno de los gatos maulló con fuerza y jugueteó con la bota de Pierce. El otro se irguió sobre sus patas traseras y arañó algo que había detrás de la cortina. Portia cerró los ojos. Un momento después, el gato patinó por el suelo hasta el centro de la habitación. Encantado, el juguetero animal volvió corriendo, golpeando la bota del capitán Turner a su paso. El oficial empezó a girarse, pero Portia se levantó rápidamente.

"¿No hace demasiado calor aquí?"

"En realidad, es bastante agradable".

"Es usted demasiado cortés, capitán. Pero estos animales están demasiado inquietos. Realmente creo que necesitan estar fuera. ¿No está de acuerdo?"

"Mis hombres están esperando en la calle. Preferiría pasar mi tiempo contigo, mi mascota".

Razón de más para darse prisa, pensó Portia. Cogió uno de los gatos del suelo y se acercó a él.

"Bueno, la verdad es que no me gusta demasiado..."

Depositó al animal en el regazo de Turner. Recogió al otro, que en ese momento intentaba subirse a la bota de Pierce. Al hacerlo, Portia le echó un vistazo a la cara y se alarmó por la frialdad que vio en ella. Se apartó de la cortina y se dirigió a la puerta.

"Gracias por su ayuda con estas criaturas". Sonrió al oficial, que se levantó de mala gana. "Todavía no me ha dicho cuándo puedo empezar en la casa del Almirante, Capitán".

Turner mantuvo al descontento animal a distancia y comenzó a cruzar la habitación. "Después de que le mencionara lo ansioso que estaba por el puesto, el almirante Middleton decidió que puede empezar ya pasado mañana, si le parece bien".

"Así es". Portia esperó en la puerta hasta que el oficial se reunió con ella y se dirigió a las escaleras. "Me siento como si hubiera estado esperando toda una vida esta oportunidad".

Capítulo Doce

LAS CONEXIONES de Nathaniel eran realmente impresionantes, y Pierce se había sentido complacido con lo que su amigo había podido reunir en el lapso de unas pocas horas acerca de Portia Edwards.

Las pesquisas de su socio corroboraron su afirmación de haber sido criada en Wrexham, Gales. Su filiación era dudosa, pero como la escuela a la que había asistido estaba financiada por lady Primrose, sospechosa de apoyar a Bonnie Prince Charlie y a los Stewarts en el exilio, Nathaniel creía que el padre de Portia probablemente había sido un jacobita. Desde que la joven se unió a la familia Higgins a la edad de dieciséis años hasta su llegada a las colonias el otoño pasado, no hubo nada de importancia que Nathaniel hubiera aprendido. Sin embargo, en el período transcurrido desde entonces, había aprendido los nombres de los pocos amigos de Portia, e incluso cómo había llegado a conocer al capitán Turner.

Basándose en la información que Nathaniel le había proporcionado, Pierce consideraba que Portia era inofensiva, y eso disipaba cualquier preocupación que aún tuviera por haberse encontrado con ella la noche anterior. Sin embargo, sentía que era necesario dar algún tipo de explicación y cerrar el incidente. Y ése era el motivo de la visita. Sin embargo, le molestaba verse obligado a esconderse como un repartidor atrapado en la alcoba de la reina.

Desde la ventana del segundo piso, Pierce vio a Portia hablando alegremente con el pomposo pelirrojo antes de enviarlo por su alegre camino. Cuando se marchó, se le acercaron la señora Crease y otra mujer, que la cogieron del brazo y la condujeron hacia la puerta de la botica. No ocurrió nada más durante diez minutos, y Pierce cada vez estaba de peor humor.

Si lo hizo como un desaire, pensando que él simplemente se iría, se equivocó. No se iría a ninguna parte hasta que tuvieran su pequeña charla. Sin embargo, se sintió insultado.

El gato gris regresó poco después de que Portia y las dos mujeres mayores desaparecieran. Sin embargo, como era una criatura inteligente, el gato percibió el peligro y se mantuvo a una distancia respetable de Pierce mientras éste recorría impaciente la pequeña habitación.

Pierce no sabía qué podía haber retrasado a la mujer. No quería pensar en ello. Finalmente, oyó a Portia en las escaleras. Dejó de caminar y miró fijamente a la puerta.

"Señor Pennington", dijo con sorpresa, entrando en la habitación.

"Señorita Edwards", dijo con severidad.

"Sigues aquí".

"Mis disculpas, señorita. No me informó de que estaba despedida".

"Soy yo quien debe disculparse. No quise faltarte al respeto al dejarte aquí... ni nada de eso". Un profundo rubor apareció en sus mejillas. "Fue maravilloso mantener su presencia en secreto del Capitán Turner. Y luego la Sra. Crease me entretuvo con preguntas sobre el nuevo puesto".

Se mordió el labio y entonces la más bonita de las sonrisas se dibujó en su rostro. "¿No es maravilloso, Sr. Pennington?"

"¿Qué es maravilloso?", preguntó a regañadientes, descubriendo que no estaba totalmente indiferente a su encanto.

"Sobre la posición. ¿No te has enterado?"

"Sólo oí algunas discusiones veladas sobre la entrega de información al almirante Middleton", gruñó Pierce. "Me sonó como si hubieras aceptado un puesto de espía para el estamento militar británico aquí en Boston".

"¡Oh, no! No podrías estar más lejos de la verdad", soltó Portia, momentáneamente molesta. "Esto no tiene nada que ver con la política. Sí, tengo la oportunidad de trabajar en casa del almirante, pero como profesora de francés y acompañante de su hija."

"Tu supuesta madre".

"No se aleja. Ella es mi verdadera pariente". Portia dejó escapar un suspiro de satisfacción y se acercó a él. La emoción de todo aquello era evidente en la sonrisa de su rostro. "Por fin nos vimos ayer por la mañana y, aunque el tiempo fue breve, tuvimos ocasión de hablar. Todas mis esperanzas se hicieron realidad. Por lo que sé, Helena no sufre de ninguna enfermedad mental. A excepción de haber perdido la vista, no parece tener ningún problema físico ni mental. Aún así, está prisionera dentro de los muros de la mansión. Había tanto que queríamos decir, pero había poco tiempo. Sus sirvientes estaban regresando. Helena fue la que planeó esto... de pedir a alguien que hablara francés con fluidez y..."

"Todo esto ocurrió la misma mañana en que me mentiste, engañaste a mi novio, saltaste de un carruaje en marcha y me distrajiste en mi reunión con el almirante Middleton. Oh sí, pude verte haciendo el ridículo con Jack y trepando a los árboles del jardín. Una mañana muy productiva, sin duda".

"Estás siendo bastante desagradable". Cuando él abrió la boca para objetar, ella agitó una mano y negó con la cabeza. "Admito que hice todas esas cosas, y me disculpo por utilizarte a ti y a tu novio para alcanzar mis objetivos. Pero pedí tu cooperación y no me la diste. Así que usé la única opción que me quedaba".

"Tomaste el rumbo que te es más familiar. Tomas primero, te disculpas después, y no piensas en el efecto de tus acciones en los demás".

"Pero eso no es justo en absoluto". Sacudió la cabeza. Su tono se suavizó. "Teniendo en cuenta la magnitud de todo lo que ha pasado, y lo importante que fue la reunión no sólo para mí sino también para mi madre, debes estar de acuerdo en que todas mis meteduras de pata se hicieron por una buena causa. Después de todo, no se hizo ningún daño".

"Usted no puede juzgar eso", replicó Pierce. "Señorita Edwards, no estoy seguro de que tenga ningún concepto de lo que está bien o mal. No sabe cómo pedir ayuda a un caballero. Y tiene la peligrosa costumbre de utilizar a todo aquel, amigo o extraño, que se cruza en su camino. Y no parece tener en cuenta lo perjudiciales que pueden ser tus acciones para ellos".

"Puede que le haya hecho un flaco favor, Sr. Pennington, pero no es justo decir que uso a todo el mundo".

"Ese puesto en casa del almirante Middleton que tanto te entusiasma. ¿No utilizaste al capitán Turner para conseguirlo?", preguntó acusadoramente. "¿No utilizaste a tu amiga, la hija de James Turner, para que te presentara al capitán y después manipularlos para que pudieras asistir al baile? ¿Y al párroco Higgins y a su esposa?"

"Es suficiente". Había un ligero temblor en su voz. Se retorció las manos ante ella, pero consiguió mantener la cabeza alta y contener las lágrimas. "Usted ha hecho su punto, señor."

"¿Lo he hecho?"

"Has conseguido que me dé cuenta de lo horrible y egoísta que soy". Su barbilla tembló un poco. "Ahora, si has terminado, te pediría que me dejaras, para poder reflexionar sobre los defectos que tan elocuentemente has descrito".

Lo mejor habría sido marcharse, pero Pierce se dio cuenta de que no podía. Ya había demasiadas ataduras, algunas de negocios y otras personales. Parecía realmente disgustada, y eso era más de lo que él pretendía.

Por desgracia, se había dejado llevar por su mal genio. Por desgracia, nada le gustaría más que estrecharla entre sus brazos y calmar el dolor que le habían causado sus palabras.

Portia podría tener algunos defectos, pero quién no. Él la estaba haciendo llevar la carga de alguien más, también. ¿Por qué no podía atravesar la brumosa presencia del fantasma de Emma y ver sólo a la mujer que tenía delante?

"Así que empiezas en tu nuevo puesto dentro de dos días", dijo en un tono más suave.

Parpadeó una vez, como si comprobara que estaba hablando con el mismo hombre. Un par de lágrimas se escaparon y resbalaron por sus tersas mejillas.

"No pretenderás estropearme esa oportunidad, ¿verdad?"

"No."

"Gracias", susurró. Se apartó, dejándole paso hacia la puerta.

Caminó hacia ella. "¿Cómo piensas ir y venir al North End?"

Ella miró el espacio que había entre ellos. "Caminaré, como hace la mayoría de la gente en esta ciudad".

"¿Y los días en que el tiempo no es agradable?"

"No me derretiré bajo ninguna lluvia, Sr. Pennington."

"Sin duda, el capitán Turner estará ansioso por proporcionarle un paseo en cada oportunidad".

Sus ojos oscuros mostraron sorpresa y dolor al levantar la vista. "Esa sería mi menor preferencia. Pero no debería preocuparse por eso, señor. Soy perfectamente capaz de manejar mi propia vida".

"Quieres decir, a partir de ahora".

"A partir de ahora", aceptó.

"Y no necesitas nada más de mí."

El rostro de Portia se sonrojó y bajó la mirada. "No, Sr. Pennington. Y me disculpo de nuevo por cualquier imposición, cualquier situación incómoda con la que le haya afligido. También lamento haberle hecho esconderse detrás de esa tonta cortina".

Pierce le levantó la barbilla hasta que pudo mirarla a los hermosos ojos. "¿Así que esta es nuestra despedida final? ¿No deseas volver a verme?"

"Creo que ése es tu deseo", respondió con voz tranquila. "Definitivamente no es el mío".

Le limpió la humedad de la mejilla con el pulgar. "¿Significa eso que te gustaría volver a verme?"

"Creo que esto no tiene sentido". Se sonrojó más y apartó la mirada. "Parece que nuestro tiempo juntos siempre se ve empañado por discusiones y visitas inesperadas".

"Ambos podríamos intentar hacerlo mejor con respecto a nuestros desacuerdos, y sin duda podría arreglarlo para que no tuviéramos interrupciones".

Pierce se inclinó y saboreó el sabor salado de las lágrimas en su rostro. Ella era suave y vacilante, pero sus labios se abrieron bajo los suyos cuando él la estrechó entre sus brazos. Este era quizás el hilo más fuerte que los unía. Simple y llanamente, se sentía atraído por ella

físicamente. Algo le decía que hasta que no hiciera el amor con ella, eliminando así parte del misterio de su atracción, su mera cercanía seguiría atormentándole. El consejo que Nathaniel le había dado la noche anterior le vino a la mente mientras sus manos recorrían la espalda de ella, apretando sus suaves curvas contra su cuerpo.

"Enviaré a Jack a buscarte mañana al anochecer", susurró, besando la suave piel bajo el lóbulo de su oreja. "Podemos cenar en mi casa de la calle Purchase".

Ella apoyó las manos en el pecho de él y levantó la vista con incertidumbre. "No creo que sea una buena idea. Ya tengo suficientes complicaciones en mi vida, y..."

"Cena, sin interrupciones, y prometo mantener la cortesía. Puedes contarme tus planes para compartir con la Srta. Middleton los misterios de la poesía francesa".

"Esto es precisamente lo que Mary me advirtió. Ella sugirió que cualquier plan que tengas para mí podría significar mi ruina".

Le cogió las manos y le dio un beso en cada palma. "¿En qué se diferencia lo que yo quiero de lo que tú quieres?"

Parecía esforzarse por encontrar una respuesta. Pierce besó sus labios respingones con tanto calor que, cuando se apartó, ella se tambaleó.

"No habrá ruina de nadie, Portia. Hasta mañana".

De mala gana, la soltó y salió.

William Higgins estaba orgulloso de su reputación de hombre de fiar. Conocía a muchos hombres del clero que se ocultaban tras la vida contemplativa que habían elegido, eludiendo las responsabilidades de la vida mundana. Él nunca fue uno de ellos. William mantuvo sus promesas a pesar de las difíciles circunstancias que le presentó la vida. Asumió sus responsabilidades y nunca olvidó a quienes confiaban en él. Estaba orgulloso de haberse mantenido siempre fiel a sus convicciones, a pesar del paso de los años.

Por eso había estado luchando con la situación en la que se encontraba desde que su mujer le había contado que Portia había abandonado su hogar ayer por la mañana.

Tras casi una docena de años de matrimonio, comprendía perfectamente el temperamento a veces inflexible de su esposa. Al mismo tiempo, conocía a Portia lo suficiente como para saber que la joven era capaz de llevar a María más allá de lo razonable. Lo que lamentaba era que ninguna de las dos mujeres le hubiera pedido consejo ni le hubiera dado la oportunidad de servir de conciliador en su disputa. Ahora, al final del segundo día, y sin señales de remordimiento por ninguna de las partes, William ya no podía mantenerse al margen. Después de todo, tenía sus responsabilidades.

Levantó la vista del salmo que había estado mirando sin comprender durante el último cuarto de hora. La cabeza rubia de Mary estaba inclinada sobre su labor de aguja. Al igual que él, su esposa había estado excepcionalmente callada esta tarde.

"Me han dicho que los niños han visto hoy a Portia en Wind Mill Point".

"Efectivamente". Mary siguió hurgando en la tela estirada sobre su regazo. "Clara me informó cuando volvieron de que los había llevado allí para despedirse. Tuve que regañarla severamente por no habérmelo dicho antes de que se fueran. También le di instrucciones para que nunca llevara a Walter y Ann a ningún sitio donde hubiera posibilidad de que se encontraran *accidentalmente* con Portia."

"¿No sería ir demasiado lejos, mi amor?" Cerró la Biblia en su regazo. "Portia no es una

criminal. Ella sólo lleva el más profundo afecto en su corazón por nuestros hijos."

Levantó la cabeza. "Portia ha tomado su decisión, William. Creo que es justo que sufra las consecuencias de ella".

"Así que consideras esto un castigo".

"Ciertamente espero que lo considere un castigo".

"¿Pero nuestros hijos también deben ser castigados? Sabes tan bien como yo que son ellos los que sufren". William hizo una pausa. "Ann y Walter estaban muy ansiosos por contarme sobre su visita a Portia. Debo decirte que ambos me suplicaron que intercediera por ellos. Me rogaron que hablara con usted para que les permitiera visitarla en el futuro".

"Esa decisión ya está tomada. Y debo decir que si Clara no se los hubiera llevado hoy, nadie de esta familia estaría sufriendo ahora. De hecho, ni siquiera estaríamos teniendo esta discusión".

"Creo que sí", anunció en un tono que esperaba siguiera siendo razonable. "No podemos desear que esa joven salga de nuestras vidas después de ocho años. No podemos fingir que nunca existió".

Mary volvió a centrar su atención en el punto de aguja que tenía sobre el regazo.

"Pero hay algo más. Dejando a un lado el afecto que nuestra familia le tiene, seguimos siendo responsables de ella". Dejó la Biblia sobre la mesa a su lado. "¿Has olvidado la promesa que le hicimos a Lady Primrose? No había meses ni años atados a ella. Acordamos que mientras Portia lo deseara, encontraría un refugio seguro en nuestra casa".

"Todo el tiempo que *ella* quiso", repitió Mary con amargura. "El énfasis está en *ella*. *Ella*. Bueno, yo no le pedí que se fuera. Le di a elegir".

"¿Una elección con la que no podía vivir?"

El temperamento llenó de color sus hermosas mejillas. "Me haces parecer una víbora sin corazón. Si recuerdas, fuiste tú quien sugirió enviarla a Nueva Escocia. Tú querías sacarla de esta tontería sobre su paternidad más que yo".

"Puede que me haya precipitado en eso". William se inclinó hacia delante y apoyó suavemente una mano en la rodilla de su esposa. "Pero quizás tú también lo fuiste, mi amor. Una elección que niega las esperanzas más profundas de uno no es una gran elección. Y tú y yo sabemos que un ultimátum nunca ha tenido ningún efecto sobre Portia. Por otro lado, la voz de la razón -cuando eliges usarla- y un enfoque de sentido común siempre han funcionado con ella antes. Podría haber funcionado en esta situación".

Mary sacudió la cabeza con obstinación. "Portia había tomado una decisión. No había forma de convencerla de lo contrario. Nunca la había visto tan apasionada y decidida como en este asunto".

Se sentó, pensando en cuánta influencia tenían las familias conservadoras en su parroquia. Si Helena Middleton desapareciera, todos ellos se indignarían en nombre del Almirante. William también pensó en lo mucho que le debía a Lady Primrose. Recordó su promesa. Recordó las súplicas anteriores de Ann y Walter.

Habría otros puestos, decidió. Otras parroquias.

"Entonces somos nosotros los que debemos reconsiderar nuestra posición", dijo finalmente. "Lady Primrose fue quien consiguió encontrarme esta parroquia en Boston. Incluso financió los gastos de nuestra mudanza. Ahora, no puedo evitar preguntarme si tal vez su señoría sabía que el almirante Middleton y su hija estaban aquí. Tal vez lo que ella tenía en mente todo el tiempo era acercar a Portia a su madre".

"Estás imaginando cosas. Nunca nos mencionó una palabra de esto".

"No lo haría". William se puso en pie y se acercó a la ventana. Una compañía de soldados

desfilaba al final del camino. "Esa buena señora es una benefactora generosa con mucha gente, pero siempre ha sido de las que se guardan sus propios consejos sobre sus planes. Mira lo que hizo por nosotros después de nuestra decepción en Bristol. Podría habernos encontrado una iglesia en Inglaterra. En lugar de eso, nos ofreció la oportunidad de trasladarnos a Boston. Ella nos quería aquí. Tal vez Portia sea la razón".

Se volvió hacia su mujer.

"Crees que he hecho mal en echarla", gritó Mary a la defensiva. "Sólo quiero proteger a mi familia".

"No es cuestión de hacer el mal. Has hecho lo que creías que era correcto para todos nosotros. Pero creo que tenemos una responsabilidad con ella a la que estamos obligados. Creo que lo mejor sería que apoyáramos a Portia en su búsqueda y ver qué resulta".

"Lo que he hecho no puede deshacerse". Mary metió el punto de aguja con rabia en una cesta que había en el suelo. "Hay más problemas de los que crees. Está su comportamiento, su falta de decoro y corrección. Ya he perdido la confianza en ella. No permitiré un incidente como... como...".

"Ella no es tu hermana Ellie. Portia visitó a un caballero sin escolta una vez a la luz del día. Pero debes recordar que estamos en las colonias. Las reglas de decoro son diferentes para las mujeres aquí. Se lo he oído decir a usted misma", dijo Higgins solemnemente. "Pero debes dejar atrás lo que hizo tu hermana, Mary. Aquí nadie nos juzgará basándose en el escandaloso pasado de Ellie. Debes olvidar lo que pasó. Aquí estamos en un mundo nuevo".

Mary se puso en pie y se apartó de William cuando éste se acercó.

"Por favor, mi amor. No dejes que ese pasado divida a nuestra familia. Deja ir a Ellie. Recuerda, en cambio, lo buena amiga que Portia ha sido para todos nosotros."

William observó la esbelta espalda de su esposa. Así había sido su relación durante tantos años. No podía obligarla a ser lo que ella no quería ser. No podía obligarla a hacer nada que no quisiera hacer. Curiosamente, en muchos aspectos, los dos eran iguales en su relación, y William lo quería así. Respetaba a su mujer y confiaba en ella, además de quererla, y sabía que ella sentía lo mismo. Él había dicho lo suyo. Ahora le tocaba a ella actuar si estaba de acuerdo con lo que él había dicho.

"Quizás... quizás fui más dura con Portia de lo que debería haber sido". Finalmente se dio la vuelta. La habitación estaba caliente, pero sus manos recorrían sus brazos. "La verdad es que entré en pánico, William. Vi a Portia en el despacho del señor Pennington y todos los horribles recuerdos de lo que ocurrió por culpa de Ellie volvieron a mi mente. Pensé en lo que teníamos y en lo mucho que perdimos en Bristol. Me preocupaba lo mucho que había que perder aquí. No quería volver a pasar por eso. No podía ver cómo te robaban otra oportunidad".

Se sentó en un sofá, mirando fijamente el hogar vacío.

"Portia pasó por todo eso con nosotros. Ella vio nuestra decepción. Ella era consciente de la infelicidad que el escándalo trajo a nosotros y a los niños e incluso a sus feligreses. Por eso no podía ver cómo ella haría algo que pudiera volver a poner en peligro nuestra posición. Estaba furiosa con ella por no comprender, por ser tan egoísta".

William fue y se sentó junto a su mujer. Le cogió la mano. "Durante tantos años, le hemos pedido a Portia que pensara sólo en nosotros. Ha hecho de *nuestra* familia la prioridad de su vida. Ahora, por primera vez, intenta pensar en su propio futuro. También piensa en su madre, si lo que cree resulta ser cierto. Y le pedimos que le dé la espalda. ¿No hay también algo de egoísmo en ello?"

Mary dejó escapar un suspiro frustrado y se recostó en el sofá. "Sé que no la tenía en cuenta.

Te sorprendería saber que he estado tan disgustada por esta situación como tú, Ann y Walter."

"Lo sé, mi amor. Sé que el lugar de Portia en tu corazón no tiene nada que ver con ninguna promesa."

"Ha sido mi mejor amiga, a veces mi única amiga". Sus largas pestañas se llenaron de lágrimas cuando Mary se volvió hacia él. "También debes saber que he estado siguiéndole la pista durante estos dos últimos días. Ha cogido una habitación en una casa respetable. Y a partir de dentro de dos días, hará de compañera de su madre, leyéndole francés, o algo así. Le va mucho mejor con sus planes de lo que le hubiera ido si siguiera viviendo con nosotros."

"La has empujado a la independencia".

"Y quizás en peligro. Va a ciegas por el camino que ha elegido. No sabe nada de las complicaciones ni de las consecuencias de las decisiones que está tomando ella sola".

William pasó el brazo por el hombro de Mary y la estrechó contra su costado. "Ahora estás hablando como una madre nerviosa".

"Lo sé. También he oído que hoy la han visitado dos caballeros. Esto es más de lo que tuvo durante todos los años que podría haber entretenido pretendientes".

"Sorprendente, teniendo en cuenta que es tan antigua". William ocultó una sonrisa cuando ella le dio un golpe en las costillas. "¿Cuándo vas a visitarla y darle un sermón sobre cómo aceptar la soltería con dignidad?"

"No le daré más conferencias. ¿Pero crees que me recibiría?"

"Si te has propuesto enmendar tus errores, no creo que ella pueda detenerte".

Pierce no recordaba que Nathaniel quisiera hablar de negocios tan tarde. No recordaba haber visto nunca a su amigo tan provocado como ahora. Había llegado a casa de Pierce a las diez y media con un montón de documentos que había traído del *Thistle*, el barco recién llegado que estaba amarrado en Long Wharf.

"Esto sólo prueba que mi sospecha era correcta". Anunció Nathaniel en cuanto estuvieron dentro del estudio de Pierce. "La cordial reunión de ayer con Middleton y Turner se organizó con el único propósito de bajar la guardia. Ahora están husmeando en nuestros asuntos".

Dejó caer los libros de contabilidad y los documentos sobre el escritorio.

"¿Qué está pasando exactamente?" Pierce se movió detrás del escritorio.

"Esta tarde, sin esperar a recibir el informe de nuestro capitán de barco, un maldito funcionario de Hacienda abordó el *Thistle* con dos docenas de soldados".

"¿Han incautado el buque?"

"No oficialmente. Pero se han llevado nuestros libros", dice Nathaniel con cierto acaloramiento. "Lo llaman inspección. Afirmaron que a partir de hoy -esta tarde, de hecho- todos los barcos que lleguen a puerto recibirán el mismo trato. Pero sé que eso es una sarta de mentiras, ya que un ballenero maloliente y otros dos buques mercantes amarraron en el Muelle Largo una hora después de que el capitán Preston trajera el *Thistle*, y no ha habido ninguna "inspección" de esos malditos barcos."

Hacía tiempo que Pierce esperaba que las autoridades empezaran a tomar medidas drásticas. Y estaba preparado para ello.

"No te preocupes, Nathaniel. No encontrarán nada. Después de que los hombres de Ebenezer terminaran de descargar su cargamento anoche, los ocho barriles vacíos se llenaron con agua de mar. Preston me aseguró que están bien mezclados con los otros barriles que realmente contienen

vino. Los libros registran esa porción del cargamento como cuarenta y cinco pipas de vino. Así que, a menos que esos soldados decidan pinchar todos los barriles, encontrarán todo en orden a bordo del *Thistle*". Pierce puso una mano tranquilizadora en el hombro de su amigo. "E incluso en el caso extremo de que hagan exactamente eso, la culpa podrá echarse fácilmente a esos ladrones de Madeira que cargaron el cargamento".

"Todo muy bien para el Cardo, Pierce, pero no me refiero a este único envío". Nathaniel acercó una silla al escritorio y se sentó, abriendo el primero de los libros de contabilidad. "Creo que su plan no es tanto inspeccionar lo que tenemos ahora, sino interrogar a todos los marineros y hombres de marea que cobran de nosotros. Preguntarán y preguntarán hasta que alguien diga algo que no esté de acuerdo. Y entonces se nos echarán al cuello".

"Nuestros hombres han resistido este tipo de escrutinio antes. Lo harán bien".

"¡Quizás, pero eso no es todo!"

Pierce plantó ambas manos sobre el escritorio. "¿Qué más está pasando?"

"Esta noche me han entregado una carta en la que los funcionarios de aduanas desean ver los libros de las cuatro últimas travesías del *Thistle*. Esto nos lleva más de un año atrás. Quieren verlo todo desde el momento en que tú mismo te involucraste de lleno en el negocio". Nathaniel pasó las páginas del libro de contabilidad hasta la fecha. "También quieren ver lo que tenemos en nuestras oficinas de nuestros otros cinco barcos, remontándonos de nuevo al mismo periodo de tiempo".

"Suministrábamos esos libros cada vez que un barco llegaba a tierra. Ya deberían tener toda esta información".

"Afirman que el gobernador les ha ordenado recopilar de nuevo la información. También afirman que este va a ser el procedimiento habitual para todos los implicados en el comercio."

"Eso es una maldita mentira, si alguna vez he oído una". Pierce dio la vuelta al libro que Nathaniel ya había abierto y miró las entradas. Durante todas las travesías del año anterior, el *Cardo* y sus barcos gemelos llevaron armas entre sus cargamentos. Pero los libros de contabilidad mostraban registros de vino y papel de Inglaterra, melaza y azúcar del Caribe. "Han llevado unos libros perfectos. No pueden embargar ninguno de los barcos basándose en ellos".

"Las naves no me conciernen, Pierce. Pero tú sí", dijo Nathaniel en voz baja. "Hay una investigación abierta en curso, pero también hay una oculta. A todos los hombres que fueron arrestados y llevados al Castillo tras tu encuentro con Ebenezer en el Ancla se les pidió una cosa... que describieran a MacHeath".

"Los Hijos de la Libertad nunca me delatarán, y nadie más tiene información suficiente para ponerme la soga al cuello".

"Pero creo que hay alguien más. Usted mismo me dijo que la Srta. Edwards lo vio anoche. Si ella te vio, otros podrían identificarte también". Nathaniel apartó los libros. "Pierce, creo que deberías encontrar alguna excusa -preferiblemente que tenga que ver con los negocios- y marcharte por un tiempo".

"¿Y tú?"

"Tengo fama de ser sólo el hombre del dinero en nuestra sociedad. Todo el mundo sabe que diriges las operaciones del negocio. Lo peor que podrían hacerme es confiscar todos los barcos que tenemos en puerto. Pero tengo suficientes amigos aquí y en el Parlamento que jurarán mi lealtad a la Corona... y mi falta de interés por la política colonial. Puede que me den una palmada en la mano si te cogen, pero a ti es a quien colgarán".

Pierce no temía las consecuencias de ser descubierto. Conocía los peligros de involucrarse. Cuando había venido a América, lo había hecho para dejar atrás la culpa que arrastraba por la

vida de su hermano y la muerte de Emma. Se instaló en Boston, se asoció con Nathaniel, un viejo amigo de confianza, y dedicó su dinero y su energía a la navegación. Había trabajado sin cesar para hacer fortuna. Mientras tanto, había encontrado un sentimiento de comunidad con los ciudadanos rebeldes de su nuevo hogar. Había sido testigo de las manifestaciones, había oído hablar de las injusticias, había visto a gente de toda condición luchar por el derecho a tomar las riendas de su propio destino. Y había encontrado un hogar en su causa.

Lo que Pierce había ganado con su estancia aquí era un sentimiento de pertenencia a un lugar y a su gente. Su causa era ahora su causa, y creía en ella.

Lo más difícil de todo lo que Nathaniel había dicho esta noche era que se acercaba rápidamente el momento en que Pierce y su hermano menor David pronto se enfrentarían. Cada uno de ellos estaba en diferentes lados de una línea.

Pierce había perdido a un hermano. No estaba seguro de estar preparado para perder al otro.

"Necesitas irte lejos, Pierce. Podrías ir al Caribe. Puedo hacer correr la voz de que nuestro negocio requiere que vayas". Nathaniel presionó. "Mantente alejado hasta que estos bastardos empiecen a buscar a alguien más."

"Lo pensaré", dijo finalmente Pierce. "Sin embargo, aunque decida ir, no será antes de que tomemos el *Gaspee*. Y para eso sólo faltan tres días".

Capítulo Trece

NO IMPORTABA dónde acabara en un mes o en un año, Portia no podía ignorar la emoción que la rodeaba hoy en Faneuil Hall. Cientos de personas se agolpaban en el interior del edificio. Procedían de todas las clases sociales: abogados y profesores, comerciantes y sirvientes, marineros y obreros. Incluso había algunas mujeres. Portia conocía muchas de las caras después de haber asistido a tantas reuniones municipales. Incluso había aprendido algunos nombres. Todos habían acudido con el mismo propósito: hacer oír su voz sobre su futuro.

En cada ocasión se presentaron diferentes propuestas y se votaron las resoluciones que se habían redactado. Las voces eran fuertes. Durante los últimos nueve meses, había tenido la oportunidad de escuchar a muchos oradores, aunque Sam Adams era sin duda el más enérgico de los líderes. El mensaje era claro, y las multitudes siempre se levantaban a la acción. Estos bostonianos estaban unidos en su lucha contra un enemigo común.

Como siempre, Portia salió de la sala cuando se dio cuenta de que la reunión estaba a punto de terminar. No quería verse envuelta en el intercambio de insultos que se producía habitualmente entre la multitud que salía y los soldados británicos apostados alrededor de Dock Square tras estos acontecimientos.

"Este es el último lugar donde habría pensado encontrarla en una tarde tan hermosa, Srta. Edwards".

A Portia le dio un vuelco el corazón cuando se giró y vio a Pierce bajando los escalones detrás de ella.

"Sr. Pennington." Se dio cuenta de que no debería haberse sorprendido. Debido a su negocio naviero, su interés en estas reuniones era natural.

Bajó la voz. "Me decepcionó recibir su nota esta mañana, cancelando nuestra cita de esta noche".

Portia enroscó la cinta del pequeño bolso alrededor de su muñeca. La noche anterior había pasado horas en vela pensando en las consecuencias de ir sola a su casa. Era exactamente lo que Mary le había advertido. Sólo podía pasar una cosa entre ellos. Las atenciones de este hombre eran el fruto prohibido. Y por mucho que deseara probar lo que sabía que él le ofrecía, no podía permitirse caer. Había escrito su nota de disculpa a primera hora de la mañana y la había deslizado por debajo de la puerta de su despacho en Long Wharf, ya que no sabía exactamente dónde vivía.

"Con mi nuevo puesto, no había forma de encontrar tiempo... y no creí que fuera apropiado". Su mente se quedó en blanco. No podía recordar qué excusa había utilizado finalmente en la carta.

"Lo entiendo perfectamente. De hecho, fue una desconsideración por mi parte presionarte

para que vinieras".

"No, no me has presionado". Portia dejó escapar un suspiro frustrado y se dijo a sí misma que debía aceptar el gesto. "Gracias. Gracias por comprender".

"¿Me permites caminar contigo ahora?"

Portia deseó que hubiera una forma de evitar que el calor subiera por sus mejillas. "Por supuesto. Es un honor, señor".

Caminaron un rato en silencio.

"¿Le gusta la política de Boston, Srta. Edwards?"

"Me parece intrigante", respondió con sinceridad.

"Así que no es la primera vez que escuchas a la chusma local."

Sacudió la cabeza, aliviada de que él dejara de hablar de su invitación rechazada.

"Pero te fuiste temprano de la reunión".

"El invierno pasado aprendí la lección. Después de una reunión, me marchaba con los demás tras la intervención de los oradores, y me cayó por error una bola de nieve destinada a uno de los casacas rojas. Como resultado, resbalé en un trozo de hielo en la calle y tuve un moratón espantoso durante una semana".

"Eso es terrible, pero ¿cómo sabes que no eras la víctima prevista?"

"Mi salvador de doce años lo confesó mientras me acompañaba a casa". Se frotó la mancha de la vieja herida en la frente. "El pobre niño estaba más preocupado por su error que yo herida".

"Se lo tiene merecido". Le puso una mano en la parte baja de la espalda, dirigiéndola hacia un lado, para que otros con prisa pudieran pasar. "Me sorprende que hayas seguido viniendo después de eso".

Portia se encogió de hombros. "Los golpes y los moratones forman parte de la vida. Tienen poco efecto para sacarme del camino".

Su sonrisa encendió un fuego en su estómago. Y sintió la mano de Pierce acariciarle la espalda una vez antes de caer a su lado. A medida que avanzaban por los adoquines de Dock Square, dos mujeres bien vestidas venían en dirección opuesta, con sus hijos y criados detrás. A medida que pasaban, se dio cuenta de las miradas apreciativas de las mujeres hacia el hombre que estaba a su lado.

Sin embargo, Portia pensó que había mucho más que sus apuestos rasgos y su altura que lo distinguían. Tenía encanto y personalidad y, como Bella le había dicho, al parecer era muy conocido entre las mujeres de Boston. Intentó poner un poco de distancia entre ellos, pero Pierce la cogió del brazo, manteniéndola a su lado mientras hacía una pausa para intercambiar saludos con tres hombres que ella sabía que eran miembros del South End Caucus.

"Así que tú también eres un asistente habitual", comentó una vez que los tres hombres hubieron avanzado por la calle.

"Disfruto viendo los progresos. Aprecio lo que estos hombres intentan hacer". Miró a su alrededor, al bullicio de la gente. Baja la voz. "Y me gusta cómo lo están haciendo".

"Es una postura muy interesante, teniendo en cuenta que sus tácticas deben estar costándole dinero cada vez que el Parlamento impone otra sanción a Boston y a sus habitantes".

"Hay cosas más importantes que el dinero".

"Estoy de acuerdo con usted, Sr. Pennington."

"Pero debo decirle que asistir a estas reuniones me causa dolor cuando pienso en nuestra derrota en Escocia luchando por lo mismo".

"Esta gente tiene la ventaja de seguir reclamando los derechos de los ingleses. No así, con los escoceses".

"Muy cierto".

"Y debo imaginar que sus compatriotas han descubierto que es mucho más difícil expresar el descontento de uno viviendo bajo la pesada mano de la justicia militar británica".

"Creo que es usted una radical *de buena fe*, señorita Edwards". Se volvió e hizo un gesto con la cabeza hacia las parejas de casacas rojas apostadas en la esquina de cada calle. "Pero esa mano pesada está unida a un brazo largo. Tendremos que esperar y ver cómo el Sr. Adams y sus amigos triunfan en su lucha."

Se dio cuenta de que se dirigían hacia el Muelle Largo.

"¿Crees que pueden tener éxito?", le preguntó, decidiendo caminar un poco más con él.

"Por supuesto. Todos estos hombres, o sus antepasados, vinieron a esta tierra para empezar de nuevo. Los líderes impresionan por su inteligencia. Su rango entre los dirigentes procede naturalmente de su talento y ambición, más que de la herencia o el estatus personal que, en última instancia, emana de la Corona o el Parlamento. Muchos buscan la libertad y la independencia que creen que todos merecen. Y lo más importante de todo, no dependen económicamente de Inglaterra".

"Los colonos no necesitan el dominio inglés, pero Inglaterra necesita la riqueza de los colonos", comenta Portia.

Pierce la miró sorprendido. "Muy bien dicho".

"Pero ningún discurso puede derrotar al ejército británico. Por mucho que personalmente deteste la violencia, creo que los agravios de los colonos nunca serán atendidos hasta que la gente corriente esté armada."

Había un atisbo de sospecha en su mirada, pero rápidamente apartó la vista. Al hacerlo, la cogió de la mano y obligó a Portia a detenerse, dejando que una yunta de caballos arrastrara un carro lleno de barriles junto a ellos.

"Una observación interesante. Pero, ¿dónde oirías esto? ¿En la casa parroquial? ¿O el Capitán Turner ha compartido algunas de sus ideas sobre el gobierno colonial?"

"Ni lo uno ni lo otro". La familia Higgins tiene por norma no comentar nunca sobre política. Y el capitán Turner y yo no compartimos ningún nivel de confianza en el que él pudiera expresar una opinión como ésta conmigo". Miró hacia dos acorazados británicos que yacían anclados cerca de Long Wharf. "Esta es mi observación personal. No creo que el Sr. Adams o el Sr. Otis, o incluso el propio Dr. Franklin tengan ningún efecto sobre el rey".

"No me cabe la menor duda de que tú tienes la sangre", dijo en voz baja, conduciéndola al otro lado de la calle.

"¿La sangre?"

"Sangre jacobita. La sangre de tus antepasados", dijo Pierce con aprecio.

Portia no sabía qué decir. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos, pero éste era un elogio sin parangón. También le sorprendió que recordara lo que le había contado sobre su pasado. Era evidente que no lo consideraba trivial. Optó por el silencio mientras seguían paseando por la calle, al tiempo que se daba cuenta de que Pierce seguía cogiéndola de la mano. Por decoro, intentó soltarla suavemente, pero él entrelazó sus dedos.

"Dígame, señorita Edwards, ¿qué otras opiniones políticas ha estado almacenando en secreto en esa bonita cabeza suya?"

"Cuando se trata de mi propia visión de la política, me temo que no soy muy bueno siendo reservado".

"Entonces esperemos que uses el buen juicio a la hora de elegir a aquellos con los que hablas de política. Yo no recomendaría compartir esos puntos de vista con el capitán Turner o con su

nuevo amo, el almirante Middleton".

"Soy muy consciente de ello, señor", dijo en voz baja. "Tengo mis opiniones, pero no soy tonta".

Le apretó suavemente la mano. "Ya lo sé".

Sus palabras, su tacto, sus atenciones crearon un caos en su interior, la desconcertaron. Aun así, no quería que este tiempo con él terminara demasiado rápido. Le gustaba hablar con él. Al mismo tiempo, le preocupaba que una mujer compartiera lo que pensaba con alguien ajeno a su familia. Estaba pisando terreno desconocido.

Pasaba una pareja de mediana edad y Portia se percató de la mirada crítica que la mujer dirigía a sus dedos unidos. Portia retiró rápidamente la mano y miró hacia otro lado. Estaban al final de Long Wharf, y pudo ver el edificio que sabía que albergaba sus oficinas de envíos.

Buscó frenéticamente algo que decir, temiendo que él le pidiera que le acompañara a las oficinas. "Me sorprende oírle expresar su descontento por la situación en Escocia. Creo que es la primera vez que menciona algo sobre su país".

"Es *nuestro* país, ¿no?"

"Sí, supongo que sí. Al menos, eso me han dicho". Miró las tiendas del muelle y los carteles que colgaban de las puertas. "Sin embargo, hay una clara diferencia cuando uno piensa en su país y puede ponerle caras y nombres. En mi caso, es difícil reivindicarlo como propio cuando no tengo familia que yo conozca allí. Sin conexiones. Sin recuerdos. Nada que ver con lo que tú has tenido la suerte de tener".

El ceño se le frunció profundamente. "¿Has estado alguna vez en Escocia?"

"Sólo una vez... en compañía de la Sra. Higgins. Fue a visitar a su familia en las Tierras Altas".

"¿Qué te ha parecido?"

"Es una tierra vasta y hermosa. Pero me sorprendió no encontrar a mucha gente trabajando la tierra. Es muy triste lo que está pasando allí".

"Estás hablando de los claros".

Portia asintió y cometió el error de volver a levantar la vista. La forma en que su mirada estudiaba cada centímetro de su rostro hizo que su corazón latiera aún más rápido.

"No me sorprendería que también tuvieras una opinión al respecto".

"Sí, pero preferiría dejar eso para otro lugar y otro momento. Estoy segura de que no se encuentra con muchas mujeres que, con tan pocos conocimientos, estén tan llenas de opiniones como yo. Aunque, para serte sincera", dijo en voz baja, "no quisiera asustarte con mi cháchara".

¿"Asustarme"? Nunca. ¿Intrigarme? Eso ya lo has hecho".

"Creo que este es su empleado, señor."

Portia señaló a lo largo del paseo marítimo. Sean, el oficinista de Pierce, corría hacia ellos con un fajo de papeles bajo un brazo.

"Tienes razón. Me temo que tengo algunos asuntos que requieren mi atención durante unos minutos. Si quiere esperar, quizás podamos dar un paseo y continuar..."

Ella negó con la cabeza, deteniéndole. "Agradezco tu oferta. Pero no puedo".

"Por supuesto", dijo, sonando realmente decepcionado. "Las mismas excusas que ofreciste en tu carta se aplican ahora. ¿Y por qué exactamente no desea pasar tiempo en mi compañía, si se puede saber?"

En ese momento se les acercó el empleado, pero Pierce lo envió inmediatamente a las oficinas.

"¿Qué decías?"

"La carta... bueno..." Sus palabras se interrumpieron con impotencia.

"Esperaba que fueras sincero conmigo. Pero como quieras". Hizo una cortés reverencia. "Espero tener la suerte de volver a cruzarme con usted en una reunión municipal. Buenos días, Srta. Edwards".

Se alejó a grandes zancadas por el muelle, y Portia se dio la vuelta y se fue tan rápido como le permitieron sus pies. Tenía que poner tanta distancia entre ellos como pudiera, antes de que su corazón pudiera más que su razón.

Cuando Mary Higgins llegó a la botica al pie de School Street, la esposa del párroco pudo convencer a la señora Crease de que sería perfectamente aceptable para Portia que esperara en su dormitorio y no en el salón. Subiendo con ella, la anciana se deshizo en elogios hacia su nueva inquilina. Sin embargo, sola dentro de la pequeña alcoba, Mary sintió que la culpa la agobiaba terriblemente.

La habitación estaba limpia. Los muebles y la ropa de cama eran adecuados. La única ventana estaba abierta y se oía el ruido de la calle.

Lo que preocupaba a María no eran las condiciones físicas en las que vivía Portia, sino lo poco que poseía su antigua protegida.

En un rincón había un pequeño baúl y en la mesilla de noche un puñado de recuerdos, todos ellos regalos de Ann y Walter. Pero eso era todo lo que Portia tenía que mostrar de sus veinticuatro años de vida. Mary recordó que, ocho años atrás, la joven había llegado de la escuela de Gales con más posesiones materiales de las que tenía ahora.

Sin embargo, a Portia nunca le habían importado las posesiones. Mary recordaba lo hambrienta de afecto que había estado la joven entonces, lo ansiosa que había estado por complacer a su nueva familia. Mary recordaba cuánto había deseado formar parte de ellos.

Ella y William habían estado demasiado metidos en sus propias vidas como para reconocer que, si había una persona que necesitaba casarse y tener sus propios hijos, esa era Portia. Ella necesitaba una familia. Quería crear lo que le había faltado en su vida hasta ese momento. Y compartir la suya con ella no era suficiente, porque inevitablemente llegaría el día en que se quedaría sola, sin nada ni nadie que la consolara.

Y ese era exactamente el cambio que María había impuesto a Portia esta semana.

Tal vez si hubieran sido más conscientes de empujarla a la sociedad entonces, de hacer algunas presentaciones, de animar a posibles pretendientes, Portia no estaría vinculando toda la esperanza de su futuro al rescate de su madre. Ese era un sueño que Mary seguía considerando imposible. Era demasiado descabellado. No podía ser la respuesta a todo lo que la joven carecía en su vida.

Mary se acercó a la ventana y contempló la calle. También se sentía culpable por comparar constantemente a Portia con su hermana, Ellie. Aquella joven había crecido en medio del bullicio de una familia cariñosa. Nunca le había faltado afecto ni posesiones materiales. E incluso en lo que respecta a su escandalosa aventura, mientras que otros habían sufrido por su comportamiento, la propia Ellie no había perdido nada en el proceso. Una vez consumado el escandaloso divorcio, el pícaro se había casado con Ellie a pesar de todo.

Ahora su hermana estaba asentada y bien provista. Pero Portia no.

Mary vio los uniformes rojos de algunos oficiales que cabalgaban por la calle y pensó en el capitán Turner. Tal vez aún no era demasiado tarde. El hombre estaba ciertamente interesado, y

la vacilación de Portia podría disminuir con el tiempo. Sólo necesitaba tiempo para acostumbrarse a él. Portia era lo bastante joven para formar una familia, y el oficial estaba sin duda en edad de sentar la cabeza. Si todo esto llegaba a suceder, tal vez Portia también estaría contenta de dejar que su madre permaneciera donde estaba.

Mary se paseó por la habitación, planeando su estrategia. Absurdamente, sus ojos se posaron en un pequeño escritorio situado en un rincón. Al ver el juego de bolígrafo y tinta de Portia y el papel ordenado allí, se le ocurrió una idea. Se sentó en el escritorio y cogió el bolígrafo.

Siendo una amiga preocupada -escribió al capitán Turner- esperaba que el oficial ayudara a la familia a cuidar de Portia en sus viajes de ida y vuelta a Copp's Hill. Mencionó el cariño que Portia le tenía y expresó la gratitud tanto del párroco como de ella misma. Después de dirigir la nota, Mary sopló suavemente sobre ella hasta que la tinta se secó, la dobló y se levantó.

Tiempo. Lo único que necesitaban era más tiempo juntos. Al oír pasos en las escaleras, Mary deslizó la carta en el bolsillo de su vestido. No había razón para que Portia lo supiera.

Segundos después, la puerta de la habitación se abrió y Mary contempló el rostro sorprendido de la joven.

"Mary", jadeó Portia. "*Estás aquí*".

La esposa del párroco dio un paso hacia la puerta. "He tenido tiempo para reflexionar. También he tenido tiempo para darme cuenta de lo mucho que echo de menos... a mi amigo".

"Yo también te he echado de menos". Portia dijo en voz baja.

Mary dio otro paso hacia ella. "Sé que tengo mis obstinadas creencias y temores y restricciones, y está claro que a ti te va bien sola. Parece que cada una de nosotras está satisfecha con este nuevo acuerdo. Pero eso no significa que tengamos que poner fin a nuestra amistad, y a tu relación con nuestra familia, y..."

"Gracias", susurró Portia, caminando hacia los brazos extendidos de Mary.

La inquisición llevada a cabo en el *Cardo* terminó sin que se formularan cargos ni se efectuaran detenciones. Pierce, sin embargo, no era tan tonto como para bajar la guardia.

Los libros de los demás cruces se habían entregado esta tarde al comisario de aduanas. Les habían dicho que la investigación podría llevar de semanas a meses. Pero Pierce tenía otro asunto más urgente. Nathaniel y él esperaban otro barco, el *Lothian*, para cualquier día. El barco, en ruta desde la isla caribeña de San Eustaquio llevaba otro cargamento de mosquetes escondidos entre barriles de melaza de San Kitt.

Pierce no podía permitir que el buque se acercara a Boston. No dudaba de que los cúteres británicos estacionados en la boca del puerto interior habían recibido instrucciones de buscarlo.

Consideró la posibilidad de sacar el *Cardo* e intentar interceptar el navío, pero era una tarea casi imposible, teniendo en cuenta la travesía, siempre impredecible. Además, si intentaba sacar el bergantín del puerto con la bodega vacía, dejando en el almacén los barriles de ron que estaba previsto embarcar, el almirante Middleton enviaría inmediatamente un buque de guerra tras él. Sin una buena ventaja, Pierce sabía que no podría dejar atrás al *Rose* ni a sus compañeros de flota.

Aunque la llegada del *Lothian* estaba prevista para dentro de unos quince días, el barco podría estar todavía en San Eustaquio. Nathaniel supuso que ésa era otra razón para que Pierce abandonara Boston ahora.

Al llegar a su casa aquella noche, Pierce se dirigió inmediatamente a su estudio. Sin vacilar,

cruzó la habitación y cogió la carta de Escocia que había estado ignorando durante más de un mes. Su conversación con Portia esta mañana había despertado una necesidad en él. Su comentario de que había sido bendecido con una familia le había herido profundamente. Ahora necesitaba saber qué pasaba exactamente con Lyon. No había visto o hablado con su hermano desde la muerte de Emma.

Llevó la carta a su escritorio y se quedó mirando el sello de Aytoun. El mismo sello que su padre había utilizado mientras crecían en Baronsford.

Hubo un tiempo en que separarse de su familia habría sido impensable. Hubo un tiempo en que Pierce jamás habría imaginado la vida sin Lyon, David y Emma.

Todos habían crecido juntos, Emma escalando las mismas colinas y acantilados que ellos. Más cercana en edad a David, pasó toda su infancia con los tres chicos. Era una Douglas, y su familia había sido vecina al este de Baronsford. Todos en las Fronteras sabían que Emma amaba Baronsford tanto como cualquiera de ellos.

Pierce rompió el sello de la carta.

Sabía que cada uno de los tres hermanos tenía su propia relación con Emma. Lyon era el mayor. Tenía grandes expectativas puestas en ella, y ella las había cumplido durante los años anteriores a convertirse en su condesa.

De todos ellos, David siempre había sido el más cercano a ella. Eran los más jóvenes de su alegre grupo. Desde que eran poco más que niños, los dos habían jugado en los acantilados de Baronsford, y la visión de ellos juntos estaba grabada en su mente. David y Emma habían sido inseparables a lo largo de los años. Pierce creía que su hermano menor podía haber sido el único que la amaba de verdad.

Para el propio Pierce, había sido como una hermana. Se preocupaba por ella desde que podía andar, la vigilaba. Pierce siempre había considerado que era su responsabilidad enseñarla y guiarla. Él también tenía grandes esperanzas, pero Emma había sido voluntariosa e impulsiva. Tenía una vena salvaje que nunca pudo ser domada.

Cuando llegó el momento, Lyon se había marchado para completar su educación y alistarse en el ejército. Emma se había ido a Londres con su madre. Luego, su padre había muerto, y Emma estaba esperando cuando Lyon regresó. Dirigió toda la calidez de su mirada hacia él. Todos sabían que el único deseo de Emma en la vida era ser Condesa Aytoun, señora de Baronsford. Ese era su sueño.

Y Pierce le había advertido. Le dijo a Lyon que ella no quería ese matrimonio por amor a él, sino por amor a su título.

A pesar de las advertencias, Lyon se casó con Emma, y fue entonces cuando se abrió una brecha entre ellos. David había aceptado un encargo y se había ido a servir a la Corona.

Convertirse en la señora de Baronsford -por muy grandioso que le hubiera parecido antes- no era suficiente una vez que se había casado con Lyon. Cada vez quería más. Pierce sabía ahora que había sido ciego a tantas cosas en ese momento. Incluso le había permitido enfrentar a los hermanos entre sí. Sabía lo mucho que Pierce se preocupaba por ella a pesar de sus advertencias a Lyon, así que lo había utilizado como medio para irritar a Aytoun. Si algo la disgustaba, acudía a Pierce. Por supuesto, la culpa de todos los problemas era de Lyon.

Desdobló la carta, pero no pudo ver las palabras. La lluvia y la niebla de aquellos últimos días en Baronsford le nublaban la vista.

Durante los dos años que duró el matrimonio de su hermano, Pierce se dejó manipular por Emma, y no fue hasta después de su muerte cuando reconoció su propia ceguera. Ella había formado parte de su familia durante demasiado tiempo. Tontamente confió en ella y trató de

corregir a Lyon en cada ocasión cuando no tenía derecho a hacerlo. Continuó cuando era obvio que su interferencia estaba rompiendo aún más el matrimonio. Había tanto en Emma que era mentira y él lo ignoró hasta que fue demasiado tarde.

Ahora, cuestionaba todo sobre ella... incluso sus últimas palabras hacia él.

Emma había organizado una gran fiesta, supuestamente para celebrar el cumpleaños de la viuda. Las familias de ambas partes estaban invitadas. Por primera vez en lo que parecían meses, Lyon y Emma estaban bajo el mismo techo. Pero esa mañana, después de que la mayoría de los invitados se hubieran ido de caza, los dos discutieron.

A nadie en Baronsford le sorprendió. Todos sabían que Lyon y Emma se peleaban cuando estaban juntos.

Cuando Pierce se encontró con Emma en los jardines aquella mañana, ella estaba disgustada. Sin que él se lo pidiera, empezó a contarle lo mal que Lyon la trataba... que el verdadero propósito de aquella fiesta era anunciar su embarazo. Pero Lyon estaba siendo desconsiderado con su estado, con sus deseos. Estaba angustiada, al borde de la desesperación.

Pierce se había quedado mudo con la noticia, pero cuando vio a Lyon entrar en el jardín, había salido corriendo en dirección a los acantilados. Pierce se lo había impedido, y luego volvió a increpar a su hermano mayor por el mal trato dispensado a su esposa.

Nunca olvidaría la expresión de Lyon cuando le dijo que Emma estaba embarazada. No creía que su hermano hubiera oído nada más, ni una sola de las acusaciones que Pierce le había lanzado. Como aturdido, Lyon simplemente se había ido tras su esposa.

Pierce había recorrido el jardín sólo unos instantes antes de que el pánico se apoderara de él. Mientras corría tras ellos, supo que algo iba muy mal. La lluvia, la niebla y el rostro atónito de Lyon eran una bofetada de verdad. Cuando llegó al río instantes después, había descubierto el cadáver de Emma al pie de los acantilados, y el de Lyon destrozado a su lado.

Pierce había permanecido en Baronsford hasta después del funeral. No se atrevía a mirar a la cara a su hermano. Lyon se había quedado destrozado, con el cuerpo lisiado y la mente sedada por las drogas para aliviar el dolor. ¿O era para olvidar lo que había pasado?

Había rumores susurrados. Hubo quien afirmó que el conde había empujado a su esposa por el acantilado. Pero Pierce no escuchó nada de eso. En el fondo, no creía que Lyon pudiera hacer daño a Emma.

Si había alguna culpa que cargar, Pierce sentía que le pertenecía a él. Y fue entonces cuando decidió que no podía quedarse allí por más tiempo. Se marchó a las colonias y trató de no mirar atrás.

Pierce intentó concentrarse en la carta que tenía en la mano. La letra no era la de su abogado, Sir Richard. Volvió a leer las dos primeras líneas, se detuvo y volvió a empezar para asegurarse de que no se estaba imaginando lo que acababa de leer.

El tono era definitivamente el de su hermano. Era Lyon, como lo había sido antes de casarse con Emma: fuerte y directo, hasta el punto de ser brusco.

En la carta, Lyon decía que se había casado de nuevo con una tal Millicent Gregory. En cuanto a su salud, había mejorado mucho, y él y su esposa dividían su tiempo entre Baronsford, en Escocia, y la finca de Millicent, un lugar llamado Melbury Hall, situado al norte de St. Albans, en Hertfordshire. Esperaban su primer hijo para el otoño, aunque ya habían acogido a una niña que pensaban criar como propia. La habían llamado Josephine, y la niña era muy enérgica.

Pierce parpadeó y acercó la carta a la lámpara antes de volver a leer la primera sección. Cientos de preguntas pasaron por su mente. Lyon con niños. Sacudió la cabeza.

La segunda parte de la carta era todo elogios hacia su nueva esposa y la variedad de proyectos en los que participaba en ambos lugares. Esta vez, Pierce sonrió. Sin duda era un cambio con respecto a la Lyon que había conocido.

La última parte de la carta era algo de lo que debería haberse ocupado al principio, pero que luego había dejado de lado. Semanas después de la partida de Pierce, había recibido una carta de Sir Richard diciendo que su hermano le había cedido todas las tierras de Baronsford.

El abogado había explicado que era un intento de Lyon de salvar a su familia. Al entregar Baronsford, podría retirarse y dejar que los resentimientos desaparecieran poco a poco. Pierce podría hacerse cargo de las tierras de la familia y tal vez traer de vuelta a David para que le ayudara a administrarlas. De ese modo, los habitantes de Baronsford podrían seguir viviendo sus vidas pacífica y productivamente, como antaño. Regalar Baronsford había sido la manera de Lyon de determinar el futuro de todos. Pierce, sin embargo, no quería saber nada. Consideraba los papeles sin sentido. Lyon era el Conde de Aytoun. Él era el responsable de Baronsford. Le pertenecía. Pierce ni siquiera se había molestado en acusar recibo de la carta.

La última parte de la carta de Lyon hablaba de los desmontes en las fincas vecinas y de los temores de los arrendatarios de que las fincas de Baronsford fueran las siguientes en desaparecer. También explicaba que las tierras seguían a nombre de Pierce y, a menos que éste volviera en persona para tranquilizar a los suyos, la inquietud iría en aumento.

Pierce sabía que podía firmar los papeles correspondientes y enviarlos de vuelta a Escocia, revocando lo que nunca había acordado. De hecho, era algo que debía hacer de inmediato, ya que no quería que ninguna investigación sobre sus asuntos incluyera a Baronsford. Podía enviar los papeles en el próximo barco con destino a Inglaterra, y tal vez seguir con una visita por su cuenta.

Pierce se sorprendió a sí mismo por haberlo pensado siquiera. Pero entonces cogió la carta de Lyon y empezó a leer desde el principio sobre la recuperación y el matrimonio de su hermano. Tal vez podría haber un nuevo comienzo para todos.

Unos golpes en la puerta le interrumpieron, y uno de sus criados le informó de que había un mensajero esperando para verle. Pierce cerró la carta, la dejó a un lado y siguió al hombre.

Junto a la puerta principal, polvoriento por sus viajes, esperaba un joven de unos quince o dieciséis años. Cuando vio a Pierce, sacó una bolsa de debajo de la camisa y se la entregó. Acercándose a una ventana, Pierce la abrió y encontró una carta del capitán de su barco, el *Lothian*.

El buque se había encontrado con un mercante al mando de un amigo que doblaba el cabo. Al recibir noticias de lo que ocurría a bordo del *Thistle*, el capitán Cameron había decidido dar la vuelta y poner rumbo a Newport. La carta le informaba de que el *Lothian* estaba anclado frente a Newport, y que esperaba las instrucciones de Pierce.

"Cuánto tiempo estuviste cabalgando, muchacho."

"No hace ni seis horas, señor. El capitán Cameron dijo que consiguiera una buena montura, y lo hizo".

"Bien hecho. A la cocina contigo, muchacho. Puedes llenar la barriga mientras pienso cómo responder a tu amo".

Capítulo Catorce

PORTIA NO LLEVABA ni una hora en la mansión cuando la señora Green, que había estado merodeando mientras su madre terminaba de desayunar, trajo al médico del almirante. Pronto se hizo evidente que el médico militar visitaba a su madre casi todos los días para sermonearla sobre los medicamentos que debía tomar, pero que a menudo se negaba a tomar. A pesar de lo inquietante que resultaba todo aquello, parecía ser la rutina de la casa.

Sin embargo, lo que Portia decidió que no permitiría eran las continuas visitas del capitán Turner, que habían comenzado inmediatamente después de la partida del médico. Después de su segunda aparición en una hora, se hizo evidente que iba a supervisarla todo el día.

Portia se había quedado atónita esta mañana al encontrar al oficial esperándola con un carruaje ante su puerta. Tomada desprevenida, no había sido capaz de inventar una excusa adecuada y se había visto obligada a cabalgar hasta la mansión de Copp's Hill, refunfuñando para sus adentros durante todo el trayecto. Él le había informado por el camino de que tendría que ausentarse de la mansión durante varias horas de la tarde, pero que volvería a buscarla a las cinco y que ella debía esperarle. En silencio, Portia juró que estaría muy lejos para cuando el capitán Turner regresara.

Entre la señora Green y el capitán Turner, la mañana fue una serie de interrupciones constantes. Ni una sola vez tuvo Portia la oportunidad de hablar a solas con su madre. Hacia el mediodía, se sirvió un pequeño banquete de té y pan, y Helena le pidió que se sentara con ella, lo que le valió a Portia una mirada amarga de la señora Green. Después de que los criados retiraran la comida y los platos, Helena volvió la cabeza hacia la ventana abierta.

"Hace un día estupendo, ¿verdad, Srta. Edwards?"

"Así es, señora."

"Entonces pasaremos algún tiempo en el jardín de rosas".

"Creo que no, Srta. Middleton", objetó inmediatamente la Sra. Green. "Viene una brisa fresca del puerto".

"El jardín está protegido, y estaré bastante cómoda con mi chal".

"Hoy no saldrá, señorita", dijo la mujer. "Ya ha tenido suficientes emociones por hoy. El doctor le ha recetado descanso y es mi deber asegurarme de que lo tenga. Se retirará a su alcoba por la tarde".

"No me dirá lo que tengo que hacer, señora", replicó Helena.

"Por supuesto que lo haré".

Mientras la pelea entre las dos mujeres iba en aumento, Portia y cuatro sirvientes observaban en silencio. Si le quedaba alguna duda de que alejar a su madre de aquel lugar era lo correcto, ahora se había disipado.

"Esta joven ha sido traída aquí para leerme", protestó Helena enérgicamente, con la voz entrecortada. "Pero no le has dado ninguna oportunidad de pasar tiempo conmigo".

La señora Green hizo un gesto a una de las criadas, que trató de ayudar a su señora a ponerse en pie. Helena se sacudió el contacto de la mujer.

"No se preocupe por la señorita Edwards", replicó la señora Green, indicando a un segundo criado que ayudara al primero. "Le pagan más que suficiente por venir aquí".

"No me importa el pago. La quería aquí por una razón, y usted está decidido a arruinármela". Frustrada, Helena se retorció en la silla para alejarse de los dos pares de manos. "La quiero aquí para pasar tiempo conmigo. Los dos solos. Quiero oírla leer".

"Ya habrá tiempo para eso mañana".

Portia vio cómo el ama de llaves se dirigía rápidamente a una mesa auxiliar y se servía algo en una taza.

"Mañana dirás lo mismo. Y pasado mañana. No la quieres aquí. Ahora estás decidido a no darme tiempo con ella".

"Te estás poniendo histérica", dijo amenazadoramente la Sra. Green.

"No lo estoy. Estoy perfectamente bien". La mirada de Helena recorrió la habitación, incapaz de concentrarse en nada. Se levantó inestablemente. "Estoy lista para salir. Creo que es un día soleado. Podía sentir el calor que entraba por la ventana esta mañana. Conozco el lugar perfecto en el jardín donde me gustaría sentarme y oír leer a la señorita Edwards".

"Hoy no". Taza en mano, el ama de llaves se acercó. "Es hora de que tomes tu medicación. Así descansarás".

"No me interesa descansar. Yo descanso mucho". Retrocedió y tropezó con una silla. Las manos de los criados trataron de sostenerla, pero ella las apartó. "No me toquéis. Ninguno de vosotros. No os necesito". Dio otro paso y apoyó una mano en el respaldo de la silla para estabilizarse.

"Señorita Edwards... Portia, ¿dónde estás?"

"Aquí, Srta. Middleton." Se dirigió hacia ella, ignorando la mirada severa de la Sra. Green.

Helena extendió una mano hacia ella. "Ven y ayúdame. Quiero que me acompañes al jardín. Me gusta el sol. Trae tu libro. No quiero que nos sigas".

La señora Green se interpuso en el camino de Portia y empujó la taza que sostenía hacia la mano de Helena. "Como desee, milady. La dejaré salirse con la suya por hoy. Bébase esto y podrá salir".

Portia tuvo que contenerse para no protestar cuando su madre cogió la taza. No hizo falta. Un segundo después, la taza voló por la habitación, rompiéndose en cien pedazos al chocar contra la chimenea de mármol.

"¡Desgraciada desagradecida!" espetó la señora Green, agarrando a Helena por el brazo e indicando a los demás criados que la sujetaran. "¿Cómo te atreves?"

"¡No! No me toques".

"Mire aquí, señora Green", gritó Portia, intentando esquivarla.

"Suéltame. Portia, por favor, ayúdame".

Cuando Portia tendió la mano hacia la mujer que luchaba, la señora Green la agarró bruscamente del brazo y la hizo girar. "Si se entromete aquí, me aseguraré de que sea la última vez que vuelva a pisar esta casa. Me importa un bledo lo influyentes que crea que son sus amigos, señorita Edwards. Sólo hay una persona a cargo de la señorita Middleton. Y esa soy yo".

"¡Portia!" Las dos mujeres estaban prácticamente arrastrando a Helena fuera de la habitación.

"Mañana", consiguió decir Portia por encima del alboroto. "Volveré a por ti mañana".

Cuando su madre salió de la habitación, la señora Green se abalanzó sobre Portia.

"No vuelva a incitarla a la histeria, Srta. Edwards".

Portia la miró fijamente, estupefacta por la acusación.

"Te marcharás ahora", dijo la mujer mayor, dándose la vuelta y siguiendo a la mujer que se lamentaba por el pasillo.

Al salir a pie de la mansión del almirante Middleton, Portia miró los mosquetes apilados junto a la puerta. Los cuatro guardias la reconocieron de esta mañana, cuando había entrado con el capitán Turner. Intercambió algunas palabras de cortesía al pasar, pues necesitaba todas las ventajas posibles para lo que estaba planeando.

No había salido de casa antes de decidir que no podía esperar más. Portia se había enfadado lo suficiente como para ir tras la señora Green, tirarla sobre su escuálida grupa y huir con Helena. Saber, sin embargo, que una docena de pasos era lo más lejos que se alejaría la había detenido.

Su plan original volvía a gestarse en su mente. Sin embargo, todo tenía que suceder rápidamente. No podía tolerar paseos tranquilos con el capitán Turner cada mañana y cada noche yendo y viniendo de la mansión. Tampoco estaba dispuesta a soportar más intimidaciones de su madre. Y le aterrorizaba encontrarse cara a cara con el Almirante. La posibilidad de que algo de ella pudiera provocar algún recuerdo o reconocimiento en él era un riesgo que no quería correr.

Portia sólo quería coger a su madre y marcharse a Inglaterra. Ahora. Hoy mismo. Y aunque probablemente necesitaría mucho convencimiento, sólo había una persona que ella conocía que podía ayudarla.

Cuando llegó a sus oficinas de Long Wharf, tenía los zapatos y la ropa llenos de polvo, se había quitado el sombrero y sabía que debía de tener un aspecto espantoso. Pero ya no le importaba. Portia se sintió aliviada cuando el empleado la reconoció.

"Lo siento mucho, Srta. Edwards, pero el Sr. Pennington no está en la oficina en este momento".

"¿Le esperas más tarde, Sean?", preguntó esperanzada.

"No lo sé, señorita", respondió encogiéndose de hombros. "Esta mañana no ha venido, así que no puedo decirle cuándo tiene previsto venir".

"¿Sabes algo de sus horarios? ¿Quizá pueda alcanzarle en algún sitio?".

"Lo siento, señorita". El joven sacudió la cabeza con seriedad.

Se abrió una puerta detrás de él y Portia vio a Nathaniel Muir salir de su despacho. "Bien, Srta. Edwards. Usted honra nuestras humildes oficinas".

"Sr. Muir", dijo. "Le pido disculpas por la intrusión, pero necesito hablar con el Sr. Pennington."

"Si no estoy siendo demasiado atrevido, ¿puedo preguntar a qué se refiere?"

"Tis..." Buscó palabras, tratando de encontrar una explicación lógica, algo que pudiera tener sentido. Agitó la mano, esperando que al menos se le ocurriera una mentira convincente, pero no le salió nada.

"Me temo que sólo puedo decir que es personal", graznó finalmente.

Debía de parecer aún más desolada de lo que parecía, porque Muir la miró con simpatía y abrió la puerta de su despacho del todo. "¿Por qué no entra? Quizá pueda serle de ayuda".

Portia pensó en las objeciones de Mary la primera vez que había estado aquí, la advertencia sobre el decoro. Todo eso era absolutamente la última de sus preocupaciones ahora.

Dentro, le ofreció asiento. No fue consciente de lo cansada que estaba hasta que se sentó.

"Mis disculpas por molestarle, Sr. Muir, pero ¿hay alguna forma de que pueda hacer llegar a su compañero el mensaje de que necesito verle?"

"Estoy seguro de que sería bastante difícil localizarle en este momento, pero desde luego estaría encantado de entregarle un mensaje cuando regrese". Ladeó ligeramente la cabeza. "¿Pero hay algo en lo que pueda ayudarle?"

Portia dudó, pero decidió probar suerte. "Necesito hablar con el Sr. Pennington sobre asegurar el pasaje... a Inglaterra".

"¿Pasaje a Inglaterra?"

"Sí."

Pasó un momento de silencioso escrutinio, y Portia trató de quedarse quieta. Aunque compañeros y aparentes amigos, Nathaniel Muir no tenía el carácter hosco de su amigo. Por otra parte, no se dejó engañar por su actitud tranquila y sus rasgos aniñados. Parecía haber dominado la mirada crédula, pero había una astucia que acechaba justo debajo de la superficie.

"¿Puedo preguntar si este pasaje es para ti?"

"Sí. Para mí", respondió. "Mi situación ha cambiado aquí en Boston. Ya no estoy en la casa del reverendo y la señora Higgins".

"Este cambio se produjo muy de repente".

"Sí, pude encontrar un lugar para vivir, sin embargo. Y encontré un nuevo puesto en casa del almirante Middleton". Ella le había dicho a Pierce lo que implicaba la posición, y se preguntó ahora si Muir sabía, también. "Desgraciadamente, esa situación no funcionará. Lo que creí que podría lograr trabajando allí, desde entonces he aprendido que fue un error".

"Lamento oír eso".

Portia dejó escapar un suspiro de cansancio. "Sencillamente, no hay forma de que pueda continuar allí. Por eso necesito desesperadamente volver a Inglaterra, preferiblemente a Gales. Verá, estoy segura de que lady Primrose, la benefactora de la escuela a la que asistí, estaría dispuesta a contratarme como una de sus profesoras". Portia se quedó mirando el tejido de la tela de su falda, sin querer levantar la vista. "Yo... tengo un poco de dinero, pero debido a mi actual situación económica, esperaba llegar a un acuerdo por el que pudiera pagar la travesía después de llegar a Gales. Estoy segura de que Lady Primrose me reembolsaría todos los gastos del viaje".

Finalmente, Portia miró avergonzada al hombre del otro lado del escritorio. "Lo siento. Tengo la terrible tendencia de hablar demasiado. No pretendía agobiarle con mis problemas".

Empezó a levantarse, pero él le hizo señas para que volviera a sentarse.

"Por favor, Srta. Edwards. No hay necesidad de disculpas". Sacudió la cabeza comprensivamente. "Estaré encantado de explicarle todo esto a mi compañero. Y estoy seguro de que podemos encontrar alguna manera de acomodarla. Pero parece que tiene prisa por irse de Boston, si no me equivoco".

"Estoy bastante... bueno, ansiosa". Portia dijo en voz baja. "Hay muchas cosas que me preocupan. Mis preocupaciones financieras son las principales. Mis ahorros son pequeños y..."

"No somos tan duros de corazón. Podemos llegar a un acuerdo al respecto".

"No, señor. No puedo aceptar caridad". Portia enrojeció. Sonaba peor con cada momento que pasaba. "Pero otra razón por la que me gustaría irme tan pronto como pueda es que como Lady Primrose no me espera. Necesito llegar a Gales a principios de verano, o ella se habrá ido a Escocia. Sé por una carta suya reciente que está planeando un viaje allí. Si no llego a Inglaterra antes de que se marche, estaré tan desamparada allí como aquí hasta que ella regrese."

"Eso es bastante comprensible".

"No sé cuánto le ha explicado el Sr. Pennington sobre mi reciente descubrimiento... o al menos mi búsqueda...".

Su expresión no delataba nada. Portia decidió que su mejor baza para convencerle era hablar, explicarle.

"¿Puedo hablarle en confianza, señor?"

"Por supuesto, Srta. Edwards".

"Gracias. Yo... tenía la impresión de que la señorita Middleton podría ser mi madre. Esa fue mi razón para asegurar esa posición. Deseaba pasar más tiempo con ella. Tal vez llegar a conocerla. Pero después de hoy, sé que no tiene sentido. El ama de llaves que está a cargo de ella es una matona y una tirana. Es demasiado doloroso ver lo que ocurre allí". Su voz vaciló y Portia no intentó ocultar su angustia. "Prefiero mucho más la fuerte imagen de ella que tenía en mi mente que el frágil espíritu que encontré allí".

Portia se apartó una lágrima y levantó la vista. Nathaniel estaba inclinado hacia delante en su silla. Su apuesto rostro mostraba preocupación.

"Estoy seguro de que podemos ayudarla, Srta. Edwards. Tengo que comprobar los horarios y el espacio disponible en nuestras naves de salida. Pierce es quien suele ocuparse de esos asuntos. Pero le prometo que me pondré en contacto con usted muy pronto. Ahora, si me dice dónde puedo localizarla, le enviaré un mensaje en cuanto tenga una respuesta".

Capítulo Quince

EL ATARDECER se hacía cada vez más inminente y la luz se hacía cada vez más escasa en el interior de la platería. El aire interior era sofocante por el calor de la forja, a pesar de las puertas y ventanas abiertas. Tratando de ignorarlo, Pierce se dedicó a inspeccionar las hebillas de zapato que le habían entregado. Sin embargo, en un momento el joven aprendiz salió por la puerta para entregar una jarra envuelta y embalada en una caja en una dirección de la cercana North Square.

El bajito y fornido platero se le acercó de inmediato. "Qué noticias, señor".

"Mi barco, el *Lothian*, está anclado frente a Newport", le dijo Pierce al hombre. "Mañana por la noche subirá la marea. Cuando oscurezca lo suficiente, pasarán por el faro y entrarán en la bahía. Necesitarás al menos tres lanchas para llevar lo que necesites. Puedes conseguirlos en Bristol. Conoces a nuestros amigos de allí".

"Sí, y no tendremos problemas para subirlos desde allí. Pero, ¿cómo vais a pasar desapercibidos ante el arrogante bastardo al mando del *Gaspee*, si no os importa que pregunte?"

"Ya hemos planeado una distracción para nuestro amigo, el teniente Dudingston".

El platero mostró una rápida dentadura blanca. "Estoy impaciente por oírlo".

"Lo harás, Paul. Todo el mundo se enterará pronto". Pierce estudió el fino trabajo de las hebillas. "Hermosa pieza de trabajo. ¿Cuánto te debo por ellas?"

El maestro artesano sonrió y levantó ambas manos. "Su dinero no sirve aquí, señor. Nos veremos mañana por la noche".

Con las hebillas en el bolsillo, Pierce salió de la tienda y se dirigió directamente a Long Wharf. Una fuerte brisa marina traía consigo el olor del mar, algo que iba a sentir en abundancia durante los dos próximos meses. Había tomado una decisión. Una vez transferida la carga ilícita del *Lothian*, no navegarían por el cabo hasta Boston. En caso necesario, Nathaniel podría utilizar la excusa de no encontrar ningún cliente para la melaza que transportaba el *Lothian*. En su lugar, zarparían hacia Inglaterra.

Y Pierce iba a volver al barco él mismo.

A medida que avanzaba por la calle, pasando junto a comerciantes y tenderos, cafés y tabernas, absorbía los sonidos de los vendedores ambulantes y carreteros y aspiraba los olores familiares de los chuletones y las panaderías. Pierce sabía que iba a echar mucho de menos su ciudad adoptiva, pero se dijo a sí mismo que volvería. Este lugar se había convertido en su hogar y, fueran cuales fueran los problemas que le esperaran, quería formar parte de ellos.

Pierce pensó fugazmente en detenerse a despedirse de Portia, pero sabía que Nathaniel lo esperaba en sus oficinas. Sólo se habían visto momentáneamente cuando él había llegado a Boston hacía un par de horas, y había mucho que hacer en la oficina y en su propia casa antes de que partiera de nuevo hacia Newport esta noche.

En el Muelle Largo, las tiendas empezaban a cerrar sus puertas. El día de trabajo había terminado. Arriba, en sus oficinas, Sean seguía en su alto escritorio, trabajando duro. Pierce estrechó la mano del joven, diciéndole que sabía que Sean lo haría bien.

Nathaniel también había trabajado duro. Ya tenía listos los libros que el capitán del *Lothian* tendría que entregar una vez que llegaran a Escocia. Los gastos de la travesía se pagarían con las armas que descargarían mañana. Aun así, los informes serían necesarios para dar cuenta de la bodega menos que llena del barco. Sin embargo, a Pierce no le preocupaban demasiado los funcionarios de aduanas de aquel lado del Atlántico.

También tenían que revisar otros documentos. Tenían que discutir asuntos relacionados con el negocio, ya que había transacciones que Pierce había iniciado pero Nathaniel necesitaba terminar.

Libros de contabilidad, mapas y hojas de papel abarrotaron la mesa de Pierce en un santiamén.

"¿Qué pensaría si le pidiera que se llevara a un pasajero de pago a bordo del *Lothian*?"

La inesperada pregunta de Nathaniel hizo que Pierce levantara la vista de su escritorio y mirara con curiosidad a su amigo.

"Debo corregirlo", añadió Nathaniel. "Un pasajero que pagará el pasaje a su llegada".

"Pensaría que has perdido la cabeza. El *Lothian* no entrará en ningún puerto aquí. No llevaremos pasajeros".

Nathaniel se sentó en el borde del escritorio. "¿Incluso alguien que está desesperado por ir? ¿Alguien por quien creo que podrías sentir una ligera predilección?"

Su pulso se aceleró ligeramente. Pierce lo atribuyó a haber pasado más de doce horas a caballo en el último día y haber dormido menos de un par de horas. "¿Cuándo estuvo aquí?"

"Esta tarde".

"¿Qué pasa con su posición? ¿Todo ese asunto de pasar tiempo con su madre?"

"Le tomó un día para darse cuenta de que no puede hacerlo, al parecer. Vino aquí directamente desde la casa del Almirante. Estaba casi frenética cuando usted no estaba aquí. Usando mi innegable encanto, logré que me dijera lo que quería. Esperaba que la ayudaras a volver a Gales. Ha decidido que quiere volar de vuelta al pequeño y acogedor nido de Lady Primrose".

Pierce echó un vistazo a todo el papeleo que aún tenía que revisar, a todo lo que aún tenía que ordenar en su despacho. Intentaba concentrar quince días de preparativos en unas pocas horas.

"No necesito esta distracción ahora".

"No temas. Me encargaré de que esté allí cuando estén listos para zarpar. No necesitas preocuparte por ninguno de los detalles".

"Nathaniel, la mujer es demasiado impredecible. Conociéndola, iniciará un motín en el barco y acabaremos en China o Madagascar. Ella es un problema, te lo digo".

"Pero puedes manejarla. De la misma manera que la has manejado aquí".

Pierce se enderezó y se pasó una mano cansada por la cara.

"Si estuvieras aquí y escucharas su historia de dolor, habrías aceptado llevarla. No tiene dinero, pero está desesperada por ir. Al mismo tiempo, es demasiado orgullosa para aceptar la caridad". Nathaniel bajó la voz. "Y a pesar del hecho de que ella ya debe haber adivinado la conexión entre usted y el notorio capitán MacHeath, no hizo ningún intento de usar eso a su favor."

"Al menos, todavía no".

"Más razón para llevarla, entonces. Ella no puede sostenerlo sobre su cabeza si ella no está en las colonias".

Pierce miró por la ventana abierta. Podía oler el humo de los fuegos de la cena mezclado con el aroma del alquitrán y la salmuera. Sería mucho más fácil negarse, se dijo. La travesía sería más tranquila... y mucho más triste.

"Navegamos hacia Escocia. Ella quiere ir a Gales".

"Un punto menor. Ella podría hacer los arreglos para la siguiente etapa una vez que estés al otro lado del Atlántico".

"Estabas buscando en su pasado. ¿Qué más encontraste?"

"Nada que me haga preocuparme por su seguridad. Parece tan inocente como un bebé".

"Eso es ir demasiado lejos. Olvidas que la he visto en acción".

"Hablo de su reputación. No sé nada de su comportamiento privado", dijo Nathaniel.

"Yo tampoco", gruñó Pierce a su vez. "Sea lo que sea lo que cree que hay entre nosotros, se equivoca. Y que viaje en mi propio barco no significa que vaya a compartir mi camarote".

"Por supuesto que no. ¿Por qué iba a pensar tal cosa?". Nathaniel sonrió mientras cruzaba los brazos y estiraba sus largas piernas ante él. "Ahora, ¿quieres enviar un mensaje dándole la noticia, o quieres que me encargue yo?".

Ann y Walter sólo habían logrado contener moderadamente su excitación durante la cena. Su propia Portia estaba sentada en su vieja silla. Y después, que les permitieran unirse a sus padres e invitados en el salón, había sido claramente un placer especial para ellos. Sin embargo, que los niños se refirieran a ella como "invitada" fue algo difícil de soportar para Portia.

Se había quedado sorprendida y eufórica al encontrar a su amiga esperándola en su habitación, encima de la botica, ayer por la tarde. La oferta de paz era un sueño hecho realidad. Por supuesto, Portia había estado encantada de aceptar la invitación de Mary a cenar con la familia la noche siguiente. Lo que no sabía, sin embargo, era que el capitán Turner también era un invitado.

Por desgracia, la llegada de Portia había coincidido con la del oficial, por lo que no había sido avisada. Y desde entonces, el hombre había estado relatando con interminable detalle al párroco y a Mary cada momento que había pasado con ella. Parecía más feliz cuando expresaba su queja de que ella había abandonado la mansión del almirante Middleton antes de que él tuviera la oportunidad de ir a buscarla al final del día. Para alguien que no lo supiera, uno pensaría que había cierto "entendimiento" entre ellos. Por la forma en que hablaba de ella, a menudo como si ni siquiera estuviera presente, estaba claro que tenía más planes para los días venideros.

No tenía sentido negar nada. No era el momento de ponerle en su sitio. Portia tuvo que recordarse a sí misma que se encontraba en una posición vulnerable en ese momento, teniendo en cuenta los planes que tenía entre manos. Toleraría todo lo que pudiera hasta recibir noticias del señor Muir o de Pierce. Y hasta entonces, agradecía la presencia de los niños. Si no fuera por ellos, habría enfermado y se habría excusado hace tiempo.

Desgraciadamente, no pudo apartarse del interminable zumbido del oficial.

"¿No están los tres preciosos?" intervino Mary en una de las raras ocasiones en que él se detuvo para respirar.

Portia oyó su comentario y decidió no reconocerlo. Ann, tras oírla, dio la espalda a los

adultos sentados al otro lado de la habitación y puso los ojos en blanco. Portia, Ann y Walter se habían estado turnando para jugar al Naughts 'n' Crosses en una pizarra desde que todos se habían retirado a esta habitación después de la cena.

"Es una visión saludable, sin duda", afirmó el oficial. "Reafirma en un hombre una cierta fe en la capacidad inherente en las mujeres para desarrollar esa maternal..."

"Portia tiene la disposición perfecta para tratar con niños. Siempre están deseando pasar tiempo con ella".

"Estoy seguro de que tiene razón, señora. Y tengo que admitir que ella tiene el mismo efecto en mí", anunció Turner. "Usted no puede comprender el alcance de mi decepción cuando tuve que abandonar su brillante rostro esta tarde. Pero, como siempre, mostró una comprensión total hacia mis responsabilidades. Definitivamente, me asombra la forma en que sacrifica voluntariamente sus propias comodidades y deseos para asegurarse de que yo no pase apuros. Debes saber que ésta es una cualidad poco común entre las jóvenes de hoy en día. La mayoría sólo piensan en sí mismas y han adquirido una repugnante propensión a considerarse iguales a los hombres. Es de lo más antinatural, pero encuentro esa actitud en algunos de los lugares más sorprendentes".

Portia miró rápidamente a Mary. El párroco le había puesto una mano tranquilizadora en el brazo. Sin embargo, se esforzó por mantener la compostura cuando Ann empezó a imitar al capitán Turner, inclinándose rígidamente hacia ella hasta apoyar su pequeña barbilla en el hombro de Portia.

"¿Ya es mi turno?", susurró en el zumbido del capitán.

"Todavía no". Walter miró a su hermana con el ceño fruncido. "Cada uno jugamos tres partidos. Ahora compórtate, mono, y lleva la cuenta".

Portia depositó un beso en la frente de Ann antes de hacer borrón y cuenta nueva. Walter fue primero.

"¿Le gustan los niños, Capitán Turner?" preguntó Mary, con un tono mucho más tenso que antes.

"En efecto, sobre todo los que se portan bien, como el tuyo. Me han dicho que yo también fui un niño ejemplar. Pero creo que todo se reduce a la disciplina que uno recibe a una edad temprana. A un niño hay que enseñarle la importancia del bien y del mal en un momento y de una manera que uno *nunca* olvida". Turner se inclinó hacia delante en su silla. "Fui un niño muy afortunado en el sentido de que a mi madre se le prohibió opinar sobre mi educación. Era demasiado tierna. Mi padre, sin embargo, bendita sea su alma, no permitía errores. Cuando estaba en casa de permiso, esperaba la perfección y llevaba una fusta para asegurarse de que yo cumplía sus expectativas. Cuando estaba fuera con su regimiento, se aseguraba de que mis amos me pegaran una vez a la semana, lo mereciera o no. Por supuesto, tenía opciones a medida que crecía. Si no me gustaba su forma de ser, siempre tenía la opción de irme y convertirme en mendigo".

Tanto Walter como Ann se habían olvidado del juego y miraban al oficial con la boca abierta.

"A día de hoy, agradezco a mi padre sus creencias sobre la crianza de los hijos", dijo a los niños. "A veces toco las débiles cicatrices que quedan en mi cuerpo y pienso en lo afortunado que fui de haber nacido de un hombre tan fuerte y con tanto carácter. Él hizo de mí el hombre que soy hoy. Me entristece, por supuesto, no haber podido morir a su lado luchando heroicamente contra los traidores escoceses en Culloden Moor..."

Turner hizo una pausa, obviamente aún conmovido por el recuerdo de la muerte de su padre.

El silencio en la habitación era total, y Mary miraba al suelo, con el rostro blanco de ira. El capitán no la miró y continuó.

"Pero en cualquier caso, no puedo esperar a que llegue el día en que pueda transmitir el legado de mi padre a la siguiente generación... un legado de fuerza, carácter y disciplina".

El silencio absoluto volvió a apoderarse de la sala. De todos los presentes, Portia era la que más sabía de las retorcidas actitudes de Turner. Había oído hablar de su familia a través de su prima Bella. Sin embargo, hasta esta noche no había tenido ni idea de lo retorcidos que eran sus puntos de vista. Mary parecía no tener palabras.

"Supongo que esta noche daréis gracias al buen Dios por algunas cosas más", dijo William Higgins con desgana a sus dos hijos.

Turner se rió, obviamente ignorante del significado que pretendía darle el párroco.

Ann se puso en pie de un salto y corrió hacia su padre, acurrucándose en su regazo. Walter se sentó sobre sus talones y siguió mirando con cierta preocupación al agente.

Un golpe en la puerta puso fin al incómodo silencio de la habitación. Josiah entró, y la mirada del viejo criado se posó rápidamente en Portia.

"Hay alguien en la puerta para usted, señorita."

No hizo ninguna pregunta y se disculpó apresuradamente antes de seguirle a la salida.

En la entrada, un joven mensajero esperaba. Le tendió una carta sellada. "Fui a la botica y me dijeron que estaba aquí para cenar, señorita. Me ordenaron entregar esto en persona y esperar una respuesta".

Portia miró detrás de ella. Aparte de Josiah, nadie más la había seguido fuera de la habitación. Abrió la carta y examinó el contenido. Algunas palabras saltaron de la página. *Cruce. Mañana*. Su mano libre se apretó contra su estómago. Apenas podía contener su excitación. Volvió a leer la carta.

Tenía la oportunidad de conseguir pasaje en un barco que zarparía con la marea de la bahía de Narragansett mañana por la noche, después de medianoche. Tenía que estar en Bristol antes de esa hora. Allí se reuniría con las personas que le facilitarían el embarque.

¡Escocia! Levantó la vista, emocionada. Nadie les perseguiría una vez allí. Podía arreglárselas fácilmente para viajar a Gales. Volvió a bajar la mirada. Le pidieron que mantuviera los detalles en secreto, ya que el barco no iba a llegar a puerto.

Por supuesto que guardaría el secreto. Portia miró las iniciales de la parte inferior: N M. No había marcas significativas en el sello de cera del sobre. Ninguna otra pista que pudiera delatar a Nathaniel si la carta fuera interceptada.

Pensó en subir corriendo a escribir su respuesta, pero entonces oyó voces que salían del salón.

"Por favor, díles que sí", se apresuró a decir Portia, abriendo la puerta al joven mensajero. Metió la carta en el bolsillo de su vestido y le hizo un gesto para que se fuera. "Díles que estaré allí".

"¿Qué es todo esto?" Turner preguntó, empujando más allá de Josiah.

El joven se escabulló y echó a correr calle abajo. Portia cerró rápidamente la puerta y se puso de espaldas.

"¿Quién era?"

Sabía que tenía la cara sonrojada. La preocupación le hizo un nudo en el estómago. "Alguien... un chico me trae un mensaje privado".

"¿De quién?"

En su interior se agitaban diversas emociones. Más que nada, quería arremeter contra aquel

hombre por creerse con derecho a interrogarla sobre sus asuntos privados.

"Nada que sea de su incumbencia, Capitán", dijo tensa. "Te dije que era un asunto privado".

El agente hizo caso omiso de lo que decía y agarró a Josiah del brazo, empujándolo hacia la puerta. "Ve a llamarle. Necesito saber qué quería".

El viejo criado tropezó y habría caído, pero Portia le tendió la mano y le ayudó a recuperar el equilibrio.

"Eso ha estado totalmente fuera de lugar", espetó, volviéndose contra Turner. "¡No hay razón para tratar a este hombre con tanta insensibilidad! Y aunque usted es primo segundo de un querido amigo mío, nuestra amistad no le da derecho a inmiscuirse en mis asuntos. ¿Está claro, capitán?"

La espalda de Turner se puso rígida, y la sangre se drenó del rostro del oficial. La miró imperiosamente por debajo de la nariz. "Señorita Edwards, como representante de la autoridad de la Corona en Boston, tengo derecho a interrogar a quien quiera, cuando quiera y donde crea conveniente. ¿Y cree que usted, una mujer, está en posición de decirme cuál es mi deber? De hecho, me parece bastante presuntuoso por su parte pensar que mi investigación *le* concierne. Mi encargo del rey me obliga a..."

"Aunque difícilmente estoy más cualificado que la señorita Edwards", dijo el párroco con ecuanimidad, interponiéndose entre ambos, "no puedo creer que el rey pueda estar demasiado preocupado por un mensaje del doctor y la señora Crease".

Portia no se había dado cuenta antes de que tenían público, pero ahora incluso vio a María de pie en el pasillo y sujetando a los niños contra sus faldas.

"Hay mejores formas de obtener información, capitán", continuó el párroco. "Una simple pregunta, por ejemplo. Se asombraría de los milagros que se pueden producir con una pregunta educada. Y debo estar de acuerdo con la señorita Edwards en que hay mejores maneras de dar directrices en los hogares ajenos". Puso una mano en el brazo del viejo Josiah. "Me imagino que incluso tu padre usaba cierta moderación en su trato con los sirvientes ancianos".

La palidez del rostro del oficial permaneció inalterada, pero su tono hostil disminuyó un poco. Se inclinó rígidamente ante sus anfitriones.

"Por supuesto, tiene usted razón. Debe comprender que hay tantos alborotadores sueltos por las calles de esta asquerosa ciudad que a veces uno se olvida de quién es amigo de la Corona y quién no. Señorita Edwards..." Se volvió hacia ella, su mirada enigmática. "En el futuro le sugiero que ofrezca una explicación inmediatamente, así se evitarán todos estos disgustos".

Portia tuvo que morderse la lengua para no contestar. Un día más, se dijo. Sólo tenía que tolerarlo un día más.

Capítulo Dieciséis

HASTA QUE NO ESTUVO A VARIAS manzanas de distancia, Pierce no se dio cuenta de quién era la persona con la que se había cruzado corriendo por la calle Purchase en la oscuridad. Se apeó delante de su casa y entregó las riendas a su mozo de cuadra, que apareció inmediatamente y se llevó el caballo. Despidió al portero y esperó a que Portia apareciera sin aliento.

"Me alegro... me alegro mucho de verle, Sr. Pennington", empezó ella, sonando casi sin aliento. "Pero siento mucho... llegar así de improviso. Me dijo que vivía en la calle Purchase, pero no tenía ni idea de en qué casa. He estado caminando arriba y abajo, esperando alguna indicación de cuál es su casa, y..."

"Son casi las once de la noche", la regañó, cogiéndola del brazo y dirigiéndose a la puerta de su casa. "Dime que no has estado caminando en la oscuridad desde que enviaste de vuelta la noticia de la casa de Parson Higgins".

"De hecho..."

"Pero eso fue hace tres horas".

"Me alegro mucho de que hayas recibido mi respuesta". Portia dejó escapar un suspiro de alivio y cruzó la puerta delante de él, devolviendo el saludo del portero. Pierce la ayudó a quitarse la capa, cogió la vela de su hombre y le mandó seguir su camino.

"Debo decirle que dejar a la familia Higgins fue muy difícil para mí. Usted sabe que los niños son muy especiales para mí. No pude despedirme adecuadamente de ninguno de ellos. Pero entonces el Capitán Turner insistió en escoltarme a casa. Fue absolutamente espantoso".

Se pasó una mano por delante de la falda, alisando las arrugas invisibles del sencillo pero bonito vestido. Pierce agradeció que volviera a llevar algo que acentuaba sus hermosas curvas. Unos tirabuzones silvestres bailaban alrededor de su rostro en forma de corazón. Tenía la misma mirada salvaje que lo había hechizado aquella primera noche. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que la había echado de menos, de lo mucho que le gustaría estrecharla entre sus brazos y sentir ahora su cuerpo contra el suyo. Pero esperaría su momento.

En realidad le conmovió que ella hubiera venido a buscarle. Ella no sabía que él regresaba a Escocia en el mismo barco. Nathaniel y él habían decidido mantener su marcha en secreto hasta después del *Gaspee*... hasta después de que él se hubiera ido.

"Y eso ni siquiera fue el final de mis problemas", continuó Portia. "Tuve que permanecer en mi habitación encima de la botica durante lo que me pareció una hora hasta que terminó de dar órdenes a una compañía de malditos soldados en la calle".

"Qué lenguaje, señorita Edwards", se burló, llevándola a su estudio. "Debería considerar cómo se refiere a los miembros del ejército de Su Majestad".

"Mis disculpas". Esta vez sonrió. "Como puedes ver, estoy muy emocionado por el viaje... y

por encontrarte".

"Pero creo que *te* encontré".

"Sin embargo, fui yo quien vino a buscar".

"Desde luego que sí". Pierce vio cómo le subía el color a las mejillas. Cerró la puerta.

Portia se dirigió al centro de la habitación y se dio la vuelta. "Realmente no importa quién encontró a quién. Lo importante es que tuve la oportunidad de verte por última vez".

"Así que has venido a despedirte".

Vio que sus ojos brillaban a la luz de las velas, y ella dejó caer la mirada al suelo entre ellos.

"He venido... he venido a darte las gracias por lo que ya has hecho y por lo que estás haciendo por mí ahora. También vine a disculparme por todas las molestias que te he causado. También vine a decir que... que el poco tiempo que he tenido la suerte de pasar en su compañía ha sido tan... tan estimulante".

Pierce caminó lentamente hacia ella.

Portia levantó la vista. "YO... YO..."

Sólo se detuvo cuando la fina lana de su abrigo rozó la tela del vestido de ella y su aliento se mezcló con el de ella. "¿Crees que nuestro tiempo juntos ha sido estimulante?"

Tragó saliva y asintió una vez. "Lo ha sido para mí".

Sus dedos acariciaron suavemente la línea de su mandíbula. Ella se puso de puntillas y sus labios flotaron justo debajo de los de él. Sus ojos eran tan grandes y hermosos y le miraban fijamente.

"Para mí también, Portia", susurró. "Pero lo que hemos tenido ha sido sólo un chapuzón en un charco de lluvia en un día de verano. Donde quiero llevarte es a un océano de pasión donde podamos sumergirnos tan profundamente en las olas del deseo que nos preguntaremos si podremos sobrevivir."

Sus dedos subieron por el pecho de él. "Supongo que mi ignorancia ha sido mi salvación. No sé lo que me he perdido ya que nunca lo he experimentado".

"Entonces quizás deberíamos separarnos con una pequeña muestra". Los labios de Pierce rozaron los suyos, y luego se retiró. Los labios de ella lo siguieron. Se obligó a contenerse, a dejar que ella probara sus propias alas y siguiera sus propios deseos. Ella lo besó, inocentemente al principio. Sus brazos se deslizaron hacia arriba, rodeando su cuello. Le apretó los pechos y le besó suavemente la barbilla y los labios. Le pasó los dedos por el pelo y su boca se acercó a su oreja, donde le mordió suavemente el lóbulo. Sus labios volvieron a su boca y volvió a besarle, esta vez con la punta de la lengua, animándole a tomar el mando.

Por mucho que Pierce deseara que Portia encontrara su propio ritmo, su inocente juego hizo arder su cuerpo. Al instante, olvidó todas sus buenas intenciones y profundizó con la lengua, tomando con audacia lo que ella le ofrecía. Le tocó el pecho a través del vestido, amasando su carne firme. Ella se inclinó hacia su tacto, escapándosele un suave gemido. Su otra mano se deslizó por su espalda hasta tocar la curva de su cadera. Se movió contra ella, sintiendo el calor que surgía entre ellos. Inconscientemente, ella respondió a su silenciosa invitación, moviendo su cuerpo al ritmo de su interior.

Ambos respiraban agitadamente cuando terminó el beso. Sus labios empezaron a deleitarse con el cuello de ella.

"¿Quieres sentirlo ahora, Portia?", le preguntó, enredando los dedos en su pelo y echándole la cabeza hacia atrás hasta dejar al descubierto la larga columna de su cuello. Rozó su piel con los dientes. "Déjame enseñarte lo que se siente al volar".

"Tengo miedo", susurró.

"No tengas miedo". Sus labios se movieron hacia abajo mientras sus manos se deslizaban por el trasero de ella, atrayéndola íntimamente contra su virilidad cada vez más dura.

Sus labios se entreabrieron y respiró hondo.

"Esta será mi primera vez". Le miró a los ojos. "Pero también será la última".

No iba a corregirla. En lugar de eso, Pierce le besó los labios con hambre y retrocedió hacia el pequeño sofá que había cerca de la chimenea.

Los dedos de Portia fueron tímidos al principio, pero luego se volvieron cada vez más ansiosos cuando se movieron por debajo de su chaqueta, sintiendo los contornos de su pecho bajo la tela de su camisa. Liberó la boca cuando bajaron lentamente hasta la parte delantera de sus pantalones.

"Nunca he..."

"Esperaremos un momento o dos". Pierce la giró bruscamente, colocando sus manos contra la repisa. "No me toques hasta que yo haya terminado de tocar cada centímetro de tu hermoso cuerpo".

"¿Es una regla para hacer el amor?", preguntó ella, sorprendida.

"Ah, sí. Regla número uno".

"¿Quién hizo estas reglas?"

"Uno de los antiguos, creo. Alguien que sabía cómo prolongar el acto de amor".

Rápidamente, empezó a desabrochar los cordones de la espalda del vestido. Cuando estuvo suelto, le rodeó la cintura con una mano, apretándola contra él.

"No estoy seguro de que estas reglas sean justas". Ella respiró con fuerza cuando la mano de él bajó, rozando íntimamente la tela de sus faldas contra la unión de sus muslos.

"Me has hecho sufrir desde aquella primera noche en la Perla Negra". Separó el vestido por la espalda y apretó los labios contra los hombros descubiertos. No llevaba corsé, sólo una especie de chemise. "Me hiciste sufrir de nuevo en mi despacho al día siguiente. Desde entonces sueño con hacerte esto. ¿Te parece justo? Le bajó el vestido por encima de los brazos.

"¿Has estado soñando con hacerme el amor en tu lugar de trabajo?" Había alegría en su tono.

El vestido le rodeaba los pies y ella se recostó contra él. Cuando miró por encima de su hombro, sus pechos subían y bajaban bajo la fina tela de la camisa. Desabrochó la cadena del medallón que llevaba al cuello y lo dejó caer al suelo.

"Sí, en mi escritorio". Le pasó la punta de la lengua por el hombro, empujando una tira de la ropa interior por el brazo. "Pero no sólo ahí. En este sofá. Y en mi cama. Y en la habitación de alguna posada que tenga un espejo encima donde puedas verte encontrar el significado del verdadero éxtasis".

"Pero sólo tenemos este lugar y este tiempo". Ella se descalzó y se giró en sus brazos. "Y lo que estoy sintiendo ya me dice que debo estar en el cielo". Ella le ayudó a quitarse la chaqueta.

"Todavía no. Pero aún podemos vislumbrarlo". Pierce no le permitió hacer nada más. Le cogió las manos y las sujetó por detrás con una de las suyas. Miró hambriento sus ojos brillantes y su cara sonrojada, la extensión de piel de marfil que descendía hasta sus pechos turgentes con las puntas oscuras tensándose contra la tela. Empujó hacia abajo la fina tela y levantó el pecho que llenaba su mano a la perfección. Su boca se cerró sobre el pezón y ella gritó suavemente.

Probarla, incluso mirarla, fue suficiente para que empezara a perder el control. Le quitó el resto de la ropa interior y la tumbó en el sofá. Ella estaba sonrojada y temblaba de expectación, pero él no tenía intención de darse prisa, si podía evitarlo.

Cuando él se colocó sobre ella, ella colocó inmediatamente un brazo sobre sus pechos y la otra mano cubrió el triángulo de rizos oscuros. Pierce se quitó lentamente la camisa. Los ojos de

Portia siguieron el movimiento de sus manos. Se movió ligeramente en el sofá cuando los dedos de Pierce fueron a desabrocharle los botones de los calzoncillos. Sonrió cuando Portia cerró los ojos al desabrochárselos. Los dejó a un lado junto con las botas y se acercó a ella.

Su cuerpo era uno de los milagros de la creación. Era una imagen que él quería tener grabada permanentemente en su mente. Su piel, sus pechos, su cintura curvada hasta la cadera redondeada, sus largas piernas. Disfrutaría sintiéndolas a su alrededor, atrayéndolo.

Pierce se arrodilló ante el sofá y la besó profundamente, deleitándose con el intenso calor que fluía entre ellos.

"Mira", susurró contra sus labios mientras rompía el beso.

Los oscuros ojos de Portia estaban nublados por la pasión cuando se abrieron poco a poco. Le quitó la mano del pecho y la colocó sobre su cabeza. Su mirada se clavó en la de ella y la obligó a mirar hacia abajo mientras su boca descendía hasta sus pechos. Los lamio, los saboreó, se burló de ellos y se deleitó con los temblores de su cuerpo mientras su excitación aumentaba con cada caricia. Retrocedió de nuevo, le cogió la otra mano y se la puso también sobre la cabeza.

"Mantenlos ahí. Los dos", dijo con una sonrisa diabólica. Le pasó suavemente los dedos por el vientre, bajó y le acarició los rizos oscuros. Tenía las rodillas ligeramente levantadas y juntas. "Quiero que te relajes, Portia".

Sus caderas se movieron ligeramente. Cerró los ojos.

"No apartes la mirada".

Abrió los ojos. El rubor se había extendido desde sus mejillas por el cuello hasta la clavícula. Parecía arder de fiebre.

"Abre las piernas para mí."

Ella dudaba, pero muy despacio, sus rodillas se separaron. Pierce agarró un tobillo y lo apoyó suavemente en el respaldo del sofá. Sus dedos recorrieron la curva de la pantorrilla, la parte posterior de la rodilla, la sedosa piel del muslo y terminaron tocando fugazmente su húmedo centro. Ahora se estremecía, con los labios ligeramente entreabiertos. Cogió el otro tobillo y apoyó el pie en el suelo. Metió la mano debajo de ella y le levantó las nalgas, acercándoselas a la boca.

Portia estalló en frenesí en cuanto su boca entró en contacto con ella. Su espalda se arqueó y gritó en voz alta, sacudiéndose en el sofá. Sus manos se enredaron en el pelo de él, rastrillando su espalda, pero Pierce la mantuvo en su sitio. Rápidamente, sus caderas encontraron el ritmo del amor, y él continuó provocándola y saboreándola hasta que ella cabalgó las olas de la pasión hasta el mismo centro de la tormenta. Finalmente, con un grito desesperado, ella lo alcanzó y acercó su boca a la suya.

Fue entonces cuando la levantó del sofá y la llevó al suelo enmoquetado, penetrándola hasta lo más profundo de su inocencia. No hubo espera. No pensó en prolongar su juego. Sus gritos de éxtasis no cambiaron en su ardor, y en un momento oyó su propia voz unirse a la de ella cuando su cuerpo estalló dentro de ella.

Así que esto era. Esto era lo prohibido. Una pasión tan fuerte que incluso el pensamiento y la razón dejaron de existir. Bueno, ella no se arrepentía de haber venido aquí esta noche. No se arrepentía de nada.

Portia apreciaba la sensación del peso de Pierce sobre ella. Lo abrazó con fuerza mientras

todas las cuerdas sensibles de su cuerpo ralentizaban gradualmente su zumbido. Por primera vez comprendió el poder del acto de amor. Era un milagro. De repente, comprendió su propio origen, por qué, a pesar de las dificultades que sabían que les esperaban, sus padres la habían concebido. No pensaron en el futuro. No pensaron en las consecuencias. Sólo existía el momento en sí, la sensación que sobrecogía a una persona, el calor y la lucha y las oleadas de deseo y el increíble estallido de poder que acompañaba a esa increíble liberación. Y ella sabía que él también lo había sentido. Les había llegado casi en el mismo momento.

Su espalda era ancha y cálida bajo sus manos. Aún podía sentirlo dentro de ella. Encajaban perfectamente. Era un verdadero milagro.

Aun así, Portia sabía que era la última vez que estaban juntos. Había venido por última vez para reunirse y despedirse. Pero no se arrepentía de lo que habían hecho. Incluso ahora, pensaba en las consecuencias de esta noche. ¿Qué podría ser más hermoso que un niño nacido de tanta pasión? Y a diferencia de su madre, estaba mucho más preparada para ocuparse de lo que le deparara el futuro.

Pierce se removió y se retiró lentamente de ella. Por primera vez, Portia fue consciente de la ternura que sentía entre las piernas y el duro suelo bajo ella.

"¿Estás... te he hecho daño?"

Sacudió la cabeza.

"Este no era el lugar más romántico para experimentar el amor por primera vez". Le acarició el cuello.

"No es el lugar lo que importa", le susurró al oído, con la tristeza invadiéndole el corazón. "Eras tú.

La besó fugazmente en los labios antes de separarse de ella y sentarse. Portia sintió frío y torpeza, y todos sus pensamientos valientes huyeron de golpe. Se apresuró a sentarse. Agradeció que su camisa y su vestido estuvieran al alcance de la mano.

Estaba totalmente desinhibido por su desnudez. Portia no permitió que su mirada se dirigiera hacia él. No quería llorarle aquí. No podía permitirse derrumbarse en esta habitación, en su casa. Cuando él cruzó la habitación hacia donde había una jarra de vino y copas cerca de su escritorio, ella usó rápidamente su ropa interior para limpiarse y luego se puso el vestido. Luchó con los cordones, pero consiguió apretárselos. Cuando él se dio la vuelta con dos copas de vino en la mano, ella ya se estaba poniendo los zapatos.

La sorpresa se reflejó inmediatamente en su rostro. "¿Te vas?"

"Debo hacerlo". Portia hizo una bola con la camisa y se la apretó contra el estómago. Se agachó rápidamente y recogió su medallón del suelo, guardándolo en el bolsillo de su vestido. Mientras tanto, evitaba mirarle. "Mañana tengo que ir a ver a mi madre. No puedo irme sin hacerlo".

Portia se avergonzaba de no poder decirle la verdad. Sabía que él nunca lo entendería. Nunca permitiría que Helena la acompañara. También sabía que él la odiaría cuando descubriera la verdad, pues pensaría que lo había utilizado.

En ese momento se odió a sí misma.

"¿Cómo piensas llegar a Bristol?"

"Hoy... hoy el Capitán Turner se ofreció a llevarme a casa en uno de los carruajes del Almirante, pero lo rechacé. Mañana, pensé que podría aceptarlo. Una vez que estemos fuera de las puertas, he pensado pagar al conductor la cantidad que pida por llevarme a Bristol".

"¿Crees que te llevará cinco horas en el carruaje del Almirante?" Puso una de las copas de vino sobre la mesa.

"Le daría cada centavo que tengo, si fuera necesario, pero yo..."

"Tu plan es muy arriesgado".

Él se bebió uno de los vasos y ella le vio cruzar la habitación y ponerse los calzones. No estaba segura de qué quería decir con eso. ¿Era posible que intuyera que se llevaría a Helena con ella? Portia sintió un pánico repentino.

Se volvió hacia ella. "Haré que Jack venga a buscarte a las cuatro. Te llevará a tu casa a por lo que necesites y desde allí te llevará a Bristol".

"No podría pedirte eso. Sería demasiado problema... para ti... para él". Esto significaba que ella estaría usando a su novio por segunda vez. Portia no sabía si podría soportar que él la odiara más.

"No quiero a ningún novio de Middleton tan cerca de mi barco. Además, no hay forma de saber si uno de sus guardias podría estar conduciendo el carruaje. O incluso el propio Turner. Tu plan tiene demasiados problemas potenciales". Sin camisa, sin zapatos, pero era muy hombre de negocios. "A las cuatro en punto. Prepárate. Jack estará esperando y se encargará de las cosas desde allí".

Salió de la habitación y llamó a su criado. La cara de Portia empezó a arder de vergüenza. Todos en la casa de Pierce sabían lo que habían hecho. Para mañana, medio Boston podría saber de la última conquista del señor Pennington.

Se recordó a sí misma que nada de eso importaba ya. El camino que iba a tomar estaría formado por los que la odiaban -los que había dejado atrás- y por las personas de su futuro, que con suerte le darían una oportunidad.

Volvió a la habitación un momento después llevando su capa. "Jack está trayendo el carruaje al frente. Te llevará de vuelta a School Street".

Portia se mordió el interior del labio, diciéndose a sí misma que no lloraría. Las manos de Pierce le rodearon suavemente el cuello con la capa.

"Tendrás cuidado", dijo en voz baja.

Tuvo que levantar la vista y, cuando lo hizo, su atractivo rostro era sólo un borrón lloroso.

"Nunca te olvidaré", susurró ella, rozando sus labios con los de él y saliendo corriendo de la habitación.

Capítulo Diecisiete

PORTIA LO INTENTÓ, pero nada de lo que hizo mejoró su aspecto esta mañana. Tenía los párpados hinchados y enrojecidos por las lágrimas que había derramado durante la noche. Tenía la cara pálida y la voz ronca. Apenas había dormido por el martilleo en la cabeza y el nudo en el estómago, y sus pasos se arrastraban cuando salió de la botica.

Supuso que era inevitable. Incluso lo esperaba. El capitán Turner esperaba junto a uno de los carruajes del almirante Middleton en School Street. Sin embargo, su humor volvió a decaer al ver al oficial.

"¿Qué le ha pasado, Srta. Edwards? ¿Se encuentra mal?"

"Estaré bien", respondió, sin perder tiempo con saludos de cortesía. Se dirigió directamente al carruaje que la esperaba.

"Si no te encuentras bien, quizás deberías pasar el día en cama. Puedo presentar tus excusas a la Sra. Green. Incluso podría enviar a alguien tras la Sra. Higgins, para que pudiera..."

"No, capitán", dijo ella, sentándose en el carruaje. "No estuve bien durante la noche, pero estoy mucho mejor esta mañana. Así que, si no le importa, no deseo causar una mala impresión llegando tarde el segundo día".

"Por supuesto". Turner se subió al asiento junto a ella. "Pero en todo caso, mi mascota, llegas temprano esta mañana".

"Aún mejor. Así podré ser más útil en la casa del Almirante".

Portia se sintió aliviada cuando el carruaje se puso en marcha calle abajo. Necesitaba emplear cada minuto que pudiera hoy. Necesitaba estar a solas con Helena. Su plan para hoy era ligeramente mejor que el que había conjurado la noche del baile, pero sólo ligeramente. Todavía tenía que convencer a su madre de que podrían escapar con éxito. Y luego, tenía que lograrlo.

"Me siento avergonzado, mi mascota, de no estar disponible para llevarte a casa de nuevo esta tarde". Turner palmeó la rodilla de Portia con valentía.

Se apartó discretamente de él. "Yo puedo arreglármelas muy bien".

"De hecho, sigo encontrando encantador tu sentido de la independencia".

"¿Todavía, Capitán?"

"Mucho. Pero mi preocupación sigue siendo que no te ves muy bien esta mañana, y la caminata desde Copp's Hill hasta School Street es un camino muy largo."

"La señora Crease tenía la misma preocupación cuando me vio esta mañana", dijo Portia, pensando rápidamente. "Dijo que se encargaría de que me enviaran un carro al final del día. Creo que conoció al señor Jeremy, que a menudo conduce para ellos".

"Por supuesto. Por supuesto. En ese caso..." Parecía terriblemente decepcionado, pero no dijo nada más.

Portia pensó en las posibles complicaciones que podrían surgir. La mayor, por supuesto, era que Turner viera a Jack conduciendo el carruaje de Pierce. Apenas se parecía a nada que el Dr. o la Sra. Crease hubieran alquilado. Miró por la ventanilla del carruaje la bulliciosa actividad de las calles. El día de Boston estaba en marcha.

"Nunca me di cuenta, al buscar un puesto en la casa del almirante Middleton, de que me convertiría en una carga tan pesada para usted, capitán", dijo en un tono más suave. "Ir y venir a Copp's Hill tantas veces al día por mi bien no es realmente necesario".

"Tonterías. Lo espero con impaciencia. Además, al Almirante le gusta recibir un informe diario mío".

"Aun así, eso es sólo una vez al día", recalcó. "La imposición de tener que volver una segunda vez es realmente demasiado".

"Pero no es ninguna imposición, querida", dijo inclinándose hacia ella. "Para empezar, me encantó cuando mi primo mencionó tu interés en este puesto. Pero ese entusiasmo no fue nada comparado con el hecho de que la Sra. Higgins me pidiera que cuidara de ti, querida. De hecho, fue un honor".

Portia ocultó su sorpresa al oír la pequeña revelación. La intromisión de Mary fue inesperada, pero no estaba dispuesta a guardarle rencor. Sabía que Mary hacía lo que creía mejor. Dependía de Portia no permitir que eso arruinara sus propios planes.

"Con la excepción de una situación inesperada que requerirá que esté lejos de ti hasta mañana, puedo prometerte, mi mascota, que seré fiel a mi promesa. Estaré disponible para escoltarte en ambos sentidos, día tras día".

Un día sí y otro también. Bueno, eso no le preocuparía después de hoy, siempre y cuando él no reapareciera en la puerta del Almirante esta tarde. Se decidió por el enfoque directo. "¿Y a dónde vas, si se puede saber?"

"Dirigiré una pequeña compañía de hombres a Newport".

Portia se sobresaltó, sintiendo una punzada de preocupación. Se removió en el asiento y miró despreocupadamente al oficial. "Es un viaje muy largo, ¿verdad?"

"No está nada mal en esta época del año. Las carreteras entre Boston y Newport son bastante buenas".

"Nunca he estado allí", dijo con indiferencia. "Pero he oído que Rhode Island no es una colonia muy grande".

"No hay que dejarse engañar por el tamaño del lugar. Los habitantes de Rhode Island son un grupo problemático. Traidores, la mayoría de ellos, y fanfarrones. Se han proclamado, muy descaradamente, campeones del contrabando de las colonias británicas".

Portia recordó un panfleto que había leído recientemente en defensa de un comerciante de Rhode Island que estaba siendo juzgado en Boston por contrabando. El autor del panfleto argumentaba que el Parlamento había despojado a los colonos de cualquier otra forma de ganarse la vida.

Rhode Island no tenía grandes extensiones de tierra para la agricultura, como las demás colonias. Envuelta como estaba en la bahía de Narragansett, la colonia sólo tenía el comercio como medio de ganarse la vida. Con los legisladores de Londres imponiendo cada vez más restricciones al libre comercio y gravando con excesivos impuestos las importaciones, los hombres de negocios de Rhode Island tenían derecho a hacer lo que tuvieran que hacer para sobrevivir.

El panfleto había sido muy persuasivo, pero Portia se guardó sus pensamientos. Dudaba que el capitán Turner compartiera su opinión. Además, tenía preocupaciones más importantes; por

ejemplo, el hecho de que el barco de Pierce estaba allí... y ella iba a encontrarse con él.

"Debe haber algún problema grave allí para que el Almirante prescinda de un oficial tan confiable y valioso como usted. El asunto debe ser muy importante, o seguramente habría enviado a un oficial subalterno".

Turner sacó pecho y la saludó con un gesto de aprobación. "Tienes razón, querida. No estaría presumiendo si dijera que me envía para asegurarme de que la situación se maneja adecuadamente".

"Pero, ¿qué puede ser tan importante?", preguntó ella, intentando sonar lo más asombrada posible.

"Bueno..." El hombre miró por la ventana del carruaje. Estaban casi a las puertas de la mansión. "Esta información es altamente privilegiada, por lo que no debe respirar nada de esto a un alma. "

"Claro que no", susurró ella.

"Hemos interceptado algunos mensajes que circulan en Boston relativos a algunos problemas que se están gestando en Rhode Island. Sabemos que el villano chacal al que llaman Capitán MacHeath está involucrado. Y creemos que su objetivo es interrumpir el trabajo de nuestros barcos de ingresos allí en la bahía de Narragansett."

"¿Crees que algo va a pasar hoy?"

"Eso es lo que nuestra información nos lleva a creer". Hizo un gesto a los guardias de la puerta y el carruaje pasó. "Pero estamos preparados para ellos. Hemos estado trabajando para forzar su mano. Si capturamos a MacHeath en nuestras trampas, tanto mejor".

"Es muy inteligente por tu parte", dijo con entusiasmo. "Por qué esperar cuando puedes llevar la lucha hasta su puerta. *Ponerlos* a la defensiva y capturar a un cabecilla al mismo tiempo. Pero, ¿cómo lo harías?"

El carruaje se detuvo junto a una entrada lateral, pero Portia no mostró ningún interés por bajar. En su lugar, miró expectante al oficial.

"Llevamos tiempo acosando a los pícaros con regularidad. Sin embargo, hemos hecho correr el rumor de que a partir de hoy todos los barcos que entren en la bahía de Narragansett serán embargados. Toda la carga será enviada a Boston si hay la más mínima irregularidad -y de hecho habrá irregularidades- y los capitanes y propietarios de los barcos serán encarcelados hasta que puedan ser juzgados."

"¿Lo harás aunque todo en la nave esté como debe estar?". preguntó Portia, incapaz de contener su sorpresa ante lo injusto de la amenaza.

"Debemos hacerlo, me temo. Estos habitantes de Rhode Island son granujas y bribones. Estamos presionando a todos ellos para eliminar a los peores. La mejor manera de enseñar algo a los ladrones", dijo apasionadamente, "es desbaratar su comercio, interrumpir su negocio. Y cuando atrapemos a MacHeath, lo colgaremos en Newport y arrastraremos su cuerpo hasta Boston. Eso será una lección para esos perros".

Respiró hondo. Se marchaba esta noche, y ahora su preocupación por Pierce amenazaba con alterarlo todo. ¿Y si realmente era MacHeath? Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y Portia tuvo que parpadear. No tenía sentido saber más sobre él, se recordó a sí misma. Cuanto menos supiera, mejor. Además, él podía cuidar de sí mismo. Sin embargo, Portia quería estar segura.

"Todavía no veo su papel en esto, Capitán. ¿Por qué el Almirante Middleton debe privar a Boston de su presencia? ¿Acaso Rhode Island no tiene a nadie con autoridad capaz de manejar esta situación?"

"Debo ir porque los oficiales al mando de los buques en la bahía de Narragansett no dependen del gobernador colonial en Newport, sino de la autoridad de la Corona aquí en Boston. Se ha tomado la decisión de enviar a un oficial de rango para que tome el mando de la situación, en caso de que MacHeath actúe esta noche, como creemos que hará."

Iba a Bristol, se dijo Portia, no a Newport. Era poco probable que su camino y el de Turner se cruzaran esta noche.

"¿Y dices que te irás a Newport esta mañana?", preguntó.

"No recuerdo haber mencionado ninguna hora en particular". Bajó del carruaje y se volvió para ayudarla.

Portia salió rápidamente. Supuso que su cubo había tocado el fondo del pozo en lo que respecta a obtener más información del oficial.

"Buen viaje, capitán", dijo, retrocediendo rápidamente hacia la casa.

"Haré los arreglos para que alguien te escolte hasta aquí mañana por la mañana".

Portia estuvo tentada de decirle que no hacía falta. En lugar de eso, le saludó amablemente con la mano y entró.

Que pensara lo que quisiera. Quería que Turner se fuera con la conciencia tranquila.

Mary había pensado que había salido de casa lo bastante temprano como para alcanzar a Portia antes de que se marchara al North End, pero la señora Crease le dijo lo contrario.

"Estamos descubriendo que la señorita Edwards es madrugadora, señora", dijo la mujer mayor. "Tanto hoy como ayer, se levantó y se fue antes de que el Dr. Crease y yo nos levantáramos. Y eso es mucho decir".

Mary se planteó volver esta noche, pero por la cesta de ofrendas de paz que había preparado. Una hogaza de pan recién hecho, un frasco de la mermelada favorita de Portia, un pañuelo de punto de cruz en el que Mary había terminado de trabajar la semana pasada, una pequeña silueta enmarcada de Ann y Walter. Eran sólo unas pocas cosas, pero Mary quería deshacerse del sentimiento de culpa que arrastraba desde la noche anterior.

Mary no recordaba haberse equivocado más con una persona. Escuchar las opiniones de Turner había sido atroz. Pensar que ella había animado astutamente al oficial a pasar tiempo con Portia sin que la joven lo supiera era casi imperdonable. Tenía que encontrar la forma de abordar a Portia con delicadeza. Tenía que explicarle su error a su amiga y quizá, con su ayuda, encontrar la forma de poner fin a las atenciones del oficial.

"Ya que estoy aquí, ¿puedo dejar esta cesta en la habitación de la Srta. Edwards?"

"Por supuesto, Sra. Higgins", dijo la casera con buen humor. "¿Creo que conoce el camino?"

Momentos después, Mary empujó la puerta de Portia. Dentro, sin embargo, miró confusa a su alrededor. Todas las pertenencias de Portia habían sido cuidadosamente empaquetadas y su pequeño baúl estaba en el suelo, junto a la cama. También se habían guardado todos los pequeños recuerdos que había exhibido anteriormente y la habitación se había limpiado a fondo.

Mary volvió a pensar en la noche anterior. Portia no había dicho nada de volver a mudarse. Pero recordó que la joven no había tenido muchas oportunidades de decir nada, gracias al capitán Turner.

Ciertamente, sería comprensible que a Portia le ofrecieran una habitación en casa del almirante Middleton. También cabía la posibilidad de que hubiera encontrado un alojamiento más cerca del North End. Mary colocó su cesta sobre la pequeña mesa de escritorio. Fue

entonces cuando vio la carta sellada, dirigida a ella misma.
Sin dudar, lo abrió.

Queridísimo amigo,

Para cuando recibas esta carta, habré iniciado la primera etapa de mi viaje de regreso a Gales, donde -como te mencioné antes- tengo la intención de solicitar ayuda y un puesto a la buena Lady Primrose. Amigo mío, le agradezco toda la amabilidad que usted y el párroco Higgins me han demostrado a lo largo de los años. Estoy muy agradecida por su don al permitirme formar parte de la vida de sus hermosos hijos.

Mary levantó la vista de la carta y miró el baúl de Portia. No podía haberse marchado todavía. Se apresuró a leer la petición de la joven de que Mary se disculpara y transmitiera su gratitud al Dr. y la Sra. Crease, y que se despidiera de Bella, Josiah y Clara en su nombre. Volvió a hacer una pausa antes de escudriñar el resto de la carta. En ninguna parte decía Portia que se llevaría a Helena con ella. ¿Pero lo iba a hacer? Tampoco decía en qué barco partía. Si iba sola, entonces, ¿cuál era la razón de tanto secreto? A menos... que tuviera compañía.

Leyó las últimas líneas.

Si alguien más a quien no he mencionado habla de mí, recuérdeme. Nadie sabía que me iba, y no me he dejado tiempo suficiente para escribir a cada uno de ellos. Por favor, abraza a los más pequeños de la casa. Diles que siempre les querré. Adiós, mi querido amigo.

Mary sostuvo la carta contra su pecho y recordó el mensaje urgente que le había llegado a Portia a su casa la noche anterior. Aún recordaba el intento de interferencia de Turner y lo alterada que se había puesto Portia.

Lo estaba haciendo, pensó Mary con tristeza. La realidad la golpeó como un viento de enero. Portia se marchaba y quizá no volvieran a verla. Y durante los días, meses o años venideros, Mary viviría arrepentida de algunos momentos desagradables, por no haberse reunido con ella por última vez y haber dejado atrás sus dificultades. Mary quería que ambas apreciaran sólo sus ocho años de felicidad. Quería que Portia recordara a la familia que la consideraba una de los suyos.

Se apresuró hacia la puerta. Quizá aún estaba a tiempo de verla... una última vez.

Hoy no vigilaban tan estrictamente a Helena, y Portia sabía por qué. Su madre, fuertemente sedada, entraba y salía de la conciencia.

Aun así, a Portia se le permitió entrar en la alcoba. Se sentó junto a la cama de su madre y fingió contentarse con leerle un libro en francés, mientras dos sirvientas charlaban continuamente junto a la ventana.

Los ojos de Helena se abrían de vez en cuando, pero no parecían capaces de enfocar. Estaba flotando en alguna parte, suspendida en una tierra de sueños. Su ocasional descenso a la realidad

duraba sólo unos segundos. Sin embargo, era consciente de la presencia de Portia, ya que cada vez que la joven dejaba de leer, se movía en la cama. Así que continuó leyendo, satisfecha y aliviada de que hubiera algún nivel de conciencia allí, esperanzada de que tal vez habría una oportunidad de sacar a Helena de este estupor antes de que todo estuviera perdido.

A eso de las nueve de la mañana, le pidieron a Portia que saliera mientras el médico del almirante hacía su visita. Cuando se marchó, volvió a la habitación y observó cómo la señora Green preparaba más medicación para su paciente.

"Estaré encantada de dárselo", se ofreció Portia en cuanto salió el ama de llaves.

La joven sirvienta a la que se le había asignado la tarea la miró con recelo, pero pareció menos dubitativa cuando Portia le contó que había hecho esto muchas veces por los enfermos de la congregación del párroco Higgins. Cuando le dijo que vivía encima de la botica del Dr. Crease el Joven e incluso hacía entregas para él, la muchacha le cedió alegremente la tarea y volvió a charlar con su compañera de trabajo junto a la ventana. Portia cogió una cuchara y durante la hora siguiente hizo un gran espectáculo dándole la medicina a Helena.

Ni una sola vez la droga tocó los labios de Helena. Cada vez que Portia la atendía, vertía cuidadosamente la cucharada en un paño de lino que se guardaba junto a la cama.

Sin embargo, la recuperación de su madre fue lenta. Portia sabía que ninguno de los dos asistentes hablaba francés, así que mientras leía alteraba las palabras de la página. En voz baja, le habló a su madre del mar abierto y del barco que las esperaba para llevarlas a un lugar donde estarían juntas. Le contó que necesitaba la ayuda de Helena para salir de los muros de aquella prisión. También le dijo que tenían que actuar hoy.

La señora Green regresó hacia el mediodía para comprobarlo todo y Portia la observó nerviosa. Por suerte, la inquietud de Helena desapareció durante los pocos momentos que el ama de llaves estuvo observándola atentamente. Portia empezó a albergar la esperanza de que su madre hubiera empezado a comprender lo que había estado diciendo.

"Creo que la lectura la mantiene callada, señora", le dijo a la mujer mayor.

La Sra. Green gruñó. "Lo más probable es que sea la medicación".

"Aun así, te agradezco que me permitas leerle".

"Para eso te han traído aquí, jovencita, y te ganarás el pan".

"Sí, señora", respondió Portia, tratando de sonar obedientemente sumisa.

"Aun así, espero que la señorita Middlefield duerma el resto del día", dijo la señora Green a Portia al final de su inspección. "Puede servirse un poco de ragú de pescado y pan de la cocina antes de seguir su camino".

"¿Le importaría que me quedara hasta esta tarde, señora? El capitán Turner se tomó la molestia de organizar un viaje a casa para mí antes de salir por el día. Odiaría decepcionarlo".

"Como quieras. Pero no esperes que también te den de cenar".

Con una reverencia, Portia regresó a su asiento junto a la cama y escuchó las instrucciones para las dos jóvenes sirvientas. Al parecer, el ama de llaves tenía otras tareas para ellas por la tarde. Sus esperanzas se dispararon cuando supo que no estarían vigilando a su ama todo el tiempo.

"Quien sea el último en salir de esta habitación deberá cerrar la puerta por fuera. ¿Está claro?"

"Sí, mamá", dijeron los dos asistentes al unísono.

El ama de llaves acababa de dar sus instrucciones cuando un joven criado subió a la habitación en busca de Portia.

"Uno de los porteros se acercó para decir que hay una Sra. Higgins esperando allí para verla,

señorita. Dice que es urgente".

A Portia se le encogió el corazón al pensar que Mary sólo vendría hasta North End si a los niños les pasara algo. No, habría enviado a Clara o a Josiah. Algo más había sucedido. Sólo había una forma de averiguarlo. Portia se guardó rápidamente el libro bajo el brazo y se dirigió a la puerta.

"¿Quién es esta Sra. Higgins?"

Ante la pregunta del ama de llaves, Portia se detuvo junto a la puerta. "La señora Higgins es la esposa del párroco William Higgins, cuya iglesia está en la calle Sudbury. Tanto ella como su marido son almas generosas. He sido miembro de su familia durante ocho años... es decir, antes de incorporarme aquí a la casa del almirante. La Sra. Higgins es una amiga muy querida. Anoche no me encontraba muy bien, y sólo puedo pensar que ha venido hasta aquí para ver si estoy mejor."

La delgada ama de llaves miró suspicazmente a Portia durante un momento antes de volverse hacia el criado que había traído la noticia. "Dile al portero que le permita entrar en la casa". Se volvió hacia Portia. "La Sra. Higgins puede acompañarla a comer algo, si lo desea".

"Es muy amable y generoso de su parte, Sra. Green", respondió Portia. Con otra reverencia, siguió a la joven sirvienta escaleras abajo y esperó a que el mensaje del ama de llaves fuera transmitido al guardia.

Portia bajó por el camino de entrada para reunirse con Mary mientras su amiga se acercaba apresuradamente a la casa a pie.

"Me alegro de haberte encontrado antes de que te fueras".

Ya no había necesidad de preguntar. Sabía lo que había traído a Mary aquí.

"No deberías haber rebuscado entre mis cosas y no deberías haber leído la carta", regañó Portia con suavidad.

"Pero estaba dirigida a mí. ¿Cómo no iba a leerla?"

Cogió la mano de Mary y la llevó a un camino que conducía al jardín, lejos de miradas y oídos indiscretos. "Me pediste que mantuviera a tu familia al margen de mis planes, Mary. Eso es lo que he intentado hacer. Así que quiero que por favor finjas que no lo has visto, que no lo has leído. Quiero que finjas que no sabes nada de esto".

Mary tiró de la mano de Portia y le dio la vuelta. "¿Entonces es verdad? ¿Te vas?"

Portia miró primero con cautela a su alrededor. No había nadie.

"Sí, lo estoy", admitió finalmente, sin poder evitar que su voz se quebrara ligeramente. Emoción, tristeza... tantas emociones que se le anudaron en la garganta.

"¿Cuándo?"

"No quieres saberlo".

"Por favor", insistió Mary. "Por favor."

Portia sacudió la cabeza y avanzó por el sendero del jardín. Su amiga la siguió.

"No me lo vas a decir", dijo Mary con sentimiento. "Después de todos los años que nos conocemos, no me confías la verdad. ¿Crees que no tengo derecho a saberlo? ¿O que no merezco una despedida adecuada? ¿Cómo puedes pensar que los niños no desean verte por última vez? ¿O que William no necesita despedirte con un sabio consejo? Puede que ya se haya olvidado de todos nosotros, pero usted es muy importante para nosotros, Srta. Edwards. Y..."

"No más, Mary", suplicó Portia, volviéndose finalmente hacia su amiga. Luchaba por contener las lágrimas. "Te lo ruego, por favor, no hagas esto más difícil de lo que es".

"No lo intento", dijo, mirando solemnemente las lágrimas que por fin se escapaban. Cogió las manos de Portia entre las suyas. "Sólo estoy preocupada por ti. No quiero que pases ninguna

desgracia".

"Todo va bien. Todo está bajo control. El único problema en el que me puedo meter ahora es si mis planes fueran conocidos por... por gente que pudiera arruinarlo todo."

"Como el Capitán Turner."

Portia asintió. "Sé que tenías buenas intenciones. Me dijo que le pediste que me cuidara. Pero todo fue un error".

"Lo sé. Lo sé". Mary bajó la mirada hacia sus manos unidas, con la cara enrojecida por la vergüenza. "Por eso he venido hoy a tu habitación, para disculparme por haberle invitado anoche. Imagínate que pensé que podría ser un buen pretendiente para ti. Me pasé media noche maldiciéndome por mi mal juicio. No tenía ni idea de lo repugnante que es. Esperaba que, entre los dos, pudiéramos idear una forma de librarte de él".

Portia negó con la cabeza. "Nada de eso importa ahora. Hoy partía hacia Rhode Island. Antes de que vuelva, me habré ido".

"¿Te vas hoy?"

Cuando dos trabajadores que llevaban rastrillos y azadas entraron en el jardín, Portia agarró a Mary del brazo y la dirigió hacia un banco en el extremo más alejado de la casa. "No puedo permitir que nadie se entere de esto".

"Así que no irás sola", afirmó Mary en cuanto se sentaron juntas. Los jardineros se pusieron a trabajar en dos parterres, lejos del alcance de sus oídos. "Pero, ¿has pensado en todos los detalles? ¿Has asegurado el paso? ¿Cómo vas a llevar...?"

"No preguntes esas cosas", ordenó Portia. "Tú y William no pueden darse el lujo de saber. Cuando todo esto se dé a conocer, me habré ido, pero no podréis evitar que os interroguen al respecto. Quiero que seas tan inconsciente de mis acciones como... como cualquier extraño que camina por la calle".

Mary volvió a tomar la mano de Portia entre las suyas. "Prometo hacerme la desentendida. La verdad es que también se me da muy bien parecer sorprendida. Y traicionada. Y cualquier otra cosa que dicte el momento. Olvidas que soy la esposa de un párroco".

Portia miró fijamente a su amiga. "No puedes querer decir lo que dices. Estoy intentando aprender de mis errores recientes, Mary. No he olvidado el escándalo que casi arruina a tu familia. La carrera de William se vio seriamente dañada una vez. No puedo permitir que..."

"No quiero vivir en el pasado, y no podemos cambiar lo que Dios ha planeado para nuestro futuro. Al mismo tiempo, no me interesa que saques a relucir todas mis amenazas y advertencias del día después del baile". Mary sonrió, cogiendo con fuerza la mano de Portia. "Esta vez, amiga mía, parece que dominas mucho mejor la situación. Parece como si lo hubieras planeado cuidadosamente. Estoy orgullosa de ti por ello. Lo que me preocupa, sin embargo, son los pequeños detalles. Cualquier cosa que puedas haber pasado por alto. Quiero que tengas éxito, Portia. Dios sabe que no conozco a nadie que merezca más la felicidad pero que haya estado privado de ella durante tanto tiempo como tú".

"Ahora harás que te eche aún más de menos", dijo Portia entre lágrimas.

Mary le dio un afectuoso abrazo. "Así es como debe ser. Merece mucho la pena echarme de menos".

Consiguió sonreír. "Eres la mujer con más fuerza de voluntad que conozco".

"Eso es sin duda cierto". Mary volvió a mirar a su alrededor. Los jardineros estaban inclinados sobre sus tareas. "Ahora, sobre este viaje. ¿Cuándo os vais?", preguntó en voz baja.

"Esta tarde".

"¿En qué barco?" Mary negó inmediatamente con la cabeza. "No importa que haya

preguntado. Eso no quiero saberlo. ¿Vas a llevar a tu madre contigo?"

"Planeo hacerlo". Portia susurró.

"No estaréis haciendo algo impensable como vestiros de marineros o intentar ir de polizones, ¿verdad? ¿Tu pasaje está pagado?"

"No... y sí. Me esperan a bordo del barco en el que navegaremos". No hacía falta que María supiera que ni Pierce ni Nathaniel Muir sabían nada de que Helena también se iba.

"El barco va a Inglaterra, espero, y no a una de esas horribles islas del Caribe".

"El barco se dirige a Escocia. Desde allí viajaré a Gales en autobús".

Mary pareció considerar esa respuesta durante un rato. "El que te está ayudando con todo esto... supongo que es un individuo honorable".

"Mucho", susurró Portia. Sólo de pensar en él se le hizo un nudo en la garganta. Ni siquiera se había ido y ya echaba de menos a Pierce. Esbozó una sonrisa. "Apelé a su sentido del nacionalismo y a su bondad, y respondió".

Mary no parecía sorprendida. Portia apartó de su mente la idea de lo que su amiga pensaría de ella si supiera lo de anoche. Pero se recordó a sí misma que no se arrepentía de nada.

"¿Y cómo piensas llevar a Helena de aquí al barco?" preguntó Mary.

"Un carruaje será enviado aquí esta tarde. El conductor tiene instrucciones de llevarnos allí".

"¿Y cómo piensas pasar a tu madre por encima de los guardias de la puerta? Están deteniendo a todos los que intentan entrar. Supongo que al menos mirarán a los que salen".

Portia estaba más preocupada por levantar a Helena de la cama y sacarla de la habitación sin que se dieran cuenta. "Si puedo bajarla y llevarla al carruaje, diré simplemente que es una de las sirvientas. No creo que ninguno de esos guardias pueda reconocerla, ya que nunca va a ninguna parte".

"¿No crees que saben quién trabaja aquí y quién no?". desafió María.

"La esconderé bajo una manta si es necesario. O que el conductor cargue a través de la puerta".

"No." Mary negó con la cabeza. Miró a su alrededor. Se levantó y observó el impresionante edificio de la colina. "Puede que aquí pueda ayudarte".

Portia miró sorprendida a su amiga.

"El pelo de tu madre. ¿De qué color es?"

"El mismo que el tuyo".

"¿Y somos más o menos del mismo tamaño?"

"Aproximadamente lo mismo", admitió Portia. "Pero no pude..."

"¿Y tiene un vestido gris, algo parecido a este?"

"No sé lo que tiene, en cuanto a ropa, pero no puedes estar sugiriendo que la saque en el carruaje y deje que los guardias crean que eres tú."

"Pensamos exactamente lo mismo", dijo Mary con alegría.

"No, Mary. ¿Cómo saldrías de aquí entonces, tú misma? E incluso si encontraras una manera, todo el mundo sabría que tuviste algo que ver". Portia se puso en pie. "No puede funcionar".

"Debe".

"¡No!" Portia negó rotundamente con la cabeza y se apartó. "*No puedo involucrarte*".

"No me estás dando el crédito que merezco. Soy mucho más ingenioso de lo que crees. Incluso puedo alegar que fui víctima, si es necesario". Mary la detuvo, dando la vuelta a Portia. "Y eso es justo lo que haré en caso de que alguien sospeche de mí. Diré que me golpearon en la cabeza. O que me drogaron. Alquilar una habitación encima de la botica te daría acceso a esas cosas, ¿no?".

"No lo sé". dijo Portia, esforzándose por reflexionar.

"El tiempo apremia, querida". Mary la cogió del brazo y se puso en marcha hacia la casa.

"Me dijeron en la puerta que estaba invitada a ir a la casa, y tengo la intención de hacerlo. Me llevarás a la habitación de tu madre y me darás la oportunidad de serte útil".

Portia no tuvo más remedio que seguir el paso decidido de María.

Capítulo Dieciocho

LA BRISA SOPLABA SUAVEMENTE del norte y el sol casi había alcanzado su cenit cuando el balandro *Hannah* levó anclas y zarpó del puerto de Newport. El capitán del barco ya había informado del cargamento de la balandra en la aduana de la colonia, una formalidad que, durante meses, había sido contemplada con creciente escepticismo por los funcionarios de Hacienda de la Corona. Esas mismas personas, dirigidas por el teniente William Dudingston, sabían que los aduaneros de Rhode Island hacían la vista gorda ante las irregularidades en los manifiestos de carga de los barcos que pasaban por el puerto.

Tras pasar los escollos rocosos de Rose Island, el *Hannah* puso rumbo norte, subiendo por la bahía hacia Providence. Sin embargo, nada más tensar los cabos, se oyó en el puente que la goleta de ocho cañones de Dudingston, la *Gaspee*, la perseguía. Pierce miró por encima de la barandilla de popa. Efectivamente, la elegante goleta de dos mástiles estaba rodeando Goat Island con las velas desplegadas.

"Que se acerque lo suficiente para probarlo", le dijo Pierce al capitán Lindsey, el amo de la *Hannah*.

El plan había comenzado perfectamente. Uno de los marineros que acompañaba al primer oficial con el manifiesto de carga en Newport había seguido sus instrucciones. Había dicho -con una voz que pudo oír un funcionario de Hacienda cercano- algo sobre los problemas que habían tenido para recoger a MacHeath en Brenton's Point.

A la orden del capitán Lindsay, el *Hannah* se retrasó un poco hasta que el *Gaspee* avanzó lo suficiente para virar e interceptarlo. Desde la popa, Pierce pudo ver a Dudingston de pie en cubierta, con su alférez haciéndoles señas de que se acercaran y se prepararan para el abordaje.

"Enséñale tus tacones, Lindsay."

La orden se transmitió rápidamente y los marineros entraron en acción. Todos habían oído hablar del teniente Dudingston y sus costumbres. Ninguno de ellos esperaba ser puesto al servicio de la Marina Real, un destino que seguramente aguardaría a más de uno si eran abordados. En cuanto quedó claro que el balandro no tenía intención de echar el ancla, el *Gaspee* realizó disparos de advertencia con dos de sus cañones. Momentos después, sin embargo, el pequeño mercante se puso fuera de alcance, desafiando a la goleta británica a perseguirlo.

Y el *Gaspee* lo persiguió. A la tripulación del *Hannah* pudo parecerle que esta carrera era una decisión tomada de improviso, pero los dos hombres que estaban junto al timón del barco llevaban tiempo planeándola. Dudingston había mordido el anzuelo, ahora les tocaba a ellos desembarcarlo. Durante semanas, Pierce había estado estudiando las cartas y otra información que Nathaniel había reunido, y ahora la suerte estaba echada. Era hacerlo o morir. Literalmente. Si Dudingston los atrapaba, Lindsay sería juzgado, pero Pierce seguramente sería ahorcado.

Durante las dos horas siguientes, los dos barcos viraron de un lado a otro contra el viento en contra, abriéndose paso hacia el norte de la bahía. Hábilmente, Lindsey mantuvo al *Hannah* fuera del alcance de los cañones de su perseguidor, aunque tanto él como Pierce sabían que en algún momento la bahía se estrecharía y su margen de maniobra disminuiría. Dudingston también lo sabía, y continuó arreando el balandro hacia el norte, cortando cualquier vía hacia el sur y el mar abierto.

A media tarde, estaba claro que el comandante británico estaba perdiendo la paciencia. La marea empezaba a cambiar y debía suponer que el *Hannah* no tardaría en huir. Mientras los dos barcos corrían hacia el norte, entre el puerto de Bristol y la isla Prudence, Pierce supo que se acercaba el momento de su destino. En cuanto pasaran Conimicut Point y entraran en el río Providence, el Dudingston tendría que estar preparándose para virar hacia el oeste y cortarles la última posibilidad de escapar.

La marea había subido rápidamente cuando pasaron la punta y el *Gaspee* no tardó en dejar atrás el largo banco de arena submarino. La goleta acortaba la distancia rápidamente y el capitán Lindsay miró al hombre que sólo conocía como MacHeath, esperando su palabra. Los momentos se hicieron eternos. El *Gaspee* estaba casi lo bastante cerca como para usar sus cañones de proa. Pierce podía ver las caras de los marineros en las jarcias del barco perseguidor.

"Ahora, capitán", dijo Pierce en voz baja.

Con una palabra de Lindsay, el *Hannah* viró ligeramente hacia el noroeste. Detrás de ellos, la tripulación del *Gaspee* entró en acción. Pierce vio cómo la goleta viró con fuerza hacia el oeste y supo que Dudingston había sellado su propio destino.

Todos a bordo del *Hannah* observaban. Como viejos conocedores de las aguas de la bahía de Narragansett, sabían que antes de que el *Gaspee* pudiera acercarse, los bajíos arenosos de Namquid Point separarían a los dos barcos. El anzuelo estaba bien clavado y sabían que Dudingston no podría soltarlo.

"Traígala, Capitán", dijo Pierce.

Justo cuando el *Hannah* terminaba de virar hacia el este, la goleta británica se precipitó de repente sobre la barra de arena submarina, estremeciéndose y deteniéndose bruscamente. Pierce vio cómo los marineros arrojados desde las jarcias caían al agua. El propio Dudingston rebotaba por la cubierta. Alrededor de Pierce y por encima de él, la tripulación del *Hannah* prorrumpió en vítores cuando el *Gaspee* se tambaleó y sus velas se llenaron de agua.

"Bien hecho, Lindsay", dijo Pierce en voz baja, dándole una palmada en la espalda al capitán del barco.

"Eso debería contenerlos, señor".

"Así será". Pierce observó cómo se ampliaba la distancia entre los dos barcos. "Bueno, capitán, creo que es hora de que hagamos saber a nuestros amigos de Providence y Bristol la triste situación del *Gaspee*. Ahora tienen hasta que la marea alta lo saque de esa barra. Eso sería alrededor de las tres de la mañana, ¿no le parece?"

"Sí, señor, si incluso flotará libre entonces. Dudingston la subió con fuerza".

"De hecho lo hizo. Yo diría que quería mucho a *la Hannah*".

"O quería a un tal capitán MacHeath".

"Podrías tener razón, Lindsay".

"Bueno, ahora tiene más de qué preocuparse", respondió Lindsay con una amplia sonrisa. "Y la noche promete ser oscura".

"No me siento bien con esto", susurró Portia cuando las dos mujeres llegaron a la puerta de Helena. La puerta estaba abierta y las mismas dos jóvenes estaban sentadas junto a la ventana. Y miraron con curiosidad a Mary cuando ésta siguió a Portia.

"Como la señora Green no tuvo inconveniente", les dijo Portia, "le pedí a la señora Higgins que subiera y me hiciera compañía hasta que tuviera que marcharme".

Miró hacia la cama. La ligera cortina de tela de gasa se había bajado, y Helena estaba aparentemente dormida. Se volvió hacia las mujeres.

"Sabes, la estaré vigilando si necesitas estar haciendo otra cosa".

Las dos jóvenes se miran indecisas. Finalmente, se levantaron.

"Tenemos mucho que hacer antes de la cena", dijo uno de ellos.

"No debes temer", le dijo Portia, llevándolos hacia la puerta. "Pediré ayuda si es necesario. Mi amiga y yo nos sentaremos allí donde estabas sentada".

Mary ocupó uno de los asientos que había dejado libres el asistente cuando salieron. Cerrando la puerta tras ellas, Portia fue directamente al lado de Helena.

Los ojos de su madre se abrieron y miró fijamente hacia donde estaba Portia. Ninguna de las dos pronunció palabra. Portia apretó la mano de Helena y la anciana le devolvió el gesto antes de cerrar los ojos cuando la puerta volvió a abrirse y reapareció una de las asistentes. Portia fue a su encuentro.

"La cocinera ha subido un poco de caldo para la señora hace unos minutos, señorita". La joven señaló la bandeja sin tocar de la mesilla de noche. "Estaba durmiendo tan plácidamente que no quisimos molestarla".

"Me ocuparé de su comida. No se preocupe".

"Y la Sra. Green también vino otra vez y mezcló otra taza de medicina para la señora. Deberías dársela en cuanto puedas darle algo de comer".

"Yo también me ocuparé de eso", le aseguró Portia, aliviada de que no le hubieran dado a Helena más de la droga que parecía inducir el sueño. "Gracias por decírmelo".

En cuanto volvieron a quedarse solas, Portia presentó rápidamente a Mary a su madre. Helena aún estaba un poco atontada, pero obviamente se estaba obligando a concentrarse en las palabras de su hija.

"No tenemos mucho tiempo. Pero hay un carruaje que vendrá para llevarnos alrededor de las cuatro. Si puedo bajarte, zarparemos hacia Escocia esta noche".

"Así que no estaba soñando todo esto. Todo esto es real. Quieres que me vaya de aquí contigo".

No era una pregunta, sino una afirmación. Pero el tono no era de entusiasmo. Mary le lanzó una mirada de advertencia, y Portia se hundió en el borde de la cama y cogió la mano de su madre.

"¿Deseas quedarte aquí? ¿Vivir como ahora?"

Helena hizo una pausa, considerando su respuesta. "Me quedaría con gusto si no tuviera a esa Matusalén, la señora Green, diciéndome constantemente lo que tengo que hacer. Me quedaría si no hubiera cerrojo en mi puerta. Estaría contenta si no me dieran ninguno de esos medicamentos que me han estado dando últimamente". Sus dos manos se aferraron a las de Portia. "Me quedaría y sería eternamente feliz si pudieras venir y quedarte aquí con nosotros. Pero el Almirante no lo permitirá".

Portia se sintió aliviada de que su madre lo entendiera. No había esperanza para ellos si se quedaban.

"Esta gente", continuó Helena, con la desesperación en su voz. "Me están exprimiendo el

aliento. Me están matando. A veces casi me apena seguir viva".

"Pero no tienes por qué vivir así", susurró Portia. "No necesitas soportar todo este maltrato. Puedo llevarte tan lejos que él nunca podrá encontrarnos. Podemos empezar de nuevo, juntos".

"Pero no tengo nada". Su voz se quebró. "Durante tanto tiempo he dependido de alguien para cada gota de agua y cada mendrugo de pan. Ya no sé cómo es el mundo más allá de estos muros que se han convertido en mi prisión. No tengo amigos, ni parientes a los que acudir para que nos ayuden".

Helena se quedó mirando las cortinas de la cama que se agitaban con la ligera brisa.

"Y no puedo ver. ¿Cómo puedo ir a ninguna parte?"

"Me tienes a mí. Puedo cuidar de ti. Seré tus ojos", dijo Portia apasionadamente. "Una vez más tendrás tu libertad. Volverás a vivir. Y estaremos juntos. ¿No es suficiente?"

"Es suficiente para mí", susurró la mujer mayor entre lágrimas. "¿Pero harás esto por mí... cuando nunca fui para ti la madre que debería haber sido?"

"Ninguno de los dos tiene la culpa de lo pasado. Ahora sólo nos queda el futuro". Portia miró hacia la puerta mientras se oían voces al pasar. "Ésta no es una oportunidad que se presente todos los días. Si estás dispuesta a tomar mi mano, a confiar en mí, entonces tenemos una oportunidad".

Tras un instante de vacilación, Helena le cogió la mano y se incorporó. Lentamente, apartó los pies del borde de la cama. Le costaba mantener el equilibrio cuando se levantaba y tenía que volver a sentarse. Mary rodeó la cama y cogió la otra mano de Helena. Juntas la ayudaron a acercarse a un tocador que había junto a la ventana.

"No puedes sacarme de esta habitación sin que ellos lo sepan".

"Me ocuparé de esos detalles", dijo Portia tranquilizadora. "Ahora Mary, si te ocupas del pelo de mi madre, buscaré en ese vestidor algo para que se ponga. ¿Tienes un vestido gris, madre?"

La Sra. Green terminó su inspección vespertina de la casa y subía las escaleras para ver a Helena cuando los gritos de "¡Fuego!" sonaron desde la cocina. Inmediatamente, se apresuró a bajar las escaleras.

Un puñado de hombres del almirante corría desde la sala de la servidumbre hasta la cocina, y la mayor parte del personal de cocina salía corriendo. El humo salía en espesas nubes de la puerta y, entre los dos grupos de personas, reinaba el caos en el vestíbulo. Encontró al cocinero que había conseguido abrirse paso entre los cadáveres hasta la sala de la servidumbre. El sudor le corría por la cara redonda y se la limpiaba con un trapo cubierto de hollín.

"No es tan malo como lo pintan", dijo el hombre por encima del estruendo. "Hay algo de humo, pero ya hemos apagado el fuego".

"¿Qué ha pasado?"

"Una de las sirvientas vio a la nueva compañera bajar la bandeja de la señora. No estoy segura, pero creo que la colocó demasiado cerca de los hornos. Creo que se prendió fuego la servilleta que había en ella, y luego se prendieron los paños de grasa, y luego el..."

"Pero dices que apagaste el fuego".

"Sí, la maldita cosa está fuera. ¿El Almirante...?"

"El Almirante fue a ver al gobernador esta mañana."

"Gracias a Dios", murmuró, dándose la vuelta.

El cocinero se acercó a un banco que había junto a la pared y dejó caer su corpulento cuerpo.

La señora Green vio a una de las chicas que había estado con Helena ayudando a las demás a abrir las ventanas.

La cogió del brazo. "¿Quién está arriba con la Srta. Helena?"

"La Srta. Edwards y su amiga... la esposa del párroco."

Una sensación incómoda se instaló en la boca del estómago del ama de llaves. Se dirigió a la puerta de las cocinas y vio que lo que había dicho la cocinera era cierto. No se veía fuego. Incluso el humo disminuía. Volvió al vestíbulo de la servidumbre y subió rápidamente los escalones.

Tal como había temido, la puerta de la habitación de Helena estaba abierta. La esposa del párroco iba y venía por el pasillo.

"Me alegro mucho de que haya venido, señora Green", dijo preocupada la mujer, acercándose a ella. "¿Se está extendiendo el fuego? ¿Deberíamos los demás abandonar el edificio?"

La Sra. Green la empujó y entró en la alcoba. Estaba vacía. "¿Dónde está? ¿Adónde se ha llevado a la señorita Middleton?"

"La Srta. Edwards se asustó con razón por el incendio. Su señora estaba bastante aturdida y no podía moverse muy rápido".

"¡Sí... sí!", espetó el ama de llaves. "¿Dónde están?"

"Iban al jardín", explicó la mujer, evidentemente ofendida. "Me pidió que me quedara y te dijera adónde iban. No quería que te preocuparas por nada. ¿Pero está segura de que el fuego está apagado? Tengo dos hijos pequeños. El párroco Higgins no puede permitirse perderme porque vine a hacer una buena obra".

"¿Por dónde la bajó?" Preguntó impaciente el ama de llaves. "¿Qué escalera tomaron?"

"Estaré encantada de mostrarle el camino", dijo la esposa del párroco, comenzando a caminar por el pasillo.

Helena se apoyó fuertemente en Portia mientras avanzaban lentamente por el camino que conducía a la entrada.

"Estoy tan cansada. No puedo respirar. Hace tanto tiempo que no camino tan lejos... tan rápido... que no sé si podré dar un paso más".

"Ya casi hemos llegado", dijo Portia, aliviada al ver un carruaje esperando más allá de la última línea de árboles. "Cuando lleguemos, por favor, déjame hablar por los dos".

Jack miró con curiosidad a los dos cuando abandonaron la línea de árboles.

"Usted es el hombre más amable de este lado del cielo", dijo Portia alegremente. "Y traje un carruaje".

"Sí, el amo pensó que sería más cómodo para vosotros para el largo viaje".

"Muy bien, Jack", dijo ella. "Y siendo el ángel que eres, ¿podrías ayudar a mi amiga a subir? Está bastante débil después de respirar todo el humo de la cocina. Parece que alguien provocó accidentalmente un pequeño incendio".

"¿Accidentalmente?", refunfuñó el novio en voz baja. Aun así, echó una mano y Helena fue rápidamente ayudada a subir al carruaje. Una vez sentada dentro, se volvió hacia Portia. "El amo dijo que os llevaría sólo a vosotras".

"Debe haber dicho que yo sería la única que conocería. ¿No creerás que viajaría a Inglaterra en un barco lleno de marineros y sin acompañante femenina?"

"Como desee, señorita. No sé nada de esas cosas", murmuró Jack. La ayudó a subir al carruaje y subió al asiento del conductor. "Sólo espero que no me metáis en más problemas con el señor".

En la puerta, Helena se llevó un pañuelo a la boca en un aparente ataque de tos. Portia se asomó al carruaje y contó casualmente a los curiosos guardias lo del incendio en la cocina.

"No sé si ya han apagado las llamas", dijo a modo de despedida. "Pero mañana llevaré mi propia comida al trabajo, por si acaso... y traeré más para vosotros".

Mientras reían, ella saludó y Jack tiró de las riendas a la yunta de caballos. La puerta se cerró tras ellos y Portia se hundió en el asiento.

"Hasta aquí todo bien", dijo, cogiendo la mano de su madre y pensando que aún les esperaba lo peor.

"No veo a nadie aquí. ¿Está segura de que su amigo llevaba a la señorita Middleton por aquí al jardín?", preguntó irritada el ama de llaves.

Mary miró confusa a su alrededor. "Es la primera vez que vengo a esta casa, Sra. Green. No pueden haber ido demasiado lejos. Usted sabe mejor que yo lo débil que debe estar su señora. La Srta. Edwards prácticamente tuvo que arrastrarla para tratar de salvarle la vida. Usted dice que el incendio no fue nada. Bueno, tal vez oyeron eso y se dieron la vuelta. Quizás ya están arriba y la Srta. Edwards está acostando a su señora. Tal vez se esté preocupando por nada".

"Señora Higgins, habla usted demasiado", interrumpió enfadada el ama de llaves, volviéndose hacia la casa.

"Sólo intento ser de ayuda. Mis hijos me esperan en casa. Además de preparar la cena, tengo que hacer dos visitas más a miembros enfermos de la congregación de mi marido. Así que si no aprecias lo que intento hacer...".

"Creo que es hora de que se marche, señora", dijo bruscamente el ama de llaves, encarándola. "Ha sido muy útil, estoy segura. Ahora puede seguir su camino, Sra. Higgins".

"¿Estás seguro?"

"La puerta está por allí".

"En ese caso..." dijo Mary con un resoplido, girando sobre sus talones y saliendo a grandes zancadas del jardín hacia la puerta.

Llevaban más de una hora cabalgando en la oscuridad cuando pasaron por un pueblecito que, según le dijo Jack, se llamaba Barrington. No mucho después de dejar atrás el grupo de casas, el carruaje se salió de la carretera y se detuvo tras un bosquecillo de árboles.

Portia llevaba tanto tiempo respirando el olor a pino que se sorprendió al sentir ahora el aroma del agua salada en el carruaje. Se asomó por la ventanilla y descubrió que se habían detenido junto a una pequeña punta de tierra. Estaba muy oscuro, pero sabía que el agua negra que se extendía más allá tenía que ser la bahía de Narragansett.

"Llegamos un poco pronto", dijo Jack saltando y estirando las piernas.

Helena había dormido durante todo el viaje, pero ahora se despertó y abrió los ojos.

"¿Dónde estamos?" Extendió una mano con cautela.

Portia la tomó en la suya. "En algún lugar de Rhode Island. Pronto enviarán un bote que nos llevará al barco".

"¿Ves algún barco?"

"No. El conductor dice que llegamos temprano."

Helena asintió y volvió a dormirse contra el asiento.

Portia oyó un ruido a lo lejos, al otro lado del agua. Curiosa, bajó del carruaje y se acercó al borde de la cala.

Era el sonido sordo de los remos sobre el agua. No estaba segura de dónde procedía, pero pasaba una barca. Los remeros estaban extrañamente callados a pesar de su número.

"¿Quiénes son?", susurró cuando Jack bajó al agua junto a ella. Él también se quedó mirando la lancha que pasaba tranquilamente por la punta.

"No creo que realmente quiera saberlo, señorita, aunque supongo que uno es de Bristol, justo al sur de aquí".

Portia no lo presionó, pero se preguntó si MacHeath estaría en ese barco. Esta tarde, mientras Jack los llevaba de vuelta a la botica para recoger el baúl de Portia, ella había estado escrutando cada rostro con el que se cruzaban. Esperaba ver a Pierce por última vez. Sin embargo, no se había atrevido a preguntarle a Jack.

Quizá el capitán Turner tenía razón. Quizá Pierce... o mejor dicho, MacHeath... había venido aquí después de que ella lo dejara la noche anterior. Portia miró el barco que se alejaba de ellos en la oscuridad. La tranquilidad y la sensación de secretismo le hicieron pensar que eran contrabandistas. Al darse cuenta de ello, se preocupó. Le aterrorizaba pensar que Turner y sus hombres pudieran estar al acecho en alguna cala para arrestarlos.

"Jack", dijo, "el almirante Middleton enviaba hoy al capitán Turner y a algunos hombres a Rhode Island. Salieron esta mañana. ¿Deberíamos advertir a alguien sobre ellos? Podrían estar en cualquier parte... y el capitán tenía planeada algún tipo de trampa. Estaba seguro de que tendrían éxito, y..."

Su voz se apagó mientras Jack negaba con la cabeza.

"Si queréis marcharos esta noche, yo no diría nada, señorita. Deje que la gente que conoce su negocio haga lo que debe".

Portia sintió aumentar su nerviosismo. "Si la elección es que me vaya o salvar a tu amo de problemas, entonces debo decirte ahora que renunciaré al viaje".

Jack sonrió. "Os preocupáis demasiado. Lo que intentaba decir es que os preocupáis por nada. El maestro sabe lo que hace".

"Pero si puedo ayudarle..."

"Le ayudarás manteniéndote fuera del camino del hombre hasta que termine, señorita."

De repente, el chasquido de un disparo llegó desde el otro lado del agua. Portia se acercó a la orilla, con Jack a su lado. No podía ver nada de la lancha. Sin embargo, el sonido de los gritos y la lucha se hizo más fuerte y continuó.

"Podrían estar siendo atacados".

"Debería decir que *están* siendo atacados", dijo el novio con voz seria.

"¿No hay nadie a quien podamos pedir ayuda?". Portia se subió a una roca que sobresalía del agua, con la esperanza de ver algo.

"No. Nos quedaremos aquí".

"No podemos limitarnos a esperar".

"Sí, señorita. Podemos hacerlo. Mis instrucciones..."

Portia resbaló de la roca y cayó al agua hasta la cintura con un sonoro chapoteo. Se desolló el

codo al caer y el agua salada le escocía con fuerza.

"Maldita sea", maldijo el novio en voz baja, metiéndose para ayudarla. "Cálmese, señorita. Sí, hay un barco bajo ataque. Pero no es lo que usted piensa. También hay lanchas de Providence, y ellos..."

El ruido de jinetes acercándose atrajo su atención hacia el camino. Justo más allá de la delgada línea de los árboles, pasaba una docena de soldados a caballo. Todavía de pie en el agua, pensó en Helena que seguía durmiendo dentro del carruaje.

"Agáchese, señorita", susurró Jack, trepando detrás de la roca. "No dejes que te vean".

Intentó tirarla al agua con él mientras dos jinetes a la cabeza de la compañía cortaban el camino y enfilaban junto al carruaje.

"Helena", susurró Portia.

En ese momento, otro disparo atravesó el agua, y los dos jinetes espolearon a sus caballos hasta la orilla para tener una mejor visión.

Portia intentó bajar al agua antes de que la vieran, pero llegó demasiado tarde.

Asombrado, el capitán Turner se quedó mirando a la mujer de pie en el agua. Tuvo que mirar de nuevo y empujar su caballo hacia la roca. Tenía que asegurarse de que no se había equivocado.

"¿Qué demonios está haciendo aquí, Srta. Edwards?"

"Señor, los hombres se nos están adelantando."

El capitán miró rápidamente a su alrededor. Allí estaba el carruaje, pero nadie más que él pudiera ver.

"Alcánzalos, Reynolds. Continúen hacia Providence... pero envíen dos hombres aquí atrás. Los seguiremos". Mientras el oficial subalterno cabalgaba, Turner se volvió de nuevo hacia Portia. "Bueno, ¿qué explicación tienes para esta locura?"

"Una muy razonable". Empezó a caminar hacia él, pero tropezó y cayó más profundamente en el agua. "¿Pero sería tan amable de ayudarme a salir de aquí primero, señor?"

Metió el caballo en el agua y le tendió la fusta. "¿De quién es ese carruaje? ¿Quién está dentro?"

"No sé nadar, señor". Levantó la mano pero no fue capaz de agarrar el buche. "Por favor."

"Por el amor de Dios, mujer, esta agua no es tan profunda. Levántate".

"Algo tira de mí. Creo que deben ser arenas movedizas".

"No hay malditas arenas movedizas en esta agua. Tal vez la marea podría..."

Su cabeza se hundió y desapareció. Turner se quedó mirando un momento, pero ella no volvió a aparecer. La leve preocupación se sumó a su creciente fastidio. No tuvo más remedio que bajar del caballo y meterse en el agua. La buscó en el estanque poco profundo, pero no encontró nada.

"¿Dónde estás?", gritó. "¿Señorita Edwards?"

"¿Han venido ya a por nosotros?"

La voz de la mujer desde la ventana del carruaje atrajo la cabeza de Turner en esa dirección. Sólo tardó un momento en reconocer la voz. Se volvió sobresaltado y se dirigió hacia ella.

"¿Señorita Middleton?"

"Capitán Turner", jadeó, abriendo la puerta del carruaje. "¿Qué ha hecho con mi hija?"

"¿Hija?", respondió. "¿Qué significa esto? ¿Realmente has perdido la cabeza?"

"¿Dónde está Portia?" Helena extendió una mano.

"Estoy aquí, madre", respondió desde detrás de él.

"Creo que ambos tienen mucho que explicar. Y a usted, Srta. Edwards, debo ponerla bajo arresto en nombre del Ki..."

Al darse la vuelta, Turner levantó la vista a tiempo para ver la roca goteante que ella sostenía sobre su cabeza, pero llegó demasiado tarde para desviar el golpe.

Capítulo Diecinueve

"¿LE HE MATADO YO?" preguntó Portia, mirando por encima del hombro del novio el cuerpo extendido en la orilla.

"Un golpe fuerte, señorita. Pero aún respira".

Portia no quería pensar en lo que había hecho. No iba a sentir lástima por el agente ni a preocuparse por las consecuencias de haber sido reconocida. Ahora no tenía tiempo para eso. Lo rodeó y se acercó a Helena, que intentaba salir del carruaje.

"Por favor, quédate donde estás, madre. Los soldados de Turner volverán pronto. No podemos esperar aquí, o nos descubrirán".

La explosión que se produjo tras ella iluminó el cielo occidental. Portia se giró y miró hacia el agua. A menos de una milla, las llamas se elevaban hacia el cielo. Era un barco que ardía como una antorcha. Incluso podía ver las siluetas de las lanchas a su alrededor.

"Muy amables por quemar la maldita cosa y crearnos una distracción", comentó Jack. Se levantó y observó las aguas de la bahía.

Portia vio el bote de pesca casi al mismo tiempo que el novio. Dos hombres remaban tranquilamente hacia la punta. El mozo de Pierce emitió un silbido bajo y uno de los remeros le devolvió la señal.

"Han venido por usted, señorita." Jack llamó por encima del hombro.

"Deja que te ayude", dijo Portia, acercándose a su madre y ayudándola a bajar del carruaje. En un momento, el novio estaba junto a ellas, bajando el tronco y llevándolo a la orilla del agua.

La ropa encharcada pesaba muchísimo a Portia. Sin embargo, Helena no parecía notar la humedad, mientras se aferraba con fuerza al brazo de su hija.

"Tengo miedo", le susurró en voz baja al oído la mujer mayor. "Veo un cielo rojo. Del color de la sangre".

"Es sólo un fuego lejano. No puede hacernos daño".

Portia deseó poder creer sus propias palabras. Los marineros no cuestionaron el hecho de que fueran dos y ayudaron a Helena a subir al bote primero.

"¿Podrás salir antes de que lleguen los hombres de Turner?", preguntó a Jack.

"Estaré bien, señorita. No se preocupe ahora".

"Siempre puedes decir que te obligué a traernos aquí. A punta de pistola. Turner no te vio, así que no hay razón para que sospechen..."

"La están esperando, señorita". Jack la empujó suavemente hacia el bote. "Ahora sé que pensáis que podéis haber colmado mi paciencia en alguna ocasión, pero no quiero que penséis tal cosa. Vuelve cuando puedas y lo haremos de nuevo. ¿Qué os parece?"

Portia sonrió al hombre y subió a la barca. Mientras se alejaban remando de la orilla, siguió

mirando hacia atrás hasta que vio a Jack conduciendo el carruaje hacia el sur. El caballo de Turner pastaba cerca de los árboles. Pudo ver el cuerpo del oficial extendido sobre la arena seca.

En el agua, tenían una visión clara del barco en llamas y de las llamas que iluminaban la costa lejana. Portia sabía que esto era obra de MacHeath. Pero también se preguntaba si alguna vez volverían a encontrarse.

Mientras las lanchas de varias ciudades de la bahía atacaban al *Gaspee*, el cargamento ilícito a bordo del *Lothian* se descargaba cerca de Bristol. En tierra, los que habían venido de Boston a por las armas las guardaron en carromatos llenos de lana y heno y desaparecieron en la noche. Para cuando las primeras explosiones a bordo del barco británico resonaron sobre el agua, el mercante ya esperaba a su último pasajero.

Pierce y el capitán *del Lothian* estaban en los aposentos del capitán cuando el primer oficial llamó a la puerta con la noticia de que todos estaban a bordo y listos para levar anclas. Con un gesto de asentimiento del armador, el capitán Cameron subió a cubierta para ocuparse del inicio del viaje. Pierce echó un vistazo más por la ventana del camarote al fuego que aún iluminaba el cielo al noroeste, y luego volvió a guardar sus pertenencias y los mensajes que llevaba de vuelta a Inglaterra.

Amanecía en el cielo oriental cuando Pierce salió a cubierta. Aunque había intentado dormir, no había podido, y lo había sabido desde el momento en que zarparon de la bahía hacia mar abierto por el movimiento del *Lothian*. Le encantaba sentir el océano. Respiró el aire. La fuerte brisa marina era refrescante y borraba inmediatamente cualquier vestigio de fatiga.

La costa de Nueva Inglaterra se extendía a babor. La luz grisácea le permitía distinguir tramos de playa y acantilados. El sonido de las lonas alzándose y tensándose atrajo su mirada hacia arriba. Las velas estaban desplegadas y el vigía encaramado en el caballete del palo mayor oteaba el horizonte a proa y popa en busca de buques de guerra británicos y cúteres. De pie junto a la barandilla de popa, Pierce miró hacia el glorioso horizonte.

Estaba haciendo lo correcto al volver a Baronsford, se dijo a sí mismo. Era hora de reparar el pasado y seguir adelante con el futuro.

El futuro.

Pensó en la mujer bajo cubierta. Ella no sabía que él estaba a bordo. Recordó sus hermosos ojos oscuros llenos de lágrimas cuando salió de su casa. También pensó en su relación amorosa. Lo deslumbrado que había quedado por su fuerza. Cómo le había dolido que ella se marchara inmediatamente después.

Era demasiado temprano para despertarla. La dejaría dormir. Aun así, Pierce no tardó en descubrir que sus pasos le llevaban a la cubierta de gobierno. Allí, en la penumbra del largo y estrecho pasillo, se quedó mirando las puertas de los cuatro camarotes de pasajeros.

Volviendo a cubierta, avanzó por la cintura del barco, la sección central del barco entre la cubierta de proa y la de popa. En la cubierta de proa, por encima del castillo de proa, donde los marineros dormían por turnos, tres alquitranes amarraban un bote con más seguridad. Entre ellos se encontraba uno de los marineros que habían traído a Portia desde Nahet Point, por encima de Bristol.

"¿Sabes dónde pusieron a nuestro pasajero?", preguntó Pierce cuando terminaron la tarea.

"Sí, señor", respondió el marinero. "Los dos comparten el segundo camarote".

"¿Los dos?" preguntó Pierce, perplejo.

"Sí. Está la señorita joven, como nos dijeron. Y está la señora mayor que no puede ver muy bien". El alquitrán debe haber sentido que algo andaba mal, así que continuó rápidamente. "Ambas estaban con su hombre, señor, cuando llegamos a tierra. Los puso en el bote y los trajimos de vuelta. ¿Pasa algo, señor?"

"No. ¿Has oído el nombre de la señora mayor?"

El hombre se rascó la barba. "La más joven la llamó... espera, ella vendrá a mí... tengo buena cabeza para los nombres. Helen...o algo así".

"¿Helena?"

"Sí, señor. Eso es". El hombre asintió con seguridad. "Helena, la llamó."

El camarote no era más grande que un armario con un pequeño agujero en lo alto de la pared para que entrara el aire. Portia había colocado su baúl de ropa -que ahora tenía que servir para las dos- contra la pared opuesta, junto a la puerta. Un estrecho catre era el único lugar para sentarse o dormir. Pero no se quejaba. Ya estaban en camino.

Cuando había zarpado de Inglaterra hacía menos de un año, había compartido un camarote mucho más grande con toda la familia Higgins. Ella y la pequeña Annie habían compartido una litera, como la llamaban los marineros, y habían estado bastante cómodas. Este sería un viaje diferente, pero igual de emocionante para ella.

Helena seguía sufriendo claramente los efectos de las medicinas y había aceptado agradecida la oferta de Portia de la estrecha cama. El suelo y un par de mantas serían suficientemente cómodos para ella. Además, una vez que estuvieran a salvo en alta mar, pensaba llevar a Helena a cubierta tanto como fuera posible. Había disfrutado enormemente de la travesía del otoño pasado con la familia Higgins, y estaba decidida a que su madre disfrutara de ésta.

Se oyó un ligero golpecito en la puerta. Portia se quitó la manta que llevaba colgada del hombro y fue a abrir. Un marinero estaba de pie en el pasillo que, según recordó, se llamaba camarote. Detrás de él, el palo mayor, que parecía el tronco de un enorme árbol negro, surgía del suelo y desaparecía por el techo. Había montones de velas de lona enrolladas y enormes rollos de cuerda en el pasillo, así como accesorios de hierro pintado y oxidado que no pudo identificar, y el olor era húmedo y misterioso.

"La buscan en el camarote del capitán, señorita."

Portia miró por encima del hombro. Helena estaba tumbada. Pensó en quitarse primero el vestido mojado, pero decidió no hacerlo. Ya estaba casi seca. Y necesitaba guardar lo que tenía para su madre, por si acaso.

Se deslizó por la puerta y la cerró tras de sí. "Esperaba hablar con él cuando tuviera un minuto libre".

"Yo diría que ya está listo", respondió el hombre, adelantándose a ella escaleras arriba.

Portia le siguió a cubierta, y durante un par de segundos sólo tuvo que levantar la cara al sol de la mañana y al viento y respirar el aire. El azul profundo del cielo, las crestas de espuma blanca de las olas, el despliegue de las velas sobre ella la hacían sentir como si le hubieran brotado alas. Estaba lista para abrir los brazos y alzar el vuelo.

"¿Viene, señorita?"

Saludó con la cabeza al par de marineros de cubierta que habían hecho una pausa en su trabajo y la observaban, y luego corrió para alcanzar a su escolta.

"¿Cómo llama a su capitán?", preguntó, queriendo tener preparada una presentación.

El marinero bajó por otra empinada escalera hasta un estrecho pasillo más próximo a la popa

del barco.

"¿Cómo debo llamarle?", volvió a preguntar en la penumbra del pasillo.

"¿Señor?", respondió encogiéndose de hombros, llamando a la puerta.

Se dio la vuelta ligeramente, hablando consigo misma en voz baja.

"Que tenga un buen día, señor". Tomó aire y volvió a intentarlo. "Buenos días a usted, señor."

El marinero le sonreía abiertamente.

"Muy amable de su parte... no... es un verdadero placer conocerla... no, demasiado fuerte". Sacudió la cabeza.

"Adelante."

Su acompañante abrió la puerta, se dio la vuelta y desapareció por las empinadas escaleras. Al mirar dentro, Portia se sorprendió del tamaño del camarote. Era bastante grande y ocupaba toda la anchura de la popa del barco. Sin embargo, no tuvo tiempo de detenerse en los detalles, ya que un cuerpo apareció de repente, bloqueando la puerta.

Botas negras. Pantalones de piel de ante. Camisa blanca. Sin chaleco. Sólo asoma la piel tostada por el sol de un pecho ancho y musculoso.

"¡Oh, no!" Portia se llevó la mano a la boca.

"¿Señorita Edwards?" Pierce dijo uniformemente. "Alguien podría pensar que no está del todo contenta de verme".

El corazón le latía tan fuerte en el pecho que Portia pensó que él tenía que oírlo. Tenía que oírlo todo el mundo en la nave. Intentó recuperarse. "Si alguien está escuchando a escondidas, entonces debe ser severamente reprendido".

"Un barco es un lugar difícil para guardar secretos", dijo, haciéndole un gesto para que entrara.

"Te tomo la palabra". Ella no se movió. "Pero, ¿qué hace usted a bordo de este barco? ¿No deberías estar en Boston, ocupándote de tus asuntos? ¿O tal vez seguir siendo una espina en el costado del almirante Middleton y sus hombres?"

Portia luchó contra el pánico que empezaba a apoderarse de ella. Tal vez no supiera nada de Helena, se dijo a sí misma.

"Debe haber mucha gente", continuó, "que te necesita en Boston".

"Pero tú no, supongo". Pierce la agarró por la muñeca y tiró de ella hacia la cabina.

Entró sin luchar. No es que tuviera elección. Sin embargo, se encogió cuando él cerró la puerta tras ella. Decidió entonces que él tenía que saber lo de Helena. Portia no se atrevió a echar un vistazo a la espaciosa habitación ni a su elegante mobiliario. Tampoco se atrevió a insultarlo con una conversación trivial. Simplemente se preparó para la tormenta.

"Yo, en cambio, he esperado con impaciencia esta visita".

Le costaba creer lo que acababa de decir. "A mí también me habría hecho ilusión, si lo hubiera sabido. Es una gran sorpresa".

Su voz parecía salir del fondo de un barril vacío. Se puso aún más tensa cuando él empezó a pasearse ante ella. Sus ojos azules no se apartaban de su rostro. Sin embargo, no se atrevió a mirarle.

"¿Así que ayer saliste de la mansión del almirante Middleton sin ninguna dificultad?". Su voz era grave y peligrosa y le erizó el vello de la nuca.

"Ninguna dificultad... con la excepción de tener que prender fuego al lugar. Pero fue un incendio muy pequeño, y lo apagaron antes de que se propagara a ninguna parte. Pero resultó ser una distracción perfecta. Así que, salvo eso, ninguna dificultad".

"Y asumo que no hubo complicaciones en la entrega de Jack a mis hombres".

"No. De hecho, lo hicimos muy bien. Sin complicaciones en absoluto... con la excepción de tener que golpear al capitán Turner en la cabeza y dejarlo inconsciente y sangrando en la playa".

"¿Trajiste al Capitán Turner contigo?"

"¡No! El capitán simplemente apareció en el lugar equivocado y en el momento equivocado, y no había otra forma de tratar con él. Si no le hubiéramos detenido, nos habría detenido... bueno, me habría detenido a mí, en cualquier caso. Pero pude manejar al capitán Turner, así que no hubo ningún problema".

Dejó de pasearse, pero estaba demasiado cerca para que Portia se sintiera cómoda. "Entonces, ¿me estás diciendo que lo que debería ser una salida fácil se convirtió en una pesadilla, una huida obvia porque...?". Hizo una pausa, obviamente esperando a que ella llenara los espacios en blanco.

"¿Atraigo a hombres problemáticos?" Le lanzó una mirada y lamentó haberlo hecho. Su expresión era tan fría como el hielo de Long Wharf en febrero.

"Crees que todo esto es una broma, supongo". Su voz estaba subiendo y sus mejillas se estaban volviendo atractivamente rubicundas. "Te pedí que vinieras para que pudiéramos reírnos un rato. Crees que todo esto es sólo para entretenernos".

"No, estaba diciendo la verdad". No se lo podía creer, pero casi le estaba gritando. Nunca le había oído levantar la voz. "Todo sucedió como dije. Y aunque tiendo a hablar mucho cuando me pongo nervioso, todo lo que acabo de decir era la verdad. Sin duda es un milagro que yo esté aquí. Por supuesto, eso y los dedicados esfuerzos de tu novio y de los marineros que nos remaron... a mí hasta el barco. Pero al final, pude llegar aquí sin que nadie sufriera ningún daño... excepto el Capitán Turner, por supuesto".

"Creo que hay cierto mozo de cuadra que será severamente reprendido por no seguir mis indicaciones. Y lo mismo vale para esos dos marineros".

"No hicieron nada malo", dijo rápidamente, defendiendo a los hombres. "Lo único que hicieron fue seguir tus instrucciones. Cualquier otra cosa de la que creas que son culpables... bueno, deberías culparme a mí. Como sabes, puedo ser muy persuasiva cuando hay que ajustar un poco los planes. Si hay que imponer un castigo..."

"Sí, castigo. En cuanto a su castigo, Srta. Edwards, he decidido meterla en un bote y dejarla remar de vuelta a la orilla."

Portia le miró asombrada. "Eso es bastante drástico, ¿no crees?"

"En absoluto. Creo que estoy siendo bastante generoso. Mi primer pensamiento fue tirarte a ti y a tu madre por la borda y dejaros nadar de vuelta".

"Para que lo sepas", dijo en voz baja, retrocediendo inconscientemente hacia la puerta.

"¿Cómo podría no saberlo? ¿Pensaste que podrías llevar a Helena Middleton hasta Escocia sin que nadie en este barco se diera cuenta?"

Ella asintió. "Jack y esos marineros simplemente pensaron que ella era sólo mi sirvienta. Podría haber usado la misma historia con el capitán del barco si no hubieras estado a bordo".

"Así que ahora es culpa mía por arruinar tus planes", espetó Pierce. Caminó hacia ella y ella retrocedió otro paso. "Yo soy el villano por no permitir que engañes a más tontos desprevenidos. Soy un canalla insensible por sugerir que deberías ser castigado por utilizarnos a mí y a mi compañero para secuestrar a la hija de un almirante inglés. Soy una bestia sin corazón porque me opongo a que pongas a mi gente y mi sustento en peligro, ya que Middleton enviará con toda seguridad a media Marina Real tras nosotros para recuperar a su hija".

La espalda de Portia chocó contra la puerta. No había forma de esquivarle, y no había ningún

otro sitio al que ir.

"Usted no es un villano, Sr. Pennington. Y usted no es ni insensible ni despiadado. Creo que es usted un alma compasiva que estaba seguro de haber sabido lo que pretendía hacer cuando le dije que necesitaba asegurar el pasaje."

"Perdóname, Portia", dijo acaloradamente. "Esta es tu última oportunidad. Dime algo que pueda creer, algo que me convenza de que estás un paso por encima de la persona mentirosa, tramposa y egoísta que parece ser".

"*Créeme...* ella es la única persona que tengo en este mundo". Portia parpadeó para contener las lágrimas. "¿Qué harías para salvar a la única familia que te queda? No hay nada en el mundo más importante que la familia. No hay nada. Lo que he hecho... lo que intento hacer... ¡lo volvería a hacer!".

Portia volvió la cara cuando las lágrimas se derramaron finalmente por sus mejillas. Sabía de corazón que él no los pondría en un bote y los obligaría a remar de vuelta a la orilla. Le conocía lo suficiente como para no temer tales amenazas. No era eso lo que la perturbaba ahora. Él pensaba en ella como algo vil, despiadado y bajo. Eso la hirió profundamente. Esa sería la cicatriz que llevaría para siempre.

"Vuelva a su camarote, señorita", dijo, dándose la vuelta. "Le avisaré cuando haya decidido qué hacer con usted".

Era casi imposible no acercarse a ella, estrecharla entre sus brazos y tranquilizarla. Sin embargo, Pierce seguía con las manos aferradas a los costados mientras veía a Portia forcejear con la puerta en su afán por salir.

Estaba hecha un verdadero desastre. Parecía como si la hubieran hecho nadar junto al bote en lugar de montar en él. Tenía el pelo enmarañado y alborotado. Su vestido seguía mojado y roto y se le caía del cuerpo. Podría haber sido fácilmente la víctima de todos los desastres de los que había hablado, en lugar de la instigadora. Ahora mismo, sus lágrimas dejaban senderos por sus mejillas manchadas de suciedad.

Cuando Pierce no pudo soportarlo más, se dirigió hacia ella, pero Portia consiguió abrir la puerta de un tirón. Pierce se detuvo y la vio salir. En un momento había subido los empinados escalones y desaparecido.

Cerró la puerta y se apoyó en ella. En comparación con todo lo que él mismo había hecho hoy, ¡qué inocentes eran sus acciones! Todo lo que había hecho era dar a su propia madre una muestra de libertad. Y, pensándolo bien, qué parecidos eran sus impulsos. ¿Era su acto de rebelión menos válido que el de él? Su motivo era el derecho de una hija a conocer a su madre. ¿Era tan noble el motivo de él?

Se acercó a la mesa que sostenía una carta de navegación, que contempló con ojos impertérritos. ¿Qué riesgo había añadido a este viaje? Si la Marina Real venía a por ellos, no sería para rescatar a Helena Middleton, sino para capturar a los responsables de atacar e incendiar el *Gaspee*.

Pierce sabía que habría muchas investigaciones. El acto sería considerado traición. Fue realmente un acto de guerra, el primero llevado a cabo por los colonos. Había tantos implicados en el asalto final al barco -ocho lanchas habían sido el informe-. Al frente de ellos habían estado los hombres más prominentes de la colonia de Rhode Island. Su arresto, sin embargo, traería la mayor recompensa. Les encantaría poner una soga alrededor del cuello de MacHeath.

Pierce sabía que quizá nunca podría volver aquí. Su estancia en Escocia podría acarrearle sus propias dificultades. Pero nada de eso le preocupaba. Fuera lo que fuera lo que le deparara la vida, lo afrontaría.

Nada de eso le preocupaba tanto como las acciones de Portia.

Recorrió con la mirada los paneles del camarote del capitán: la hilera de ventanas en la popa del barco, el hermoso sofá tapizado que había debajo, el aparador y las sillas finamente talladas. Su mirada se posó en la cama empotrada a babor de la cámara. Después de su intimidad de la noche anterior, había pensado en la sorpresa de ella al encontrarle aquí. Había estado impaciente por traerla a este camarote, por reavivar lo que habían compartido. Quería ver si era tan real como lo había imaginado. Si ella era tan sincera en sus afectos como sonaba y actuaba.

Hoy tuvo su respuesta. No había forma de distinguir la verdad de las mentiras... fuera cual fuera la justificación. Ella no había confiado en que él entendiera. Ella lo había utilizado, al igual que Emma.

Capítulo Veinte

PORTIA ESTABA ciega ante el cielo y el mar y todas las bellezas de la naturaleza que tanto la habían cautivado antes. No era consciente de las docenas de cabezas que se volvían hacia ella mientras corría llorando desde el camarote del capitán. Corrió por la cubierta del barco y bajó por la escalerilla hasta el puente de mando, tropezando los últimos peldaños hasta la puerta de su camarote.

Tras cerrar la puerta, se pasó rápidamente una mano por la cara para secarse las lágrimas. Cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz, vio a Helena sentada en la estrecha litera.

"¿Portia?"

"Sí, madre". Decir la palabra la hizo ahogarse de nuevo, y respiró con calma un par de veces para luchar contra sus emociones.

"Acabas de perderte a un hombre muy agradable que pasó por aquí. Se llamaba Thomas. No dijo su apellido. Por lo visto, es el cocinero... y el cirujano, y el carpintero, y cualquier otra cosa que le pida el capitán Cameron. Un hombre encantador. También me dijo que era un hombre *libre* y que tenía familia en Filadelfia".

"¿Sólo vino a saludar, madre?"

"De hecho, quería saber si queríamos que nos trajeran algo para desayunar de la galera, o si íbamos a comer con el propietario, un tal señor Pennington, en el camarote del capitán".

"Iré a hablar con Thomas dentro de un rato. Si no te importa, podríamos comer aquí mismo, o en cubierta cuando haga buen tiempo. Parece que hará un día precioso".

Helena ahogó un bostezo y recogió las rodillas contra el pecho. Parecía una niña pequeña. "Debería estar igual de contenta de quedarme aquí. Quiero estar contigo. Si pudiera quitarme este fuerte dolor de cabeza. Y estoy tan somnolienta". Se frotó las sienes.

"Creo que bajaré a traerte algo de comer. Te vendrá bien tener algo en el estómago antes de volver a dormirte".

"Espera." Helena extendió la mano. "Quiero hablar contigo primero."

Portia se secó las últimas lágrimas con la manga húmeda y se acercó a su madre, cogiéndole la mano.

"Estás helada". La mano de Helena subió y tocó la manga, el vestido. "¡Todavía estás mojada! Debes cambiarte enseguida. ¿Cómo vas a cuidarme si te pones enferma?"

El ánimo de Portia se levantó cuando notó la sonrisa en el rostro de Helena. "Nunca me pongo enferma".

"Me alegra mucho oír eso, porque yo tampoco me encuentro bien últimamente. Y te pediré que lo hagas. Pero insisto en que te cambies primero".

Portia sacó obedientemente un vestido limpio y ropa interior del baúl y empezó a cambiarse

en el estrecho camarote. La mirada de Helena seguía los movimientos de Portia, aunque era obvio que no podía ver con claridad.

"Estaba entrando y saliendo del sueño, pero me pareció oír que te invitaban a ir a conocer al capitán del barco".

"En realidad, era el propietario, el Sr. Pennington, quien deseaba verme".

"¿Y cómo fue tu visita?"

Portia se quitó la bata mojada y empezó a ponerse una seca mientras buscaba una respuesta. Quería ser sincera con su madre, pero no quería asustarla sobre su situación a bordo. Aun así, sabía que Helena podría enfrentarse a la hostilidad de Pierce en cualquier momento. Quería que su madre estuviera preparada para ello.

"Fue gracias a la generosidad del señor Pennington que pude conseguir este pasaje para nosotros... o para mí... él pensó. No sabía que te traía conmigo... y no podía decírselo porque temía que no estuviera de acuerdo. Pero él no debía estar en este barco, así que pensé que nunca descubriría la verdad. Pero está aquí... y lo sabe... y está muy enfadado conmigo".

"¿Lo suficientemente enfadado como para enviarnos de vuelta?" preguntó Helena, con preocupación en la voz.

Portia apretó el vestido limpio contra su pecho. "Sería muy difícil que lo hiciera, así que creo que tolerará nuestra presencia durante el viaje. No creo que sea tan amistoso con nosotros como tu Thomas".

Helena se llevó las manos a la barbilla y Portia se sintió encantada por la serena imagen que tenía ante ella. Parecía tan inocente, tan contenta. Las líneas de tensión ya habían desaparecido de su frente.

"¿Es un hombre guapo?"

Las mariposas se agitaron y abrieron sus alas en el estómago de Portia. "He oído que muchos le consideran guapo".

"¿Y joven?"

"No sé su edad exacta, pero creo que puede tener mi edad o un poco más".

"Un hombre tan joven... y es dueño de este barco. Debo suponer que es rico".

"Viene de una familia excelente. Su hermano es un conde, tengo entendido. Y aunque fue educado para ser un caballero, creo que ha trabajado duro para hacer su propia fortuna."

"¿Y está casado o contratado para casarse?"

"No está casado".

"Debe tener muchas amantes, entonces."

Portia recordó la primera noche que se conocieron. Imágenes de la sala de la taberna Perla Negra surgieron en su mente. Había quedado allí con una mujer. La afilada hoja de los celos se clavó en ella inesperadamente, pero la apartó.

"Eso no lo sabría, madre".

"¿Pero cómo os conocisteis?"

Portia se puso el vestido. Se sentó en el borde de la litera mientras se abrochaba la parte delantera. "Nos conocimos la noche del baile de cumpleaños del rey, justo después de que te aterrorizara mientras intentaba entrar en tu habitación. Nos conocimos mientras intentaba escapar de los sirvientes de tu padre".

"Suenan tan romántico". Helena sonrió y le cogió la mano. "Cuéntamelo todo".

Portia se dio cuenta de repente de que con su madre no sentía la timidez que había sentido al hablar con Mary o Bella. Se sentía libre y sin miedo a hablar abiertamente. De algún modo, sabía que Helena la comprendería, que su madre no la condenaría por sentirse atraída por Pierce. Era el

primer hombre de su vida, el único por el que había desarrollado sentimientos tan fuertes. Portia había estado indefensa ante su encanto... y su corazón traicionero aún latía sólo por él.

Así que le contó a Helena lo que nunca se habría atrevido a admitir ante nadie más. Le contó todo, empezando por la taberna Perla Negra aquella primera noche y lo cerca que había estado de ser descubierta por Turner. Le contó a Helena su respeto por sus puntos de vista sobre cosas del mundo como la política de Boston y las colonias. Y cómo él la hizo sentir inteligente e incluso hermosa de una manera que nadie más lo había hecho. Vacilando sólo un poco, Portia incluso divulgó cómo había ido a verle a su casa, para verle por última vez y darle las gracias. Con la menor cantidad de palabras posible, le contó a su madre el error que había cometido al revelar su inocencia.

"¿Realmente crees que cometiste un error, niña?" preguntó Helena con voz suave. "¿Desearías ahora no haber ido nunca allí?"

Hubo un largo silencio mientras los dos estaban sentados en la penumbra.

"No. No fue un error". Portia bajó la mirada hacia sus manos unidas. "Si hubiera ocurrido la primera noche en la taberna, diría que sí, que fue un error, porque no le conocía. Pero ahora... esa última noche...". Sacudió la cabeza. "Me cambió. No me arrepentí entonces, no me arrepiento ahora, y... y sé que sentiría lo mismo si hubiera consecuencias a las que tuviera que enfrentarme por ello".

"¡Dios mío!" susurró Helena. "Esto es mucho más serio de lo que podría haber imaginado. Estás enamorado".

Portia se puso inmediatamente a la defensiva. "Yo no he dicho eso".

"No hace falta que lo digas, hija mía".

Helena levantó la mano y tocó la mejilla de Portia. Ni siquiera se había dado cuenta, pero tenía lágrimas en la cara. Su madre tenía razón, y ella también lo sabía.

"¿Cómo se comporta contigo ahora... después de lo que pasó?"

"Está enfadado, pero no por lo que hicimos", respondió ella. "Está enfadado por las mentiras que dije para que estuviéramos juntos. Y tiene razón. Sus acusaciones están totalmente justificadas. No me di cuenta de sus sentimientos. No pensé en las consecuencias. No presté atención al daño que mis acciones podían causarle... teniendo en cuenta la relación que...". Portia se secó las lágrimas. "Pero a pesar de todo eso, no desharía lo que he hecho. Estás aquí conmigo, e hice lo que debía hacerse".

Al final, el nombre, la reputación y la carrera son todo lo que tiene un hombre que merezca la pena.

Sin embargo, mientras Turner pensaba esto, la humillación continuaba. Su carrera estaba al borde de la ruina. El trabajo de su vida estaba hecho jirones. Los otros miembros del personal del Almirante se reían a sus espaldas. Y parecía que en todos los comedores de oficiales, de aquí a Boston y a Nueva York, circulaba alguna historia que involucraba el nombre del capitán George Turner.

Algunos rumoreaban que la noche del incendio del *Gaspee* estaba borracho en alguna taberna de Providence. Otros decían que se estaba acostando con algún alférez sin nombre en Newport. Eran pocos los que susurraban que Turner temía ser sorprendido en medio de alguna escaramuza, por lo que se escondía mientras *el Gaspee* era atacado. Se le revolvía el estómago sólo de pensar en esas mentiras.

Su ira crecía, pero soportaba los comentarios socarrones y las miradas de desdén. Incluso los soldados rasos le miraban con descaro, tratándole con menos respeto del que merecía. Intentó sobreponerse y mantener la cabeza alta, incluso cuando las bromas entre los demás oficiales se hicieron más abiertas y despiadadas. Pronto quedó claro que no iba a tener la oportunidad de aclarar las cosas. Quizá era mejor que nadie supiera de las artimañas de Portia. Si se supiera que había sido derrotado por una muchacha, su trato no mejoraría. En cualquier caso, no podía hablar, no podía defenderse, porque la verdad exponía al almirante Middleton, que le ordenó guardar silencio sobre los sucesos de aquella noche.

El almirante había actuado de inmediato. Cuando se hizo evidente que su hija había desaparecido, hizo marchar a Halifax, en Nueva Escocia, en un bergantín que navegaba con la marea, a las cuatro mujeres que atendían a su hija. La Sra. Green fue amenazada con perder su empleo. Nadie debía saber que la señorita Middleton había desaparecido. La historia oficial era que la hija del almirante había ido a Nueva Escocia por su salud.

Y lo que es más importante, al parecer, nadie podía saber que existía relación alguna entre Portia Edwards y Helena Middleton.

Esta era la parte que dejaba perplejo a Turner cuanto más pensaba en ella. Le había sorprendido enterarse de la conexión la noche en que ardió el *Gaspee*. Y tampoco se le permitió hacer preguntas. Cuando presentó su informe al Almirante, se le había secado la sangre de la cara. Luego, había arremetido contra Turner sin piedad, diciéndole que por haber introducido a ese impostor en la casa, Turner sería considerado personalmente responsable de todo el desastre, incluida la chapuza de la operación que dejó al *Gaspee* convertido en un armatoste calcinado en un banco de arena de la bahía de Narragansett.

Turner se paseaba impaciente por el pasillo. La cabeza le latía sin cesar desde hacía seis días. Él no era responsable de nada. Había sido engañado y herido en combate. Sabía que al permanecer en silencio, sin ninguna posibilidad de recuperar su reputación, estaba haciendo el mayor sacrificio de su vida. Y aun así, Middleton no lo trató mejor que a un perro azotado.

Incluso ahora, le hacían esperar en el pasillo mientras oficiales menos competentes estaban en una reunión privada con el almirante. Todos los días era lo mismo. Le habían quitado todas las responsabilidades relacionadas con el ataque al *Gaspee* y con las actividades de los Hijos de la Libertad. Le habían ordenado que se ocupara de una sola cosa: averiguar dónde había llevado Portia a la hija del almirante. Era una tarea denigrante y casi imposible, ya que tenía prohibido interrogar a nadie abiertamente por miedo a que se descubriera la verdad.

Sin embargo, al cabo de una semana, Turner había descubierto información que consideró fiable, y estaba impaciente por comunicársela a su superior. Era hora de pasar a cosas más importantes.

Turner dejó de pasearse y su espalda se puso rígida cuando la puerta del Almirante se abrió por fin y salieron tres jóvenes oficiales. Miró con la punta de la nariz al pueril trío, desafiándoles en silencio incluso a sonreír. Ninguno de ellos se atrevió a mirarle. Sin embargo, el último en cruzar la puerta anunció que el Almirante ya estaba listo para recibirle.

Dentro, la recepción de Middleton fue fría, como lo había sido desde el incidente. Sus ojos no se movían de los papeles que tenía delante. "¿Tienes algo que informar?"

A Turner le molestaba que su superior ya no le reconociera ni por su rango ni por su nombre. "Efectivamente, señor. He conseguido reunir las respuestas que quería".

El almirante levantó la vista, con expresión dubitativa. "Habla."

"Creo que la Srta. Middleton y la Srta. Edwards viajan a Gales, concretamente a casa de una tal Lady Anne Primrose".

"En Wrexham."

"¿Conoces a Lady Primrose?"

"Por supuesto que la conozco. Es una puta jacobita traicionera y problemática, pero siempre ha tenido demasiado dinero y demasiados contactos en las altas esferas para que la toquemos. Y es astuta como un zorro". Middleton le miró con suspicacia. "¿Por qué dices que van allí?"

"La Srta. Edwards pasó su infancia allí, en una escuela Lady Primrose funds."

"¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que la villana no está escondiendo a mi hija en algún lugar de Rhode Island? ¿En uno de esos pueblos olvidados de la mano de Dios que nos asolan? ¿Cómo sabes que no regresó a Boston y la esconde delante de nuestras narices?"

"Para empezar, después de una semana vigilando la residencia del párroco Higgins, sabemos que no están allí y que no ha habido ningún intento por parte de la familia de comunicarse con la señorita Edwards. Sé a ciencia cierta", dijo Turner con seguridad, "que habrían hecho tal intento si ella estuviera en algún lugar en las cercanías de Boston."

"Por supuesto, siendo un amigo de la familia tan conocido y de tanta confianza, usted lo sabría", dijo el almirante, con evidente sarcasmo en su tono.

Turner no tenía respuesta a la insinuación. De hecho, había sido un tonto al confiar en aquella taimada joven, al confiar en cualquiera relacionado con ella. Se obligó a continuar.

"Otro dato que añade peso a mi suposición me lo dio la hija de mi primo, que vive aquí en Boston. La chica resulta ser una buena amiga de la señorita Edwards y..."

"Así que el mal juicio campa a sus anchas en su familia". Middleton se reclinó en su silla y le miró con abierto desdén.

Turner sintió que sus orejas se enrojecían mientras su ira ardía más en su interior. Sin embargo, permaneció rígidamente atento. "Si me permite continuar, señor..."

"¿Qué era ese valioso trozo de información que me proporcionó tu primo?"

"La hija de mi primo recibió la visita de la señora Higgins, quien le dijo que Portia había tenido que dejar Boston inesperadamente, por razones personales. La esposa del párroco también le dijo que la joven no tenía planes inmediatos de regresar. Ante la insistencia de mi prima para que la señora Higgins le proporcionara una dirección para mantener correspondencia con su amiga, la mujer afirmó no saber nada más." Turner continuó antes de que el almirante tuviera ocasión de hacer algún otro comentario despectivo. "Al parecer, mi prima estaba al corriente de la difícil situación económica de la señorita Edwards, hecho que no me sorprendió. Además, como lleva menos de un año en Boston, la joven carece de amigos y contactos aquí. Al mismo tiempo, mi prima me dijo que había oído a la señorita Edwards hablar muchas veces de su benefactora, lady Primrose. Cuando se considera todo esto junto, queda claro que ella llevaría allí a la señorita Middleton, una vez que pudiera asegurarse una plaza en un barco."

"¿Y podría asegurar el paso?"

"Ciertamente podría, Almirante". Turner sintió que su superior recuperaba la confianza, aunque con cautela. "Como sabe, el Sr. Pennington ha partido hacia Inglaterra".

"Su socio me lo notificó cuando me escribió sobre la reunión que habíamos concertado a la que no asistirían. ¿Qué pasó? Me dijeron que Pennington tuvo que marcharse repentinamente debido a una emergencia familiar relacionada con su hermano, el conde de Aytoun".

"Muy conveniente, creo. Se fue el mismo día que secuestraron a su hija. El mismo día que el *Gaspee* fue atacado e incendiado".

"¿Qué estás diciendo, Turner?" preguntó Middleton con impaciencia.

"Estoy diciendo que el Sr. Pennington no partió de Boston. Todos sus barcos que estaban en el puerto todavía están aquí. Tampoco partió en ningún otro barco que sepamos".

"¿Cómo ha ido?"

"He sabido que su barco, el *Lothian*, se espera para cualquier día. Hay un informe, sin embargo, que el barco fue visto no hace un día fuera de Boston, al sur del cabo, y en un curso que lo llevaría cerca de la bahía de Narragansett. "

"Donde Pennington podría reunirse con ella."

"Junto con la señorita Edwards y su hija", añadió rápidamente Turner. "Creo que cuando las vi, estaban esperando a que las recogieran en un bote".

Turner definitivamente tenía la atención de su superior ahora.

"Pero eso no es todo, almirante. Durante los dos días consecutivos anteriores a la destrucción del *Gaspee*, sabemos que el señor Pennington salió de Boston a caballo, pasó por el puesto de control del Neck y luego regresó. Hizo esto dos veces, señor, y mi creencia es que viajaba de ida y vuelta a Rhode Island en preparación para el ataque al *Gaspee*."

"Es una acusación muy fuerte", dijo pensativo el almirante.

"Si me permite reanudar mis tareas anteriores, estaré encantado de traerle las pruebas. Pennington tuvo que estar involucrado. ¿Por qué otra razón elegiría esa noche para partir?". Turner estaba satisfecho con su propio razonamiento. "He oído que la investigación preliminar sobre el atentado no ha resultado fructífera. Creo que la razón de su fracaso es que los responsables persiguen a rufianes sin nombre ni rostro. Si me honrara con tal encargo, le buscaría testigos que pudieran identificar a Pennington como uno de los líderes rebeldes. No es de Rhode Island, y creo que los bribones lo entregarían con gusto para salvar sus propios cuellos".

El almirante Middleton se levantó y se acercó a la chimenea de mármol tallado, acariciándose la barbilla mientras reflexionaba. Finalmente, se volvió hacia el capitán.

"Todo esto es especulación... a menos que tenga nombres específicos de posibles testigos. ¿Hay algo que haya estado ocultando a los que llevan la investigación?"

"Todavía no tengo nombres, señor. Pero los tendré. Con su permiso, puedo..."

"Puedes terminar la tarea que se te ha asignado. Puedes limpiar el desorden que has creado en mi vida y en mi casa antes de tocar cualquier otra cosa. Primero debes *ganarte* de nuevo tu lugar, Capitán. Antes de reanudar cualquiera de tus responsabilidades anteriores, me devolverás a la hija que has permitido que esa joven me robe".

Turner se enderezó, atónito por la reprimenda y por la hipocresía de las palabras del almirante. En todos los años que había servido a Middleton, el hombre había prestado mucha más atención a sus sabuesos, sus caballos y sus jardines que a su hija. Mientras ella permaneciera callada y fuera de su camino, él se daba por satisfecho. Ahora, de repente, ella era lo más importante del mundo.

Turner se preguntó a qué se debía aquel cambio radical. No había amor en ese hombre, de eso estaba seguro. ¿Por qué quería que volviera a estar bajo su dominio? De repente, a Turner se le ocurrió que si Portia era realmente hija de Helena Middleton, ¿quién era el maldito padre?

Si ésta era la razón de la inusual preocupación del almirante por su hija, entonces empezaba a tener sentido. El propio nombre de Middleton, su propia carrera, siempre habían sido lo más importante para él. Quería recuperar a su hija para que no sonara ningún viejo esqueleto en el armario familiar. Debía ser un esqueleto horrible para el Almirante pensar que podría afectar a su carrera.

"¿Tenemos un acuerdo, Capitán?"

Nombre, reputación, carrera. Las únicas cosas que realmente importaban al final.

"Así es, señor".

Turner traería de vuelta a Helena Middleton, y castigaría a Portia Edwards al hacerlo. Ella pagaría por traicionarlo.

"Incluiré tu nombre en el comité que irá a Inglaterra para llevar los informes preliminares sobre el incidente *de Gaspee*. Navegarás en el *Beaver*. Cuando llegues a Inglaterra, sin embargo, sólo tienes un deber, y es encontrar a Helena. ¿Entiendes?"

"Sí, señor", dijo Turner obedientemente.

"He permitido que circule la noticia de que el Helena regresará de Halifax a principios de otoño. Es su trabajo, Capitán, traerla de vuelta para entonces".

"Lo haré, señor", juró Turner.

Capítulo Veintiuno

HELENA HABÍA TARDADO seis días en superar los efectos somníferos de los medicamentos que le habían administrado durante tanto tiempo. Y durante los siete días y noches siguientes, Portia pasó interminables horas al lado de su madre mientras el estómago de la anciana se agitaba con cada cabeceo y balanceo del barco.

Durante aquellos días, Portia vio mucho a Thomas, el cocinero y cirujano del barco, y ambos se hicieron amigos. El hombre negro y delgado como un alambre aparecía en su puerta al menos tres veces al día con una comida para Portia y diferentes tipos de cerveza para Helena. Además de la comida y la compañía que les proporcionaba, Thomas incluso conseguía sacar a Portia del camarote durante unos minutos cada día.

Sabía que era por Thomas que el resto de la tripulación no mostraba ningún vestigio de hostilidad contra Portia, como sí hacía el dueño del barco. Pierce se negó a hablar con ella. No se molestó en reconocer su presencia a bordo, ni siquiera en el más simple de los gestos, y ella lloró por dentro por ello. Lo que ella sentía por él era lo mismo, y buscaba desesperadamente la forma de conseguir que se fijara en ella. Durante la segunda semana de viaje, una ligera esperanza parpadeó cuando el capitán Cameron, un hombre bastante joven de rasgos agradablemente curtidors, apareció en la puerta de su camarote. Sin embargo, Portia no tardó en darse cuenta de que el capitán del barco estaba allí por voluntad propia. Cameron les ofreció su camarote -en realidad, el camarote del segundo-, que, según él, era algo más espacioso que el que ocupaban ellos. Agradecidas por la oferta, la rechazaron. Tanto Portia como Helena estaban contentas con los arreglos que habían hecho.

Sin embargo, aunque nunca se encontraba cara a cara con Pierce, lo veía cada vez que se pedía a la tripulación que se reuniera en cubierta para un ejercicio o para alguna charla, en la que, con bastante frecuencia, él participaba. Portia encontraba esos ejercicios la parte más emocionante de sus días. Cuando su madre empezó a mejorar, incluso se encontró esperando el sonido de la campana para subir a cubierta a observar.

Para estos montajes, los hombres se reunían en la cintura del barco, bajando desde arriba y subiendo desde bajo cubierta. Cada vez que lo veía en los cabos, se quedaba mirando asombrada la forma en que Pierce podía moverse por el intrincado tejido de las jarcias. La velocidad a la que trepaba por el mástil era impresionante.

Y los días que él no estaba, Portia seguía maravillada por la vista. Le encantaba sentir el mar, estar en el barco. Había algo emocionante en la visión de los marineros, con sus calzones y camisas cubiertos de alquitrán azotando la piel oscurecida por el sol, mientras subían a lo alto de las cubiertas. Estudiaba sus movimientos mientras tensaban y tensaban los cabos y los aparejos hasta que las velas estaban izadas y desplegadas.

Hacía tres días que Helena se encontraba lo bastante bien como para salir de su camarote y subir a cubierta con ella. Era un gran espectáculo, y Portia estaba encantada de poder verlo con su madre.

"Dime qué están haciendo ahora".

La pregunta atrajo de nuevo la atención de Portia hacia su madre. Las dos estaban sentadas en un banco de la cintura del barco, fuera del paso de los marineros que trabajaban. "Están cuidando las velas. Son enormes y están llenas de viento. Parecen las alas de un pájaro contra el cielo. El viento ha cambiado al noreste y están haciendo los ajustes que el capitán Cameron ha transmitido al oficial. Thomas dijo que esta mañana hubo un cambio en el viento. Cree que nos espera lo que llamó "un duro golpe".

Portia continuó explicando lo que veía pasar por encima de ellos y en las cubiertas. Había empezado a aprender un poco escuchando a otros marineros. Thomas también había respondido a sus preguntas sobre el viento y sobre cómo utilizaban las velas y los cabos para cambiar de dirección o para aumentar la velocidad o frenar el barco. Intentó describirle a su madre dónde se encontraba cada hombre y qué elegantes y seguros eran mientras se deslizaban por los cabos y las vergas.

"Verdaderamente fascinante. Los hombres tienen vidas tan interesantes".

Portia se rió. "Estoy de acuerdo. Haría cualquier cosa por poder trepar por los cabos hasta lo alto del palo mayor..."

...como parece que le gusta hacer a Pierce, terminó en silencio.

"¿Lo harías ahora?" dijo Helena, sonriendo.

"Me gustaría. Siempre me han gustado las alturas. Me encantan los acantilados y las vistas. Incluso subí a la cima del Monumento cuando Lady Primrose me llevó con ella a Londres una vez. Se puede ver medio mundo desde allí, creo".

"Lo he visto. Es una vista gloriosa".

"Pero tengo curiosidad por saber lo diferente que se siente al llegar tan alto mientras la cuerda se balancea bajo tus pies, mientras luchas contra el viento al subir y contra el movimiento del barco al cabalgar sobre las olas". Portia miró con nostalgia a los hombres que ajustaban las velas blancas y grises. "Es una de esas cosas que probablemente nunca tendré la oportunidad de hacer".

"Uno nunca sabe". Helena apretó su mano afectuosamente. "El mundo está cambiando rápidamente, ¿no?"

"Señorita, ¿desea tener este cubo aquí o en su cabaña?"

Portia se levantó rápidamente. Daniel, un joven marinero en su primer viaje, le tendió el cubo de agua. No era más alto que Portia y probablemente tampoco pesaba más que ella.

"Gracias por traérmelo. Lo necesitaré en el camarote para lavarme, pero puedo bajarlo yo mismo".

"No hay problema, señorita. Yo se lo bajaré". Sonrió. "Voy de camino a la galera, de todos modos, y el viejo Thomas no me dará de comer si se entera de que te lo dejé para que lo llevaras".

Portia dejó a Helena en cubierta, donde se contentó con sentarse al sol y al aire libre. Siguió al joven hasta el camarote y charló con él. Era sumamente agradable sentir la aceptación de quienes les rodeaban. Aunque Helena y ella eran las únicas mujeres a bordo, Portia aún no se había sentido incómoda por ello. Si pudiera hacer que Pierce se fijara en ella...

De vuelta en la cabaña, Portia atacó con ímpetu la ropa que había apartado para lavar.

El primer día que su madre había estado lo bastante bien como para subir a cubierta, Portia la

había dejado por un momento, corriendo al camarote a buscar un chal para ella. Cuando regresó, descubrió que Pierce se había acercado y se había presentado cortésmente a Helena. El segundo día, se detuvo para preguntar por su salud, pero se inclinó rígidamente ante Portia sin mirarla. Y ayer, mientras Portia había bajado a la cocina para traerles la comida, Pierce había llevado a Helena a dar un corto paseo por la cubierta de popa.

Su madre estaba completamente cautivada por los buenos modales del hombre. Y Portia se sintió triste y frustrada por su impotencia para enmendar el pasado. Ni siquiera le daba la oportunidad de hablar con él. No sabía cómo conseguir que al menos la perdonara, por no hablar de agradecerle una vez más su amabilidad con ambos.

Mientras fregaba la ropa, empezó a sudar enseguida, no tanto por el trabajo como por su frustración. Colgó los vestidos y la ropa interior en una cuerda que había tendido por la cabaña, recogió el cubo de agua sucia y volvió a subir por la escalera.

Helena no estaba donde la había dejado. Portia no se sorprendió al levantar la vista y encontrar a su madre del brazo de Pierce mientras paseaban por la cubierta de popa. No estaba celosa, se dijo a sí misma. Su dolor no provenía de los esfuerzos de Pierce por ser agradable con Helena.

No, Portia sufrió porque lo amaba.

La observaba siempre que ella no se daba cuenta de que él la miraba. Preguntaba a su gente qué hacía ella. Se preocupaba por su comodidad y su salud, pero parecía que prosperaba a pesar de las dificultades de cuidar de su madre y permanecer en la estrecha cabaña. Se las arreglaba con lo poco que había traído. Le contaron que nunca se quejaba. De hecho, "la señorita", le dijo Thomas, "era firme como cualquier capataz de toda la maldita marina de Su Majestad".

Pierce la vio aparecer de nuevo en cubierta con un cubo en la mano. Había ordenado a los hombres que hicieran todas sus tareas, pero ellos le dijeron que ella generalmente rechazaba sus ofertas. Ella limpiaba su propio camarote, lavaba su propia ropa, incluso insistía en ir a la cocina y conseguir su propia comida, ya que su madre volvía a comer. Y eso no era todo. Pierce se había dado cuenta de que muchos en su tripulación rivalizaban por su atención. Incluso el más hosco de los viejos alquitrantes parecía ablandado por ella. Todos eran bastante obvios en sus intentos de complacerla.

Al mencionárselo al capitán del barco, Pierce oyó muchas razones para ese comportamiento, y ninguna de ellas la más obvia. Al parecer, se había aprendido los nombres de la tripulación en pocos días. Preguntó por sus familias, las que tenían. Y había observado desde la barandilla de popa, sorprendido cómo tantos de ellos se reunían en la cubierta de proa mientras Portia les leía mientras se ponía el sol.

Incluso desde lejos, Pierce podía decir que el mar estaba de acuerdo con ella. Parecía vibrante, hermosa, desinhibida, y a él le dolía seguir manteniendo las distancias.

"¿Por qué sigue guardando rencor a mi hija, Sr. Pennington?"

La pregunta de Helena le raspó la costra de la herida. Vio que Portia las miraba brevemente antes de tirar el agua por la borda y desaparecer de nuevo por las escaleras de la tercera clase.

"¿Rencor, señora?", respondió él, decepcionado de que ella se hubiera ido. "No le guardo rencor".

Durante los últimos tres días, había esperado que encontrar a su madre con él diera a Portia una razón para acercarse, para decirle algo. Pero ella estaba siendo tan terca como él.

"Creo que no estás siendo del todo sincero".

"¿Y qué te hace decir eso?" Miró a la mujer del brazo. Helena ya había superado lo que Pierce esperaba de la hija del almirante Middleton. Y seguía sorprendiéndole.

"Porque resulta que soy confidente de mi hija. Ella me contó todo lo que tuvo que hacer para liberarme de la casa de mi padre. Me contó lo mal que te hizo y lo traicionado que te sientes por sus actos". Se detuvo, le soltó el brazo y se encaró con él. "Pero, ¿por qué permitís que exista esta barrera entre vosotros?"

Pierce intentó pensar en una forma diplomática de redactar su respuesta. Después de reunirse con su hija por primera vez en veinticuatro años, Helena no necesitaba oírle enumerar los defectos de Portia.

"Te diré algo", continuó. "Creo que no deseas despedirla de tu vida, porque si así fuera, no creo que trataras a su madre con tanta cortesía y atención".

Pierce negó con la cabeza.

"Dígame la verdad, señor", dijo ella con severidad. "Lo que he perdido en visión, lo he ganado en mis otros sentidos. Siento su vacilación. Permítame asegurarle que no hay nada que pueda decirme que me sorprenda o decepcione con respecto a Portia".

"Srta. Middleton, sólo la conoce desde hace menos de un mes. Y, sin duda, ha parecido perfecta en todos los aspectos durante ese tiempo. No sé lo que le ha contado, pero estoy seguro de que sus sentimientos podrían ser un poco diferentes si hubiera visto realmente los peligros a los que se expuso mientras intentaba liberarla."

"Me estás diciendo que se arriesga para conseguir sus objetivos. Si fuera un hombre, eso sería una cualidad de grandeza. Creo que el proverbio dice: 'La fortuna favorece a los valientes'. ¿Quiere decirme que critica la misma virtud en ella porque es una mujer?"

"Sí y no", dijo Pierce. "Sí, porque las consecuencias de sus actos podrían haber sido mucho más graves por ser mujer. Y no, porque sus acciones me habrían parecido censurables aunque fuera un hombre. Fue más allá de lo razonable y entró en el terreno de la imprudencia temeraria".

"¿Lo hizo? Me pregunto. No oigo gran convicción en su voz, Sr. Pennington. Aún así, ¿es esa razón suficiente para seguir enfadado con ella considerando que ningún problema le ocurrió a ella, a usted o a mí?"

Pierce no dijo nada por un momento.

"Entonces, ¿qué más tienes contra ella?" Helena presionó.

Ella quería honestidad, así que Pierce decidió dársela. "Portia tiene una sola mente. Una vez que se concentra en algo, el resto del mundo debe apartarse. No ve nada más que su objetivo final. Se vuelve ciega a los sentimientos de los demás, insensible a cualquier dificultad que pueda estar infligiendo a otros. No hay más camino que el suyo, que el que ella ha elegido. No retrasa sus planes en aras de la seguridad. Ella..."

"¿Y hace todas esas cosas horribles por su propio bien?" Helena interrumpió. "¿Es ambiciosa? ¿Egoísta? ¿Busca la riqueza? ¿Hace tanto daño por su propio bien? ¿Para mejorar su lugar en el mundo?"

"No", dijo Pierce entre dientes apretados.

Esta era la diferencia, aquí mismo, revelada y explicada a él por una mujer casi ciega que había pasado la mayor parte de su vida en una especie de reclusión. Esta era la diferencia entre Portia y Emma. En el centro de las acciones de Portia estaba el deseo de hacer algo por otra persona, por su madre. En todo lo que Emma había intentado hacer, su única preocupación había sido ella misma.

"Por favor, no me malinterprete", dijo Helena, suavizando el tono. Le puso una mano en el

brazo. "No estoy excusando las acciones de mi hija, pero estoy tratando de explicarlas de la manera en que yo misma las entiendo. Verá, yo ya he pasado por todo esto. He estado en su lugar, Sr. Pennington, y sé lo difícil que es entender ese comportamiento. Es casi imposible, a veces, encontrarle sentido. Pero necesitaba hacerlo, como usted, porque esta cualidad es lo que los hace especiales. Es el centro de lo que son. En cierto modo, es una de las razones por las que sentimos lo que sentimos por ellos. Es la razón por la que debemos hacer nuestros propios sacrificios".

"No la entiendo, Srta. Middleton. Acaba de conocerla por primera vez".

"No exactamente". Sacudió la cabeza. "Esto es tan difícil de explicar. Pero Portia. Su forma de ser. Su impulsividad, su temerario amor por el peligro, su incapacidad para reconocer las restricciones que nos impiden a la mayoría de nosotros disfrutar de la vida al máximo: todas estas cosas las lleva dentro con total honestidad. Así era su padre, y probablemente lo siga siendo. No puede evitarlo. Nació con la aventura en la sangre. Tiene que encontrar causas y luchar contra ellas. Si no es una cosa, señor, entonces será otra. En eso puede confiar".

Pierce la miró con curiosidad. "¿Dijiste que el padre de Portia está vivo?"

Helena se agarró a la barandilla y volvió la cara hacia el sol. Mechones de pelo dorado se escaparon de su larga trenza y bailaron al viento. Su expresión se tornó suave y él supo que estaba recordando una época diferente. Durante unos largos minutos, Pierce permaneció en silencio, dejándola disfrutar de sus recuerdos. Finalmente, se volvió hacia él.

"Creo que está vivo. Llevo muchos años recluso, pero noticias de esa importancia me habrían llegado. Si estuviera muerto, lo sabría".

Trató de armar en su mente una lista de personas que podrían haber engendrado a Portia. Un jacobita. Alguien lo suficientemente importante como para que la noticia de su muerte llegara a las colonias. La lista era muy corta. "¿Le has dicho a Portia algo de esto?"

"Por supuesto que no".

Pierce se acercó hasta situarse a su lado, junto a la barandilla. "¿Por qué me cuentas estas cosas antes de revelárselas a tu hija?"

Helena levantó la vista hacia él. Por primera vez sus ojos parecían ver. "Porque sé lo que pasó entre ustedes. Y sé que ella está sufriendo ahora, de la forma en que una mujer sufre cuando su corazón ha sido pisoteado".

Inmediatamente surgieron objeciones en él. Ella había sido la que había destruido lo que había entre ellos.

Pierce dudó. ¿Pero lo había hecho? ¿Qué responsabilidad asumía él por todo lo que había pasado? Fue él quien la había llevado al Perla Negra. Fue él quien no la había ayudado voluntariamente cuando ella se lo pidió. Fue él quien le había hecho el amor.

Y luego la había rechazado, haciéndose tanto daño a sí mismo como a ella al alejarse. Tal vez incluso más.

"Pero esto aún no es razón para decirme lo que Portia debe saber."

"Creo que sí. Necesito que entiendas que, a pesar de sus aparentes circunstancias, Portia no es la hija de un caballero, si eso es lo que motiva tus acciones."

"No es así", dijo tajantemente.

"Me alegra oír eso, ya que no se me ocurre ninguna forma de llegar hasta su padre". Agarrándose a la barandilla, se alejó de él, girando finalmente y siguiéndola a lo largo de la cubierta.

Se quedó a su lado. "Teniendo en cuenta lo importante que es para Portia tener una familia - lo desesperada que estaba por encontrarte-, ¿no crees que tiene derecho a saber la verdad?"

"Sí, lo sé", dijo Helena suavemente. "Y se lo diré... cuando sea el momento adecuado".

La tormenta que Thomas había pronosticado se abatió sobre ellos rápidamente hacia el atardecer, azotando el barco durante varias horas antes de pasar. Durante la noche, el cielo se fue despejando y el mar volvió a la calma con las primeras luces del día.

Portia terminó de remendar la manga de la camisa de repuesto que le había prestado Daniel. Antes de lavarla, la tela estaba endurecida por el alquitrán y el agua salada, y aún lo estaba, hasta cierto punto. Le había rozado la piel cuando se la probó, pero de todos modos era funcional, y eso era lo que importaba. Dobló la camisa y se la puso encima de los pantalones grises. La cintura de los calzones era demasiado grande, pero pensó que un trozo de cuerda enrollado en ellos serviría.

Tendrían que servir. Definitivamente los necesitaba para el lugar al que planeaba ir.

"Buenos días."

Portia lo enrolló todo rápidamente y lo puso junto a su baúl. Se volvió hacia su madre. Se preguntó cuánto tiempo Helena había estado despierta. "Buenos días."

"¿Qué estás haciendo? Te he estado escuchando. Me ha parecido oír el sonido de un hilo al tirar".

Puede que su madre no vea muy bien, pero cada día es más independiente.

"Sólo remendando algunas ropas que pertenecen a Daniel." Se levantó y dobló su ropa de cama. "Subí a cubierta al amanecer. Promete ser un día precioso. Ni una nube en el cielo y una brisa ligera y constante. Pensaba pedirle a uno de los marineros que me enseñara cómo se hacen los nudos con las cuerdas. ¿Qué te parece?"

Era fascinante ver a Helena desplegar sus alas. Evidentemente, la disminución de su vista no iba a frenarla en absoluto. Cada día insistía más en que Portia no hiciera por ella cosas que podía hacer ella misma.

"Después del desayuno, el capitán Cameron se ofreció a dar un paseo conmigo por cubierta. Y por la tarde, el Sr. Pennington nos ha invitado a todos a una taza de té".

Portia se dijo a sí misma que pediría a Daniel o a Thomas que acompañaran a Helena a los aposentos del capitán cuando llegara el momento. No quería ni acercarse a la puerta de aquel camarote.

Su madre se sentó en la litera. "¿Tienes algún vestido que pueda ser presentable para la ocasión?"

"El vestido gris que llevabas cuando salimos de Boston es el que está en mejor estado de todos. Estás preciosa con él".

"No me refiero a mí. Me refería a ti. ¿Tienes algo que puedas ponerte?"

El corazón traidor de Portia comenzó a acelerarse. "Pero no voy a ir".

"Estabas invitado".

"¿Fui yo? ¿O sólo supones que la invitación me incluía a mí?"

Helena balanceó con gracia los pies sobre el lateral de la litera. Su pelo rubio le caía hasta la cintura. Portia vio picardía en el rostro de su madre, y era una mirada nueva que no había visto antes.

"Creo que, considerando la generosidad del caballero, sería de muy mala educación ignorar la invitación".

"No has respondido a mi pregunta. Dígame la verdad. ¿Qué dijo el Sr. Pennington?"

"Me dijo que esperaba que no me ofendiera si no nos enviaba una invitación formal, pero que esperaba que le honráramos con nuestra presencia. Indicó que serviría el té en el camarote del capitán a las tres, que el señor Cameron asistiría y que esperaba que complaciéramos su petición."

"Te referías a *ti*".

"Usó el plural *tú*".

"Creo que no, madre. No haré el ridículo asistiendo a un té al que no se espera que asista".

Helena se inclinó hacia delante, arqueando una ceja. "Creo que ahora estás siendo obstinada".

Portia apiló las mantas dobladas en un rincón junto a su baúl. "Por favor, entiéndelo, madre. Nada ha cambiado. Sólo que no deseo ir donde no me quieren".

"Ridículo".

"¿Qué es ridículo?"

"Tú y Pennington. Cada uno suspira por el otro, pero ninguno de los dos da un paso para resolver su problema."

"No suspira por mí".

"Yo digo que sí, y no deberías discutir conmigo".

"¿Por qué no?"

"Porque eres mi mo..." Helena sacudió la cabeza. "Quise decir, porque soy tu madre".

Portia no pudo evitar una risita ante el desliz. "Entonces, como tu madre, te ordeno que no me sermonees sobre estos complicados asuntos personales".

"Soy *tu* madre". Helena sonrió. "Y eres testaruda, como él dice. Y realmente no hay nada complicado en esto, en absoluto. Ahora quiero que pongas fin a esta tontería. Ve y discúlpate con él para que yo deje de sufrir así".

"¿Sufriendo?" Portia se cruzó de brazos y se acercó lo suficiente como para saber que Helena podría verla. "¿Cómo es posible que estés sufriendo por algo que sólo nos concierne a Pennington y a mí?"

Helena extendió la mano y agarró la muñeca de Portia. Tiró de ella hasta que la más joven se sentó junto a ella en la litera. "¿Te das cuenta de que cada vez que vuelvo de pasear con él, tengo que escucharte suspirar y gemir durante la siguiente hora?"

"Yo *no* suspiro ni gimo", gritó Portia.

"Tu madre está hablando. No interrumpas", regañó Helena suavemente. "Y Pennington es aún peor. Cuando paseamos, quiere saber qué has hecho esa mañana, o la noche anterior, o con quién has conversado, o qué libro estabas leyendo a la tripulación, o si el suelo del camarote es demasiado duro para tu espalda, o si estabas lo bastante abrigada cuando..."

"Helena Middleton, estás contando cuentos. No puedo creerte. Debería darte vergüenza inventarte todas estas cosas". Pasó un brazo por los hombros de su madre y la abrazó con fuerza, sin darle oportunidad de negar la acusación. "Y te quiero por lo que crees que estás haciendo. Pero no... no... no. Ese primer día le pedí disculpas. Tal como quedó, dijo que avisaría cuando hubiera decidido sus sentimientos".

"Así que es un poco lento". Helena tocó las mejillas de Portia y la miró a los ojos. "No lo culpes por ser un hombre, mi amor. Ya pasaron tres semanas. Probablemente se esté dando cuenta de que *tiene* sentimientos. Tal vez necesite un empujoncito. Sólo uno pequeño. Si no quiere disculparse de nuevo, puedo entenderlo. Pero al menos dale una pequeña sacudida".

Capítulo Veintidós

EL CIELO parecía despejado y los vientos eran regulares y constantes. Si el tiempo se mantenía, podrían llegar a puerto una semana antes de lo previsto.

Joseph Cameron siguió explicando su buena marcha, señalando la ruta en sus cartas y hablando del tiempo y la tripulación y otras cosas. A Pierce, sin embargo, le costaba mantener la concentración en las palabras del capitán del barco. Inquieto, excitado, incluso un poco nervioso, estaba decidido a poner fin a las dificultades entre Portia y él. Y lo haría hoy.

La puerta del camarote del capitán se había quedado abierta y oyó la voz de Helena en cuanto llegó a la cubierta de popa. Cameron recogió sus cartas de navegación. Pierce fue a saludar a sus invitados, pero se decepcionó al ver al joven marinero ayudando a la mujer mayor a bajar el empinado tramo de escaleras.

Pierce pensó que se había recuperado bastante bien de su decepción y acompañó a Helena al interior. La mujer mayor estaba bastante alegre, charlando abiertamente y, obviamente, disfrutando de la compañía de los dos hombres. Finalmente, cuando Pierce pensó que ya no podía soportarlo más, Cameron hizo la única pregunta que importaba.

"¿Se nos unirá más tarde la Srta. Edwards, señora?"

"No lo creo", respondió Helena agradablemente. "Creo que está ocupada en otra cosa".

"¿Cómo es eso?" Pierce tuvo que preguntar.

"Ella cree que no sé nada al respecto. Pero después de todas sus preguntas a la tripulación sobre nudos y velas y aparejos... y luego pedirle prestada algo de ropa a uno de los marineros... no me extrañaría que estuviera tramando alguna travesura esta tarde".

Pierce miró preocupado la puerta abierta.

"La señorita Middleton y yo estaremos encantadas de tomar una taza de té sin ti, Pierce, si te importa ir a buscar a la señorita Edwards y ver si puedes convencerla para que se una a nosotros".

Pierce salió por la puerta en un momento.

No se la veía por ninguna parte de la cintura del barco, ni tampoco en la cubierta de proa. Dudaba que, en un día tan hermoso como aquel, estuviera en la cocina o en algún lugar bajo cubierta. Aun así, decidió que empezaría por su camarote.

Justo cuando Pierce iba a bajar los escalones que conducían a la timonería, vio a un puñado de marineros de aspecto más bien ansioso que miraban hacia los cabos que conducían a lo alto del palo mayor.

Portia subió despacio, mientras repetía mentalmente una y otra vez el consejo de Thomas. No

mires arriba ni abajo. Presta atención a los obenques con las manos y tantea los cabos con los pies.

No se había dado cuenta de la distancia que había entre cada peldaño de cuerda que conducía hacia arriba. Cada vez que se paraba en una cuerda, tenía que tirar de sí misma para poner el pie descalzo en la siguiente. Y el trabajo de los brazos era más difícil que el de las piernas, pero aun así siguió subiendo. Se alegró de estar descalza, porque con cada movimiento sucesivo por encima de la cubierta necesitaba sentir las duras cuerdas con los pies. Pero ya sentía las manos rozadas y cansadas, y aún no había subido ni una veintena de peldaños.

Pero no estaba dispuesta a rendirse. No después de todo lo que había suplicado a Thomas para que se lo organizara. A su amigo le había costado mucho convencer a los demás marineros de que no sería mala suerte que una mujer se vistiera de hombre y probara suerte subiendo a las jarcias. Día tras día, viendo a los marineros subir y bajar por los cabos, moverse por las jarcias, desplegar velas, rizarlas y arriarlas, Portia se había obsesionado con el deseo de saber qué se sentía al estar tan alto en el aire. Y ahora lo estaba haciendo.

Rompió su determinación y miró hacia abajo, a los rostros nerviosos de la tripulación. Quizá estaba tan arriba como para mirar al boticario desde la ventana del tercer piso. No había mucho por lo que estar nerviosa.

Portia desvió la mirada y volvió a concentrarse en el punto al que llegaban sus manos. Siguió subiendo. Thomas le había hecho prometer que sólo subiría hasta el primer caballete. Al llegar allí, volvió a mirar rápidamente los rostros respingones de abajo y luego su mirada se desplazó más allá de las velas grises y blancas hacia los mares en calma que había más allá.

El ascenso hasta aquí, aunque duro, fue tranquilo. Sabiendo que probablemente no volvería a tener esta oportunidad, Portia decidió subir unos cuantos peldaños más antes de regresar a la cubierta inferior.

Se oyeron algunas llamadas desde cubierta, pero la brisa soplaba y no pudo distinguir si los gritos iban dirigidos a ella o no. No quería saberlo y siguió subiendo. Tras subir otra docena de escalones, Portia echó otro vistazo al mar. Era tan grande y plano. Era un campo interminable de grano verde azulado, con flores blancas. Parecía no tener fin. Aferrada a uno de los cabos, disfrutaba del paisaje cuando, de repente, el barco se inclinó y todo a su alrededor se torció y se inclinó hacia abajo.

Portia sintió que el estómago se le subía a la garganta. El corazón le latía con fuerza en el pecho y, de repente, una de sus manos se soltó mientras el mástil la balanceaba hacia fuera. Su cuerpo se doblaba hacia fuera, por un momento pensó que el impulso la arrancaría de las jarcias y la arrojaría al mar.

Mientras se aferraba a las cuerdas con una mano, sintió que los dedos de los pies intentaban agarrarse a los peldaños. De repente le dolían todos los músculos del cuerpo y la cabeza empezó a darle vueltas. Entonces, cuando pensó que ya no podría aguantar más, el barco se enderezó y ella se vio presionada contra las cuerdas.

Portia aguantó, intentando recuperar el aliento y calmar los nervios. Sabía que tenía que bajar mientras le quedaran fuerzas, pero no conseguía mover los pies ni hacer que sus manos, acalambradas, soltaran su agarre mortal a los tirantes.

"Este no es lugar para descansar. ¿Subimos a ver más, o estás listo para bajar?"

No le había visto llegar, pero allí estaba, en un sparring, a pocos metros de ella. Portia sintió ganas de llorar y reír al mismo tiempo. Nunca se había alegrado tanto de ver a Pierce como en ese momento.

"Creo que esto es lo más alto que me gustaría llegar".

Su expresión le decía que estaba aliviado. Tenía las mangas de la camisa arremangadas. El antebrazo musculoso se extendió hacia ella.

"Dame tu mano en eso, ¿quieres, amigo?"

Sin siquiera pensarlo, alargó la mano y los dedos de Pierce la estrecharon con fuerza. Luego, con una sonrisa, la soltó y se balanceó ágilmente sobre la cuerda. En un momento estaba justo debajo de ella.

"¿Podrías bajar por tu cuenta?"

Portia asintió. Deslizó las manos por los obenques, alcanzando el espacio hasta que su pie tocó la siguiente línea de rata, y descendió. Podía sentir a Pierce moviéndose justo debajo de ella, hablándole durante todo el trayecto. Estaba tan cerca que a veces sentía el roce de sus pies con sus manos. Tan cerca que no dudaba de que la atraparía si se caía.

Pareció una eternidad antes de que Portia se acercara a la más baja de las velas mayores.

Al salir por debajo, se sorprendió al oír una fuerte ovación en cubierta. No se había dado cuenta de que toda la tripulación se había reunido para observar.

Portia vio a Pierce bajar de la barandilla y se sintió conmovida cuando él no hizo ningún movimiento para ayudarla, sino que esperó pacientemente hasta que ella se dejó caer sola en la sólida cubierta de madera.

La segunda ronda de vítores fue ensordecedora.

Pierce controló sus emociones, retrocediendo mientras los hombres reunidos en cubierta la aclamaban y se burlaban de ella e incluso le ofrecían un puesto en la tripulación. Pierce mantuvo la distancia mientras el bamboleo desaparecía de sus piernas y el color y la sonrisa volvían a su rostro. No se acercó a ella mientras se desataba la cinta y se sacudía el pelo suelto con la brisa. Incluso esperó hasta después de que la tripulación se dispersara, algunos volviendo a sus tareas, otros formando una escolta para llevar a Portia de vuelta a su camarote.

Esperó todo lo que pudo, bajó a la tercera clase y llamó a la puerta de su camarote.

Portia lo abrió como si lo estuviera esperando.

En el momento en que la vio, todo su control se disipó inmediatamente en el aire y sus emociones estallaron. "Tú *nunca*..."

"*Nunca*...", repitió ella, metiéndole en el camarote y cerrando la puerta. "Nunca volveré a hacer algo tan tonto como trepar sola por esos cables de rata".

Entonces, antes de que pudiera decir nada, ella estaba en sus brazos y le daba suaves besos en la cara.

"Pierce, nunca he tenido tanto miedo como en ese momento. Y entonces tú estabas allí. Sabías que te necesitaba. Como siempre haces, estabas ahí para ayudarme".

"Como siempre hago, me gustaría estrangularte".

Pero en lugar de eso la besó, volcando la frustración de tres semanas en el acto de estrechar a Portia contra él y devorar sus labios. Era tal y como la recordaba. Apasionada, hermosa, embriagadora.

Lo abrazó con fuerza y su boca respondió con sus propias exigencias. Sus labios se separaron y dio tanto como recibió. Lo necesitaba tanto como él a ella.

"Dios mío, te he echado de menos".

Apoyó la espalda en la puerta. "¿Significa esto que has decidido qué hacer conmigo? ¿Has decidido perdonarme?"

"¿Cómo podría no hacerlo?"

Enredó los dedos en su pelo rizado y salvaje. Miró sus hermosos ojos y recordó cómo su corazón había dejado de latir cuando la vio trepar por las jarcias del palo mayor. El miedo a que pudiera morir en cualquier momento le entumecía. Y entonces se movió más rápido que nunca.

"Eres una hechicera. Me has hechizado y no tengo más remedio que bailar según tus deseos".

Pierce volvió a besarla, esta vez despacio, profundamente. Intentó enredarla en aquel hechizo con él y hacerla desear aquella intimidad que habían compartido una vez. Le acarició la garganta, deslizó los dedos hacia abajo y le acarició el pecho a través de la tela gruesa y áspera de la camisa.

"Nunca imaginé que me encontraría besando a un marinero", susurró.

Cuando él rozó con sus labios la sensible piel de su garganta y luego debajo de su oreja, Portia recostó la cabeza contra la puerta y cerró los ojos. Sabía a viento y a mar. Su pulgar rozó suavemente su pezón hasta que pudo sentir cómo se endurecía y se extendía.

"¿Llevas algo debajo de esta camisa?"

Sacudió la cabeza. Él gimió, y el sonido de su cabeza golpeando contra la puerta la hizo sonreír.

"Entonces será mejor que salgamos de esta habitación antes de que olvide todas mis buenas intenciones", gruñó. Pierce volvió a pasarle las manos por el cuerpo antes de apartarse de mala gana. "¿Quieres cambiarte y reunirse con nosotros en los aposentos del capitán? Tu madre lleva esperando allí desde hace una eternidad".

"Pero creo que me gusta el efecto que te produce mi nuevo atuendo", bromeó. "Tal vez debería usar esto para lo que queda de este viaje".

Pierce apretó íntimamente sus caderas contra las de ella para que se diera cuenta de lo que le estaba haciendo. "Si vienes a mi camarote esta noche con esto puesto, o con cualquier otra cosa, te prometo que el efecto... y la consecuencia... serán los mismos. Te los arrancaré del cuerpo en cuestión de segundos".

"¿Segundos?"

"¿Estás lanzando un desafío, descarada?"

"No, no puedo esperar a esta noche". Se agachó rápidamente bajo su brazo y lo rodeó para abrir la puerta.

Pierce quería quedarse. Quería encerrarlos a ambos en sus aposentos durante al menos una semana. No era sólo su cuerpo el que tenía hambre de ella, también su mente estaba hambrienta de su compañía. No sabía cómo ni cuándo había sucedido, pero ahora ella le importaba. Mucho.

Portia le abrazó por última vez y le empujó hacia la puerta. "Tienes que irte para que pueda seguirte".

Abrió la puerta y entró en el estrecho pasillo, y entonces recordó algo que le rondaba por la cabeza.

"¿Qué quisiste decir cuando dijiste que no deberías haber escalado esas cuerdas solo? ¿Sola? ¿Significa eso que vas a volver a hacerlo?"

"No sin ti", susurró ella, cerrándole la puerta en las narices.

El camarote del capitán, espacioso y bien amueblado, era un lugar bastante apuesto, en un sentido masculino. Las paredes estaban revestidas de paneles y tapices franceses. A babor había una cama alta y, bajo una gran lámpara de aceite, un escritorio con cartas de navegación y libros. Había una mesa y sillas donde se servía el té y, más tarde, la cena. Pero cuando la tarde se hizo

noche, Joseph Cameron se excusó y fue a ocuparse del cambio de guardia y otros asuntos del barco. Fue entonces cuando Helena se trasladó al cómodo sofá que habían colocado cerca de la popa, frente al asiento empotrado bajo las ventanas que enmarcaban una vista de una dorada puesta de sol.

Portia había dejado de preocuparse por desgastar su bienvenida hacía horas, cuando Pierce le había susurrado que eso era lo menos que esperaba de ella como disculpa. Tenía mucho que hacer para compensar el tiempo que habían estado separados.

De hecho, cuando Helena se ofreció a contarles los años que había pasado en casa de su padre, Portia pensó que él estaba tan ansioso como ella por oír el relato. Y no le importaba, en absoluto, que él lo supiera. Quería que él lo supiera todo, y a Portia le encantaba la sensación de esta nueva apertura.

Le hizo gracia que la acompañara hacia el asiento de la ventana en lugar de al lado de su madre. Con aire despreocupado, se sentó a su lado. Por la sonrisa socarrona de Helena, Portia supo que su madre comprendía lo que estaba ocurriendo.

"A pesar de lo que pueda haber oído -comenzó la anciana-, no siempre he estado recluida y bajo la influencia de esas horribles medicinas. Sólo desde que llegué a Boston. Pero me estoy adelantando. Déjeme empezar por el principio".

El sol aún calentaba la espalda de Portia, y el rostro de su madre resplandecía bajo la luz dorada. Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos antes de continuar.

"No era más que una niña de ojos soñadores cuando mi primer romance me dejó esperando un hijo. Me quedé atónita, por supuesto, pero no me arrepentí. Naturalmente, tanto mi actitud como mi aventura escandalizaron al almirante. Siempre fue un hombre severo y egocéntrico. Tenía grandes responsabilidades que cumplía por su país, y no permitiría que este escándalo dañara su carrera. En cuanto supe que estaba embarazada, situación que mi familia temía desde que descubrieron mi aventura con tu padre, decidieron que debía separarme de la sociedad. Por supuesto, tenían razón. Tal escándalo habría sido devastador para las ambiciones del Almirante. Al darme cuenta de que ya no había ninguna posibilidad de que tu padre y yo tuviéramos un futuro juntos, me volví pasiva, permitiéndoles hacer lo que quisieran."

Unos golpes en la puerta la interrumpieron, y Thomas entró para encender el farol de la cabina. Tras preguntar si querían algo más, se retiró.

Portia deseaba poder detener ahora a su madre y preguntarle por el hombre que la había engendrado. Pero sabía que ése era sólo un eslabón de la larga cadena que componía la vida de Helena. Tal vez ahora que su madre se estaba abriendo a ellas sobre el pasado, sólo sería cuestión de tiempo que ese eslabón se revelase.

"Mi madre, Elizabeth Middleton, aún estaba viva entonces. Y por trágica que pueda parecerte mi vida ahora, podría haber sido mucho peor si ella no hubiera estado allí para protegernos tanto a mí como a ti. Ella me trajo inmediatamente de vuelta a Inglaterra". La mirada de Helena se movió en dirección a Portia. "Aunque me dijeron que te había perdido justo después de nacer, creo que fue gracias a mi madre que fuiste llevada con Lady Primrose y no entregada a algún gitano o abandonada a la vera de algún camino rural... como sin duda habría hecho el Almirante de no estar aún en Francia por asuntos del rey".

Pierce extendió la mano y tomó la de Portia entre las suyas. Entrelazó los dedos, aliviada por no haber tenido nunca la oportunidad de conocer formalmente a su abuelo. No creía que pudiera llegar a entender a un hombre así.

"Mi madre siguió protegiéndome de la ira de mi padre también después del parto. Estaba decidido a encerrar mi secreto para siempre. Para ello, necesitaba encarcelarme. Si lo conseguía,

me pondría en un lugar donde nadie pudiera volver a hablarme ni verme. Como su único hijo, lo había traicionado, dijo. Había intentado destruir su vida y su carrera. Había que castigarme".

"La reclusión no tenía sentido para mí. No deseaba participar en la frivolidad de la sociedad. No tenía ninguna posibilidad de casarme, aunque eso tampoco era un problema, ya que nunca habría aceptado ningún emparejamiento. Así que mi madre dispuso que viviera en una casita de Dublín seis meses al año y los otros seis en una cabaña junto al lago Windermere, en Cumberland. Tenía una mujer que me cuidaba y algunos criados. Conservaba mis jardines... y mis recuerdos... y, a decir verdad, tenía todas las comodidades que uno pudiera desear. Pero no podía durar para siempre. Las rosas tardías empezaban a marchitarse cuando recibí la noticia de que mi madre había muerto".

"¿Cuándo la perdiste?" preguntó Portia en voz baja.

"Hace siete años. Estuvo enferma durante algún tiempo, y cuando mi padre recibió el encargo de venir a Boston tras la conmoción causada por la aprobación de la Ley del Timbre, simplemente no sobrevivió al viaje por mar. Me dijeron que la enterraron en el mar quince días después de zarpar de Bristol".

"¿Y fue entonces cuando te trajeron a las colonias?" preguntó Pierce.

"El verano siguiente. Cuando mi madre se fue, el almirante no perdió el tiempo. Había oído informes de que yo empezaba a llevar una vida menos apartada de lo que él deseaba. La verdad es que me había hecho amigo de la mujer de un maestro de escuela de Dublín, pero ella falleció el invierno anterior al de mi madre. También sabía que yo empezaba a tener problemas de visión, aunque en aquel momento eran muy leves." Helena extendió los dedos sobre el material bordado que cubría el sofá, sintiendo la textura. "Mi padre no necesitaba realmente ninguna excusa, pero eso le sirvió tan bien como cualquiera para traerme a Boston. Como padre obediente, sólo quería lo mejor para mí".

Portia vio formarse una sonrisa burlona en los labios de su madre.

"Y fue entonces cuando nació 'Helena la Loca'. Los problemas empezaron entre mi padre y yo nada más llegar. Después de tantos años, estaba acostumbrada a mi independencia. Durante muchos años fui dueña de mis propias casas, aunque nunca fueron más que un par de habitaciones. Pero aun así, no estaba a cargo de nadie. Esa situación, por supuesto, era difícilmente aceptable para el Almirante. Puso a esa bruja, la Sra. Green, sobre mí. Empujándome hasta que me enfadaba, alegando que mi mente no estaba sana, insistiendo en que me visitaran los médicos y me dieran sedantes que me mantuvieran sometida. *Ésa* era su forma de controlarme".

"Pero luchaste contra ellos", dijo Portia, pensando en lo milagroso que era que Helena hubiera podido mantener de algún modo parte de su espíritu después de tantos años.

"Lo intenté. Pero cada día era más difícil. De hecho, se estaba volviendo casi imposible... hasta que llegaste tú, mi ángel salvador".

Portia se acercó al sofá y se echó en brazos de su madre. Cerró los ojos para contener las lágrimas. Eran tiempos felices, se dijo a sí misma. Estaban juntas, y todo gracias al hombre sentado frente a ellas.

Se volvió y miró a Pierce. La expresión de ternura que vio en su rostro estuvo a punto de derrumbarla.

"Es suficiente historia para una noche". Helena se apartó y se limpió rápidamente la humedad de la mejilla. "Señor Pennington, ¿sería tan amable de acompañar a Helena la Loca y a su revoltosa hija aprendiz de tripulante a su camarote?". Le tendió una mano.

"Sería un honor, señora". Inmediatamente se levantó para ayudarla.

Portia tuvo que retroceder un momento para recobrar la compostura. Sabía que estaba haciendo lo correcto al intentar liberar a Helena de aquella casa, pero ahora también sentía la aprobación de Pierce. No tuvo que decirlo. Lo vio en sus ojos... y lo amó por ello.

Se apresuró a alcanzarlos.

"Una noche encantadora". Helena respiró hondo. "¿Alguna estrella?"

"Millones de ellos", susurró Portia, mirando al cielo antes de que su mirada se fijara en la de Pierce. "Algunos están tan lejos y, sin embargo, otros parecen milagrosamente al alcance de la mano".

"Esos son los mejores", añadió suavemente.

Bajaron las empinadas escaleras y, en la puerta de su camarote, Portia dejó que sus dedos rozaran los de él mientras Helena desaparecía en el interior.

"Necesito ayudar".

"Lo entiendo", susurró, presionando suavemente un dedo contra sus labios. "Habrá otros momentos para nosotros".

Le besó los dedos y entró.

Helena tenía la manta tumbada en la litera y ya se estaba quitando el vestido. Se volvió y sonrió a Portia.

"¿Lo ves? No necesito ayuda. Puedo arreglármelas perfectamente sola esta noche".

"Me alegra mucho oírlo", respondió la más joven, empezando a ayudar a su madre. "Pero no estoy segura de poder hacerlo. Agradecería tu consejo".

Helena se sentó en el borde de la litera. "Soy la persona equivocada a la que pedir consejo".

"Eres la persona *adecuada*". Portia frunció el ceño, colgando el vestido de su madre en una percha en lo alto de la pared. "Siento que puedo estar siguiendo exactamente tus pasos, y necesito saber si...".

"Si piensas eso, entonces necesitas aprender más sobre mi pasado. Para ser sincera, no creo que nuestras situaciones se parezcan en nada". Helena tiró de la mano de Portia y la hizo sentarse a su lado. "La relación que tuve con tu padre estaba condenada antes incluso de conocernos, y ambas lo sabíamos. En el apogeo de mis nociones románticas sobre el amor que creía que estaba floreciendo entre nosotros, sabía que cada uno de nosotros sería considerado el enemigo por nuestras respectivas familias y amigos. Aun así, las pocas relaciones que tuvimos fueron emocionantes, apasionadas. Eran momentos robados, llenos de peligro e intriga. No teníamos futuro, pero no nos importaba. Cuando estábamos juntos, el mundo consistía sólo en nosotros dos".

Helena suspiró, soltándose su larga melena rubia y peinándose con los dedos.

"Cuando nos separaron", continuó finalmente, "seguí viviendo en ese mundo de amor. Tuve que hacerlo. A diferencia de ti, yo no era lo bastante fuerte para luchar contra ese mundo duro y real. No podía valerme por mí misma. No estaba acostumbrada a trabajar. Toda mi vida había estado al cuidado de mi familia. Esperaba que otra persona cuidara de mí el resto de mi vida. Esperaba que mi apuesto caballero volviera cabalgando y me rescatara. Hasta entonces, esperaré".

Helena estrechó con fuerza la mano de Portia entre las suyas. Sus manos eran tan parecidas, sus dedos largos y afilados.

"Por mucho que le quisiera, tu padre no era Pierce. Él también era un soñador romántico. A veces miraba a lo lejos y veía otro mundo. Estaba hecho para la grandeza, y sabía que había que hacer sacrificios para alcanzar esa grandeza".

"¿Y dejarte fue uno de esos sacrificios?" Portia preguntó suavemente.

Helena sonrió, y su barbilla se hundió momentáneamente en su pecho. Un suave rubor había subido por sus mejillas. Parecía inocente, joven y vulnerable. "Me gustaría pensar eso. Es lo que me he estado diciendo todos estos años".

"Creo que ésa debe de ser la verdad". Portia apartó un mechón de pelo dorado de la frente de Helena.

Levantó la vista. "Ese joven que acabamos de dejar tiene más que ofrecer a una mujer que cualquier hombre que haya conocido en mi vida". Helena tomó el rostro de Portia entre sus manos y la miró a los ojos. "Aprecia la vida y tiene un gran sentido de lo que es real. Es responsable. Es honesto. Planifica, pero no permite que sueños descabellados se interpongan en el camino de sus creencias o su lealtad. Y me parece una persona que ni siquiera dejaría que un reino se interpusiera entre él y la mujer que ama".

Helena tocó una lágrima que rodaba por la mejilla de su hija. "Pierce y tú sois personas muy diferentes a vuestros padres, mi amor. Vosotros dos sois mucho mejores, mucho más fuertes. Ve con él ahora. Hay una gran oportunidad de felicidad para ti. Yo no tuve esa oportunidad".

Capítulo Veintitrés

PORTIA SINTIÓ el cambio en el aire en cuanto subió a cubierta. El barco parecía casi desierto, sólo el sonido del viento en las velas y el rugido constante del mar le hacían compañía. De pie junto a la barandilla, contempló el vasto páramo de aguas negras y ondulantes. No podía distinguir dónde terminaba el mar y dónde empezaba el cielo, pues una fina niebla cubría el horizonte. Miró hacia arriba. Muy por encima de ella, más allá del tenso lienzo gris, las estrellas sólo fueron visibles durante unos instantes, cuando las nubes se abrieron paso. Cuando bajó la mirada hacia el agua que corría por el oscuro casco, el sonido de una chirimía volvió flotando desde la cubierta de proa. Era una melodía solitaria, llena de nostalgia, que le llegó al alma.

Las últimas palabras de Helena no habían aliviado sus temores sobre el futuro. No la aliviaron en absoluto. Su camino no estaba ahora más claro que antes. De una cosa estaba segura Portia, no estaba destinada a tener la felicidad que su madre pensaba que podría tener con Pierce. Ellos dos nunca podrían serlo.

Cierto, ella le quería. Pero nunca se había imaginado todos los problemas que ella le había causado. Desde el principio, se le había echado encima, le había perseguido, le había engañado. Incluso su primer encuentro había sido fruto de su imprudencia. Ni siquiera había sido capaz de captar su interés en el baile del almirante, cuando estaba en su mejor momento.

Y más tarde, había sido ella quien se presentó en su casa, lanzándose sobre él una vez más. Portia se preguntaba cómo era posible que sus sentimientos por aquella noche -por ella- pudieran ser diferentes de sus sentimientos por cualquiera de las docenas de mujeres que se habían ido voluntariamente a su cama. Aún recordaba con claridad lo callado y distante que había estado después de hacer el amor.

Portia no quería defraudar las esperanzas que su madre había depositado en ella, pero la verdad era que, en lo que se refería a su posición en la vida, Pierce y ella estaban más separados que Helena y su misterioso amante.

Pierce era hermano de un conde. Era un rico armador, un soltero joven y apuesto, y todas las mujeres que conocía competían por atraer su atención.

Y ella era Portia Edwards, nacida fuera del matrimonio, feliz de haber encontrado a su única familia, su madre. Y qué tenía que ofrecer: dieciocho libras y cinco chelines en su monedero y quizá toda una vida corriendo.

Era simple. Los dos no tenían ninguna posibilidad. Sin embargo, Portia sabía que estaba tan ilusionada con esta relación como su madre lo había estado hace veinticinco años con otro hombre. Todo lo que quería ahora era saborear cada momento del tiempo que les quedaba. No había futuro para ellos, sólo existía el ahora. Por duras que fueran las consecuencias, las afrontaría cuando llegara el momento.

Una nube pasajera decidió derramar unas lágrimas en su nombre, y Portia levantó la cara hacia ella, casi agradecida por el sentimiento.

"Miénteme si es necesario, pero no me digas que piensas subir a las jarcias esta noche".

Portia se volvió para ver a Pierce descender de la cubierta de popa. Se había despojado de nuevo de la chaqueta y se había arremangado la camisa. El cuello estaba desabrochado. También había renunciado a la cinta con la que solía atarse el pelo. Cuando se acercó a ella, pensó que se movía con la suave confianza de un indio mohawk que había visto una vez en Faneuil Hall en compañía de uno de los terratenientes del oeste: oscuro, seguro, noble. Ahora que lo miraba, se le cortaba la respiración al pensar que ella era el centro de atención de aquel hermoso hombre, aunque sólo fuera por ese momento.

"No sabía que estabas aquí arriba". Su mirada recorrió la parte delantera de su cuerpo y ella sintió que el fuego se encendía en su interior. "No te vi cuando subí por primera vez".

Apoyada en la barandilla, rodeó con una mano el sudario que tenía detrás. Él se acercó y le rodeó la cintura con una mano. Cuando su pecho entró en contacto con los suyos, ella dejó de respirar por completo.

"Pero no me has contestado, mi monito de agua". Le rodeó la nuca con una mano y sus labios se posaron sobre los de ella. "Te he visto concentrarte mucho. ¿Qué travesura estás contemplando ahora? ¿Fomentar un motín, tal vez? ¿Planeas conquistar o destruir mi barco?"

Portia no pudo evitarlo. Sus labios estaban tan cerca, su cuerpo tan cálido. Se puso lentamente de puntillas y rozó sus labios con los de él. "Lo que estaba pensando no tenía nada que ver con el barco. Pensaba en ti".

Sus ojos azules parecían negros en la noche. Pequeñas arrugas aparecieron mientras sonreía. "¿Conquistarme o destruirme?"

"Ni lo uno ni lo otro". Ella negó con la cabeza y le besó la barbilla, rozó sus labios fugazmente contra su boca de nuevo. Tímidamente, le mordió la oreja. "Estaba pensando en otras cosas. En una promesa que me hiciste esta tarde".

Intentó apartar la mano de la mortaja, pero Pierce la agarró y se la llevó a la espalda. Su lenta sonrisa la hizo estremecerse.

"En ese caso..."

La besó. Despacio y con una ternura sublime. Pasó mucho tiempo antes de que se apartara. Portia separó los labios, hambrienta de más. Él volvió a sellar sus bocas e iniciaron una seductora danza de labios y lenguas. Portia intentó soltar las manos, pero él las sujetó con más fuerza y el beso se hizo aún más profundo. Su excitación crecía y su cuerpo se tensaba contra el de él.

Ella gimió suavemente cuando él apretó una rodilla íntimamente entre sus piernas. Su tobillo rodeó la pantorrilla de él. El calor se apoderó de su cuerpo cuando él frotó su lomo contra el centro de ella. Estaba completamente excitado, pero era evidente que no tenía prisa. Parecía que disfrutaba haciéndola arder lentamente.

Una depresión inesperada hizo que el barco se escorara, y Portia sintió que ambos se inclinaban peligrosamente sobre la barandilla. Pierce le soltó las manos y ella lo rodeó con fuerza. Él también la abrazó con fuerza, agarrando el sudario con la otra mano.

Ella rió un poco nerviosa y apretó la mejilla contra su corazón. "Bueno, si voy a morir, qué mejor manera de hacerlo que mientras me haces el amor".

"Puedes olvidarte de morir, de que te hagan daño o de que te ocurra algo terrible". Cuando la nave se enderezó, Pierce le levantó la barbilla hasta que sus miradas se cruzaron. "No voy a permitir que eso ocurra. Te guste o no, ahora eres mía para protegerte".

Aunque ambos tenían en su haber distinguidas carreras militares en las colonias, sus caminos nunca se habían cruzado hasta que el teniente Dudingston fue destinado a patrullar la bahía de Narragansett en marzo de este año. Se conocieron cuando el joven y ambicioso oficial empezó a rendir cuentas directamente a sus nuevos superiores en Boston.

Incluso antes de conocerlo, Turner había quedado impresionado por la reputación de Dudingston. El teniente y su barco, el *Gaspee*, no toleraban ninguna tontería y trataban con mano dura a los colonos alborotadores, como se merecían, y habían estado agitando las aguas que conducían a Filadelfia. En cuatro años, había acosado o apresado suficientes barcos sospechosos como para que varios gobernadores coloniales hubieran escrito cartas de protesta al Almirantazgo en Londres. Turner había considerado que el traslado de Dudingston a Rhode Island era un paso firme y positivo. Era un sentimiento que, obviamente, no compartía nadie en aquella asquerosa colonia.

Turner creía que el incendio del *Gaspee* y la herida de Dudingston demostraban que la autoridad colonial fuerte en Rhode Island era simplemente inexistente. Era evidente que los colonos no temían las represalias. Incluso la mísera recompensa -cien libras- ofrecida por el gobernador a cambio de información sobre la persona que hirió al teniente era irrisoria.

El informe preliminar del incidente fue espantoso. La bala había atravesado el brazo izquierdo de Dudingston, rompiéndoselo. La bala se le había alojado en la ingle, cinco pulgadas justo debajo del ombligo. Sangrando mucho y con gran dolor, el oficial se había tumbado en la cubierta del *Gaspee* mientras los atacantes tomaban el control del barco y se llevaban a la tripulación a los botes. Le habían dejado allí sufriendo mientras los asaltantes revisaban el barco. Finalmente, los líderes del ataque habían obligado al hombre sangrante a suplicar por su vida de rodillas antes de llamar a un cirujano entrenado para que le ayudara.

Incluso después de la terrible experiencia, Dudingston había temido por su vida. Incluso cuando fue trasladado a Newport, el teniente se negó a mencionar nombres o a dar detalles. Esperaría, dijo, hasta su consejo de guerra en Inglaterra por la pérdida del *Gaspee*. Turner comprendió el razonamiento del oficial.

El capitán deseaba que su propia razón para guardar silencio fuera tan fácil de explicar. Desde su partida juntos en el *Castor*, él y Dudingston habían pasado muchas horas en mutua compañía, sentados en los aposentos del capitán, jugando al ajedrez y a las cartas. Tal vez debido a sus heridas, el teniente pasaba mucho tiempo bebiendo en exceso. Turner empezaba a esperar con impaciencia el final de aquel viaje, pues cada vez que el oficial se tomaba unas copas -lo que últimamente ocurría con bastante frecuencia-, el herido empezaba a insistirle sobre la vaguedad de su misión en Gales.

"Escuché a uno de los compañeros contar la historia más inverosímil sobre tu misión de hoy", dijo Dudingston, estirando la mano para mover su pieza de ajedrez.

Turner no dijo nada. Ya sabía que no le iba a gustar la explicación.

Dudingston no se amilanó. Se sirvió otra taza de ron. "Lo que he oído sobre tu misión es que no hay misión".

Turner intentó concentrarse en su siguiente movimiento en el tablero.

"Todo esto es por una mujer, me dicen. ¡Una mujer! Sería estupendo tener una a bordo ahora mismo". Se rió amargamente y luego se bebió la copa. "Aunque no tengo ni idea de por qué debería".

Turner no levantó la vista.

"Te contaré un secreto", dijo Dudingston en voz baja. "El maldito cirujano me ha dicho que puede que nunca vuelva a funcionar".

"¿Terminamos este juego mañana?" Turner apartó su silla de la mesa.

"Sin tripulación, capitán", continuó, sirviéndose otra copa. "¿Crees que hay una decoración especial para eso?"

Turner se levantó. No le interesaba en absoluto seguir con esta discusión, y Dudingston se estaba emborrachando bastante.

"Creo que veré al Teniente Lindsay sobre nuestra posición."

"Siéntese, Capitán. Debo disculparme. Este tipo de conversación es totalmente impropia de dos caballeros como nosotros". Hizo un gesto a Turner para que se sentara. "Por favor, Capitán."

De mala gana, Turner se sentó y volvió a centrar su atención en el juego. "Creo que es mi turno".

"Sí". Dudingston bebió un trago de ron y se sentaron en silencio un momento. "Además, quiero saber de esa mujer. Me dicen que la puta te golpeó como a un perro y huyó con un sucio escocés. Dicen que por eso vas tras ella, para darle una lección".

Turner sintió que le ardían las orejas. Luchando contra su ira, se mantuvo bajo control. Tomó el alfil de Dudingston.

"Creo que su reina está en peligro, Teniente."

La mano de Dudingston golpeó la mesa, derramando el ron. Con un movimiento furioso de su brazo sin vendar, tiró el tablero y las piezas de la mesa.

"Al diablo con la reina. Estaban apostando a que nunca la tuviste. Pero no me importa creer eso, Turner. Dime cuántas veces te tiraste a la puta. Quiero pensar que el sucio escocés terminó sólo con las migajas de tu mesa. Dime..."

En su prisa por salir del camarote, Turner derribó su silla, pero no se detuvo a enderezarla. Salió a cubierta, se inclinó sobre la barandilla y respiró con dificultad.

Dudingston tenía razón, pensó. ¡Es una puta! Ella era la única causa de su ruina.

Sin embargo, tenía una misión. Llevaría a Helena de vuelta al Almirante. Pero, por Dios, se aseguraría de que Portia pagara por todo esto primero.

Pierce miró a la mujer que abrazaba. No quería apartar los ojos de su rostro angelical mientras dormía. No había pensado en lo agotadoras que debían de haber sido para ella las últimas semanas hasta que se quedó dormida poco después de que terminaran de hacer el amor. No sólo cuidando de Helena, sino también durmiendo en el duro suelo de un camarote estrecho. No le había ofrecido ningún consuelo. No había hecho mucho por cuidarla. Pero todo iba a cambiar ahora.

Portia hacía cosas extrañas en su interior. Le hacía sentir un dolor que nunca antes había sentido. Antes de conocerla, había conocido a muchas mujeres. Había experimentado la pasión, la fuerza física del deseo. Pero Portia consiguió despertar mucho más en él, y fue liberador saber que ya no la comparaba con Emma.

Ella era su propia persona. Y sus ganas de estar con ella, de hacerle el amor, de protegerla, no tenían parangón con nada que hubiera sentido por ninguna otra mujer.

Pensó en lo cerca que estaban del final de este viaje. Lamentó cuántas semanas había desperdiciado manteniendo las distancias con ella. Tocando un mechón de rizos sedosos de su almohada, Pierce miró el hermoso rostro de Portia y supo que no estaba preparado para que su

tiempo juntos terminara. Ella se agitó en su brazo y él le rozó la frente con los labios. Sintiéndose como se sentía ahora, Pierce creía que nunca estaría preparado para dejarla marchar.

Vio cómo sus párpados se movían y luego se abrían. Sus ojos mágicos se centraron gradualmente en su rostro. "Me quedé dormida".

Ella se estiró perezosamente, y el cuerpo de él cobró vida al sentir su suave piel contra la suya, al sentir el roce inocente de su pie contra su pierna. Era una experta en excitarlo, en volverlo loco de deseo, y ni siquiera se daba cuenta.

Miró en dirección a las ventanas. "Debería volver a mi camarote antes de que Helena despierte".

"Todavía no. Aún es demasiado pronto". Rozó sus labios con los suyos. "Además, creo que tengo la bendición de tu madre para cuidarte".

"Esto sí que es cuidar". Ella sonrió y rodó hasta apoyar la cabeza en su brazo y quedar frente a él. Pasó las manos por las suaves curvas de su espalda mientras ella acurrucaba su cuerpo contra él. "¿Sabes que nunca te he agradecido todo lo que has hecho por ella? Realmente has sido un caballero, un ángel salvador, un..."

"Un tonto por no darte cuenta de la razón que tenías al alejar a tu madre de esa casa". Sacudió la cabeza. "Por haber sido un terco, un testarudo..."

"¡Para!" Ella levantó la cabeza de su brazo y le miró con desprecio. "No vas a reprenderte así. *Fui yo* quien empezó todo mal, y a partir de ahí todo fue cuesta abajo. Si hay que culpar a alguien..."

Le puso un dedo en los labios. "Muy bien. No me reprenderé, pero tú tampoco lo harás. Pero te pido disculpas. Y debes aceptarlo, o fingiré que soy tú y alargaré esta conversación hasta..."

"Aceptado". Ella sonrió, dejando caer la cabeza sobre su brazo y mirándole con tal adoración que Pierce empezó a sentirse incómodo.

Intentó pensar en las palabras adecuadas para la pregunta que había estado contemplando mientras los dedos de ella acariciaban el crecimiento del día en su cara. Finalmente se decidió por la vía directa.

"¿Vendrás a Baronsford conmigo?"

"No puedo", dijo ella sin pensárselo un momento.

"¿Por qué?"

"Porque mi madre y yo debemos ir a Gales. Tengo que encontrar a Lady Primrose antes de que se vaya a algún sitio durante el verano".

"Puede que ya se haya ido", razonó.

"Entonces la esperaremos allí hasta su regreso". Rodó sobre su espalda, mirando al techo.

"Pero eso podría no ser seguro". Se apoyó en un codo y miró la boca obstinada de ella. "Piénsalo, Portia. Cualesquiera que fuesen las circunstancias que rodearon tu nacimiento, fueron lo bastante chocantes como para que el almirante Middleton se sintiera más que incómodo durante todos estos años. ¿Qué te hace pensar que ahora lo dejará pasar? Seguro que enviará a alguien a por ti".

"No sabe dónde estoy".

"El almirante Middleton ha basado toda su carrera en conocer el paradero de sus enemigos". Pierce la agarró de la barbilla y atrajo su rostro hacia él. "Todos tus conocidos en Boston te han oído hablar de tu benefactor. ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que él decida que has vuelto con Lady Primrose?"

"Lady Primrose tiene gran influencia. Ella puede encontrar un lugar para mí en alguna parte, un lugar donde podamos escondernos hasta que encontremos una posición más permanente."

"¿Es eso lo que quieres hacer? ¿Encontrar un lugar donde esconderte? Podrías estar huyendo y escondiéndote el resto de tu vida".

"Es mi única opción". Ella también se impulsó sobre un codo. "Pero liberar a mi madre merece la pena. Ambos estamos dispuestos a tomar esa decisión y vivir esa vida si es necesario. Haremos lo que sea necesario para evitar que vuelva".

Pierce asintió. "Entonces ven a Baronsford conmigo. Puedes enviarle una carta a Lady Primrose cuando el barco atraque en Greenock. Puedes decirle adónde vas, y ella puede enviarte allí su respuesta. De esa manera, no hay posibilidad de ponerte a ti o a Helena en un peligro innecesario. Piensa en ello como una oportunidad para poner tus planes en orden. Es una oportunidad para hacer las cosas bien. Y mientras tanto, estaremos juntos".

"No", dijo ella, empezando a levantarse de la cama.

La empujó hacia abajo, mirándola con desprecio. "No estás siendo razonable. ¿Por qué?"

"Ese es el tiempo que deberías tener con tu familia. No nos necesitas a mí y a mi madre..."

"Pero te necesito". Pierce apretó una mano contra su pecho para mantenerla en el suelo cuando intentó levantarse de nuevo. "¿Eso te importa algo? Te necesito conmigo cuando vuelva a Baronsford".

Pierce se sorprendió a sí mismo tanto como a Portia. No se había dado cuenta de la verdad hasta ahora.

"Admito que estoy algo nerviosa por volver. Dejé ese lugar... bueno, en circunstancias muy desagradables. Mi hermano mayor, el conde de Aytoun, había sido gravemente herido. De hecho, estaba en peligro de muerte. Su esposa Emma, una mujer que conocí toda mi vida, estaba muerta. Nuestra familia había quedado destrozada por los acontecimientos que condujeron a la tragedia. Me fui, jurando nunca volver. Pero ahora lo estoy, y tú eres en gran parte responsable de ello. Fue por las cosas que me dijiste, por el valor que le das a la familia, que finalmente leí la carta de Lyon. Y fue entonces cuando me enteré de los cambios en *su* vida. Fue entonces cuando decidí que debía volver... y quizás hacer las paces".

Las compuertas de su pasado estaban abiertas. Pierce no intentó detenerse. Continuó y le contó a Portia sobre Emma. Sobre David. Sobre Lyon... el hombre que había sido y el que parecía ser ahora. Le contó todas las noticias que había sabido de los cambios que estaban ocurriendo en Baronsford. Ella permaneció en silencio. Sin embargo, sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas cuando oyó que había sido él quien había encontrado a Lyon y a Emma al pie de un acantilado.

"Eres lo único sólido en mi vida ahora mismo". Pierce le dijo finalmente. "Puede sonar extraño, pero tú me haces estar completo. Y necesito estar completo cuando vaya a Baronsford".

Portia se levantó y le besó, con lágrimas brillando en sus ojos.

"Iré. Estaré ahí para ti".

Todavía estaba oscuro en la pequeña cabaña cuando Portia se coló silenciosamente por la puerta. Desvelada, Helena contemplaba la tenue silueta que sabía que era su hija. No dijo nada hasta que la joven se acercó y le ajustó suavemente la manta.

"Estoy muy cómodo, gracias".

"Te desperté. Lo siento."

"Estoy despierto, pero tú no eres responsable de ello. De hecho, al no estar sometido a tus gemidos nocturnos, he dormido muy bien".

"Me alegra oírlo", susurró Portia, agachándose y depositando un suave beso en su mejilla.

Helena sintió el toque de tristeza en la voz de su hija. Cogió la mano de Portia antes de que pudiera apartarse.

"Háblame, mi amor. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué tontería se ha metido entre vosotros dos ahora?"

Portia se sentó en el borde de la litera. "No pasa nada. Pero te lo ruego..." Su voz vaciló. "Te ruego, madre, que no hagas ningún comentario sobre Pierce y yo siendo... teniendo..."

"¿Ser amantes? ¿Ser dos personas claramente hechas la una para la otra?"

"Pierce y yo podríamos ser... bueno, amantes", dijo tímidamente. "Pero eso no significa que haya futuro para nosotros. Y por eso te ruego que no pienses que lo que voy a contarte es más de lo que es".

"¿Qué, niña?"

"Tenemos un cambio de planes. Pierce quiere que vayamos con él a Baronsford, la casa de su familia en Escocia. Piensa que si yo enviara una carta a Lady Primrose en cuanto lleguemos a puerto, podríamos tener una respuesta poco después de llegar a Baronsford. Tiene sentido, porque si ella piensa que estamos más seguros en Escocia de lo que estaríamos en Inglaterra o Gales, aunque sea temporalmente..." Portia se encogió de hombros. "Parece mucho más fácil así".

"Quiere presentarte a su familia. Lo comprendo".

"Por favor, Helena", dijo Portia, con la voz ligeramente quebrada. "Esto es más doloroso de lo que pensé que sería. Debes entender que no puede haber ningún futuro entre Pierce y yo".

"¿Y eso por qué?" La mujer mayor se incorporó y rodeó con un brazo el hombro de su hija. Se sentaron un momento en silencio. "Lo comprendo. Todo esto tiene que ver con las diferencias de su lugar en la sociedad... con el dinero. Puedo decir que a tu joven no le importa nada que no tengas dote".

"Pero me importa", dijo Portia tercamente. "No una dote, necesariamente, pero no entraré en ninguna relación en la que no aporte algo que me dé cierta... cierta base".

"Hasta Helena la Loca sabe que la clase social de una mujer tiene poco que ver con su valor real".

"Pero sé que él y yo estamos demasiado lejos, en todo en la vida". Portia se volvió hacia ella. "Por favor, madre. Déjalo estar".

Helena quería razonar con su hija, pero también lo comprendía. Portia podría haber sido criada en una escuela sin la guía diaria de un verdadero padre. Pero Helena tenía la idea de que sabía lo que Lady Primrose probablemente le había inculcado a esta niña, todas las normas morales y las restricciones de su estructura de clases.

"Muy bien. Me gustaría enviar también una carta a Lady Primrose", anunció a su hija.

"Pensé que no la conocías".

"Ella te cuidó. Te crió. Creo que es hora de que me presente".

Portia le dio una palmadita en la mano. "Será un honor servir como su escriba".

"Gracias. Pero no servirá".

"Me temo que ahora estás tramando una travesura, Helena."

"Nada de lo que debas preocuparte". Se alegró de oír la risa en la voz de su hija. "Esto es sólo algo entre dos mujeres mayores. Necesito hacer mis peticiones sobre el tipo de puesto que Lady Primrose podría ofrecerte. ¡Oh, déjame pensar! Pierce tampoco servirá como mi secretario. Pero ese joven... el Capitán Cameron. Es un amable caballero escocés. Creo que se lo pediré. Creo que lo hará muy bien".

"Creo que te estás encariñando con el capitán Cameron", dijo Portia, burlándose de ella. "Me

pregunto si todo esto no será más que una excusa para pasar tiempo con él".

Helena sonrió. Que pensara lo que quisiera. Era hora de que los secretos se revelaran... hora de que las vidas cambiaran. No iba a quedarse de brazos cruzados y permitir que su hija siguiera sufriendo.

Capítulo Veinticuatro

EL INTERNADO DE BERSE DRELINCOURT, cerca de Wrexham, en Gales, estaba situado en los terrenos de una imponente mansión georgiana perteneciente a Anne Drelincourt, viuda del vizconde Primrose, 3rd. El colegio, un orfanato para niñas, era un lugar tranquilo y protegido, y siempre se había disuadido a los visitantes de visitarlo. El capitán Turner no esperaba ser tratado de forma diferente. Aun así, tenía un asunto oficial y sabía que ella accedería a verle.

Tampoco iría desprevenido. Una parada fortuita para cenar en una taberna de la cercana ciudad de Broughton había proporcionado al capitán Turner una sorprendente cantidad de información. A lo largo de los años, el viejo tabernero, antiguo soldado de infantería del Regimiento Galés de Marlborough, había oído muchos rumores sobre la anciana. Uno de ellos era que Lady Primrose había participado activamente en la causa jacobita durante el Levantamiento de 1745, y que se había hecho amiga de Flora MacDonald, la mujer de las Highlands que había ayudado a Bonnie Prince Charlie en su huida de Escocia tras su sangrienta derrota en Culloden.

Sorprendentemente, esto coincidía con lo que le había contado el almirante Middleton, así como con la información adicional que él mismo había obtenido cuando el *Castor* llegó a Bristol. De hecho, tras el encarcelamiento de Flora en Inglaterra, se enteró Turner, había sido Lady Primrose quien había conseguido su liberación y la había ayudado económicamente.

También había otros rumores sobre Lady Primrose. Bajando la voz, el posadero le contó que se decía que mantenía correspondencia regular con el mismísimo Joven Pretendiente en el exilio, organizando visitas secretas a Inglaterra y Escocia. Sin embargo, su señoría era "alta y poderosa" y "tenía amigos cercanos al mismísimo rey Jorge".

Después de aprender todo lo que pudo sobre la escurridiza mujer, Turner había cabalgado hasta el mismo pueblo de Wrexham y había pasado dos días bebiendo con los lugareños y sobornando a quien creía que podría proporcionarle más información incriminatoria.

Los lacayos y los mozos de cuadra que le recibieron cuando llegó a la puerta principal de la casa señorial le habían mirado con recelo. El mayordomo, sin embargo, llevó su nota mientras Turner esperaba en el vestíbulo bajo la atenta mirada de dos fornidos porteros.

Lady Primrose le recibió con un cortés saludo en su elegante salón. Sin embargo, no se dejó engañar, pues no había bienvenida en su expresión. Era algo más joven de lo que él esperaba, con un practicado aire de indiferencia.

"Su nota dice que acaba de llegar de las colonias en el *HMS Beaver*. Si lo que acabo de leer en la *Gaceta* es cierto, usted debe estar relacionado con la investigación que siguió al incendio de ese barco. ¿Cómo se llamaba? ¿El que fue destruido por esos colonos americanos?"

"El *Gaspee*. En efecto, milady, estoy relacionado con eso", mintió Turner, satisfecho con la

momentánea mirada de interés que parpadeó en el rostro de la mujer. "La razón por la que he venido hasta aquí, sin embargo, tiene que ver con otro asunto más personal que implica a mi oficial al mando, el almirante Middleton".

Pareció considerar el nombre durante unos instantes, pero luego negó con la cabeza. "No creo conocer al caballero".

"Pero puede que conozcas a su hija, Helena Middleton."

Consideró este nombre durante unos segundos más, pensó Turner, pero el resultado final fue el mismo. "Creo que nunca he tenido el placer".

"¿Quizás Portia Edwards, entonces?" Las palabras cortaron el aire con más hostilidad de la que pretendía. Los ojos de la anciana le dijeron que ella también lo había notado. Inmediatamente, trató de recuperarse. "Seguro que conoce a la señorita Edwards. Fue alumna de su escuela hace unos años".

"¿Cómo podría uno olvidar a Portia?" Lady Primrose se sentó derecha en su silla, con las manos recatadamente sobre el regazo, el pelo perfectamente peinado y empolvado. "Pero hace demasiado tiempo que no veo a esa encantadora joven. ¿Cuál es su relación con nuestra Portia, Capitán?"

No tenía intención de ser el receptor de las preguntas. "La Srta. Edwards era miembro de la casa del Almirante Middleton."

"¿Una sirvienta?" La mujer se erizó de inmediato. "Eso no puede ser".

"Una compañera", continuó. "La joven leyó poesía francesa a Helena Middleton antes de su desaparición. Y por eso estoy aquí, Lady Primrose. Creo... el Almirante Middleton cree que la Srta. Edwards puede haber venido aquí".

"Qué emocionante. Una noticia muy agradable", dijo jovialmente, cogiendo la campanilla de la mesa y haciéndola sonar. "Prepararemos su antigua habitación. ¿Sabes cuándo llegará?"

"Se fue de Boston antes que yo. Ya debería estar aquí".

"Pero no lo es. Qué mala noticia". Volvió a tocar el timbre justo cuando apareció un criado. "Dígame todo lo que sabe, Capitán Turner. ¿En qué barco vino? ¿Qué día? ¿En qué puerto? Enviaré a alguien a buscarla de inmediato".

Turner sintió que su temperamento estaba a punto de estallar. No era una marioneta para bailar al son de este viejo traidor. "Lady Primrose, ¿está segura de que la Srta. Edwards no ha llegado aún, tal vez con un acompañante?"

"¿Un acompañante?" Hizo un gesto al criado que esperaba obedientemente junto a la puerta abierta. "Dos habitaciones. Prepare dos habitaciones para la señorita Edwards y una amiga". Se volvió de nuevo hacia Turner cuando el criado salió. "¿Cuándo, capitán? Por favor, no nos mantenga en suspenso. *Debe* tener más información que no me está revelando ahora".

"Y usted debe saber más de lo que admite, milady".

"¿Disculpe, señor?" Fácilmente podría haberse formado hielo en el aire entre ellos. Ella se inclinó hacia delante en la silla, con los ojos entrecerrados. "¿Qué significa esta visita? ¿De qué me acusa? ¿Y qué ha hecho con mi señorita Edwards?"

Turner nunca se había sentido intimidado por una mujer, especialmente por una que le superaba en edad al menos en una docena de años. Pero ahora se sentía extrañamente incómodo. Era una mujer con garras de acero bajo sus guantes de seda. Pensó que era una mujer muy peligrosa y que le resultaría muy fácil ocultar el cadáver de un enemigo en el parque de ciervos que rodeaba su elegante casa.

De repente, no podía esperar a salir de esta habitación. Fuera de su casa.

"Quiero respuestas, capitán", dijo severamente. "Y de paso, ha evadido mi pregunta de *por*

qué está aquí. ¿Por qué su Almirante Middleton desea encontrar a Portia?"

Turner había estado preparado para decir que Portia había secuestrado a Helena, si resultaba que Lady Primrose se negaba a entregar a las dos mujeres. Estaba seguro de que estarían aquí, pero ahora se preguntaba si había calculado mal.

De hecho, ahora nada tenía sentido, y sentarse aquí y dejarse amedrentar por esta envejecida jacobita difícilmente serviría a sus propósitos. Debería haber sabido que las tácticas directas eran el enfoque equivocado con alguien tan astuta como Lady Primrose.

"Creo que me he quedado demasiado tiempo". Se levantó y se inclinó rígidamente. "Por favor, déle recuerdos a la señorita Edwards cuando llegue. Que tenga un buen día, milady".

No le sorprendió su precipitada partida y ella no intentó retrasarle. Sabía que había jugado demasiado, mientras que Lady Primrose tenía todos los triunfos. Era una mujer muy peligrosa, pero aún no había terminado con ella.

Cuando Turner se alejó cabalgando de Berse Drelincourt, mantuvo un ojo sobre el hombro y se dirigió directamente a la posada del pueblo, donde esperaría su próxima cita. El joven con el que iba a reunirse, un domador de los establos de Lady Primrose, era sin duda el más hablador de todos los posibles informantes que había entrevistado... y el más codicioso. Era un irlandés de un lugar llamado Buttevant, al norte de la ciudad de Cork. Era un entrenador de caballos de cierta habilidad, si había que creerle, y llevaba menos de un año al servicio de Lady Primrose.

El joven se reunió con él, como habían planeado, en un pequeño claro más allá del cementerio, y contó todas las monedas de la bolsa antes de responder a cualquier pregunta de Turner.

"Gracias, Capitán. Muy agradecido". Metió el bolso en su áspera camisa de lana. "¿Preguntó por dos damas visitantes?"

"¿Los has visto?" preguntó Turner con impaciencia.

"No, señor. Con seguridad, no habrá visitas de damas en esa casa. Tampoco nuevos sirvientes. Nada, capitán, excepto un mensajero que trajo unas cartas para su señoría. No fue hace quince días, pero seguramente puso a su señoría en un aprieto".

"¿De dónde eran las cartas?"

El hombre se encogió de hombros. "No sé leer ni escribir, no es que fuera capaz de ponerles las manos encima, en cualquier caso. Acabo de ver al mensajero traer las cartas. Su señoría estaba en los establos con su nuevo cazador, señor. Y es un buen corcel, señor. Lo conseguí en..."

"¿Cómo sabe que su señora se puso en un 'dither', como usted dice?"

"Su señoría salió llamando a su mayordomo, enviando cartas en todas direcciones, poniendo la casa patas arriba. Yo mismo llevé una al Dr. King, el director de St. Mary Hall. Tengo entendido que sólo le pide que vaya a verla cuando ocurre algo realmente importante".

Turner sabía que William King era otro aliado jacobita de Lady Primrose. Metió la mano en su monedero y le pasó otra moneda al hombre. "Quiero esas cartas".

El entrenador guardó la moneda y sacudió la cabeza con impotencia. "No sé nada de eso, capitán. No sabría dónde buscar".

"Me dijiste que tenías una chica dentro de casa que te conseguiría cualquier cosa que le pidieras", espetó Turner con enfado.

"Sí, señor. Se lo pediría, y Mary lo haría, seguro. Pero ahora, con su señoría lista para partir, la muchacha está demasiado ocupada con..."

"¿A dónde va Lady Primrose?"

"Escocia, dicen."

"¿Cuándo?"

"Mary dice que su señora está esperando una respuesta a algo primero. Debería ser pronto, pero ninguno de nosotros sabe exactamente cuándo".

"Escúchame". Turner se inclinó hacia el hombre. "Puedes ganarte veinte libras. ¿Me oye? Veinte *libras*", recalcó.

"Con todo ese dinero, señor, podría instalarme en Cork City con un..."

"No me importa lo que hagas con el dinero, pero no recibirás nada a menos que hagas lo que te digo".

"Soy su hombre, Capitán. Sólo dilo".

"Quiero esa carta cuando llegue. Quiero saber de quién viene esa carta, y quiero saber dónde y cuándo se supone que debe ir".

El hombre frunció el ceño, pensativo.

"¿Entiendes lo que te estoy pidiendo?"

Finalmente asintió. "Sí, capitán. Por veinte libras, vendería a mi madre, señor".

En el transcurso de una semana, todas las salas de estar, salones y dormitorios de Baronsford habían sido puestos patas arriba y sacudidos. Toda persona ociosa en cinco millas a la redonda había sido puesta a trabajar. Se habían abierto todas las ventanas. Se habían fregado todos los suelos. Se habían esparcido flores frescas por todas las habitaciones, en la gran escalera, en los pasillos y en el salón de baile.

Para el día de la llegada, Millicent Pennington, condesa de Aytoun, había ordenado que todos los aldeanos y granjeros arrendatarios acudieran al castillo y trajeran a sus cónyuges, padres, hijos y perros. Hoy iba a ser una celebración sin igual.

De hecho, Millicent estaba decidida a presentar a su cuñado una imagen de Baronsford distinta de la que había recibido a Lyon cuando volvieron a casa el invierno pasado. Ya había advertido a Walter Truscott, que administraba la finca, que quería que los terrenos tuvieran el aspecto de un día de feria. Ella no permitiría la formalidad de cualquier línea de recepción en evidencia cuando el carruaje de Pierce rodó hasta la puerta principal.

La señora MacAlister, el ama de llaves normalmente severa, patrullaba el castillo como un sargento mayor de regimiento, dirigiendo los deseos de su señora con un regocijo apenas disimulado. El señor Campbell, el mayordomo, se esforzaba por seguir el ritmo de las mujeres. Peter Howitt, el secretario del conde, tampoco se libraba del trabajo. Le ordenaron que jugara con la pequeña Josephine mientras la niñera de la niña le ayudaba con otras tareas.

Era primera hora de la tarde cuando Lyon Pennington, que volvía del pueblo con Truscott, acorraló a su mujer en la biblioteca.

"Habéis terminado de trabajar", anunció con firmeza, indicando al ama de llaves y al mayordomo que se hicieran cargo y terminaran los preparativos.

"Pero hay tantas otras cosas de las que me gustaría ocuparme", protestó ella cuando él cerró la puerta ante la locura del exterior. "De verdad, Lyon, no les he dicho todo lo que hay que hacer".

"Si no se lo has dicho ya, significa que no has pensado en ello, lo que significa que no es necesario hacerlo". Se apoyó pesadamente en su bastón mientras daba un paso hacia un sofá junto a la ventana. Tal como esperaba, la reacción de Millicent fue inmediata. Corrió hacia él y le cogió del brazo.

"Tú eres el que ha estado haciendo demasiado. No puedo creer que hayas cabalgado hasta el

pueblo esta mañana en vez de tomar un carruaje".

Siguió fingiendo dolor hasta que ella se sentó a su lado en el sofá. Le rodeó el hombro con un brazo y la atrajo hacia sí. Las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de su mujer evidenciaban su excitación. Estaba radiante por dentro. Como ya era costumbre, Lyon puso la mano sobre el vientre hinchado de Millicent.

"La casa está lista para él, mi amor", dijo.

"¿Y tú? ¿Estás preparado?"

Él asintió y la estrechó contra sí, apoyando la mejilla en su pelo. Ella comprendió su aprensión. El barco de Pierce había llegado a la costa oeste de Escocia hacía casi quince días, pero en lugar de venir directamente a Baronsford, había enviado primero a un mensajero, trayendo los documentos firmados que anulaban el traspaso de tierras. La carta de su hermano decía que no quería que su visita tuviera nada que ver con los negocios. Pierce estaba de vuelta en Escocia para visitar a su familia.

Lyon deseaba que acabara de llegar, que su primer encuentro hubiera quedado atrás. La expectación por saber qué pensaba su hermano, y si aquella carta era una ofrenda de paz, seguía atenazándole el corazón. Pero la espera llegaba a su fin. Deberían llegar antes del anochecer.

"Ojalá la viuda estuviera ya aquí", dijo Millicent con nostalgia.

"Mi madre llegará pronto". La madre de Lyon se había encariñado con la finca de Millicent, Melbury Hall, tanto que pasaba meses enteros visitándola. Lyon sabía que la verdad era que la amistad de la anciana con Ohenewaa, una curandera africana que Millicent había liberado de la esclavitud, era la principal razón que mantenía a su madre allí. "Aunque probablemente ahora esté acosando a Ohenewaa para que se venga con ella a Escocia".

Millicent levantó la cabeza de su hombro. "¿Pudiste averiguar algo más sobre la señorita Edwards y su madre, aparte de lo que Pierce mencionaba en su carta?"

Lyon negó con la cabeza. "Nada."

Pierce había dicho que las dos mujeres viajaban con él y que su destino final era Gales. Escribió que había logrado convencer a Portia de que retrasara sus planes para lo que esperaba fuera una estancia prolongada en Baronsford.

"Pero a menos que estuviera leyendo demasiado en esa carta, ciertamente había más que un indicio de interés en la señorita Edwards por parte de Pierce".

"Bueno, no hay nada como el amor para ayudar a curar las heridas. Creo que me va a gustar la Srta. Edwards. Sólo espero que Pierce no se decepcione de mí".

Lyon miró los hermosos ojos de su esposa. Sabía que hablaba de una comparación entre ella y Emma. Dos mujeres muy distintas en carácter y afecto.

"No estará más que encantado. Eres mi vida y mi amor. Pierce sería un tonto si no viera que si quiere hacer las paces, no debe ser conmigo... sino con nosotros". Besó sus labios. "Y no creo que mi hermano sea tonto".

Mientras el carruaje avanzaba hacia el este en silencio, la mente de Pierce seguía luchando contra las docenas de preguntas que le habían estado rondando desde que el barco había atracado en Greenock.

La carta que había recibido de Lyon en Boston había sido enviada a principios de la primavera. Las pocas palabras eran la única comunicación que había tenido de su hermano. Ahora se preguntaba por el estado de salud de Lyon. Y si el matrimonio del conde seguía siendo

tan dichoso como lo describía en la carta. ¿Era feliz? Y ¿seguía queriendo ver a Pierce después de haber dejado su carta sin respuesta durante meses?

También había cuestiones más prácticas. Ni siquiera sabía con certeza que Lyon y su esposa estaban en Escocia. Pierce se había limitado a suponerlo y a enviar la correspondencia, anunciando su llegada en un día señalado. Tal vez debería haber pedido una respuesta, o al menos esperar una invitación. Tal vez ni siquiera era bienvenido.

Pierce dejó de lado sus recelos cuando la mano de Portia se posó en su rodilla. Estaba sentada frente a él e inclinada hacia delante. Entrelazó sus dedos con los de él. Miró su hermoso rostro y vio también las líneas de tensión en su cara. A su lado, la cabeza de Helena se balanceaba suavemente mientras la mujer mayor dormía. Pierce tiró del brazo de Portia, que se movió y se sentó a su lado.

"Te estás destrozando", susurró ella, alargó la mano y le acarició con suavidad de pluma la frente, la línea de la mandíbula. Le rozó con los labios la comisura de los labios y retrocedió rápidamente.

Pierce le rodeó el hombro con una mano. Apretó la cabeza de ella contra su pecho y besó sus rizos sedosos. Ella era responsable de su cordura. Esta quincena, mientras iban de Greenock a Glasgow para dar tiempo a que su carta llegara a Baronsford, había mantenido su atención centrada únicamente en Portia.

Las horas que podían robar eran las únicas del día que merecían la pena. Cuando podía, Portia se había colado en su habitación en mitad de la noche. Incluso la había acorralado varias veces en un rincón aislado durante el día, cuando disfrutaban de unos minutos de frenético sexo. Ninguno de los dos parecía saciarse del otro. Pierce era tan consciente de cada una de sus caricias como ella de las suyas. Los recuerdos de otras mujeres que habían ocupado su tiempo se borraron de su mente. Ella era la única a la que quería recordar.

Consiguió hacerle sonreír de mil maneras. Le había causado un sinfín de problemas cuando había intentado encargar un nuevo vestuario para ella y para Helena en Glasgow. Con cualquier otra mujer, habría sido una hazaña fácil. Con Portia, requería las mismas maniobras estratégicas - con suficientes promesas y condiciones de reembolso- que con un gran tratado internacional.

Miró por la ventana y su mente volvió a pensar en su hermano. Pierce esperaba que Millicent fuera todo lo que Lyon le había descrito. Miró a la mujer que tenía en sus brazos y se dio cuenta de que había estado imaginando que Millicent era como Portia. Pero eso era mucho pedir.

"Afuera hace un sol espléndido", susurró, enderezándose y mirando por la ventanilla del carruaje. "Ciertamente, no como la otra vez que estuve en Escocia".

"Una señal de bienvenida", dijo esperanzado.

Los ojos oscuros de Portia brillaron de acuerdo cuando se volvió hacia él. "Háblame de Baronsford".

"Es una casa."

"Eso es muy útil, Sr. Pennington", dijo, comprobando cómo estaba su madre. Seguía dormida. Portia miró a Pierce. "Entonces hableme de la gente. ¿A quién debo conocer? ¿De quién debo cuidarme? ¿Adónde debo ir y qué debo decir o no decir?".

"Bueno, ya te he hablado de Lyon y de lo poco que sé de Millicent. En cuanto a la finca, la dirige Walter Truscott. Es mi primo por vía del hermano de mi madre. Es más joven que David, y creció con el resto de nosotros en Baronsford. Walter es como un hermano para todos nosotros. Luego está la Sra. MacAlister, el ama de llaves. Es un dragón... una mujer tirana".

"¿Como la Sra. Green?", preguntó inquieta.

Sacudió la cabeza. "En absoluto. La mujer tiene un corazón de oro. Sin embargo, no admite

tonterías y le gusta dar órdenes a todo el mundo. A ver... el mayordomo es Martin Campbell. Bajo, enjuto y viejo, pero con mucha energía. En cuanto a los demás sirvientes, no puedo ayudarte porque no sé quién sigue allí y quién se ha ido".

Teniendo en cuenta la nube de escándalo e incertidumbre que se había cernido sobre Baronsford durante tanto tiempo, sería increíble que alguno de los sirvientes se hubiera quedado.

"Pero para responder a tu pregunta sobre qué decir...". Pierce miró la expresión expectante de Portia y sintió la picardía surgir en él. Se acercó a su oído y bajó la voz. "Debes decirle a la señora MacAlister que eres mi amante. Luego, simplemente insiste en que lleven tu baúl a mi alcoba". Le mordisqueó el lóbulo de la oreja. "Ah, sí, y dile que si no le gusta, puede irse directamente al diablo".

"Es usted incorregible, Sr. Pennington". Le dio un puñetazo en el pecho y le apartó de un empujón.

Sonrió ante el bonito rubor que había enrojecido rápidamente sus hermosas mejillas. Egoístamente, disfrutaba con su negación de lo que debía ser obvio para los demás. Pero no era sólo atracción física lo que ella sentía por él; le encantaba estar tumbado y hablar con ella. Su ingenio rápido y su idealismo la hacían excepcional en todos los sentidos. Desde aquella noche en que se había cruzado con él en el jardín del almirante, los dos se habían convertido en algo más que amantes. Eran amigos, compañeros, incluso confidentes. Él no quería poner fin a lo que habían hecho, a todo lo que estaban compartiendo.

Sólo había una opción ante ellos. Y Pierce sólo estaba esperando el momento adecuado para hacerle la pregunta.

Helena se agitó. Portia cruzó inmediatamente y se sentó junto a su madre mientras los ojos de la anciana se abrían lentamente.

"¿Cómo de cerca estamos?", preguntó somnolienta.

Pierce contempló la campiña que le resultaba familiar, y su mirada fue atraída inmediatamente por la elevación rocosa y el gran castillo que se alzaba imponente en la cima. Baronsford.

"Hemos llegado."

Era media tarde cuando el irlandés se presentó en las habitaciones que Turner había cogido. Evidentemente excitado y muy ansioso, el hombre preguntó dos veces si la oferta del oficial de veinte libras seguía en pie. Turner se lo aseguró y le pidió que le siguiera al interior.

"Anoche llegó un mensajero con una carta para la Srta. Fines. Yo estaba en la entrada de la casa, viendo que mi Mary estaba recogiendo flores para la casa. Así que me acerqué para llevarle el caballo al muchacho. Por su acento, podíamos decir que era extranjero. Un francés tal vez, creo. En el tiempo que llevo trabajando allí, no ha habido ninguna Srta. Fines en Drelincourt. Al ver entrar al tipo, una criada de Lady Primrose vino corriendo y tomó la carta. Y se va con la carta, corriendo hacia la casa. ¿Tiene algo para que un muchacho moje su garganta, señor?"

En el aparador había una jarra de cerveza, y el domador se bebió una de un trago antes de continuar.

"Bueno, señor, la vi correr y rápidamente envié a mi Mary tras ella. Mi chica está pensando ahora en cómo todo ese dinero... ¿tiene usted el dinero, señor? Así que la siguió y puso la oreja en la puerta, según me dijo. Mi Mary oyó bastante de la charla entre su señoría y la criada. Por lo que pudimos saber, el remitente de la carta estaba de acuerdo con la sugerencia de la Srta. Fines,

y se reuniría con ella en un lugar llamado Barrisford... o Bearsford..."

"Baronsford. Conozco el lugar", dijo Turner acaloradamente. "¿Dijeron cuándo se reunirán?"

"Sí, Capitán, eso hicieron. El último miércoles de julio".

Esto era demasiado bueno para ser verdad. Todo estaba siendo atado perfectamente a Pennington.

"Sí, señor. Mary dijo que cree que el lugar debe estar en Escocia. Al salir de la habitación, Lady Primrose empezó a dar órdenes para viajar al norte".

"¿De quién era la carta? Dame un nombre".

La cara del hombre cayó. "No tengo nombres, señor. Pero no me cabe duda de que esto era una respuesta al mensaje que envió antes".

"Quiero la carta".

"Le ruego me disculpe, señor. No se puede hacer".

Turner se inclinó sobre el hombre. "Si quieres esas veinte libras, amigo mío, debe ser".

El irlandés se rascó la cabeza. Para tentarle, Turner le tendió otra pequeña bolsa de monedas. La expresión de desconcierto se convirtió en una mirada de determinación. "Preguntaré a mi Mary, a ver qué puede hacer, y os avisaré".

El entrenador se dejó salir.

Turner estaba seguro de que debía ser Carlos Eduardo, el infame Joven Pretendiente en persona, quien se dirigía en secreto a Baronsford. Pero necesitaba pruebas para apoyar su pensamiento. Para capturar a una persona de tal importancia, un enemigo del rey, necesitaría al menos un regimiento de soldados detrás de él. Y para conseguirlos, para convencer a cualquier comandante de regimiento de que le diera ese apoyo, necesitaba esa carta en su mano.

El carruaje aún no se había detenido del todo cuando Pierce empujó la puerta y salió. Era el mismo castillo, pero difícilmente podía ser el mismo lugar que había dejado. Parecía más bien un festival, pues cientos de personas se habían reunido en el camino. Había gaiteros de los pueblos vecinos, y la música sonó en cuanto llegaron. El olor a carne asada llenaba el aire y se habían colocado barriles de cerveza sobre mesas improvisadas. Los aldeanos, a muchos de los cuales conocía bien, vestían sus mejores galas, y los niños y los perros corrían por todas partes. El ruido y los vítores aumentaron en cuanto puso el pie en el camino de entrada, y pudo ver cómo se acercaba más gente a través de los campos.

A Pierce se le hizo un nudo en la garganta y volvió a la época en que Baronsford había sido un hogar. Un lugar donde él y sus hermanos corrían con otros niños como locos por los terrenos, trepando por los acantilados y nadando en el río. Eran días despreocupados, sin preocupaciones. Días en los que enfrentarse a la traición era tan complicado como restregarse la nariz en la tierra. Eran días en los que el perdón se concedía sólo por pedirlo.

Intentó enfocar a través de una inesperada niebla en sus ojos y vio a su primo Walter Truscott que venía hacia él. Pierce tiró del más joven y lo abrazó en cuanto estuvo a su alcance.

"¿Cómo está Lyon?", preguntó, sin poder aclarar del todo la opresión que sentía en la garganta.

"Estoy muy bien, gracias".

Pierce se volvió y vio a su hermano a menos de media docena de pasos. Su primo se hizo a un lado. Pierce miró el bastón en la mano de Lyon y se le hizo un nudo en la garganta al recordar al hombre destrozado que había dejado atrás. Entonces vio que Lyon daba un paso hacia él. Sus

piernas le sostenían. Miró la espalda recta, los hombros anchos, la fuerza y la confianza que volvían a ser evidentes en el hombre que tenía delante. Pierce miró el rostro de su hermano y vio la sonrisa.

"¿Vas a quedarte en ese maldito sitio todo el día?" gruñó Lyon.

Pierce se dirigió hacia él e ignoró la mano extendida de su hermano. Para sorpresa del público, levantó a Lyon del suelo, aunque sólo unos centímetros.

"Pesas mucho más de lo que eras. Te has vuelto gordo en la madurez, por lo que veo".

"Y tú te has vuelto más bajito y mucho, mucho más feo". Lyon le devolvió el abrazo una vez que sus pies tocaron el suelo. "Había olvidado lo frágil que eres".

"Todavía puedo tirarte al suelo, perro viejo". Mantuvo su brazo alrededor de Lyon, empujándolo.

"Me gustaría verte intentarlo. Pero, ¿qué demonios pasa con el pelo largo?". Tiró de la cola de Pierce.

"Está de moda en las colonias. No pagaremos impuestos por pelo o peluca en polvo, ¿sabes?"

El conde se rió. "Hemos oído que no pagarás impuestos por nada".

"Es verdad. Pero yo también pensaba dejarme crecer la barba. Tratando de trabajar en mi mirada de sufrimiento, con la esperanza de que te compadezcas de mí y me aceptes de nuevo. "

Las bromas cesaron y la expresión de Lyon se tornó sobria. La multitud que los rodeaba enmudeció. Los ojos azules del conde estaban empañados cuando extendió una mano hacia él.

"Bienvenido a casa, hermano."

Capítulo Veinticinco

LOS ONDULANTES CAMPOS de Baronsford se extendían como un gran tapiz ante la vista. Había visto un parque de ciervos frondosamente arbolado, un lago, hermosos jardines amurallados, kilómetros de senderos que entraban y salían a lo largo de acantilados con vistas al río Tweed. Portia sabía que probablemente había mucho más que ella no había visto. Y por dentro, el castillo, renovado por el mismísimo Robert Adams, era lo bastante grandioso como para albergar a un rey. También tenía habitaciones suficientes para alojar a todas las familias de Boston, o eso decidió Portia mientras la llevaban ala tras ala y piso tras piso de salones, salas de estar, salones formales, bibliotecas, comedores, suites y alcobas.

Sin embargo, Portia no tenía ninguna duda de que Baronsford era el lugar más hermoso que había visto o sobre el que había leído. La magnífica estructura y los terrenos eran los de un castillo de cuento de hadas, y Portia recordó lo que Pierce le había contado sobre las aspiraciones de la primera esposa del conde, Emma. Siempre había querido este lugar para ella, para poseerlo y gobernarlo.

Portia nunca podría imaginarse a sí misma teniendo tales sueños. Y, de algún modo, dudaba que la actual condesa de Aytoun, que le estaba enseñando el lugar, hubiera considerado jamás algo así como una prioridad en la vida.

Millicent, como había pedido que la llamaran, fue cálida y acogedora tanto con Portia como con su madre. Desde el momento en que descendieron del carruaje, las trató con el mismo entusiasmo con que había saludado a Pierce.

Y Portia había recibido la misma cálida bienvenida por parte del conde. Aun así, durante los primeros momentos había sido inquietante ver el gran parecido entre los dos hermanos. Lyon, sin embargo, era mayor, y sus rasgos tenían un aspecto curtido que contaba historias de duras experiencias vitales y, ella lo sabía, también de sufrimiento. Sin embargo, lo llevaba bien y su corazón no mostraba ninguna de las cicatrices de su rostro.

Portia se había encariñado de inmediato con su anfitrión y su anfitriona.

"¿Qué te parece hasta ahora?" preguntó Millicent cuando llegaron al segundo piso del ala este.

"Me intimida", admitió Portia.

Millicent sonrió, abriendo la puerta de la alcoba donde se alojaría Portia. "Yo también me sentí abrumada la primera vez que la vi. Pero creo que son las personas las que hacen de un lugar un hogar. Creo que tú también te acostumbrarás pronto".

Se mordió la lengua, aunque no se quedarían mucho tiempo para eso.

"Antes de que llegaras, Portia, habíamos pensado colocar a tu madre en la alcoba contigua a la tuya. Pero ahora, dándome cuenta de que tiene algunas dificultades con la vista, me

preguntaba si pensabas que estaría más cómoda en una habitación de la planta baja. O podríamos arreglar fácilmente una suite que ustedes dos pudieran compartir".

"Creo que las habitaciones contiguas funcionarán bien", susurró Portia. Sinceramente, eres muy amable al pensar en ello".

Antes le habían subido el baúl y, al rodear la enorme habitación, se sorprendió al ver que ya habían desempaquetado y colocado su puñado de vestidos nuevos. Se detuvo junto a las ventanas abiertas que daban a los jardines y a las zonas verdes que conducían a los acantilados. Portia se asomó a una de ellas y vio a su madre paseando con un asistente por un sendero de grava. Habiendo pasado demasiadas horas en el carruaje, la anciana había preferido caminar un poco en lugar de dar una vuelta por la casa. Las dos mujeres parecían mantener una agradable conversación, pues Portia oyó la risa de Helena.

Millicent se acercó a ella y se asomó también. "Esa es Bess. Es una joven muy dulce. Si no te importa, me gustaría pedirle que atienda las necesidades de tu madre. Estará disponible siempre que Helena la necesite".

"Eso es muy dulce y amable", dijo Portia, realmente conmovida.

"Oh, por favor. Estamos encantados de que estés aquí". Millicent se dio la vuelta. "¿Qué te parece esta habitación? ¿Servirá?"

Portia se apartó de la ventana y estudió el enorme espacio, la elegancia de los muebles, los finos cuadros de las paredes, las afelpadas alfombras orientales del suelo. Incluso el cubrecama de seda finamente bordado. A pesar de su belleza, Portia se sentía algo incómoda. Desde luego, no se merecía este tipo de recibimiento. Le inquietaba que Millicent pensara que era algo más de lo que realmente era. Esta habitación era realmente digna de una reina, y odiaba la idea de que esta alma gentil pudiera haber sido confundida con respecto al lugar de Portia en la sociedad o su valor. No quería más malentendidos ni engaños entre ella y esta familia.

"Millicent, sólo esta habitación es más grande que todo el primer piso de la casa del párroco y la señora Higgins en Boston. Fui la tutora de sus hijos durante ocho años antes de dejarlos este mes pasado."

"¿Qué edad tenían los niños?" preguntó Millicent sin interés aparente en la revelación de Portia sobre su necesidad de ganarse la vida.

"Tenían ocho y diez años. Una niña y un niño".

"Cercanos en edad. ¿Se llevaban bien?"

"En su mayor parte, sobre todo cuando eran más jóvenes. Últimamente, sin embargo, Ann, la de ocho años, ha estado tratando de establecer una ventaja para sí misma".

Millicent sonrió y se tocó el vientre hinchado. "Este bebé y nuestra Josephine se llevarán menos de un año, así que espero que su diferencia de edad sea demasiado pequeña para que alguno de los dos tenga ventaja, como tú dices".

"¿Josephine?" Portia preguntó.

"La conocerás en cuanto despierte de su siesta. De hecho, es más que probable que la oigas primero. Le gusta mucho su propia voz, y a veces sólo se calla cuando Lyon se dirige a ella". Millicent se frotó la parte baja de la espalda y se sentó en un sofá cercano. "Si mi marido pregunta, por favor, asegúrese de decirle que descansé mucho durante nuestro paseo".

"Por supuesto". Portia sonrió y se unió a Millicent cuando la condesa le palmeó el asiento contiguo.

"Josephine es nuestra hija. O mejor dicho, se convirtió en nuestra hija cuando su madre murió al dar a luz". Una tristeza se dibujó en el rostro de la joven. "Sé que suena raro, pero aún no he decidido cómo hablar de ella. Me gustaría atribuirme el mérito y decir que es nuestra, pero

al mismo tiempo no quiero quitarle mérito a la lucha de la mujer que pasó por el dolor y el sufrimiento para traer a este mundo a una niña tan hermosa."

Una nube seguía cubriendo el estado de ánimo de Millicent. Portia pensó en su propia vida.

"Tengo la sensación de que le esperan muchas alegrías. Tu Josephine no crecerá en un orfanato, sino aquí, en tu casa, entre una familia de verdad. Si se me permite el atrevimiento de hablar desde mi propia experiencia, creo que lo mejor sería que ella simplemente los considerara a usted y al conde como sus verdaderos padres. Nunca debe haber confusión en el corazón de una niña sobre dónde están sus padres. Eso, por supuesto, si su madre y su padre están muertos".

"Yo estaba allí con su madre cuando murió. Y en cuanto a su padre..." Sacudió la cabeza. "Me temo que algunos secretos nunca deben ser revelados".

Como el secreto sobre su propio padre, volvió a pensar Portia. Miró a su anfitriona y anheló volver a ver la sonrisa en su rostro. "Dime cuándo nacerá tu bebé".

La transformación fue inmediata. Millicent volvió a sonreír y Portia supo que se estaba forjando una amistad.

Pierce se dio cuenta de la magnitud de los cambios en Baronsford en cuanto atravesó la gran entrada y miró hacia el primer rellano de la amplia escalera curva. Faltaba el retrato de Emma. Más tarde se dio cuenta de que sólo era un reflejo de los cambios en la vida de su hermano cuando vio la ternura en la mirada de Lyon cuando Millicent llevó a Portia para enseñársela.

El reinado de Emma había terminado. Tanto Baronsford como Lyon estaban realmente libres de ella.

En la biblioteca, sólo ellos dos se sentaron y hablaron, y no se mencionó su último enfrentamiento. Pierce se dio cuenta de lo que esto significaba. Ambos habían asumido la fealdad de sus errores. Por fin, el pasado estaba enterrado para los dos y ahora, juntos, podían seguir adelante.

Pierce quedó cautivado al oír cómo se habían conocido Lyon y Millicent. Había sido el resultado de un matrimonio de conveniencia concertado por la viuda y su abogado, sir Richard Maitland. La ceremonia fue un asunto apresurado, ya que su madre se encontraba en medio de uno de sus ataques de ansiedad por la posibilidad de morir en cualquier momento. Se quedó aún más embelesado cuando su hermano le habló de Melbury Hall y de cómo, bajo los cuidados de Millicent y de una antigua esclava llamada Ohenewaa, Lyon se había recuperado. Al escucharle, era conmovedor hacerse una idea de la profundidad de los sentimientos de aquel hombre por su esposa. Era evidente que su amor no tenía límites, y su entusiasmo por los planes que tenían juntos sólo hablaba de su felicidad.

"Sin embargo, hay una nube que se cierne sobre nosotros", dijo Lyon. "Lo que sentimos en nuestra vida personal es muy distinto de lo que ocurre a nuestro alrededor".

El conde continuó explicando los desmontes y el efecto que estaban teniendo en todo el mundo.

"Cuando estés listo, me gustaría cabalgar contigo hacia el pueblo y las granjas. Quizá incluso podamos visitar a algunos de nuestros vecinos. La mente de nuestros inquilinos estará mucho más tranquila, ahora que te han dado la bienvenida a casa. Sin embargo, no pasa un día sin que nos enfrentemos a otra oleada de desgraciados que han perdido sus hogares, expulsados de la tierra en la que han trabajado y vivido durante generaciones. Y es simplemente la codicia lo que impulsa esta tragedia".

De ahí a la situación en las colonias había un pequeño salto. A Pierce le sorprendió que su hermano supiera lo del contrabando que él y Nathaniel hacían para los Hijos de la Libertad.

"Supongo que esto me pasa por contratar a hombres de la frontera en mis barcos".

"Especialmente los que tienen parientes en el pueblo". Lyon estuvo de acuerdo. "Pero creo que tu secreto está a salvo aquí. Sabes que no hay amor perdido entre la gente de Baronsford y nuestro "Granjero Rey" y sus ministros en Londres. La *Gaceta*, sin embargo, publicó una historia interesante sobre un notorio contrabandista llamado MacHeath. ¿No sabes nada de este tipo?"

"¿Un respetado armador como yo? ¿Cómo podría saber algo sobre el tipo?"

"No puedo imaginarlo, salvo que creo que puede estar muy cerca de mí". Lyon fulminó a su hermano con la mirada. "Espero un informe completo".

"Sin embargo, antes de que lleguemos a eso", dijo Pierce solemnemente, "debes saber que David va a ser enviado a Boston. Me temo que él y yo podemos estar en diferentes lados del campo cuando se trata de nuestra política".

"Entonces me alegro de que estés aquí y no en las colonias".

"Pero no estaré aquí mucho tiempo. Tendré que volver bastante pronto, y no tengo ganas de enfrentarme a él allí".

"Bueno, entonces tenemos que pensar en una solución. He tardado treinta y cuatro años en darme cuenta de lo que importa en esta vida y lo que no". Lyon apoyó una mano en el hombro de Pierce. "Millicent es mi vida, y nuestros hijos serán de lo que estén hechos nuestros sueños. Esta familia es la base de todo. Haremos lo que tengamos que hacer para mantener la paz entre David y tú".

Portia estaba encantada de añadir su nombre a la lista de conquistas del infante, aunque al principio le sorprendió que el conde y la condesa de Aytoun estuvieran tan deseosos de incluir al bebé en compañía de tantos adultos. Incluso en la casa de los Higgins, donde Ann y Walter eran valorados mucho más de lo que ocurría en muchas familias, se les mantenía con sus propios amigos y en sus estudios y en la cocina, excepto en ocasiones especiales y para rezar. Aquí no era así, y Portia estaba felizmente sorprendida.

En efecto, Josephine era una alegría. Ruidosa, desordenada y hermosa, un manojo de manos y pies en movimiento, se negaba a ser ignorada por nadie, fueran cuales fueran sus excusas.

Se había ganado a Helena de inmediato, despertándose mientras Bess le enseñaba la guardería a la madre de Portia. Cuando la mujer mayor había acercado a Josephine a su nariz, la niña le había dado palmaditas en las mejillas y le había chupado la punta de la nariz. Pierce había resultado ser otro blanco fácil, ya que el bebé lo había confundido con Lyon y lo había alcanzado agitando los brazos, pataleando y chillando muy fuerte. Con Portia, el bebé se había quedado fascinado con sus rizos oscuros, los cogía a puñados y sonreía cada vez que fingía llorar de dolor. A Portia no le importaba la leve tortura por las sonrisas desdentadas y las carcajadas que recibía a cambio. De hecho, le costó mucho renunciar a la niña cuando llegó el momento de que la niñera se llevara a Josephine a pasar la noche.

Tras una suntuosa cena, las tres mujeres se retiraron al salón mientras Pierce, Lyon y Truscott permanecían en el comedor, bebiendo y discutiendo de política.

"Ahora entiendes lo que te decía antes sobre ese niño". le dijo Millicent a Portia algún tiempo después. La condesa ya le había explicado a Helena lo que le había contado a Portia sobre las condiciones que rodearon el nacimiento de la niña. "Josephine es realmente asombrosa. Incluso a

su edad, está desarrollando un sentido de confianza que es admirable."

"¿Pero no cree que eso se debe a sus atenciones, así como a la notable afición de su marido por ella?", preguntó Helena. "Una niña, como usted la llama, no nace con tales cualidades."

"En los años venideros", dijo Portia con seriedad, "si alguna vez necesitas un tutor para ella, me pondré a tu disposición, esté donde esté".

"¿Tutor? Ya cuento con que nos visites en otra calidad".

Portia se sonrojó, sin querer pensar en lo que Millicent quería decir exactamente. Su incomodidad aumentó cuando levantó la vista y vio a los hombres entrando en el salón. Pierce estaba al frente del grupo y, por la mirada que le dirigió, supuso que podría haber oído el comentario de Millicent.

"¿Les importaría, jovencitas, que me llevara a la Srta. Edwards a dar un paseo por los jardines?"

Su rubor se convirtió en ardor. Las agradables respuestas de Millicent y Helena fueron contestadas por las objeciones inmediatas de Truscott y Lyon.

"No creo que nadie os haya preguntado". Se inclinó cortésmente y le ofreció la mano a Portia. Ella no tuvo más remedio que cogerla.

"Sé que la luna está saliendo, pero fuera todavía está bastante oscuro", susurró ella, lanzándole una mirada a sus profundos ojos azules. Su rostro estaba muy cerca cuando la levantó de la silla.

"Exactamente."

Cuando Portia se disculpó de forma ininteligible ante los demás, Millicent acudió en su ayuda y le hizo preguntas a Helena sobre el tiempo que haría durante la travesía. Pierce le pasó el brazo por el suyo y la acompañó a través de una de las puertas abiertas que daban a una terraza. Portia se mordió la lengua, pero cuando bajaron los escalones y llegaron al césped, le dijo lo que pensaba.

"Me he esforzado mucho por comportarme toda la tarde. He tenido mucho cuidado de no hacer..."

La estrechó entre sus brazos y la silenció con un beso. Como siempre, se quedó sin aliento y mareada cuando él se retiró.

"Me alegra mucho saber que tú también has estado luchando por no tocarme". Sonrió diabólicamente, tirando de ella colina abajo y a través de una entrada arqueada, hacia un extenso jardín rodeado de boj.

Portia tuvo que correr para seguirle el ritmo, riendo a su pesar. Sin embargo, se alejó un paso de él en cuanto quedaron ocultos por los altos setos verdes.

"Pierce, quiero que sepas que ya he desarrollado un gran respeto por tu cuñada".

"Yo también".

Portia dio un paso atrás cuando él se acercó a ella. "Es una mujer encantadora".

"Estoy de acuerdo. Nunca he visto a Lyon más feliz".

Dio otro paso atrás. "Tenemos que recordar que este lugar es su casa, y bastante respetable. Lo último que deseo es que cualquier indicio de escándalo toque..."

"Estoy de acuerdo", dijo riendo, cogiéndola por la muñeca y tirando de ella contra él.

Estaba indefensa ante su poder de persuasión. Su boca respondió a sus demandas y su cuerpo se tensó contra el de él mientras una gran mano le amasaba el pecho y sus caderas se mecían y chocaban. Liberó su boca.

"Todos deben saber que vinimos aquí para esto".

"Serían tontos si no lo supieran".

"Estás loco".

"En efecto, mi amor", respondió él, tirando de ella hacia un banco de piedra cercano. "Loco por ti".

Él podía estar loco, pero ella también. En ese momento, nada podía superar el poder de su pasión. Ella fue torpe al desabrocharle los calzones. Él, impaciente, le subió las faldas por la cintura. Pero, de alguna manera, lo consiguieron. Arrodillada a horcajadas sobre él en el banco, Portia bajó sobre él y jadeó cuando él levantó las caderas para encontrarse con ella, incrustándose profundamente en su interior.

Pierce la mantenía erguida con sus fuertes manos mientras el cuerpo de ella se estiraba y lo envolvía aún más, atrayéndolo hacia sí. La necesidad de moverse, de mecerse, de llevarlos a la satisfacción la invadió, pero Pierce la rodeó con sus brazos, manteniéndola cautiva. Se oyó gemir y él se apoderó de su boca con la suya. Cuando él rompió el beso, ella estaba a punto de perder la cabeza.

"¿Me sientes?", susurró, con voz ronca y cruda.

Portia asintió, con el cuerpo en llamas.

La movió ligeramente y la bajó aún más sobre él. "¿Qué tan profundo me sientes?"

"En mi centro", susurró ella.

Cuando él volvió a moverse, muy ligeramente, ella tuvo la sensación de tambalearse al borde de un acantilado, a punto de precipitarse de cabeza al abismo.

"Te siento a mi alrededor. Aquí". La mano de él se deslizó por sus nalgas hasta la unión de sus cuerpos. La excitación la recorrió cuando sus dedos la tocaron íntimamente. En un momento, él movió la mano, le quitó una de las muñecas del hombro y le puso la palma contra el corazón. "Pero también te siento aquí. Tú, Portia Edwards, te has convertido en parte de mí".

Las lágrimas inundaron sus ojos. ¿Cómo era posible que aquel hombre tan hermoso pudiera sentir algo así por *ella*? Sus manos temblaban cuando le acariciaron la cara. Besó sus labios y saboreó sus propias lágrimas. "Te quiero, Pierce. Dios, cómo te quiero".

Portia se maravilló de que en ese preciso instante él perdiera el control. Su cuerpo se tensó y él la levantó antes de penetrarla de nuevo. Y de nuevo. Sus manos tiraban del escote de su vestido y sus labios succionaban sin piedad su pecho. Se elevaron cada vez más, impulsándose juntos, perdiéndose a medida que encontraban el ritmo del amor, hasta que gritaron al unísono a las estrellas y estallaron en una esfera celestial como si fueran uno solo.

Pierce esperó a que sus corazones se ralentizaran tras su alocada carrera, y ella levantó la cabeza de su hombro.

Era tan increíblemente hermosa. Era salvaje e indómita. Era desinteresada y generosa. Era suya y seguiría siéndolo. Entonces y allí, bajo las estrellas que brillaban como diamantes a su alrededor, susurró las palabras que tanto había esperado decir.

"Portia, mi amor. ¿Quieres casarte conmigo?"

Ella le miró fijamente, su rostro se llenó de tal confusión que él pensó por un momento que había hablado en una lengua desconocida.

"¿Quieres casarte conmigo? ¿Quieres ser mi esposa?", repitió.

El silencio volvió a ser su respuesta, y él la vio volverse casi frenética buscando palabras.

De repente, ella se retorció encima de él, zafándose de su regazo. La vio alejarse de él, intentando torpemente enderezarse las faldas. Rápidamente se alisó su propia ropa mientras se

movía para bloquearle el paso cuando se dio cuenta de que ella estaba a punto de correr.

"¿No tienes una respuesta para mí? ¿No merezco al menos *alguna* palabra?"

Las lágrimas brillaron a la luz de la luna cuando levantó la vista. "La respuesta es no. No puedo casarme contigo".

El fuego de su temperamento se encendió, pero sólo momentáneamente. La conocía muy bien. En el fondo, esperaba esa respuesta de ella.

"Quiero una razón", exigió, manteniendo su ira fuera de su voz.

Se llevó la mano a la cara y se dio la vuelta. Pierce la rodeó hasta que volvieron a estar cara a cara.

"No puedo casarme contigo. Eso debería ser respuesta suficiente para ti".

"Pero no es suficiente". Le cogió la muñeca cuando ella intentó alejarse de nuevo. "Te conozco. Sé lo que piensas. Lloras ante esta declaración de mi amor porque sientes lo mismo por mí. Pero en tu mente, una oferta de matrimonio nos devuelve a lo que somos y a lo que valemos y al lugar que ocupamos en la sociedad."

"¿Y qué tengo que ofrecerte?", gritó. "¡Nada! Tu oferta nos lleva exactamente a eso. Tú y yo no somos..."

Portia se detuvo y agitó la mano en dirección al castillo. "Mira todo esto a tu alrededor, Pierce. Mira de dónde vienes... y luego mírame a mí".

"Te estoy mirando. Y te digo lo que veo". Le levantó la barbilla, obligándola a mirarle a los ojos. "Veo a una mujer hermosa e inteligente que agita mi sangre y desafía mi pensamiento. Veo a la mujer que amo. La mujer que se ha convertido en mi vida. La mujer que ha capturado mis sueños y los sostiene en su puño. La mujer que incluso podría estar esperando un hijo mío".

Ella se puso nerviosa e intentó soltar la muñeca. Él no la soltó.

"No puedes huir de la verdad, mi amor. ¿Y si resulta que tengo razón? ¿Deseas para este niño una vida como la tuya? ¿Crees que tu orgullo es más importante que la alegría que podríamos compartir como familia?"

"Por favor, déjame ir, Pierce", suplicó entre lágrimas, apartándose. "Por favor."

La dejó marchar. Observó a Portia huir, sabiendo que no iba a rendirse. Ella era testaruda, pero él también.

Portia entró en la casa por una entrada lateral y corrió hasta su alcoba sin ser descubierta por los demás. No se molestó en encender ninguna vela, sino que se arrojó sobre la cama.

Las lágrimas no paraban. La tristeza que atenazaba su corazón no desaparecía. Las palabras de Pierce seguían sonando una y otra vez en su mente. Él la amaba. Ella le quería. ¿Por qué no podía ser suficiente? ¿Por qué no podían dejar las cosas como estaban? ¿Por qué tenían que casarse?

No podía metérselo en la cabeza y no sabía cómo decirlo más claro. ¿Cómo podía entrar en un matrimonio sabiendo que la balanza estaba tan sesgada? Ella no podía darle nada. Ella no aportaría nada a esa unión. Sus preocupaciones podrían parecer nada hoy o mañana, pero sabía que pronto crearían una división en su vida. Las lágrimas seguían cayendo.

Algún tiempo después, llamaron suavemente a la puerta de su habitación. Portia no sabía qué hora era. Había estado llorando en la oscuridad. Se sentó en la cama y esperó que quienquiera que fuera pensara que estaba durmiendo y se fuera. Pero volvieron a llamar.

Resignada, fue hasta la puerta y la abrió un poco. Helena, ya vestida de noche, la esperaba en

el vestíbulo.

"¿Puedo pasar?"

"Yo... me estaba preparando para acostarme". Portia no pudo luchar contra la sensación de ahogo.

Su madre no esperó invitación y entró a empujones en la habitación. "Bueno, entonces estoy aquí para ayudarte."

Portia cerró la puerta y apartó rápidamente una mesita del camino de su madre para que no tropezara con ella.

"De verdad, madre. Yo... puedo arreglármelas".

"No, creo que no", afirmó con firmeza la mujer mayor. Buscó la cama y se sentó en el borde. "Ven aquí."

Portia se mordió el labio al ver la expresión seria de su madre. "Helena, no estoy de humor para un sermón".

"Bien, ya que soy horrible dándolas". Palmeó la cama a su lado. "He dicho que vengas aquí."

Portia se acercó obedientemente y se sentó. Las manos de Helena subieron hasta tocar el rostro manchado de lágrimas de Portia. "Me lo imaginaba".

"¿Qué pensabas?"

"Que ustedes dos se pelearon de nuevo."

"No lo hicimos".

"Puedes pensar que puedes engañar a los demás, pero yo no estoy tan ciego... bueno, en sentido figurado. Pierce volvió a la casa como un oso herido. Ahora, dime qué pasa".

"Nada."

"¡Portia!", la regañó. "La verdad".

Pasó un momento y luego se rindió. Sin embargo, se atragantó con las palabras al pronunciarlas. "Me dijo que me amaba".

"Ah, eso es horrible". Helena apretó la cabeza de su hija contra su pecho y le acarició el pelo. "Siempre supe que era un joven insensible. ¿Cómo pudo decir algo así?"

"Te estás burlando de mí". Portia lloró y rió al mismo tiempo.

"No lo estoy. Pero esa no puede ser la única razón de todas estas lágrimas".

Portia se sonó la nariz con un pañuelo que le tendió Helena. "También me pidió... me pidió que me casara con él".

"¡Qué descaro el del pícaro!", dijo más dramáticamente.

Portia se incorporó. "Te estás burlando de mí. Pero hablo en serio. Está enfadado porque he rechazado su oferta. Le quiero, pero no hay forma de que me case con él cuando somos de mundos tan distantes, cuando no hay nada que yo pudiera aportar a un matrimonio así."

"¿Crees *que* no eres suficiente?"

Portia sacudió la cabeza y volvió a sonarse la nariz. "Por favor, madre".

"Yo también". Helena dijo con más fuerza. Levantó las mejillas de Portia. "Tú, Portia, eres la que él quiere. Tú eres lo importante para él. La persona, lo que eres, todo lo que hay dentro de ti".

"Madre mira a tu alrededor, dónde se crió, el nivel de sociedad al que pertenece".

"Ahora, eres tú quien debe mirar, y no con los ojos, sino con el corazón... y luego añade eso a tu pensamiento. Olvídate del mundo por un momento y piensa sólo en vosotros dos. ¿Crees que Pierce podría quererte *más* si la riqueza de tu familia fuera igual a la suya? ¿Crees que te trataría de forma diferente como su esposa aunque fueras la hija de un rey?"

"Claro que no", gritó ella, soltando su respuesta.

Helena guardó silencio y Portia se dio cuenta de lo que había dicho, de lo que había admitido.

"Si es así, entonces todo lo demás", dijo finalmente su madre, "los lazos que forjéis en el matrimonio, todo vuestro futuro juntos, está en vuestras manos".

Capítulo Veintiséis

DE PIE, rígido ante la ventana de las oficinas del regimiento de West Yorkshire 24th Foot, Turner pensó que era terriblemente indigno que alguien de su rango y hoja de servicios fuera tratado con el mismo respeto que un soldado de infantería. Miró el reloj, furioso porque aún no le habían concedido una audiencia con el coronel Kilmaine, comandante del regimiento.

Destinado en las colonias desde hacía tantos años, Turner no se había dado cuenta de que estaba creciendo una cuña entre los que servían a Su Majestad el Rey Jorge aquí y en América. Era obvio, por las conversaciones que había oído incluso en los pocos días que llevaba de vuelta en suelo inglés, que los militares de aquí pensaban que las tropas de las colonias no eran lo bastante fuertes. No estaban usando una mano lo suficientemente firme para sofocar los alborotadores crecientes actos de rebelión.

Como para afirmarlo, Turner había oído ayer mismo que el rey había emitido una proclama mucho más enérgica que la que el gobernador Wanton de Rhode Island había pronunciado en relación con el *Gaspee*. La recompensa por la cabeza de la persona que había disparado al teniente Dudingston se elevaba a mil libras, una cantidad que probablemente duplicaba el valor del propio barco.

En cierto modo, aunque nunca antes lo había considerado conscientemente, Turner estaba de acuerdo con estas opiniones. Pero él era una excepción. Creía que era necesaria una acción más enérgica contra la chusma de Boston y Filadelfia, en particular. Estaba claro, sin embargo, que estos soldados de sillón le habían metido en el mismo saco que los que consideraban débiles y le estaban tratando de esa manera.

Su temperamento estaba a punto de estallar, y lo sabía. Aun así, tenía que conseguir que el coronel Kilmaine se diera cuenta de que poseía pruebas que les convertirían a ambos en héroes de su nación.

Sólo le faltaba un paso, pero estaba resultando ser un paso extremadamente lento. Hacía una hora, Turner había entregado a regañadientes la carta -una copia que él mismo había redactado antes- a un miembro del personal del coronel Kilmaine. Desde entonces, esperando en una sala exterior, había visto cómo llamaban a dos oficiales subalternos para hablar con el comandante del regimiento. Ninguno de los dos se había marchado todavía, lo cual era al menos prometedor.

Un cuarto de hora más tarde, le hicieron pasar al despacho.

El coronel Kilmaine era un hombre fornido, de edad avanzada y modales bruscos. Sus ojos azules y acuosos observaron a Turner con detenimiento, pero no revelaron nada de su evaluación. Tras una breve presentación, volvió a sentarse detrás de su escritorio e indicó a Turner que se sentara. Los dos jóvenes tenientes, Cobham y Huske, permanecieron de pie a ambos lados de su comandante.

"¿Supongo que tiene el original de esta carta, Capitán?"

"Por supuesto. Debido a su importancia, sentí la necesidad de salvaguardar el documento".

"En efecto. Bueno, hemos pasado mucho tiempo revisando la información que nos ha dado, Capitán, así como esta carta."

Pudo oír el tono de indiferencia en la voz y se quedó mirando el ejemplar que yacía sobre el escritorio del coronel. Pensó para sí que seguramente no habían pasado mucho tiempo, ya que sólo lo habían tenido una hora.

"Entonces entiendes la urgencia y la importancia de mi petición".

"Francamente, no hay nada que veamos ahí que nos diga que esta correspondencia es de Bonnie Prince Charlie".

Turner sintió que su temperamento comenzaba de nuevo a subir. Estaba claro que estaba tratando con un imbécil.

"Entonces permítame explicarle, como deseaba hacer hace una hora, el contexto de esta carta para que pueda comprender su importancia, coronel".

Mientras le explicaba detalladamente la conexión del Joven Pretendiente con Lady Primrose, los pálidos ojos azules permanecieron fijos en su rostro. Turner le habló de su importancia en la red de traidores jacobitas que aún operaba en Inglaterra. Le inculcó la oportunidad trascendental de aplastar este movimiento que amenazaba su modo de vida inglés.

"Sé lo de aplastar jacobitas, Capitán", cortó el coronel. "Estuve en Culloden".

"Como mi padre, señor. Allí murió como un héroe".

"Como muchos. Aún así, no veo ninguna evidencia..."

"Espera". Turner sabía que su única posibilidad de convencer a este hombre era revelar el secreto que había prometido guardar para el almirante Middleton. Eso, y contar lo que creía que debía haber ocurrido, juntando toda la información que había aprendido. "Hay más, pero es información que no debe salir de esta habitación. Parte de lo que voy a contarles me fue dicho en confianza por el propio almirante Middleton".

Los dos jóvenes oficiales intercambiaron una rápida mirada por encima de la cabeza del coronel. Ignorándolos, Turner respiró hondo y comenzó.

"Durante el año anterior a octubre en 1748, mi comandante, el almirante Middleton fue asignado a la delegación que se reunió con los funcionarios en Francia. Sus negociaciones resultaron en el Tratado de *Aix-la-Chapelle*. Ese pacto, como usted sabe, puso fin efectivamente al apoyo francés al príncipe Carlos Eduardo y a la corte Stewart en el exilio. Durante ese periodo, muchos de los miembros de la delegación llevaron a sus familias a Francia, y el almirante Middleton no fue una excepción. De alguna manera, durante su estancia en Francia, la propia hija de Middleton, Helena, comenzó a tener un romance con el propio príncipe Stewart. Creo que la propia lady Primrose pudo servir de enlace entre los amantes, aunque no puedo probarlo".

Aunque estaba declarando como hechos cosas que sólo podía suponer que eran ciertas, Turner sabía que era esencial que sonara totalmente convincente. Mirando a su público, se alegró de ver que ahora tenía toda la atención de los tres hombres.

"Cuando Middleton se enteró del escandaloso comportamiento de su hija, actuó para protegerse de un secreto tan políticamente desastroso. Envío a la chica a casa con su esposa. Pero el daño ya estaba hecho. Su hija se encontraba en una situación familiar. Mientras él concluía su trabajo en Francia, nació una niña, que fue llevada y creció al cuidado de Lady Primrose en Gales. La hija, Helena, ha llevado una vida recluida desde entonces. Así estaba la situación hasta el mes pasado, cuando la hija y la madre se unieron en Boston y escaparon a Inglaterra."

Turner miró con altanería a su público. Era una auténtica genialidad que hubiera sido capaz

de conectar las piezas del rompecabezas.

"Esta carta, caballeros, es la respuesta a la petición de Lady Primrose de que Charles Edward vea a su hija. Las dos mujeres salieron de las colonias en un barco propiedad de Pierce Pennington, el hermano del conde de Aytoun. Por mis espías, sé que Lady Primrose va a Baronsford, la sede familiar de Lord Aytoun en los Borders. Por esta carta, sabemos que se reunirá con Charles Edward allí. No podemos ignorar las pruebas que tenemos. No podemos dejar que el pretendiente Stewart se nos escape".

El coronel Kilmaine se sentó en silencio, frotándose la barbilla durante unos minutos antes de levantar la vista. "Espere fuera, capitán Turner. Tengo que pensarlo".

Pierce abrió la puerta de su dormitorio y chocó directamente con Portia, que corría por el pasillo. Inmediatamente le tendió una mano para sostenerla. Tenía la cara pálida y los ojos enrojecidos.

"No te encuentras bien", dijo, preocupado.

"No. Estoy bien". Ella sonrió débilmente. "Tuve un pequeño problema, sin embargo. No podía encontrarte. Y no podía preguntar a nadie en qué habitación te alojabas. Así que recorrí los pasillos del Ala Oeste sin éxito, y luego volví a esta planta. Debería haber adivinado que estarías cerca de nosotros".

"¿Me buscabas?", le preguntó, mientras sus manos subían y bajaban suavemente por los brazos de ella.

Ella asintió.

"¿Por cuánto tiempo?"

"Durante casi toda la noche", dijo tímidamente.

"¿No dormiste nada?"

Sacudió la cabeza.

Pierce le rozó la frente con los labios y le rodeó el hombro con un brazo. Dándole la vuelta, empezaron a caminar hacia el dormitorio de ella.

"¿Así que ya no estás enfadado?", preguntó.

"Nunca estuve enfadado. ¿Frustrado? Sí. ¿Decepcionado? Mucho". Empujó la puerta y la hizo pasar. "¿Pero decidida a cambiar de opinión? Absolutamente". Cerró la puerta tras ellos y le levantó la barbilla. Estaba recuperando el color. "No voy a rendirme, mi amor. Haré lo que sea necesario. Me haré el pícaro si hace falta y te engañaré si es necesario. Te secuestraré, te llevaré, te mantendré atada a mi cama..."

Su risa era el sonido más hermoso. Sonrió. "Ahora me obligas a reconsiderarlo... una vez más".

¿Qué quieres decir con "otra vez"? La miró con suspicacia.

Portia le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas hasta que sus rostros quedaron a un palmo de distancia. "Te estuve buscando toda la noche para decirte... que sí".

"¿Sí?" La levantó del suelo. "Sí. ¿Te casarás conmigo?"

"Sí". Ella se rió cuando él la hizo girar. "Pero eso fue antes de que hablaras de atarme a tu cama".

"Pero deberías saber que eso viene con casarse conmigo de todos modos. Pero no temas, soy yo quien está indefenso cuando se trata de ti". Él la besó profundamente, y luego la giró de nuevo. No podía pensar en un momento más feliz de su vida.

Llamaron a la puerta. Pierce la apoyó en el suelo. Portia lanzó una mirada nerviosa hacia él.

"No creo que sea apropiado que alguien te encuentre aquí tan temprano".

Pierce negó con la cabeza. Estaban completamente vestidos... y, de todos modos, a él le importaba un bledo.

"No creo que nadie se lo piense dos veces, amor mío, ya que esta mañana pienso hacer saber de nuestro compromiso no sólo a esta casa, sino a toda la campiña".

Cogiéndola de la mano, abrió la puerta. Era el empleado de Lyon, Peter Howitt.

"Buenos días, señorita Edwards", dijo cortésmente, y se volvió hacia Pierce "Disculpe, señor, pero su señoría tiene un asunto de gran importancia que necesita discutir con usted. Le espera en la biblioteca, señor".

"¿Malas noticias?", preguntó, inmediatamente preocupado por su madre.

"No, señor. O al menos, no lo creo".

"No vayas a ninguna parte. Descansa un poco", susurró Pierce al oído de Portia, robándole un beso antes de seguir al hombre hacia abajo. "¿Cómo sabías dónde encontrarme?"

"Su señoría dijo que mirara primero en su alcoba y si no estaba, llamara a la puerta de la señorita Edwards".

A Pierce le divertía que Lyon lo supiera, y estaba impaciente por contarle a su hermano las novedades. Anoche, después de que Portia lo dejara en el jardín, él y Lyon se habían quedado hablando hasta bien entrada la noche. Le había contado a su hermano todo sobre ella. Había desahogado su corazón sobre lo que sentía por ella. Curiosamente, Lyon había confiado en que Portia cedería. Sólo necesitaban confiar en la terquedad de Pierce y un poco de tiempo. Había sido el estímulo que necesitaba.

Lyon estaba solo en su estudio, y Howitt cerró la puerta, dejando a los dos hombres. No había nada sombrío en la expresión del conde, así que Pierce decidió hacer primero su anuncio.

"Portia ha aceptado casarse conmigo."

Los ojos azules del hermano mayor brillaban de emoción mientras se levantaba y se acercaba a él. "Es una noticia maravillosa".

"Creo que sí. ¿Le importaría mucho enviar a alguien a despertar a su esposa y decírselo también? Ella fue la primera que lo insinuó, creo, cuando decidimos reunirnos con las damas después de cenar."

"No en tu vida. Quiero ese placer sólo para mí". Lyon le dio una palmada en la espalda y le estrechó la mano.

"Por supuesto, aún no lo he hablado con Portia, pero si crees que Millicent estaría de acuerdo, me gustaría celebrar la boda aquí, en Baronsford".

"Ella estaría encantada con eso, estoy bastante seguro. Pero antes de que te distraigas demasiado con esas cosas, creo que deberíamos prepararnos para otra visita". Lyon cogió una carta de su escritorio y se la entregó a Pierce. "Ha llegado un mensajero con esto hace sólo unos minutos".

Pierce leyó la carta, la releyó y levantó la vista, asombrado.

"No tema. Baronsford estará listo para recibirlo".

Portia no entendía qué estaba pasando. Apenas unos minutos después de marcharse, Pierce irrumpió de nuevo en su alcoba. Tomándola del brazo, la condujo a la habitación de Helena.

Cuando ella respondió afirmativamente a su llamada, entraron y él entregó una carta a su sorprendida madre. Por suerte, Helena estaba despierta y vestida, sentada en un sofá junto a la

ventana con la joven ayudante Bess.

"Ya es hora de que me lo explique, señora", le dijo a Helena en cuanto el asistente salió de la habitación.

"¿De qué va todo esto?" le preguntó Portia, intentando acercarse a su madre. "Ella no puede ver para leerlo".

Pierce la retuvo. "¿Le importaría intentarlo, señora?"

"Por supuesto", respondió Helena.

"De verdad, Pierce."

"No te preocupes tanto, hija", dijo Helena. "Déjame ver".

Se levantó y se acercó a la ventana, se puso de pie a la luz del sol y se acercó el papel a la cara. Portia observó asombrada cómo su madre repasaba lentamente las palabras de la hoja y luego se sentó de nuevo en el sofá con la más bonita de las sonrisas en el rostro. Cuando miró a Portia, tenía lágrimas en los ojos.

"¿Qué hay en esa carta?" preguntó Portia, ahora completamente confundida. Miró de su madre a Pierce. "¿De quién es?"

Pierce no contestó y siguió mirando a la anciana.

Helena le tendió una mano y ella la cogió, sentándose a su lado. Su madre dejó la carta sobre su regazo y tomó las mejillas de Portia con ambas manos. "Ya viene. Llegará la semana que viene. Quiere conocerte".

"¿Quién?" preguntó Portia.

"Mi príncipe, por supuesto. Charles Edward Stewart. El verdadero Rey de Escocia e Inglaterra. Vuestro padre".

El teniente Huske, una compañía de veinticinco soldados de infantería y cuatro carros para transportar a los hombres y los suministros fueron todo lo que el coronel Kilmaine escatimó a regañadientes para ayudar a Turner en su misión en Baronsford. Las instrucciones del coronel eran precisas. Huske estaba a cargo de la misión. Turner sólo debía acompañarles como asesor. Tardarían varios días en prepararse para partir, pero la compañía aún estaría en Escocia antes de la fecha prevista para la llegada del "supuesto" Stewart royal. Kilmaine dejó claro que sólo ponía a sus hombres a disposición como un gesto para honrar al padre de Turner, no porque estuviera convencido de ningún complot jacobita.

Turner aceptó con todo el decoro que pudo reunir. Sabía que no tenía tiempo de ir a ningún otro sitio a por tropas. Tendría que conformarse con esto. En cualquier caso, si las cosas iban según lo planeado, el triunfo final sería suyo. Se llevaría a Helena y a Portia, y se aseguraría de que todos en Inglaterra supieran que él era el único responsable de la captura del Joven Pretendiente.

"El coronel discutió la estrategia adecuada para esta misión", dijo Huske a Turner mientras acampaban junto al Tweed dos días después. Estaban a sólo tres horas de marcha de Baronsford. "Programaremos nuestra llegada a Baronsford para última hora de la tarde, aunque enviaré un explorador al amanecer. Si vamos demasiado pronto, puede que nos vea, y nuestros esfuerzos serán en vano de todos modos."

Una niebla espesa y fantasmal se levantaba del río, y Turner esperaba que hiciera mal tiempo, mejor para sorprender a los traidores.

"Debo repetirte que cuando lleguemos, yo estaré al mando. Yo hablaré todo lo que sea

necesario y daré todas las órdenes. Las instrucciones del Coronel Kilmaine fueron claras en el sentido de que debemos tratar al Conde de Aytoun y a su familia con el mayor respeto. No tenemos indicios de que estén al tanto de ninguna visita. Puede que ni siquiera estén en la residencia en este momento. Y tendrá en cuenta, Capitán, que estamos aquí *sólo* por su Príncipe Bonnie y nadie más".

Turner asintió bruscamente y se dirigió hacia el río. Podía oír el sarcasmo en la voz del cachorro. Sin embargo, no iba a reprender a Huske por su insolencia ahora. Ya habría tiempo para eso más tarde.

Ahora mismo, Turner sólo quería concentrarse en el mañana. Pasara lo que pasara, tenía toda la atención puesta en tomar a Helena y Portia bajo su custodia. Y sabía que en la excitación que rodeaba la captura del pretendiente exiliado, podría hacer lo que quisiera.

Lo intentó, pero no era lo mismo. Extrañamente, Portia se dio cuenta de que no sentía nada de la excitación que se había apoderado de ella al descubrir a su madre.

No era tan ingenua como para pensar que se trataba de una reunión familiar. Tras su derrota en Culloden, el príncipe Stewart se había marchado a Francia e Italia para vivir su vida en el exilio. Carlos Eduardo había demostrado su genio como financiero y como hombre de campaña, y muchos en Escocia e Inglaterra aún albergaban la esperanza de que algún día regresara y sustituyera al impopular Hannover que ahora ocupaba el trono. Tras la muerte de su padre, "el Viejo Pretendiente", Bonnie Prince Charlie se había autoproclamado rey, pero seguía siendo sólo el "Rey sobre las Aguas" para sus más fervientes partidarios.

Mientras pensaba en el motivo de su visita, Portia llegó a la conclusión de que debía tener una motivación política o económica. El conde de Aytoun, además de rico, era muy respetado por muchos líderes escoceses. Dudaba que su padre hiciera un viaje tan peligroso sólo para verla. Sólo estaba utilizando su presencia allí como una forma de cultivar el apoyo de otra familia escocesa rica. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue la conexión de Lady Primrose con el príncipe Stewart.

Sin embargo, cuando por fin llegó el día, Portia se dio cuenta de que todas sus preocupaciones se centraban en Helena. Carlos, que ya había pasado los cincuenta, se había casado el pasado mes de marzo con la princesa Luisa Emmanuelle Maximilienne de Stolberg-Guedern, de diecinueve años, una joven de origen alemán con sangre escocesa a través de los Bruces de Elgin. Al parecer, todo el mundo en Escocia sabía del matrimonio, pero Millicent fue gentil al darle la noticia a Portia.

Portia tampoco creía que su madre estuviera al tanto de este matrimonio. De hecho, se preguntó si la carta que Helena había enviado a Lady Primrose había sido con el propósito de arreglar ver al hombre que había amado toda su vida sólo una vez más.

Lady Primrose llegó en un carruaje a media mañana y, tras un cálido reencuentro con Portia, le dijo que Luisa no viajaba con Carlos, sino que le esperaba en Francia antes de que regresaran a Italia.

"No deseo verle", anunció Helena cuando Portia fue a buscarla.

"Pero Madre, Lady Primrose ya está aquí. Todos lo están esperando, podría llegar en cualquier momento".

Helena sonrió y negó con la cabeza. "Estaría encantada de reunirme con Lady Primrose en privado, más tarde, ya que tengo una gran deuda con esa amable dama por lo que ha hecho por

usted. Pero... en cuanto a ver a Charles... eso está descartado".

Portia se sentó a su lado. "Pero sigues enamorada de él".

"Estoy enamorada del apuesto príncipe que he guardado en mi mente y en mi corazón. Estoy enamorada del hombre que una vez fue. Siempre lo estaré. Pero no quiero que nada me altere esos recuerdos". Helena se aferró a las manos de Portia. "Conozco su vida, mi amor. Entiendo su necesidad de casarse y producir un heredero varón que pueda continuar sus sueños. Al mismo tiempo, tengo mis propios sueños. Os tengo a ti y a Pierce y a la hermosa vida que construiréis juntos".

"Pero tú le pediste que viniera".

Helena volvió a negar con la cabeza. "En la carta que envié a Lady Primrose, le dije que ya era hora de que te reconociera como su hija. Supe entonces que sería importante que supieras cuán noble es la sangre que corre por tus venas".

"Pero ahora me doy cuenta de lo poco importante que es eso. El hecho de que sea mi verdadero padre no significa para mí lo que tú crees. Tú eres a quien he llegado a querer y respetar como mi padre".

"Y yo también te quiero". Helena besó la mejilla de Portia. "Tengo todo lo que podría pedir. Ahora vete, dale a tu padre la oportunidad de reclamar el mayor tesoro que jamás conocerá".

Había suficientes parecidos físicos entre ellos como para que resultara obvio que eran parientes. Mientras estaban en el Gran Salón, lo que Pierce encontró más encantador, sin embargo, fue que las formas de expresarse de Portia, la manera regia en que se presentaba, e incluso sus gestos con las manos se parecían a los de su padre. Y luego, por supuesto, estaba la cuestión de su obstinación y su pasión temeraria. Sin duda era la hija de Bonnie Prince Charlie, pensó Pierce, y estaba claro que había captado la atención del rey exiliado.

Y como había previsto, Charles Edward estaba tan interesado en él como en Portia. Cuando ambos le comunicaron su compromiso, la noticia fue recibida con inmediata aprobación.

Sin embargo, el visitante quería hablar de política, y la conversación pronto giró en torno a las colonias. Como era de esperar, Charles Edward disfrutaba de verdad con los problemas que los colonos americanos estaban causando a "ese granjero gordo de Hanover". Quería saber qué podía hacer para apoyar ese comportamiento rebelde.

Mientras Pierce respondía a sus preguntas, miró a Portia, preocupado por si no era lo que ella esperaba de este día. Sin embargo, su expresión le decía que estaba contenta. Incluso se preguntó si no estaría un poco inquieta por librarse de su invitado.

Cuando le miró a los ojos, se dio cuenta de repente de que el Carlos Eduardo no había preguntado en absoluto por Helena. Sólo por esa razón, Pierce sabía sin lugar a dudas que el Bonnie Prince nunca sería para su hija más que un invitado.

Capítulo Veintisiete

NO HABÍA séquito en el patio del monstruoso castillo. No había guardias. No se veían carruajes. Sin embargo, Turner no se desanimó. Dudaba que Charles Edward hiciera algo tan estúpido como llamar la atención sobre su presencia.

El cielo estaba gris acero y, aunque no había llovido en todo el día, la niebla ya empezaba a levantarse de las tierras bajas y del río. El explorador enviado por delante les informó de que aún no había señales de visitantes.

"No olvide nuestras órdenes, capitán", reiteró el teniente Huske mientras los dos hombres se apeaban de sus caballos. El resto de los hombres formaron una fila en el patio, esperando nuevas instrucciones. "Yo hablaré lo que haga falta".

Turner estaba cada vez más cansado de la impertinencia del oficial subalterno, pero ahora estaban tan cerca de su presa que, por última vez, dejó pasar el comentario.

Cuando se acercaban a la impresionante entrada principal, la puerta se abrió. Un hombre bajo y enjuto pasó por delante de un portero y se presentó, sin ningún atisbo de hospitalidad, como mayordomo.

"Venimos a ver al conde de Aytoun por asuntos de la Corona", anunció el teniente. "¿Nos llevará hasta él?"

"Lo siento mucho, señor, pero su señoría no está en casa en este momento".

Turner reprimió el impulso de ordenar a los soldados que se desplegaran alrededor del castillo para asegurarse de que nadie huyera. Huske, sintiendo su impaciencia, le lanzó una mirada de advertencia.

"Tengo entendido que el hermano de Lord Aytoun está aquí. Nos gustaría verle, entonces."

"El Sr. Pennington está con su señoría, señor. Si desea hablar con alguien, puedo ver si Lady Aytoun está disponible".

"Muy bien". Huske llamó a dos de sus hombres para que les acompañaran al castillo y entró detrás del mayordomo.

Turner se quedó atrás, pensando en aprovechar la oportunidad para dar algunas órdenes breves a los soldados que quedaban fuera. Conocía a Pennington y quería que estuvieran alerta ante cualquier artimaña.

"Por aquí, capitán Turner", espetó Huske.

Ignorando las miradas curiosas de los criados y del mayordomo, Turner entró. Era una casa realmente bonita, evidentemente bien cuidada y moderna en todas sus comodidades. Sin embargo, mientras les hacían pasar, Turner se negó a dejarse impresionar por el lujoso mobiliario, como claramente le había ocurrido al teniente.

Estaban aquí. Él lo sabía. Todos ellos. Bonnie Prince Charlie, Portia, Helena.

Se acercó impaciente a una ventana que daba al Tweed y la abrió de par en par. Los estaban tomando por tontos en ese mismo momento. Mientras esperaban a Lady Aytoun, sin duda Pennington y su hermano estaban poniendo a salvo a los traidores. Oteó los jardines y los campos de más allá.

"¿En qué puedo ayudarles, caballeros?"

Turner se volvió y se quedó algo sorprendido por el agradable rostro de una mujer embarazada que entró, con el mayordomo a cuestas. Huske, repentinamente compungido y humilde, se presentó rápidamente junto a Turner.

"El Sr. Campbell dice que está buscando a mi marido. Me temo que él y su hermano han estado fuera visitando las granjas durante la mayor parte del día, y no sé cuándo volverán exactamente. No obstante, puede quedarse y esperarles".

"En realidad, milady", respondió Huske cortésmente. "Usted podría ayudarnos. Nos han enviado aquí para investigar un rumor de que usted va a entretener a cierto... bueno, jacobita de alto rango hoy aquí en Baronsford".

"¿Un jacobita de alto rango?", repitió con una sonrisa. "Lo siento mucho teniente Huske, pero en Oxford, donde me crié, nos entretenemos de una manera muy diferente a lo que se ve aquí. ¿Le parece que hoy estamos entretenidos?"

"Bueno, no, milady."

"Pero me resulta curioso que busque jacobitas. Para ser honesto, no sabía que quedaban muchos de ellos. ¿Los hay, Teniente?"

"Realmente no puedo decirlo, milady. Pero obviamente no hay ninguno aquí".

"Muy bien, señor".

"Disculpe, milady", dijo Huske con buen humor. "¿Ha dicho que es de Oxford? Yo también pasé mucho tiempo allí, cuando era más joven".

"¿Qué casualidad! En realidad, fui a la escuela allí. Academia de la Sra. Stockdale".

"Sé exactamente dónde está. Mi tío tenía una pequeña finca en las afueras. Había un comerciante de caballos justo en el camino de St..."

"Basta ya", interrumpió Turner bruscamente. "Lady Aytoun, tenemos razones para creer que el Joven Pretendiente en persona está aquí... ahora... mientras hablamos".

Cruzó la habitación y se inclinó hacia la mujer para impresionarla con la seriedad de la visita.

"Quieto ahí", gruñó el mayordomo, acercándose protectoramente.

"Espere, Sr. Campbell", dijo la condesa, poniéndose pálida. "Debo saber lo que quiere decir".

"Para hablar más claro, milady, seréis condenada por alta traición por amparar y apoyar al traidor exiliado si no cooperáis con nosotros inmediatamente. Así que basta de bromas sin sentido. Llévenos a donde lo está escondiendo".

La mujer lo miró fijamente, con una expresión de horror en el rostro. "Señor, ¿cómo puede hacer semejante acusación? ¿Qué razón tiene para creer tal cosa?"

"Debo disculparme por el capitán, milady". dijo Huske, interponiéndose entre ellos y animándola a sentarse.

"¿Alta traición?" Se volvió hacia el joven oficial. "Teniente, quiero que sepa que mi casa está abierta para usted y sus hombres. Siéntase libre de buscar en cada centímetro de este castillo, como mejor le parezca. Me sorprende que un rumor así pueda circular fuera de estos muros. De hecho, insisto en que comiencen en este momento y continúen buscando. No tenemos nada que ocultar. Quiero que busquéis hasta que os convenzáis de que no albergamos a ningún príncipe Stewart".

Turner miró con disgusto cómo el tonto, en lugar de iniciar la búsqueda, acercaba una silla a

la condesa y seguía disculpándose.

"Milady, no me cabe duda de que ese rumor es falso. No creo que necesitemos..."

Ella negó con la cabeza. "No, insisto. No permitiré que salgas de aquí con ninguna duda en tu mente".

Turner se ofreció a dirigir la búsqueda, pero Huske se negó de inmediato, ordenando a los dos soldados que dividieran al resto de la compañía en partidas y realizaran una rápida búsqueda por el castillo.

Mientras permanecía en silencio junto a la ventana, los dos siguieron hablando como viejos amigos.

No había pasado ni una hora cuando regresaron los dos soldados. No habían encontrado nada de lo que informar. Turner se horrorizó al ver que el teniente estaba satisfecho.

"De nuevo, milady, mis más sinceras disculpas a usted y a su señoría por cualquier inconveniente. Me aseguraré de que se haga un informe completo de esta visita a mi comandante, el coronel Kilmaine. Debo decirle que creyó desde el primer momento que la información que recibimos distaba mucho de ser fiable."

Con una profunda reverencia, Huske indicó al capitán que le siguiera.

La ira se agitó y rodó por Turner, amenazando con explotar. Ni siquiera habían mirado. Ni siquiera habían registrado el terreno. La información que había recibido no podía estar equivocada. La carta decía que la reunión tendría lugar hoy. Aquí. Sólo tenían que esperarlos.

Fuera, delante de los soldados de infantería, Huske se abalanzó sobre él.

"Advertí al Coronel Kilmaine de su poca fiabilidad, Capitán. Cualquiera que traicione la confianza de su propio superior como usted hizo con el almirante Middleton no es un hombre de fiar. Su conducta fue poco caballerosa e insensible con la condesa. Usted, señor..."

Turner cerró los oídos a los desvaríos del hombre, pues a lo lejos divisó a dos mujeres que caminaban desde los jardines a través de los campos en dirección al río. Sin embargo, incluso a través de la niebla, no le costó reconocer la salvaje cabellera negra que caía en cascada sobre los delgados hombros.

Alguien pagaría caro por esto, y él acababa de encontrar a la persona perfecta.

Portia caminaba del brazo de su madre mientras cruzaban lentamente el campo. Delante de ellas, el espeso seto de zarzas y pinos le indicaba que se acercaban a los acantilados. El olor a flores silvestres y hierba cortada flotaba en el aire, aunque deseó que el sol se abriera paso una vez antes de que entraran a cenar. No importaba, pensó, era el mayor tiempo que habían pasado los dos juntos a solas en días. A medida que se alejaban del castillo, llegaron a un sendero entre las espesas zarzas y la maleza. El sonido del agua que corría prometía una vista de los acantilados y el río, si la niebla no era aún demasiado espesa.

"Nunca me dijiste de qué hablaron tú y Lady Primrose".

"Lo obvio", respondió Helena. "La única persona que ambos adoramos".

"¿Bonnie Prince Charlie?"

"No, gansa". Helena rió suavemente. "Tenía cien preguntas sobre tu crecimiento y tu temperamento y las cosas que hacías de niña. Quería oír todas esas historias que las madres saborean en sus recuerdos".

"Ahora, ¿por qué quieres saber esas cosas?"

"Así puedo recordártelos y burlarme de ti cada vez que tus hijos hagan lo mismo". Helena

sonrió. "Y debes prometerme que me darás muchos. Nietos, quiero decir".

Portia sintió que se le revolvía el estómago con sólo mencionarlo. No había pensado mucho en ello desde que Pierce lo había mencionado la primera vez. Pero era muy posible que estuviera embarazada. Sin duda, su cuerpo actuaba de forma diferente a como lo había hecho antes. Estaba sensible en lugares donde nunca lo había estado. Y estaba la cuestión de su mes.

"¿Habéis decidido la fecha de vuestra boda?"

Portia sintió que se acaloraba. "Le gustaría que nos casáramos muy pronto. De hecho, tan pronto como su madre llegue de Hertfordshire. A mí me parecería bien, ya que, aparte de ti, no se me ocurre nadie más".

"Lady Primrose me dijo que estará en Edimburgo durante un mes, y que esperaba ser invitada".

Portia se sintió conmovida. "Por supuesto. Ha sido una buena amiga para nosotros".

El camino giraba y, de repente, se encontraban en un acantilado con vistas al río. La niebla se arremolinaba en espesas nubes y sólo le permitía vislumbrar brevemente el río.

"¿Quieres volver atrás?", preguntó. "Este camino a lo largo del acantilado sigue el río a cierta distancia del castillo".

"Caminemos más", respondió Helena. "Estoy disfrutando esto".

Caminaron en silencio durante un rato, escuchando a los pájaros y el rumor del agua abajo. Portia iba por fuera, pues el sendero pasaba a menudo justo por el borde de los acantilados. Sabía que eran los acantilados donde la primera esposa de Lyon había muerto, donde Pierce había descubierto a su hermano y a Emma.

La niebla era cada vez más espesa y oscurecía parte del camino. Habían caminado más de lo que ella pretendía.

"Creo que deberíamos volver, madre."

"Como quieras, querida."

Se dieron la vuelta y Portia decidió que habían tomado la decisión correcta. No podía ver dos docenas de pasos por delante de ellos. Aun así, no quería preocupar a su madre.

"Sería encantador celebrar la boda en verano, ¿no crees...?"

La palabra se convirtió en un grito agudo cuando sintió que la tiraban del pelo hacia atrás y que la hoja de un cuchillo le presionaba la garganta. Se giró ligeramente y vio a su agresor.

Turner.

Envuelta en la seguridad de los brazos de su marido, Millicent seguía disgustada por la inesperada visita. Lyon, Pierce y Truscott, que cabalgaban camino arriba desde el pueblo, no habían visto a los soldados del rey mientras se alejaban de Baronsford.

"Ahora entiendo por qué menciona un día en su correspondencia, pero aparece el día anterior", dijo Lyon.

"Estas cartas deben ser interceptadas todo el tiempo", estuvo de acuerdo Pierce.

"Me alegro mucho de que lo supieras, Lyon", observó Millicent. "De lo contrario, me habría pillado por sorpresa la llegada del príncipe".

"Por eso Lady Primrose le precedió, mi amor."

"Pero por suerte para todos nosotros, esos soldados no lo sabían", afirmó Millicent.

"Cuéntame todo lo que se dijo", le dijo Lyon. "Quiero oír cada detalle de la defensa del castillo por parte de mi valiente esposa".

Pierce, deseoso de escuchar también todos los detalles, se preocupó cuando ella relató la parte del segundo oficial, el que fue puesto en su lugar por el joven teniente.

"¿Recuerda el nombre del otro agente?", le preguntó, interrumpiendo su relato.

"En efecto. Capitán Turner".

Pierce sintió que su corazón dejaba de latir.

"¿Dónde están Portia y Helena?"

El camino se estrechaba a medida que se alejaban de Baronsford. Gruesas zarzas, peñascos y pinos achaparrados formaban un seto infranqueable a un lado, que a veces los apiñaba peligrosamente cerca del borde del acantilado. Debajo de ellos, el río se hacía visible a veces a través de la niebla. De vez en cuando, Portia vislumbraba rocas dentadas que sobresalían del agua en movimiento y de la base del acantilado. Otras veces, lo único que veía era la niebla arremolinada y las raíces de los árboles que se extendían como tentáculos desde el acantilado.

Incluso con el puño de Turner agarrándole el pelo, Portia abrazó a Helena fuertemente a su lado, manteniéndola alejada del borde.

"Empújala delante de ti", dijo, clavándole la punta del cuchillo en la espalda. "A este paso, seguiremos en esta cornisa cuando se ponga el sol".

Turner tiró de la cabeza de Portia hacia delante, haciéndola resbalar en la grava suelta. Sin embargo, se agarró a una rama y recuperó el equilibrio.

"Ella no puede ver para guiar el camino". Se agarró fuerte al brazo de su madre. "Al menos, déjame ir delante".

"¿Para que puedas huir? ¿Crees que no te conozco a ti y a tus trucos?"

Se estremeció cuando él volvió a tirarle del pelo. Pero era un tonto. No la conocía en absoluto. Si la conociera, sabría que su arma más valiosa era la propia Helena. Portia no huiría a ninguna parte mientras su madre estuviera en sus garras.

"Haz lo que te digo. Empújala delante de ti".

Todavía agarrada a la mano de su madre, Portia la guió hacia delante, intentando mantenerla alejada del borde. Si acaso, ahora iban más despacio, ya que Helena tenía que tantear con la mano las ramas y la roca.

Portia no sabía adónde llevaba este camino, pero supuso que Turner debía de haber dejado un caballo en algún claro. En algún momento debían llegar a una abertura que los condujera a él. Sin embargo, no tenía ni idea de cómo los había encontrado aquí. Estaban lejos del castillo y dudaba que alguien supiera que estaban en apuros. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que alguien se diera cuenta de que habían desaparecido.

De repente, su madre se detuvo y se volvió hacia ellos. "¿Y quién demonios se cree que es, Capitán, para robarnos así?"

Portia se sorprendió al oír la intrepidez en el tono de su madre.

Sin embargo, Turner empujó a Portia con fuerza contra su madre, y la mujer mayor se agarró a una rama mientras tropezaba hacia atrás.

"Sigue moviéndote, puta jacobita."

"Cierra el pico", le espetó Portia, ganándose otro despiadado tirón de cabeza.

"Sigán moviéndose, los dos."

"¿Y adónde crees que nos llevas?" Helena alzó la voz. "¿Hasta dónde crees que puedes llegar antes de que nos alcancen?"

"Dile que se calle", le dijo ferozmente a Portia.

Tropezó con una rama y miró por encima del borde. Abajo había una playa pedregosa. Aún estaban a bastante altura. Justo delante había un recodo del río. De vez en cuando pasaban entre el follaje, pero Portia no veía ningún paso. Si hubiera siquiera un pequeño claro, pensó, intentaría arrancarle el pelo de su agarre, empujar a Helena hacia el claro y luego enfrentarse ella misma a Turner, sin importar las consecuencias. Al diablo con el cuchillo, lo arrastraría por el acantilado con ella si fuera necesario.

El camino tomó varias curvas cerradas más, pero Helena, aún por delante de ellos, consiguió seguir avanzando.

"Si crees que habrá un premio por devolverme a mi padre, entonces eres más tonto de lo que pensaba". Helena se detuvo y volvió a mirarle por encima del hombro. "Pero él dijo varias veces que no tenías más ingenio que un lacayo".

Avanzó un poco sin esperar respuesta. El camino se ensanchó ligeramente y luego se estrechó bruscamente. Con sólo agarrarla de la mano, Portia pudo sentir cómo crecía la confianza en su madre.

"Espero que sepas que en la estimación del Almirante", comenzó de nuevo, "estás incluso por debajo de sus caballos. Incluso por debajo de sus perros".

Portia podía oír el río moviéndose sobre las rocas bajo ellas, y la niebla que envolvía los acantilados era más densa aquí. Las zarzas y los peñascos formaban ahora una sólida barrera, y Portia apenas podía ver delante de su madre. De repente, su madre se detuvo junto a una roca. El camino era tan estrecho que el pie de Portia estaba a pocos centímetros del borde.

"Pero creo que sé por qué mi padre te mantuvo cerca, Capitán." Helena se dio la vuelta. "Y dices *que yo soy la puta*".

Portia volvió a sentir el cuchillo en la garganta. El aliento de Turner estaba en su oído.

"He estado esperando una excusa para darle a tu hija lo que se merece. Una palabra más de ti y la corto..."

"Y un cobarde, también. Como solía decir el almirante". Helena apretó la mano de Portia y dio un paso atrás. "¿Pero no se enfadaría tu amo si volvieras con las manos vacías?"

Helena dio otro paso atrás y luego, para asombro de Portia, se dio la vuelta y desapareció detrás de la roca.

Turner tardó menos de un segundo en darse cuenta de lo que había ocurrido. Empujó con fuerza a Portia hacia el acantilado y pasó a su lado. Ella extendió los brazos, agarrándose a todo lo que podía mientras se tambaleaba al borde.

Por pura suerte, sus dedos se cerraron sobre la vaina de su espada cuando él pasaba, y ella se aferró con fuerza, deteniéndolo bruscamente. Entonces, con un chasquido, la cuerda que sujetaba la espada cedió y ella volvió a caer, arañando y arañando la cara desmoronada del acantilado. Con la tierra y las rocas cayendo sobre ella, se agarró a una delgada raíz.

Por encima de ella, Turner cayó hacia atrás como disparado por un arco, se desprendió de la roca y se tambaleó hacia el borde. Sólo vio cómo agitaba los brazos y las piernas al caer, y su grito terminó con un ruido repugnante en algún lugar por debajo de ella.

La raíz se rompió cuando los dedos de Portia buscaron otra. Cada rama que agarraba se sostenía sólo un instante y luego se rompía, haciéndola resbalar unos centímetros más. Las fuerzas le flaqueaban y tenía las manos resbaladizas por la sangre.

Y entonces le agarró la muñeca.

Pierce subió a Portia a la cornisa y se sentó contra la roca, abrazándola con fuerza. No sabía quién de los dos se estremecía con más violencia.

El pánico que se había apoderado de él cuando se enteró de que Turner estaba en Baronsford casi lo había aplastado. Corriendo por el castillo, se encontró con Bess, la asistente de Helena, que le dijo que los había visto dirigirse hacia el sendero del río.

Mientras Pierce salía corriendo de la casa, Lyon le gritó desde lo alto de una de las torres. Desde allí se veían partes del sendero que bordeaba los acantilados, y le pareció ver a tres personas caminando por allí.

Pierce corrió por los campos y Truscott le siguió. Atravesando los bosques de pinos y zarzas, se dirigieron a un punto en el que estarían por delante de las dos mujeres y su secuestrador. En un momento dado, se acercaron lo suficiente como para que Pierce pudiera oírlos. Turner se había vuelto loco, pensó. Por las voces, supieron que Helena iba delante y el capitán en la retaguardia.

Incluso teniendo a Truscott con él, Pierce no podía arriesgarse a un enfrentamiento cara a cara en el acantilado. No se arriesgaría a que Portia cayera por el precipicio. La imagen de los cuerpos destrozados de Lyon y Emma sobre aquellas rocas seguía siendo demasiado vívida.

Finalmente, llegaron a un punto donde sabían que una roca protegía una entrada al sendero. La niebla era espesa, y Pierce decidió que ésta sería su mejor oportunidad para sorprender a Turner mientras pasaban. Los dos hombres esperaron hasta que Helena llegó a la abertura. Truscott alcanzó a la mujer mayor, y todo sucedió demasiado rápido a partir de ahí.

Pierce abrazó a Portia y dio gracias a Dios por que estuviera a salvo.

"¿Dónde está mi madre?", gritó aterrada.

"Ella está a salvo. Walter Truscott la tiene".

"Turner se acercó".

"Lo sé. Lo vi caer. Enviaremos a alguien, pero dudo que haya sobrevivido a la caída".

Volvió a abrazarle. "No sé qué pensó que podría lograr llevándonos. Helena, por ejemplo, habría luchado cada paso del viaje de vuelta a Boston".

"Creo que fue un último acto de desesperación por salir con algo", dijo Pierce.

Ayudándola a ponerse en pie, la guió hacia la pequeña abertura que había junto a la roca. Se detuvo y miró por encima del borde del acantilado donde Turner había caído. Sólo había niebla y el sonido del agua corriendo sobre las rocas.

Unos instantes después, Portia sostenía a Helena en sus brazos mientras los dos hombres la miraban. Cuando se sintieron más tranquilos, Pierce les habló rápidamente del intento de detener a Charles Edward.

"¿Todo esto ha pasado esta tarde?"

"Mientras tú y tu madre debían estar en los jardines. Turner debe haberte visto y luego se separó de la compañía. Por lo que dice Millicent, el teniente a cargo probablemente no lamentó verlo partir".

Pierce pudo ver que Helena estaba un poco pálida. Se volvió hacia Truscott.

"Llévalos de vuelta, Walter. Necesito bajar al río".

Su primo negó con la cabeza. "Tú no. Llevaré a un par de hombres y registraré la orilla del río". Truscott dio una palmada a Pierce en el hombro e hizo un gesto con la cabeza hacia Portia. "Olvídate de estos acantilados y ve con ella. Ahí es donde está el futuro".

Capítulo Veintiocho

UN BRILLANTE SOL de agosto brillaba en un cielo azul pálido cuando la multitud comenzó a congregarse en la escalinata de la pequeña iglesia de piedra del pueblo. Todos vestían sus mejores galas y el sonido de las gaitas llenaba el ambiente. En Baronsford, las habitaciones habían sido decoradas y toda la casa parecía contener la respiración. Para la celebración de la boda que seguiría a la ceremonia, se habían recogido y colocado mil margaritas y rosas por todo el castillo, y de las cocinas salían olores de carne y pasteles.

Lady Primrose había regresado de Edimburgo. La Condesa Viuda Aytoun llegó también la semana anterior a la boda, acompañada por su compañera Ohenewaa y Sir Richard Maitland, el abogado de la familia. Familiares y amigos habían acudido en masa a Baronsford, llenando las habitaciones del castillo y contribuyendo al ambiente festivo. Incluso había algunos invitados inesperados -miembros de la unida comunidad de seguidores de Bonnie Prince Charlie entre la aristocracia escocesa- que querían ver a Portia y presentar sus respetos.

Tres días antes de la boda, había llegado un mensajero con regalos de un admirador anónimo que, según Lady Primrose, estaba muy descontento por no poder asistir. Para el novio, había una tabaquera de oro con incrustaciones de diamantes. Se murmuraba que el valor del regalo superaba fácilmente las diez mil libras.

Para la novia, había dos artículos. El primero era el tartán Stewart, proscrito, que se llevaría como un fajín sobre el vestido de novia. El segundo era una cadena de oro con un intrincado medallón enjorjado. En él, Portia encontró las miniaturas, una al lado de la otra, de dos amantes. Lloró al contemplar a Helena y Charles tal y como habían sido.

Portia acababa de ponerse los regalos sobre el vestido de novia cuando Helena vino a buscarla. A través de la ventana abierta, podía oír cómo se reunía en el patio el séquito que la escoltaría hasta la iglesia.

"Siento que te hayan robado esta felicidad", dijo Portia a su madre en voz baja, mostrándole el recuerdo.

"Tonterías". Helena sonrió y depositó un suave beso en la frente de su hija. "No me han robado nada. Volví a encontrar a mi hijo. Hoy me trae más felicidad de la que jamás hubiera soñado. No, ángel mío, no volveré a vivir en el pasado. Ahora y mañana es todo por lo que viviremos".

El vestido azul claro le quedaba perfecto a Helena. El arreglo a la moda de su cabello dorado empolvado la hacía parecer mucho más joven. Pero Portia también vio en el rostro de su madre una profunda sensación de bienestar que hizo resplandecer a Helena.

"Tengo entendido que envió una carta a Boston con la de Lord Aytoun".

Helena no pudo ocultar su sonrisa. "En efecto. Tenía que transmitirle algunas cosas a tu

abuelo".

Tras la muerte de Turner, lord Aytoun había enviado varias cartas relativas al incidente. Una de ellas iba dirigida al almirante Middleton, informándole del comportamiento errático de su oficial antes del accidente que le costó la vida.

"Quería informarle de tu próxima boda con Pierce". La sonrisa de satisfacción se extendió aún más, iluminando su rostro. "Y le dije que si quería preservar su preciada reputación, tendría que hacer el anuncio necesario de tus nupcias en todos los periódicos desde Londres a Edimburgo... y hacer la misma declaración en Boston, donde vas a ser reconocida como su nieta".

Portia apretó el medallón. "Eso no será fácil para él".

"Tal vez, pero significa mucho para mí". Helena cogió la mano de su hija. "Al reconocerte, él renuncia a su control sobre mí. Puedo permanecer aquí en Inglaterra... donde deseo estar por ahora. Y si decido volver a las colonias, lo haré porque es lo que elijo".

Portia abrazó a su madre. La carta era una declaración de la independencia de Helena. Ella sólo podía imaginar las amenazas que debían haberse entretelado en el texto. Y esto estaba perfectamente bien para Portia. La amenaza de la exposición había hecho que su madre viviera en cautiverio durante demasiados años. La misma amenaza sería ahora el martillo para romper esas cadenas para siempre.

Un suave golpe en la puerta los separó. Todos les estaban esperando.

"Ya es hora", susurró Helena limpiando las lágrimas de las mejillas de Portia. "Tu futuro espera mi amor".

Al son de la inquietante y hermosa música de las gaitas, Portia fue conducida desde Baronsford hasta la pequeña iglesia del pueblo. A su alrededor, niñas vestidas de blanco bailaban alegremente durante todo el camino, agitando sus cintas bajo la deslumbrante luz del sol. Su madre la llevaba de la mano y sonreía feliz mientras caminaban. El pueblo se había engalanado con guirnaldas de flores y estandartes que ondeaban en todas las ventanas.

Mientras Portia era escoltada entre la multitud festiva, pensó en la soledad que había sido su compañera constante tan sólo unos meses antes. Pensó en todos los problemas que había causado a Pierce para rescatar a su madre. Y nunca se había atrevido a pensar que él se convertiría en el centro de sus sueños: su propio príncipe.

Al ver la gran multitud reunida fuera de la iglesia, a Portia se le hizo un nudo en la garganta de la emoción. Junto a la puerta de la iglesia, vio a lord y lady Aytoun, a la condesa viuda y a todos los rostros que le habían llegado a ser tan queridos durante este último mes. Ya no estaba sola. Ahora tenía una familia.

La mirada de Portia se posó en Pierce cuando salió de la iglesia. Después de eso, no vio a nadie más.

A partir de ahora, los dos formarían una nueva familia, y sus sueños les pertenecerían a los dos. Ya estaba ocurriendo, pues Portia sabía que estaba embarazada. No había hecho falta discutirlo mucho para decidir que se quedarían en Escocia hasta la próxima primavera, cuando nacería su propio hijo.

Después de eso, Pierce soñaba con que todos volvieran a Estados Unidos. Juntos, criarían a su nueva familia en lo que él creía que sería una tierra mejor. Y ese era también el sueño de Portia, que había estado allí y había sentido los aires de libertad.

Helena la detuvo, besó ambas mejillas de su hija y suspiró satisfecha. Portia se volvió hacia su futuro marido, y la mirada cariñosa de Pierce la calentó mientras le cogía la mano.

"Me siento como una ladrona", le susurró mientras caminaban por el pasillo de la iglesia. "Ni en mil sueños habría imaginado un momento como éste".

"Eres un ladrón, mi amor". Entrelazó sus dedos afectuosamente. "Me has robado el corazón".

***Gracias por leer Sueños Capturados, Libro Dos de la serie Sueños Escoceses.
Pero, ¿qué fue de la enigmática Emma? Lo descubrirás en [SUEÑOS DEL DESTINO](#), la
emocionante conclusión de la trilogía de los sueños escoceses.***

Gracias de nuevo por dedicar su tiempo a leer *SUEÑOS CAPTURADOS*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o escribe una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor... y se agradece mucho.

No deje de buscar *SUEÑOS DEL DESTINO*, la emocionante conclusión de la trilogía de los sueños escoceses.

Además, cada miembro de la siguiente generación de la familia Pennington tiene su propia novela, empezando por la emocionante historia de la Regencia, *Romance con el Escocés*. Espero que también busque esa serie.

Nota del autor

En *Sueños Prestados*, conociste a Lyon y Millicent y tuviste una breve introducción al misterio que rodea el asesinato de Emma. En el último libro de la trilogía, *Sueños del Destino*, el hermano menor, David, regresará a Baronsford contra su voluntad. Allí se enfrentará a la tragedia y descubrirá la verdad que se esconde tras el asesinato. En este emocionante clímax de la serie, también seguirá las vidas de Walter Truscott, el primo cercano de los hermanos, y Violet, la joven que desapareció de Melbury Hall al final de *Sueños Prestados*.

No olvide echar un vistazo a la próxima generación de Penningtons, que tendrán sus propias novelas, empezando por *Romance con el Escocés* y siguiendo por *Sucedió en las Highlands*, *Sin Dormir en Escocia*, la novela navideña *Dulce Hogar Navidad en las Highlands*, *Querida Millie*, *Cómo Descargar un Duque*, y *Un Príncipe en la Despensa*. Muchos de los personajes de esta trilogía aparecerán en esa serie.

Como en todas nuestras novelas, en este libro hemos intentado dar un poco de vida a la historia. La quema del *Gaspee* fue un acontecimiento real que tuvo lugar en la bahía de Narragansett, en Rhode Island, tal y como lo hemos descrito. También intentamos captar un poco del sabor histórico de Boston en aquellos rebeldes años de 1770. Y al otro lado del Atlántico, el "orfanato" de Lady Primrose para los hijos de los exiliados jacobitas aún puede verse en el pueblo galés de Wrexham.

Portia Edwards, sin embargo, es producto de nuestra imaginación hiperactiva, aunque sin duda es representativa de una serie de hijos engendrados por el siempre romántico Bonnie Prince Charlie. Para los puristas, por favor, perdonen nuestro uso de la licencia poética.

Como muchos de ustedes saben, hemos estado muy ocupados creando un vasto mundo interconectado de historias que abarcan siglos, desde las Tierras Altas medievales hasta la Inglaterra y Escocia georgianas, de la Regencia y victorianas. Para más información, visite [nuestro sitio web](#).

Por último, si le interesa la intriga romántica con una vuelta de tuerca, no deje de leer *Jane Austen No Puede Casarse* y el apasionante relato *Bórrame*.

Como autores, nos encantan los comentarios. Escribimos nuestras historias para nuestros lectores, y nos encantaría saber de ti. Estamos en constante aprendizaje, así que ayúdenos a escribir historias que apreciará y recomendará a sus amigos. [Inscríbete para recibir noticias y actualizaciones](#) y síguenos en BookBub.

Como siempre, si te ha gustado *Sueños Capturados*, por favor deja una reseña en línea, y

asegúrate de buscar el siguiente libro de esta serie, *Sueños del Destino*.

Sueños del Destino

Tercer libro de la trilogía Sueño escocés

LA HEREDERA

Gwyneth Douglas, una joven heredera escocesa en Londres, escribe escandalosos libros de aventuras bajo seudónimo, lo hace para proteger su identidad y su fortuna. Cuando un chantajista desconocido amenaza con sacar a la luz su vida secreta, no tiene más remedio que recurrir a un viejo amigo de la familia. Pero Sir Allan es un baronet sin un centavo que hará cualquier cosa por hacerse con la herencia de Gwyneth, incluso cometer un asesinato...

EL ROGUE

Herido por el escándalo y el asesinato sin resolver de su cuñada, David Pennington es exteriormente insolente y arrogante, pero al descubrir los planes de fuga de Gwyneth, interviene, decidido a evitar que arruine su futuro a manos de un cazafortunas...

LA AVENTURA

Al forzar su compañía sobre Gwyneth durante su viaje a Escocia, David descubre que la pasión que una vez compartió con la aguerrida belleza ha crecido más fuerte que nunca. Pero con su llegada a Escocia llega un terrible peligro. Ahora, si alguna vez esperan satisfacer su ardiente deseo, tendrán que frustrar el mal que amenaza con destruir la vida de ambos...

Otras Obras de May McGoldrick

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) *(novella)*

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) *(novella)*

[How to Ditch a Duke](#) *(novella)*

[A Prince in the Pantry](#) *(novella)*

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.